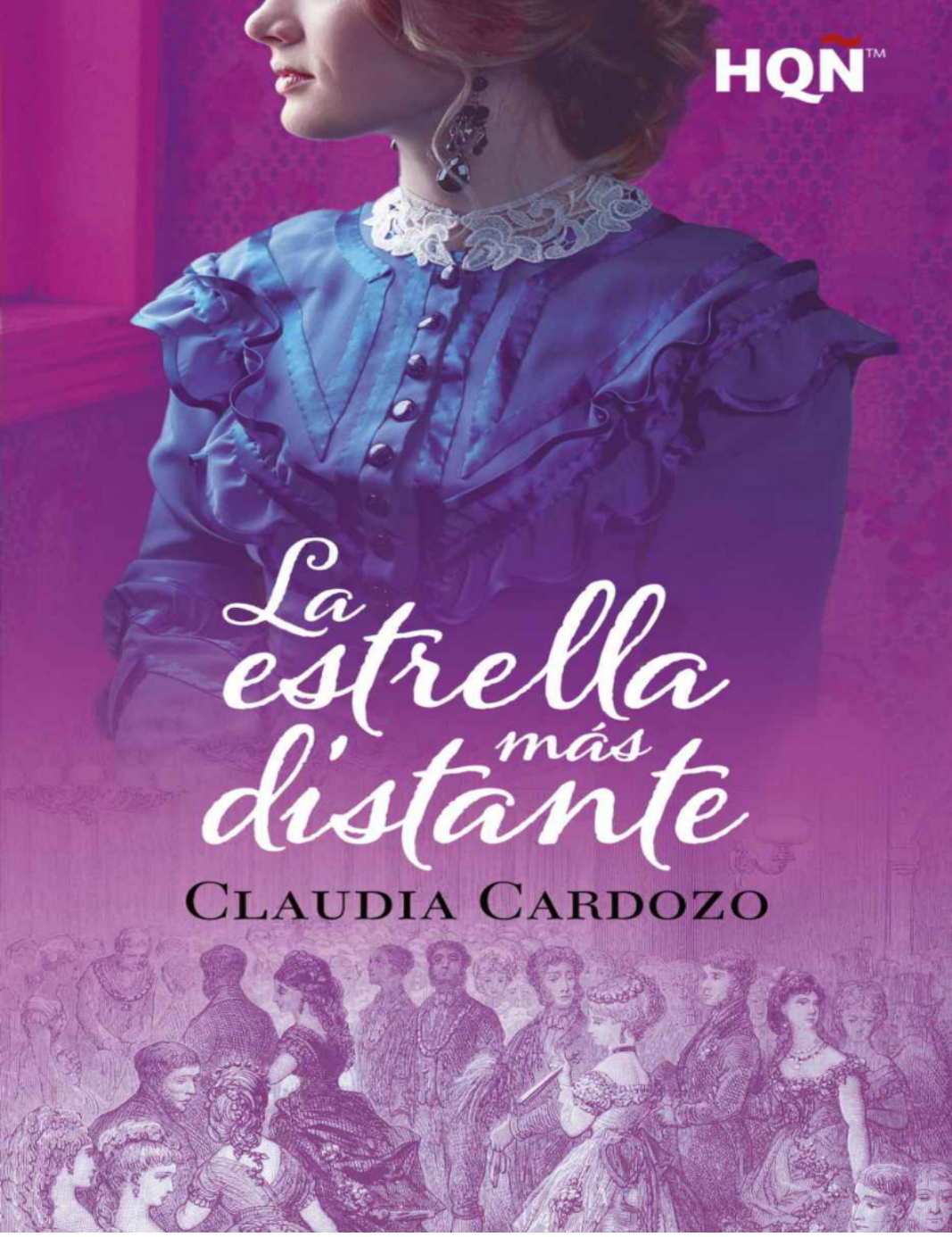
HQÑ™
La estrella más distante
Claudia Cardozo

La estrella más distante

Claudia Cardozo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Claudia Fiorella Cardozo
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La estrella más distante, n.º 312 - diciembre 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1105-224-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Epílogo

Ponerse a querer a alguien es una hazaña. Se necesita una energía, una generosidad, una ceguera… Hasta hay un momento, al principio mismo, en que es preciso saltar un precipicio; si uno reflexiona, no lo hace.
Jean Paul Sartre

Capítulo 1

Londres
1893

En opinión de lady Cecily Walwyn había pocas cosas más desagradables que ser el centro de atención en un salón atestado de personas dispuestas a juzgarte. Como no llamar la atención en absoluto, por ejemplo.

En tanto recorría el salón de baile de los Wyndham con gesto altivo y una casi imperceptible sonrisa, consciente de que todas las miradas se posaban en ella, consideró que en un caso como aquel, sin embargo, el resultar tan llamativa para los demás no fuera del todo atractivo. No cuando sabía, al menos, que lo último que tenían en mente aquellas personas era alabarla.

Juzgaban su vestido, la expresión de su rostro; si sonreía demasiado o se mostraba tan petulante como acostumbraba. A quién miraba y a quién fingía no ver. ¿Se lo habrían imaginado o sus ojos se detenían más de lo apropiado sobre un caballero en particular? ¿Qué era lo que había llevado a lady Walwyn a presentarse en uno de los eventos más celebrados de la temporada? Y aún más importante: ¿qué se traía entre manos?

A Cecily todo aquello le parecía casi divertido. La facilidad con que podía jugar con las mentes de esas personas, saber que uno solo de sus gestos desataba todo tipo de habladurías. Era la clase de cosas que llevaba haciendo durante casi toda su vida. El problema era que empezaba a encontrarlo un poco agotador, reconoció para sí de mala gana al esquivar a sir Oliver Eliot, que se dirigía a ella con una de sus odiosas sonrisas. Para evitarlo, no tuvo más alternativa que dar todo un rodeo al salón simulando encontrarse muy interesada en la decoración elegida por lady Wyndham, que a su parecer era bastante fea.

Pero claro, se recordó con un mohín que según Gabriel, su hermano, ella no había sido bendecida con un sentido del gusto tan refinado como le gustaba pensar.

Al recordar a su molesto hermano mayor, sacudió la cabeza de

lado a lado en un gesto inconsciente. No lo hubiera reconocido jamás en voz alta, pero sentía cierta envidia al pensar que debía de encontrarse feliz en su casa de Surrey en compañía de su esposa y su hijo recién nacido. En el fondo, se alegraba por él, aunque eso era algo que tampoco reconocería con facilidad. Aun así, le hubiera gustado saber que se encontraban en la misma ciudad; y lo mismo le ocurría en menor grado con su madre, pero ella había decidido pasar un tiempo en la campiña para conocer a su nieto y la dejó sola rodeada de tiburones, recordó con cierta inquina; sin considerar que en sus mejores o peores momentos, depende de cómo se viera, ella podía ser tan peligrosa como el más letal de los escualos.

Según rodeaba el salón, con una mano extendida en ademán descuidado para acariciar una cenefa dorada en la pared más alejada de la pista de baile, fue percibiendo una sensación bastante familiar. Alguien la observaba. Y con bastante persistencia, consideró por el molesto resquemor que le quemaba la nuca. En un principio, pensó que podía tratarse de sir Oliver, ese estúpido inconsciente, pero luego se dijo que nunca antes había experimentado algo parecido y que no podía tratarse de él. Debía de ser alguien más.

Intrigada, ladeó el rostro echando los hombros suavemente hacia atrás en un falso gesto de aburrido interés y sus ojos se encontraron con una mirada que la obligó a desviar un segundo la vista; fue apenas un instante, pero se sintió enojada de inmediato por haberse visto forzada a lo que consideró un gesto de debilidad y volvió a buscar al dueño de aquel rostro. El salón se encontraba abarrotado y le costó todo un minuto dar con él nuevamente, pero cuando lo hizo se cuidó bien de no dar ninguna muestra de que su actitud la perturbara. Lo que desde luego era una enorme mentira. Vaya que la había alterado. Una sensación que se acentuó al caer en la cuenta de que se encontraba más cerca de lo que había calculado y que, no solo eso, se dirigía hacia ella con paso seguro y sin quitarle la vista de encima.

Algo tenía Cecily por seguro, sin embargo, no pensaba huir. Esperaría a ese descarado extraño exactamente en el lugar en que se encontraba. Pero en tanto, se permitió observarlo con la misma desfachatez con que lo hacía él y una leve expresión de reconocimiento se fue abriendo paso en su rostro. Sabía quién era. No los habían presentado formalmente, pero una presencia como la suya no podía pasar desapercibida y, aun cuando él no lo supiera, se había convertido en la comidilla de la sociedad londinense durante las últimas semanas. Lo que ella había considerado una bendición, porque su propia presencia iba pasando un tanto inadvertida, que era precisamente lo que deseaba para conseguir lo que tenía planeado.

Según el hombre iba acortando la distancia entre ambos, Cecily se dijo que no era extraño que llamara tanto la atención. Más allá de su

enigmático origen, era demasiado atractivo como para que lo pasaran por alto. Extremadamente atractivo, se corrigió con cierto desagrado. Desconfiaba de los hombres tan guapos, en especial cuando era evidente que ellos eran conscientes de ello. Y este, en particular, lo tenía muy claro.

Apenas tuvo tiempo de registrar la casi perfecta simetría de su rostro, levemente alterada por una nariz algo más pronunciada de lo ideal, y su altura, que la obligó a elevar un poco más el mentón en un gesto desafiante, antes de que él llegara a su lado y la observara en un desconcertante silencio que la obligó a parpadear. Ningún caballero decente debía mirar a una mujer de esa forma, pero según lo que sabía de él, aún no tenía del todo claro si podría considerársele un caballero, así que en verdad daba igual.

—Lady Walwyn.

Tenía una voz profunda y muy agradable al oído; clara y limpia pese a su gravedad. A Cecily le recordó a las aguas que brotaban de un riachuelo cercano al lugar en que había crecido; un pensamiento un poco raro y demasiado evocador para su gusto.

—Temo que me lleva ventaja, señor; al parecer usted conoce mi nombre y yo no sé el suyo —respondió ella asumiendo una actitud reservada que iba poco con su personalidad.

Estaba mintiendo, desde luego; conocía su nombre, así como otras cosas relacionadas con él, pero no quería ponerse en evidencia. Estaba determinada a mantener su reputación fuera de toda duda aquella temporada y el que la vieran entablando una confiada charla con un hombre con el que no había sido presentada no entraba en sus cálculos.

Él, que debió de hacerse una idea de lo que pensaba, sonrió en un gesto que se le antojó divertido e hizo una reverencia sin dejar de mirarla.

—Lo siento. Mi nombre es Jack Dyer, milady; lamento no haber podido esperar a que fuéramos presentados antes de acercarme, pero debo reconocer que sentía mucha curiosidad por hablar con usted.

Cecily elevó una ceja de forma casi imperceptible, sorprendida a su pesar por esa muestra de sinceridad.

—Ya veo —replicó ella al cabo de un momento—. Supongo que ha oído algunas cosas acerca de mí y ahora se siente intrigado.

Supo que había dado en el clavo incluso antes de verlo dudar.

—No quise decir…

Cecily hizo un gesto para restar importancia a sus palabras.

—No pretendo incomodarlo. Entiendo que mi vida pueda resultar interesante, en especial para los recién llegados como usted. Veamos si acierto respecto a lo que pienso que debe de haber escuchado acerca de mí, ¿qué le parece?

Él apretó los labios y le dirigió una mirada cargada de intención, como si se preguntara qué tanto de verdad habría en la ligereza con que ella se expresaba. Debió de considerar que nunca podría adivinarlo porque hizo un gesto mostrando las palmas hacia arriba al tiempo que sonreía; Cecily aprovechó ese momento para estudiar sus manos y le sorprendieron los profundos surcos que vio en ellas. Era evidente que estaba ante un hombre acostumbrado al trabajo físico, juzgó, sintiendo como su interés no hacía más que crecer.

—Sin duda, sabrá que soy viuda —empezó ella.

Lo vio asentir y agradeció que no se molestara en darle sus condolencias.

—Le habrán dicho también que tuve una relación muy escandalosa en el pasado —Cecily estuvo a punto de sonreír al verlo cabecear de mala gana luego de vacilar un segundo—. Y que me fugué con el caballero en cuestión.

—Algo oí, sí.

—Y sabe también que soy la última persona a la que ha debido acercarse; no dudo de que le recomendaran mantener cierta distancia y buscarse una compañía más adecuada.

El señor Dyer se encogió de hombros.

—Es posible que lo hayan mencionado —reconoció él.

Cecily agradeció que no fingiera lo contrario; al menos estaba claro que no dudaba de su inteligencia.

—Y a pesar de haber sido advertido, aquí está —mencionó ella con voz risueña.

—Aquí estoy —asintió él.

A pesar de que la música resonaba en sus oídos y que, de haber prestado atención a lo que ocurría en la pista de baile, habría comprobado que los bailarines continuaban dando vueltas de la misma forma en que llevaban horas haciendo, Cecily hubiera podido jurar que los envolvió un curioso y absoluto silencio. Fue apenas un segundo, una idea que se le cruzó por la mente para desaparecer casi de inmediato, pero fue lo bastante poderosa para que la pusiera en alerta, obligándola a llegar a una conclusión que la golpeó como un rayo: más le valía que fuera ella quien se ocupara de poner cierta distancia entre ambos o terminaría metida en grandes problemas. Y ya había tenido suficiente de eso.

—Yo también he oído cosas acerca de usted.

Cecily usó su abanico para señalar al señor Dyer con un gesto casi acusador. Aunque sonreía en el grado preciso para no parecer grosera o demasiado amistosa a fin de protegerse de miradas indiscretas, sus ojos brillaron de forma peligrosa, y fue evidente que él lo había notado, porque parte de su sonrisa desapareció y la observó con un calculado interés que le provocó un escalofrío.

—¿Si? ¿Qué clase de cosas?

Cecily elevó un hombro en un ademán coqueto.

—Bueno, dicen que acaba de llegar de América y que es socio del vizconde de Castlecomer —dijo ella.

—Es verdad.

—También oí que tiene mucho dinero.

El señor Dyer sonrió.

—No creo que sea muy cortés decirlo, pero sí, es cierto.

Cecily no pudo resistir al impulso de inclinarse levemente hacia él y entrecerrar los ojos al continuar.

—Pero a pesar de todo ese dinero y sus buenos contactos, no cuenta con un solo título a su nombre ni relaciones con la nobleza —concluyó ella, atenta a su reacción.

Los ojos del señor Dyer relampaguearon al oírla, pero eso fue todo lo que su semblante le permitió ver. Si le molestó u ofendió su comentario, se cuidó mucho de dejarlo notar, un gesto que Cecily admiró mucho más de lo que habría podido reconocer, incluso para sí.

—Otra verdad —concluyó él al cabo de un momento.

Cecily forzó un gesto de desencanto.

—Ya veo. Es una lástima —comentó ella.

El señor Dyer elevó las cejas y sonrió, guardando silencio y calibrándola con la mirada, como si dudara acerca de lo que decir a continuación; pero debió de llegar a la conclusión de que no tenía sentido guardárselo, porque fue él esta vez quien dio un paso hacia ella. Nada más allá de lo que permitía el decoro; conservaba una distancia prudente entre ambos, pero Cecily advirtió que el borde de su vestido rozaba la puntera de sus zapatos y le pareció que aquello tenía el mismo impacto que si hubiera extendido una mano para posarla sobre su cuello descubierto.

—Me dijeron algo más acerca de usted.

Cecily tardó un instante en descifrar las palabras, y le sorprendió cuán sedosa sonó su voz a sus oídos.

—Me pregunto qué puede ser —replicó ella odiando un poco lo débil que sonó su respuesta.

—Dicen que está buscando un nuevo marido. Que quiere a alguien con una buena fortuna y un título tan antiguo como pueda conseguir. Supongo que eso tiene relación con su último comentario, pero debo decir que no deja de ser curioso, ¿no lo cree?

Cecily frunció el ceño, procurando hacer a un lado el efecto que aquel hombre tenía en ella.

—En realidad no sé a qué se refiere; puedo ser un poco lenta a veces. Ilústreme —pidió ella en tono irónico.

El señor Dyer echó el cuerpo hacia atrás y le dirigió una mirada fría.

—Asume que si contara con ese título que tanto parece ansiar, entonces consideraría casarse con un hombre como yo; pero no recuerdo haber hecho o dicho nada que la llevara a suponer que estaría interesado.

Cecily tardó solo un segundo en recuperarse de la impresión provocada por una respuesta tan brutal. Pero fue un segundo que se le hizo eterno, porque no recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan insultada; pese a ello, dudaba de que alguien más hubiera sido capaz de advertir su turbación. Ni siquiera él, lo que le alegró porque no estaba dispuesta a permitir que supiera cuánto le habían afectado sus palabras.

Por el contrario, se dijo en tanto se acercaba nuevamente a él, esta vez dejando de lado cualquier reserva que su sentido común le exigiera. Quería alterarlo de la misma forma en que lo había hecho él, aunque eso significara ponerse en evidencia.

—Verá, señor Dyer, puedo asegurarle que, si yo lo deseara, le haría considerarlo; aun más, tal vez consiguiera incluso que me lo rogara —Cecily sonrió para restar dureza a sus palabras—. Sin embargo, como no hay nada en usted que pueda encontrar interesante, creo que no hará falta que pensemos en imposibles. Ahora, si me disculpa, acabo de ver a un amigo. Ha sido un placer hablar con usted.

Sin esperar respuesta, ya que dudaba mucho de que fuera a obtener una que le gustara, Cecily dio media vuelta y se alejó en un susurro de faldas, encantada de haber conseguido salir de esa situación con su dignidad intacta. O al menos una buena parte de ella, se corrigió de mala gana y haciendo un gran esfuerzo por no mirar al hombre que acababa de dejar atrás.

Cuando Jack se vio en la disyuntiva entre aceptar la invitación a Londres que su amigo James Haversham le hizo llegar y quedarse en América, donde se encontraba tan a gusto, tardó al menos un par de semanas en llegar a una conclusión. Al final, aceptó el pedido de James y reservó un pasaje en el próximo barco que cruzara el Atlántico.

Y no fue porque decidiera que ya era hora de agradecer el buen gesto de su amigo; esa fue, cuando menos, la tercera invitación que recibía de su parte. Aceptó porque, en el fondo, y aun cuando todo le decía que no tenía sentido exponerse de forma innecesaria a algo que solo podría traerle problemas, la verdad era que se encontraba muy aburrido.

Cierto que estaba lejos de encontrarse desocupado y que había muchas cosas de las que debía encargarse, lo que le daba poco tiempo para caer rendido por el tedio, pero le costaba aparcar la sensación de que necesitaba romper con la que se había convertido en una rutina

que empezaba a ahogarlo.

Después de todo, se recordó poco antes de embarcar, cuando estuvo a punto de echarse hacia atrás y rechazar la oferta de James en un último arranque de autopreservación, había conseguido todo lo que deseaba y aun así sentía que le faltaba algo que no hubiera podido nombrar. ¿Qué mejor forma que atravesar un océano para descubrirlo? Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que pisó suelo inglés, y aunque estaba lejos de echarlo de menos, hubiera sido hipócrita de su parte no reconocer que sentía curiosidad por descubrir el efecto que tendría en el hombre en que se había convertido.

Un par de semanas después de su llegada, sin embargo, no tenía muy clara una respuesta. Lo que sí tenía por seguro era que algunos de sus habitantes le impresionaron más de lo esperado.

Como lady Walwyn, por ejemplo.

Aún lo embargaba una mezcla de desconcierto y fascinación cada vez que pensaba en ella y, aun cuando él no fuera consciente de ello, una tenue sonrisa afloraba a sus labios tan solo al recordar el brillo de sus ojos.

Era una mujer bellísima, eso no tenía sentido negarlo; fue precisamente lo primero que llamó su atención cuando la vio al otro lado de aquel salón. De allí su necesidad de conocerla; no sin antes intentar hacerse con tanta información acerca de ella como pudo recabar haciendo algunas discretas preguntas, la que no fue poca. En un inicio le costó creer que una mujer a su parecer tan joven y que irradiaba un aire de fría dignidad se hubiera visto envuelta en todos aquellos sucesos que los otros invitados al baile estuvieron encantados de compartir con él.

Pero cuando al fin pudo reunir el valor para acercarse a ella, se encontró con que esa belleza que tanto le había impresionado no era más que una primera capa de las muchas que parecían cubrirla. Vio un halo de misterio rodeándola, lo que solo incrementó su interés y le llevó a considerar que habría dado cualquier cosa con tal de escarbar bajo esa superficie para descubrir quién era Cecily Walwyn en verdad.

—El demonio, desde luego.

Jack parpadeó, sorprendido por aquella voz que interrumpió sus pensamientos hasta que cayó en la cuenta de que el comentario provenía de James Haversham, que acababa de llegar a reunirse con él en el comedor.

Llevaba un rato allí, disfrutando del delicioso desayuno que los sirvientes habían dispuesto, un tanto sorprendido de que su amigo hubiera abandonado la costumbre que ambos compartieron en América de levantarse mucho antes del alba. Era posible que aquello estuviera relacionado con su preciosa esposa y las conveniencias de

permanecer en la cama con ella durante tanto tiempo como le fuera posible, consideró con una sonrisa divertida al recordar la forma en que James veía a la vizcondesa.

James Haversham enamorado. Quién lo hubiera pensado.

—¿A qué te refieres con el eso de «el demonio»?

Su amigo no respondió, hasta que se encontró sentado frente a él en el extremo de la mesa que daba a la ventana, desde donde tenían una vista espléndida de la plaza frente a la cual se encontraba la mansión.

—El coronel —explicó él finalmente, refiriéndose a uno de sus socios—. Ha decidido de buenas a primeras que no le convence la nueva sección para el diario que llevamos meses planeando y pretende retrasar la fecha de publicación. Está loco si piensa que voy a aceptarlo.

Jack hizo una casi imperceptible mueca al oírlo. No había conocido aún al mentado coronel, pero James lo mencionaba con frecuencia en sus cartas y tenía claro que, debajo de ese tono exasperado, su amigo sentía un profundo respeto y aprecio por aquel hombre que había tenido el buen tino de aceptar su oferta de asociarse para convertir su diario entonces venido a menos en uno de los más respetados del país. Para eso aún faltaba mucho, según le había contado James, pero iban por buen camino. Eso siempre y cuando el coronel no se obcecara en ponerle las cosas difíciles, había agregado de mala gana.

—Estoy seguro de que tu socio tiene buenas razones para ello. Tal vez deberías escucharlo —sugirió Jack sin alterar el semblante.

James suspiró y dio un largo trago a su café antes de asentir con cierta brusquedad.

—Lo haré. Siempre lo hago —comentó entre dientes—. Y él lo sabe. De ahí que pretenda aprovecharse.

Esta vez Jack no pudo reprimir una sonrisa. Dudaba de que hubiera una persona en el mundo que pudiera tomar ventaja de alguien como James; jamás había conocido a un hombre más inteligente que fuera también un negociante tan implacable. En realidad, compadecía un poco al viejo coronel.

—No dudo de que seas capaz de solucionarlo y salirte con la tuya. ¿No lo haces siempre?

—Cada vez menos, si te soy sincero —rumió su amigo, mirándolo por encima de su plato—. Inglaterra tiene ese efecto sobre mí.

—Creo que al decir eso en realidad te refieres a lady Haversham.

James elevó las cejas y le dirigió una mirada amenazadora. Era obvio que entendía la referencia, pero no estaba dispuesto a profundizar en ello; siempre se le había dado mal reconocer esa clase de cosas, pero Jack se sintió feliz por él. Era un buen amigo y le debía

mucho; jamás hubiera imaginado que alguien con un carácter tan reservado y cínico fuera capaz de encontrar el amor en aquella hermosa joven un tanto despistada y sonriente que le había presentado como su esposa.

—¿Y cómo fue todo en el baile de los Wyndham? Lamento que Eleanor y yo no pudiéramos acompañarte.

Jack recibió el cambio de tema con naturalidad. No esperaba menos.

—Descuida. No hubo nada fuera de lo ordinario; a decir verdad, me recordó a cualquier otro al que haya asistido en América, aunque es cierto que los ingleses son más conscientes de su importancia y esperan que todos lo sepan.

James rio.

—Curioso comentario proveniente de un inglés más.

—Solo de nacimiento —se apresuró a aclarar Jack—. Sabes que siempre me he sentido más cómodo en América. Pero no me quejo; no lo pasé mal y creo haber conseguido entablar un par de contactos interesantes. Ya te hablaré de ello luego.

Su amigo asintió, consciente de que Jack no habría sido él de no aprovechar una ocasión en que buena parte de la nobleza londinense se encontrara en un solo lugar para buscar oportunidades de incrementar sus negocios. James era igual la mayor parte del tiempo, aunque siempre había considerado que Jack poseía un mayor encanto y una facilidad innata para agradar a los demás. De desearlo, como bromeaba su tío con frecuencia, el señor Dyer podría vender hielo a un esquimal. Y conseguir que pagara de más por él.

El recuerdo de su tío le llevó a fruncir el ceño, y observó a su amigo con renovado interés.

—¿Escribiste a tío Harold, por cierto? Porque de no ser así debe de encontrarse a punto de enviar un telegrama para quejarse por ello. Sabes que le gusta estar informado de todo —mencionó él.

Jack suspiró.

—Para ser sincero, lo había olvidado —reconoció—. Le escribiré hoy y, solo por si acaso, enviaré un telegrama también para que no se preocupe innecesariamente. Le he sugerido con frecuencia que debería de pensar en retirarse; estaría encantado de encargarme de sus asuntos y podría llevar una vida mucho más tranquila.

James hizo un gesto burlón al tiempo que ladeaba levemente el rostro en dirección a la puerta como si hubiera oído algo que llamara su atención.

—El tío Harold se retirará cuando esté muerto, lo que espero ocurra dentro de muchos años —mencionó en tono ausente—; pero estoy seguro de que aprecia tu oferta.

Jack cabeceó, sin encontrar palabras con las que desmentir una

apreciación tan sincera. Conocía al tío de James desde hacía años, y estaba de acuerdo; era imposible que un hombre como él, acostumbrado a hacer todo por sí mismo y tan orgulloso de ello, delegara sus asuntos en alguien más. Ni siquiera en él o el mismo James, a quienes consideraba sus hijos. Al segundo, por el lazo que los unía y porque en su momento fue un gran apoyo para él; en cuanto a Jack, era consciente de que se lo debía todo y dudaba de que pudiera pagárselo siquiera viviendo dos vidas más.

—Varias personas preguntaron por ti y lady Haversham —comentó él pasado un momento, retomando el tema del baile—. Lamentaron no verlos.

—Lo que habrán echado en falta es no tener oportunidad de hablar a nuestras espaldas, supongo —replicó James con una sonrisa mordaz —. Nada divierte más a esos nobles ociosos.

—Ahora eres tú quien hace un comentario curioso. Considerando que eres uno de ellos, claro.

James no se ofendió por el comentario, que juzgó como una broma hecha con su buen humor habitual cuando se encontraba en compañía de personas de su confianza.

—Por cierto, quería preguntarte acerca de una de ellos —continuó Jack sin esperar la que sin duda sería una ácida respuesta.

La sonrisa de James evidenció que no se le había pasado por alto el interés que procuró ocultar con tan poco éxito.

—Una de ellos —repitió él, intrigado—. Alguien que llamó tu atención, supongo.

—Algo así.

—Ya.

Jack sacudió la cabeza y dirigió a su amigo una mirada de advertencia.

—Es solo curiosidad, James —indicó.

—Sí, claro.

Jack apretó la servilleta entre los dedos y sus ojos relampaguearon, pero ni su amigo pareció encontrarlo amenazador ni él se molestó en fingir un enojo que en realidad no sentía.

—Es posible que la conozcas —dijo al fin, rendido por un interés que no tenía con quién más compartir y en espera de una respuesta que le fuera de utilidad—. Se trata de lady Walwyn; debes de haberla visto alguna vez…

Las palabras de Jack se vieron interrumpidas por dos hechos que se sucedieron uno al otro con tan solo un par de segundos de diferencia.

En primer lugar, lady Haversham irrumpió en el comedor con un lío de faldas y su perturbadora presencia, toda sonrisas y miradas dirigidas a su esposo, que recibió su llegada como si la esperara; Jack supuso que de allí la expresión alerta que captara en él desde hacía

unos minutos. Jack se preguntó cómo sería aquello de ser capaz de presentir la presencia de la persona amada incluso antes de que ocurriera; le pareció absolutamente sorprendente. Dudaba de que él fuera capaz de experimentar algo como eso alguna vez, y la idea le resultó un tanto deprimente. Sin embargo, la sensación desapareció de inmediato, tan pronto como cayó en la cuenta del sonido emitido por su amigo, que por un instante desvió la atención de su esposa para posarla en él con un gesto de desagrado.

—¿Acabas de gruñir? —preguntó Jack un tanto desconcertado.

James no respondió de inmediato sino que se puso de pie, lo mismo que él en cuanto lady Haversham se acercó a la mesa, y atajó al lacayo con un gesto para ser él quien retirara una silla para ella a su lado.

—James, ¿has gruñido a nuestro invitado? Creí que tenías mejores modales.

Jack devolvió la sonrisa a lady Haversham, que se veía tan sorprendida como él.

—Creo que ha sido una reacción a mi pregunta, milady.

Lady Haversham abrió mucho sus hermosos ojos grises y alternó la mirada de James a él.

—¿Y qué pregunta ha sido esa? —inquirió, curiosa.

—Quise saber si conoce a lady Walwyn.

Entonces ocurrió algo que desconcertó a James aun más. Lady Haversham también gruñó, aunque el suyo fue un sonido mucho más delicado y femenino, pero de cualquier forma se ganó una mirada burlona de su marido.

—¿Continúan extrañándote mis modales? —preguntó él.

Jack miró de uno a otro sin disimular su curiosidad.

—Asumo que sí la conocen. —Adivinó él.

Lady Haversham emitió un leve suspiro y reemplazó la expresión de enojo que había aflorado a sus facciones por una de pesar.

—Cecily… lady Walwyn es mi prima —indicó ella.

Jack asintió una vez que se recuperó de la sorpresa.

—Ya veo. Al parecer no son muy cercanas.

Lady Haversham vaciló un instante antes de responder.

—Nos tratamos poco —respondió ella.

—Ya.

A Jack le hubiera gustado hacer alguna otra pregunta, a pesar de que todo le decía que no serían muy bien recibidas, pero su atención se vio atraída por el gesto serio de su amigo, que lo observaba a su vez con lo que le pareció una buena cuota de preocupación.

—Ni se te ocurra acercarte a ella, Jack, lo digo en serio —dijo él.

—¡James!

El aludido apenas se inmutó por el llamado de su esposa.

—Pretendo darle un consejo.

—Que no recuerdo haber pedido.

Fue Jack quien respondió, sin reparar en la frialdad de su tono, lo que llevó a su amigo a emitir un sonoro suspiro y a alternar la mirada de él a su mujer, que pareció realmente incómoda de verse en aquella situación.

—Cecily es una mujer muy complicada, Jack.

James habló con mucha más calma de la que había mostrado hasta entonces, pero el daño ya estaba hecho. Jack era consciente de que algo extremadamente delicado había ocurrido entre los Haversham y esa mujer que tanto le intrigaba; conociendo a James, dudaba de que su evidente aversión estuviera relacionada con los escándalos que parecían envolverla, no era un hombre prejuicioso. Debía de ser algo más. Y no estaba seguro de desear saberlo.

—Me hago una idea. —Jack respondió sin tener muy claro lo que decía; de pronto sintió que debía encontrar la forma de abandonar esa charla—. Lamento haber sacado el tema, lady Haversham; tal vez deba ponerme con esa carta para tu tío ahora.

Sin esperar respuesta, se puso de pie y, tras dar una cabezada en dirección a lady Haversham y mirar a su amigo de reojo, abandonó la habitación con paso firme.

Cuando James y su esposa se quedaron a solas, esta apretó los labios y dirigió a su marido una mirada cargada de pesar.

—¿Qué, Eleanor? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Tu amigo parece un buen hombre.

James asintió sin vacilar.

—Lo es. Y también demasiado reservado para su bien. Temo que haya pasado por una época muy oscura antes de que lo conociera.

—Sí. También he notado algo de eso —reconoció ella.

James observó a Eleanor con una mirada entendida y pareció decirle con ello mucho más de lo que habría podido poner en palabras, pero aun así, extendió una mano por encima del mantel para tomar la suya y apretar sus dedos al tiempo que le dirigía una leve sonrisa en la que ella fue capaz de leer parte de la preocupación que también la embargaba.

—No me sorprende que lo hayas hecho, porque así es —dijo él—. ¿Puedes imaginar entonces lo que una mujer como tu prima haría a un hombre como él?

No hizo falta que Eleanor respondiera nada. Ambos lo sabían. Lo que solo les inquietó más.

Capítulo 2

Una de las primeras lecciones que Cecily recibió de su madre fue que debía procurar mostrarse complaciente cuando se encontrara en compañía de algunos caballeros. Nada incordiaba más a un hombre que ser puesto en evidencia, en especial cuando se trataba de una mujer, decía la señora Hartford. En su momento, a ella le había parecido un consejo estupendo, y se esforzó por llevarlo a la práctica casi desde que podía recordarlo. Nadie podría igualarla al simular modestia y un aire de desvalida dependencia, lo que le había dado muchas satisfacciones. Sin embargo, desde hacía un tiempo empezaba a encontrar cada vez más molesta la idea de aparentar algo que en verdad no sentía y fingir que encontraba admirable lo que hacía un hombre con pocas luces.

Como en ese momento, por ejemplo, en que habría estado encantada de tomar el alfil de las manos temblorosas del marqués de Radford y golpearlo en la frente con él. ¡Cómo era posible que ese tonto tardara tanto en decidir el próximo movimiento si lo tenía prácticamente frente a sus narices! De haber tenido esa jugada a tiro le habría ganado en un suspiro. O tal vez no, reconoció Cecily con enojo dirigido a sí misma; posiblemente lo hubiera dejado pasar, como llevaba haciendo desde la última media hora. De no ser porque estaba tan interesada en conservar su compañía, hubiera terminado esa partida al poco de empezarla.

Una mujer debe estar dispuesta a tolerar todo tipo de cosas para encontrar un marido adecuado.

La voz de su madre resonó en sus oídos pero, a diferencia de lo que siempre le había ocurrido hasta entonces, en ese momento la encontró no solo molesta sino también realmente estúpida. Casi tanto como el hombre ante ella.

—No me tomará más de un minuto, milady; ya casi lo tengo.

Cecily sonrió al marqués con dulzura y asintió, como venía haciendo desde hacía varios minutos cada vez que él decía la misma frase; era posible que tuvieran aún para largo, así que decidió aprovechar ese momento para examinarlo.

Era un hombre atractivo, pese a que hacía un tiempo que debía de haber cruzado los cincuenta y a que su cabello empezaba a ralear en las sienes. Era evidente que se mantenía en buena forma, y su rostro poseía un aire casi juvenil que sin duda debía de provenir del hecho de que era la clase de hombre que apenas se preocupaba porque prefería delegar sus deberes en otros. Cecily no podía culparlo. Tenía los medios para ello, así como un título que le abría todas las puertas. Y ella lo deseaba con todas sus fuerzas.

Quería ese título y la posición que le daría en la sociedad londinense; estaba harta de ser señalada por sus errores del pasado. Sabía que solo un buen matrimonio la devolvería al sitial que era suyo por derecho de nacimiento, y nada iba a persuadirla de obtenerlo. Resultó relativamente sencillo elegir al marqués de entre otros prospectos. Parecía un buen hombre y no le era del todo indiferente; podrían hacer un buen matrimonio. Solo necesitaba que él hiciera la propuesta y, si debía guiarse por la forma en que la miraba cuando ella simulaba no darse cuenta, no estaban muy lejos de llegar a ese punto.

—No estoy del todo seguro… no me gustaría cometer un error… debe de pensar que soy un tonto.

Cecily obsequió al marqués con una dulce sonrisa y rozó la mano que permanecía sobre el tablero con un ademán estudiado. Fue cosa de un segundo, nadie hubiera encontrado nada reprobador en ello, pero Cecily percibió la sorpresa que lo asaltó y estuvo a punto de sonreír. Casi podía oír las campanas.

—Nunca se me ocurriría pensar algo como eso, milord; todos sabemos que es usted un hombre brillante —respondió ella con fervor —. Tómese todo el tiempo que necesite.

Luego de que el marqués asintiera, al parecer encantado por el halago, y volviera su atención al tablero, Cecily frunció levemente el ceño y se preguntó si sería tan lento en todo y si haría falta que se mostrara tan paciente en cada aspecto de su vida en común. ¿Le tomaría también todo ese tiempo despertar la pasión en ella? En su experiencia, un hombre que se conducía sin prisas en la cama era digno de alabanza, siempre y cuando aquella parsimonia fuera acompañada de cierta destreza, pero algo le dijo que aquel no debía de ser el caso del marqués y estuvo a punto de emitir un resoplido de decepción. Sin embargo, ya había tenido bastante de amantes hábiles que no le habían traído más que problemas, recordó, de modo que podría contentarse con la torpeza del marqués; sin duda llegarían a encontrar una feliz convivencia si ambos ponían de su parte. Las proezas en la alcoba no eran algo que la sedujera del todo. Ya no.

Su interés se vio atraído por un leve revuelo que captó en la entrada, y no le extrañó percibir una sensación muy similar a la que

experimentó en el baile de los Wyndham. El señor Dyer acababa de hacer su aparición y, en tanto se veía rodeado por un pequeño grupo en absoluto discreto que moría por dejar en evidencia la curiosidad que les inspiraba, la observó con una pequeña sonrisa que ella se cuidó de no corresponder. Por el contrario, desvió la mirada y la mantuvo fija en el marqués.

Cuando recibió la invitación a aquella reunión, organizada por la condesa de Bradshaw, no pudo menos que sentirse feliz. Hasta entonces la vieja matrona, que poseía uno de los títulos más antiguos de Inglaterra y cuya palabra era tomada casi como si fuera una ley no escrita entre los suyos, se había mostrado reticente en su trato con ella. Cecily supuso que el interés del marqués no había pasado desapercibido, y de ahí el porqué de aquella atención.

Allí lo tienes, se dijo con una satisfacción que casi pudo saborear. Faltaba muy poco.

—¡Muy bien! Creo que ya lo tengo; dudo de que sea capaz de dar con una buena respuesta a eso, milady.

Cecily observó el rostro exultante del marqués, y luego el tablero, para examinar su jugada. Reprimió un suspiro al comprobar que no era la que ella habría elegido, y que hubiera tenido muy sencillo ganarle con un par de movimientos. Sin embargo, nada dejó traslucir lo que pensaba, en especial cuando fue consciente de una sombra que se cernía sobre ella atisbando sobre su hombro. A pesar de la distancia, no tuvo problemas en reconocer el aroma que despedía el señor Dyer. Algo muy curioso, sin duda, reconoció con cierto resquemor que le llevó a agitarse en el asiento.

—Tal vez si moviera…

—Sé perfectamente qué pieza he de mover, señor Dyer. Muchas gracias.

Cecily apretó los labios al reconocer la brusquedad en su voz y se apresuró a recomponer el semblante para dirigir al marqués una sonrisa.

—Temo que el señor Dyer me cree incapaz de hacer una jugada inteligente —mencionó en tono lastimero—. Me sentiría ofendida de no ser porque estoy segura de que no pretende ser grosero.

Oyó un resoplido tras su hombro y apenas consiguió contener la satisfacción que le produjo saber que lo había molestado. Por algún motivo, y pese a lo poco que se conocían, encontraba que era todo un triunfo y algo que, curiosamente, le hacía sentir bastante bien.

—Es bueno saberlo, porque no pretendía serlo, tan solo…

—No conoce al señor Dyer, ¿verdad, milord? —Cecily miró de reojo al hombre que había dado un paso para ponerse a su altura y lo señaló al marqués con gesto indolente—. Nos visita desde América; es todo un aventurero, por lo que he oído. Señor Dyer, permita que le

presente al marqués de Radford. El marqués es uno de mis más queridos amigos.

Lord Radford cabeceó en señal de saludo y, amable por naturaleza como era, extendió una mano para invitarlo a sentarse, un gesto que Cecily no apreció. Hubiera preferido que se mostrara tan parco y antipático como ella, para así conseguir librarse pronto de él.

—Gracias. —El señor Dyer no dudó en aceptar la oferta, y se dejó caer con una sonrisa que le crispó los nervios—. Veo que llevan una partida muy interesante.

—Estamos a punto de terminar —se apresuró a responder Cecily—. Como podrá ver, el marqués es muy superior a mí y estoy a punto de darme por vencida. No me gustaría quedar en ridículo.

Jack dio una mirada al tablero y elevó las cejas en un gesto de incredulidad, pero tuvo la cortesía de no hacer ningún comentario al respecto. Algo tuvo claro Cecily entonces: no se trataba de un hombre al que fuera fácil engañar.

—Diría que es un juego muy parejo, pero sí, es evidente que el marqués acaba de hacer un movimiento extraordinario.

Cecily hizo como que no oyó el sarcasmo en su voz; por suerte, el marqués tampoco dio muestras de haberlo hecho, aunque en su caso se debiera a que no era capaz de detectar una burla tan refinada.

—Lady Walwyn es una buena oponente, pero no tiene mayor sentido esforzarse cuando uno puede admirar su belleza, ¿no lo cree, señor Dyer?

A Cecily le chirrió un poco la displicencia en la voz del marqués, pero no le extrañó en absoluto. El pobre hombre había pasado la última hora dando largas a la partida con la excusa de que no podía concentrarse con ella ante él. Aún más, si cometía algún error, había señalado antes de empezar, la encontraba absolutamente responsable.

El señor Dyer, gracias al cielo, no hizo ningún comentario al respecto, aunque fue obvio que lo encontró bastante gracioso. Cecily no habría sabido decir si le divertía lo bobo que pareció el marqués al decirlo o el hecho de que supiera que ella se esforzaba por reforzar esa impresión.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, milord, ¿cómo podría ser de otra forma? —Señaló el señor Dyer en tono galante—. Pero me atrevo a decir que, si me lo propusiera, podría hacer las cosas un poco más difíciles para lady Walwyn. En una partida, quiero decir.

Cecily arqueó una ceja y estuvo a punto de emitir un resoplido. ¡Qué arrogancia! Antes de que el marqués pudiera decir una palabra, sin embargo, lo que tampoco hubiera sido nada remarcable, se dijo con enojo, lady Bradshaw hizo un gesto para llamar su atención. Había una joven a su lado, y Cecily frunció el ceño al reconocer a su hermosa y virginal sobrina. Dudaba de que su anfitriona fuera a

desperdiciar la oportunidad de presentarla a un candidato tan codiciado.

El marqués se disculpó con lo que, comprobó con satisfacción, fue un evidente gesto de pesar, y lo observó marchar con ojos entrecerrados. Tan pronto como estuvo segura de que no podría oírla, tomó una pieza del tablero, la reina de marfil, y miró al hombre sentado a su lado.

—¿Por qué finge de esta forma?

El señor Dyer se le adelantó al hablar con una leve inflexión de enojo en la voz, y Cecily no se molestó en simular que no sabía a qué se refería. A su parecer estaba bastante claro, y aunque su primera reacción hubiera sido responder que no era de su incumbencia, de pronto se sintió poco tentada a esbozar más mentiras. ¿Qué sentido tenía hacerlo con un hombre tan perceptivo como él? Solo quedaría como una estúpida.

—No quiero ofenderlo.

Le sorprendió un poco que su respuesta surgiera con un inesperado toque de ternura al señalar con un ademán casi imperceptible al marqués, que asentía en presencia de lady Bradshaw y su sobrina con gesto resignado.

El señor Dyer siguió su mirada y asintió como si fuera capaz de hacerse una buena idea de lo que pensaba.

—Parece un buen hombre —comentó él.

—Es un caballero encantador. Muy dulce. Mi vida a su lado será muy tranquila.

El señor Dyer arqueó una ceja y sonrió; a Cecily le dio la impresión de que habría roto a reír de no ser porque sabía que hubiera atraído demasiada atención sobre ambos.

—¿Y es eso lo que desea? ¿Una vida tranquila? —preguntó él.

Cecily elevó el mentón al mirarlo.

—¿Por qué no? He tenido ya demasiada agitación en mi pasado; un poco de paz me vendrá bien.

—Me cuesta creerle.

Ella se encogió de hombros.

—Es una suerte entonces que me importe tan poco su opinión —respondió Cecily en un tono acerado.

El señor Dyer se inclinó levemente hacia ella y la observó como si quisiera grabar sus rasgos en su retina y sondear en lo más profundo de su interior, todo al mismo tiempo.

—No bromeaba al decir que podría hacer las cosas más difíciles para usted, Cecily —dijo él en un tono tan bajo que a ella le pareció que lo había imaginado—. Y con difíciles me refiero a emocionantes.

Cecily parpadeó, sorprendida por lo suave de su voz; le sonó casi como una caricia. Tuvo que apretar los dientes y tensar la espalda

para recuperar el autodominio que estuvo a punto de perder frente a esa nada sutil invitación. Sin detenerse a pensarlo, esbozó una sonrisa cargada de burla y lo observó con su mejor gesto arrogante.

—Creí que había dicho que no tiene mayor interés en mí —recordó ella.

El señor Dyer sostuvo su mirada sin vacilar.

—¿Dije eso? —replicó él.

—Sí. Y recordará también que respondí que me parecía un alivio porque lo contrario podría suponer un gran problema para ambos. Después de todo, creo haber dejado claro que no hay nada que pueda ofrecerme que me sea de utilidad.

Cecily esperó la reacción a sus palabras con el aliento contenido pero, lo mismo que ella, era evidente que al señor Dyer se le daba muy bien simular indiferencia porque eso fue lo único que vio en su rostro. Bueno, le pareció que en el fondo de sus pupilas, pero muy en el fondo, destelló un resplandor de irritación, pero bien podría haberlo imaginado.

—Claro —él respondió al cabo de unos segundos con voz inexpresiva—. Ya lo recuerdo. Así como recuerdo también que se consideraba capaz de hacerme reconsiderarlo.

—Si quisiera.

El señor Dyer recibió la aclaración con una sonrisa.

—Si quisiera —repitió él.

—¿Le parece gracioso?

—La verdad es que sí. ¿Le han dicho alguna vez que no miente tan bien como le gusta pensar?

Cecily sintió su garganta secarse ante su mirada ardiente y carraspeó, dispuesta a responder con una réplica tan ofensiva como se le ocurriera, pero entonces advirtió que el marqués se dirigía de vuelta en su dirección y tuvo que cerrar la boca con un gesto crispado.

El señor Dyer, en tanto, pareció muy satisfecho consigo mismo y, sin prestar mayor atención al marqués, que se encontraba ya muy cerca, dio una cabezada en señal de despedida y dirigió a Cecily una última mirada antes de perderse entre un grupo que departía en otro salón.

Cuando el marqués finalmente se reunió con ella, Cecily fingió una radiante sonrisa de bienvenida y volvieron a ocupar sus lugares ante el tablero de ajedrez. Ahora, sin embargo, ella no tuvo que esforzarse por fingir torpeza; su mente se encontraba muy lejos de allí, todos sus sentidos alertas al eco de una voz y el recuerdo de unas palabras que aún mantenían a su corazón latiendo a mil.

No hay nada que pueda ofrecerme que me sea de utilidad.

Jack apartó las palabras de lady Walwyn de su mente tan pronto

como bajó del carruaje que lo acercó a su destino. Llevaba varios días dándoles vueltas, enojado por lo mucho que le afectaron en su momento y porque, en el fondo, aunque lo odiara con todas sus fuerzas, sabía que encerraban una gran verdad.

Al dar una mirada al barrio que se dibujaba ante sus ojos, tan miserable como lo recordaba, se dijo que no tenía sentido negar algo tan obvio. No había absolutamente nada que poseyera que lady Walwyn pudiera anhelar; todo lo contrario, supuso. Si ella conociera su pasado, saldría corriendo en dirección contraria, horrorizada ante la sola idea de entablar cualquier tipo de relación con él.

Jack no se detuvo a considerar siquiera en qué clase de relación hubiera estado interesado él de haber sido posible. Dudaba de que la respuesta le otorgara algún consuelo. La atracción que aquella mujer ejercía en él; el efecto que tenía en su mente con tan solo un par de encuentros, era tan inoportuno como vergonzoso. No había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto, y lo mejor era aceptarlo antes de meterse en problemas y arrastrarla a ella también.

La última vez que pisó aquella zona llevaba con él tan solo el atado con las cosas indispensables para sobrevivir un par de semanas que había conseguido reunir su madre con muchos sacrificios y demasiadas esperanzas que el futuro se encargó de disipar con rapidez. Aún temblaba al recordar el frío de aquella mañana en que se esforzó por simular un valor que no poseía y el viento que le calaba los huesos bajo la ropa remendada y los zapatos agujereados. Posiblemente nunca lo hubiera logrado de no haber visto un reflejo de sus miedos y su miseria en los ojos de su madre. Hizo mil promesas entonces; las mismas que lo sostuvieron durante la larga travesía al otro lado del océano y que le sirvieron también de estímulo para no rendirse en los años que lo esperaban. Creyó cada una de ellas y las hizo con todo su corazón, determinado a cumplirlas; pero le faltó tiempo.

Solo un par de años más, susurró al viento con la cabeza gacha y calándose el sombrero por encima de las cejas. Una precaución innecesaria, se dijo al mirar a las sombras que le iban saliendo al paso; nadie lo reconocería. Al verlo, a lo sumo pensarían que era uno de aquellos hombres ricos aburridos que no tenían nada mejor que hacer que internarse en la decadencia de esa zona miserable para encontrar algún entretenimiento.

Si su madre hubiera resistido un par de años más, habría podido cumplir todas y cada una de las promesas que le hizo aquella mañana. Si él hubiera conseguido hacer más, actuar con mayor rapidez, ser más listo…

Suspiró, sacudiendo la cabeza una vez que las ideas que llevaban tanto tiempo atormentándolo lucharon por abrirse paso en su mente.

¿Qué ganaba torturándose con aquello? Llevaría esa carga sobre su espalda hasta el día de su muerte; no importaba que supiera que era algo que lo sobrepasaba por mucho y que no había nada que hubiera podido hacer cuando luchaba por mantenerse con vida.

Su madre esperó por él, tal y como acordaron que haría, pero su cuerpo agotado y las penurias que debió soportar una vez que se quedó a solas minaron sus fuerzas. No resistió mucho tiempo luego de que él se fue. Jack se preguntaba a veces si ella no lo habría hecho con esa intención. Si no se habría esforzado tanto por ocuparse de que dejara aquella vida en busca de una mejor y entonces, al saberlo tan a salvo como era posible en ese mundo inclemente, tan solo dejó de luchar.

Nunca lo sabría, supuso. Pero incluso en ausencia de su madre aún había algo que lo unía a aquel mundo; una de las promesas que había hecho permanecía en pie. Era la única que hizo a regañadientes, en realidad, y solo por el inmenso amor que su madre le inspiraba. Ahora estaba allí para cumplirla, aunque habría preferido dejar que le arrancaran las uñas en su lugar.

La casita que él y su madre ocuparan durante buena parte de su vida se hallaba casi oculta entre otras igual de miserables, pero esta se veía incluso más descuidada que las otras. La estrecha calzada para llegar hasta allí estaba inundada de desperdicios y sintió un nudo en el estómago al toparse con un grupo de niños que lo rodearon con miradas de anhelo y desconfianza. Conocía muy bien esas miradas. Él debió de ver de la misma forma alguna vez a los extraños que aparecían por la zona en su niñez.

Sin pensarlo, porque sabía que no dejaba de ser un gesto algo arriesgado, tomó un puñado de monedas del bolsillo de su levita y lo lanzó a sus pies. Se lo hubiera entregado al que le pareció mayor, pero nada aseguraba que no lo tomara todo para sí; al menos así se encontrarían en igualdad de condiciones. Tal y como esperó, los niños se lanzaron por las monedas y tuvo la satisfacción de comprobar, al mirar sobre su hombro según caminaba sin aligerar el paso, que todos parecían haber tomado algunas.

Eso supondría al menos un par de días de buena comida para ellos y sus familias. Siempre y cuando contaran con alguna.

Se detuvo de golpe al encontrarse ante la puerta de la casucha. Las bisagras colgaban de sus goznes y el olor que se colaba por entre la rendija lo obligó a contener un momento el aliento. Se había vuelto demasiado delicado, se dijo con un gesto de desagrado; antes había estado muy familiarizado con ese aroma, era posible que él oliera de esa forma incluso después de llegar a América.

Antes de que pudiera arrepentirse, dio un leve golpe a la madera podrida y la abrió sin esperar respuesta.

Al encontrarse en el interior de aquel lugar tuvo que cerrar los ojos un instante porque se vio asaltado por los recuerdos. Vio a su madre acunándolo en la minúscula cama que compartían en un extremo de la habitación, apenas separada del resto por una sábana que hacía las veces de cortina; las sillas que una vecina les obsequiara para usarlas ante la mesa desvencijada en el fondo, y los estantes con un par de libros viejos que su madre se había negado a vender porque fueron con los que le enseñó a leer. Podía recordar su voz con claridad silabeando cada palabra con una paciencia infinita; el arrullo de esas letras que lo mantuvieron a salvo antes de que debiera enfrentarse nuevamente a la dura realidad. Le sorprendió que no fuera capaz de llorar al recordarlo cuando su corazón le apretaba en el pecho al pensar una vez más en la frustración por no haber sido capaz de retribuir de alguna forma todo lo que hizo por él.

Una tos rasposa lo forzó a abandonar sus pensamientos y su mirada se endureció de inmediato al reconocerla. La había oído muchas veces antes, pero nunca tan ruidosa; la sensación de asco que le inspiró, sin embargo, era la misma que recordaba.

—Vaya, vaya.

Su mirada se vio atraída de inmediato a un bulto que había tomado por un lío de ropas abandonadas en un rincón de la oscura habitación. El porqué aquel hombre había preferido reposar sobre la tierra apisonada que servía de suelo en lugar de sobre la cama, le tenía sin cuidado.

Una nueva andanada de tosidos interrumpió lo que sin duda debió de ser una expresión burlona. A él siempre se le había dado bien eso. Burlarse de los otros y de su dolor.

—Veo que no te ha ido mal. —La voz volvió a resonar en el lugar.

—Y yo veo que continúas con vida —mencionó Jack adentrándose en la habitación—. No puedo decir que me alegre.

A pesar de lo ácido de sus palabras, el hombre emitió algo que sonó como una carcajada al tiempo que se incorporaba. Jack esperó en silencio a que se pusiera de pie; en ningún momento se le ocurrió ayudarlo, prefirió examinarlo con frialdad para ver lo que el paso del tiempo había hecho sobre él.

Tal y como pensó que ocurriría, se veía mayor de lo que recordaba; no tenía clara su edad, pero no le hubiera extrañado que la mala vida le hiciera parecer aún más viejo de lo que era. Se había encogido, además, o tal vez fuera él quien creciera; en realidad, daba igual. Al mirarlo al rostro surcado de arrugas y suciedad, se encontró con unos ojos muy similares a los suyos y los rastros de una ferocidad que permanecía latente, aunque ahora ya no le provocaba temor, sino desprecio.

¿Qué había dicho su madre cuando le hizo prometer que velaría

por él? *No escogemos a nuestros padres, cariño; pero es nuestro deber cuidarlos si está en nuestras manos.*

Jack esbozó un gesto de desagrado, pero hizo un esfuerzo por disminuir su animadversión. No lo llevaría a ninguna parte, salvo a dar vueltas en círculos. A él jamás le gustaría ese hombre y este lo sabía; en el fondo, era posible que aquel pensamiento le agradara, de allí el placer que siempre había mostrado cuando él dejaba aflorar su odio. Si deseaba marcharse pronto, lo mejor era ir al grano.

—¿Por qué continúas viviendo así? Con el dinero que te envié podrías arreglar este lugar un poco.

Un nuevo remedo de carcajada recibió sus palabras, pero Jack no permitió que lo alterara. El hombre se arrastró más que caminó hasta una de las sillas y se dejó caer; ni le ofreció ocupar la otra ni a Jack se le ocurrió considerarlo.

—Supongo que podría. Pero los centavos que enviaste apenas sirvieron para comer…

—Eso no es verdad; envié más que unos centavos, pero incluso si hubiera sido así, sería mucho más de lo que mereces —Jack no pudo reprimir la respuesta, pero procuró sonar más conciliador al continuar —. Da igual. Era para que lo usaras en lo que te hiciera falta; si prefieres continuar viviendo así y asegurarte el licor, eso es asunto tuyo.

—Dije que lo usé en comida.

—Sí, claro.

Jack cerró los ojos un momento, sintiéndose tan torpe como cuando era un niño, solo que ahora se encontraba también incómodo, porque se sintió ridículo al pensar en ello.

—Prometí a madre que me ocuparía de ti, y eso pienso hacer…

—Nunca te pedí nada.

Jack hizo como si no lo hubiera oído.

—… pero no pienso convertirme en una fuente inagotable de dinero para que puedas solventar tus vicios.

El hombre se apoyó en una esquina de la mesa ante él, y solo entonces Jack reparó en que parecía más encorvado de lo que apreció en un inicio.

—Qué bonito hablas ahora. ¿Eso también lo aprendiste en América?

—Sí. Y también a no perder mi tiempo. —Jack lo miró con los ojos entrecerrados.

Su padre empezó a reír, pero se vio asaltado por un acceso de tos y tuvo que llevarse una mano a los labios, encorvándose sobre la mesa con los párpados apretados. Jack sintió el impulso de acercarse a él, pero fue cosa de un instante, y se dijo que habría ocurrido igual de haberse tratado de cualquier otra persona. Era algo que aún le costaba

dominar.

—¿Qué tan mal estás?

La pregunta surgió en un tono de voz frío e impersonal una vez que el ataque pasó y el hombre se hubo recompuesto al echar el cuerpo contra el respaldar de la silla, aspirando aire como si le costara más allá de sus fuerzas.

—Lo suficiente —respondió él con un hilo de voz—. ¿Te alegras?

Jack estuvo a punto de asentir y decir que sí, que desde luego que se alegraba, pero algo le impidió hacerlo. En lugar de ello, guardó silencio y, al cabo de un momento, tras emitir un casi inaudible suspiro, se acercó a la mesa para dejar un sobre que sacó del bolsillo de su abrigo. El hombre le lanzó una rápida mirada y pudo ver la avidez en sus ojos. Suspiró una vez más y dio media vuelta en dirección a la puerta.

—Me iré pronto —dijo, lanzándole una rápida mirada por encima del hombro y con una mano sobre la madera podrida.

Su padre no respondió, pero cabeceó con un movimiento pausado y Jack vaciló antes de moverse. Había algo que necesitaba saber, pero le costó una barbaridad encontrar las palabras, inseguro acerca de si deseaba obtener una respuesta.

—¿Ella…? —empezó, en un tono muy bajo—. ¿Fue acaso…?

—Fue rápido —el hombre lo cortó con brusquedad—. Casi no se dio cuenta de nada.

Jack asintió con un nudo en el estómago, avergonzado por la debilidad que sintió inundando su cuerpo y el hecho de que, de haberse encontrado a solas, posiblemente se hubiera echado a llorar.

Era algo que le había torturado con frecuencia. Saber cómo habían sido los últimos días de su madre. En la carta que él le envió para anunciar su muerte no había profundizado en las circunstancias en que ocurrió salvo para nombrar una de esas enfermedades que acostumbraban atacar a las personas en aquella zona. Jack llevaba algún tiempo sin ponerse en contacto porque estaba en espera de conseguir un empleo con el tío de James, y cuando al fin lo obtuvo, cuando vio ante sí una pequeña rendija de luz en la oscuridad en que se hallaba sumido hasta entonces, emocionado ante la idea de escribir a su madre para contárselo, recibió aquel mensaje.

Había tardado demasiado.

Ahora su padre decía que ella no había sufrido, tal y como se angustiaba pensando; pero la verdad era que no hacía una gran diferencia. Sin decir una palabra más, atravesó el umbral y cerró la puerta tras de sí, alejándose por entre el camino infestado de suciedad con los hombros caídos y un rictus de frustración en el rostro. No esperaba que aquel encuentro le deparara ninguna satisfacción; ni deseaba echar en cara a su padre su éxito ni burlarse de la miseria en

la que lo hallara. Pensó que no sentiría absolutamente nada que no fuera desprecio; pero en lugar de ello lo asaltó una sensación de amargura que, supuso, le acompañaría por siempre.

Cecily y su madre habían sostenido siempre una relación complicada. Aunque en apariencia eran muy similares y la señora Hartford se mostraba orgullosa de declarar que su única hija se había mostrado siempre complaciente y receptiva a sus consejos, la verdad era que en fondo resentía la forma en que la criara. Era algo que le costó comprender en su juventud; entonces se había sentido satisfecha de ser considerada la luz de sus ojos y ver cumplidos todos sus caprichos, pero ya no estaba tan segura de que hubiera sido lo mejor. En una ocasión había oído a su padre hablando con su hermano Gabriel poco después de su presentación en sociedad. Hablaban de ella y de cómo tendrían que elegir con mucha inteligencia al hombre a quien concederían su mano; había recibido ya algunas propuestas, aunque ninguna la entusiasmó del todo.

Su padre comentó que sería más fácil si ella no se pareciera tanto a su madre, a lo que Gabriel respondió que necesitaba a alguien que la pusiera en vereda y la hiciera bajar del pedestal al que la habían subido. Entonces Cecily se había sentido furiosa, y le resultó muy difícil controlar el impulso de hacer notar su presencia y enfrentar a su hermano; pero mucha agua había corrido desde entonces y ahora era lo bastante sincera para reconocer que tal vez Gabriel no estuviera del todo equivocado. De haber mirado al mundo desde una altura más razonable, se habría ahorrado algunas caídas muy dolorosas.

Algunas más desagradables que otras, se dijo al contemplar con disgusto al hombre frente al que la habían sentado.

Oliver Eliot, barón de Saint Germaine, era un hombre extremadamente atractivo y muy consciente de ello. En realidad, consideró Cecily devolviéndole una mirada velada en la que esperaba hacer evidente su molestia por atraparlo mirándola de una forma tan descarada, habría podido pasar por una versión masculina de ella misma antes de caer en la cuenta de que aquella soberbia era menos atrayente de lo que le gustaba pensar en su inocente juventud.

Pero ya se daría cuenta él por sí mismo alguna vez, supuso; y esperaba que fuera de una forma especialmente dolorosa. Con ese agradable pensamiento, clavó su tenedor en un trozo de melón y se lo llevó a los labios sin apreciar del todo su dulzura porque percibió una mirada fija en sus movimientos.

Él otra vez.

¿Que no tenía bastante con Eliot?, se preguntó con enojo, decidida a no mirar en aquella dirección. La determinación le duró poco, sin embargo, porque no pasaron ni dos minutos antes de encontrar una

excusa plausible para buscar al responsable de crispar aún más sus nervios. Él ni siquiera la veía en ese momento, lo que le pareció una injusticia; esperaba darse el gusto de avergonzarlo con una mirada ofendida. Al parecer, tendría que resignarse con observarlo a placer en tanto él respondía a las preguntas que le hacía la mujer sentada a su lado.

Una vez más, Cecily se dijo que era demasiado guapo para que terminara de encontrarlo atractivo; era posible, además, que fuera incluso más joven que ella, al menos un par de años, algo que siempre había considerado poco atrayente en un hombre. Entonces, ¿por qué no podía dejar de mirarlo y de pensar en lo que sentiría si la tocaba?

Todo era culpa del marqués, obviamente, consideró desviando la vista cuando reparó en que no podía dejar de admirar los dedos que jugueteaban con el pie de su copa. Unos dedos largos propios de un pianista que le habría encantado acariciar.

Si el muy tonto hubiera asistido a aquella cena, en ese momento habría podido dedicarse a continuar con su labor de conquista; quizá, de haberse esmerado lo suficiente habría obtenido finalmente una propuesta. Pero su anfitriona, la señora Rollington, había indicado que él declinó la invitación porque se encontraba en Southampton. Según había cuchicheado ella, su presencia en aquel lugar se debía a que era allí donde llegaría su anciana tía, la matriarca de la familia, y debía llevarla luego a la propiedad familiar, a unos kilómetros de distancia.

Pero ni siquiera el hecho de que la señora Rollington sugiriera a media voz que aquella visita se debía a que el marqués requería su venia para dar un paso importante en su futuro consiguió animarla. Nada le aseguraba que ese paso estuviera relacionado con ella y, de ser así, mientras no tuviera un anillo en su dedo y al marqués de rodillas, no tenía sentido forjar falsas esperanzas.

Tendría que esperar a su regreso y comprobar por sí misma lo que aquel viaje influiría en el futuro que tenía trazado. En tanto, solo le quedaba conservar la calma y no permitir que su impaciencia fuera evidente; además de bregar con la presencia de hombres como Saint Germaine; y el señor Dyer, por supuesto, se recordó con un mohín de disgusto.

La cena se le hizo eterna, y cuando al fin pudo ponerse de pie y abandonar el comedor con las otras damas, decidió que se quedaría solo unos minutos, lo suficiente para no llamar la atención, y se marcharía a casa para acostarse temprano. De pronto le dolía terriblemente la cabeza y solo deseaba cerrar los ojos y olvidarse de todas aquellas intrigas e incertidumbre. Si alguien le hubiera advertido cuando era una jovencita de todos los problemas en los que se metería por seguir sus impulsos y cómo iba a pasar todos aquellos momentos intentando recuperar un espacio en la sociedad a la que

siempre había amado pertenecer purgando por sus faltas, se lo habría pensado dos veces antes de tomar algunas decisiones.

O quizá no les habría escuchado en absoluto, reconoció con un nuevo gesto de enojo, que se apresuró a ocultar al advertir que una joven se dirigía a ella al tiempo que los caballeros se reunían con el grupo en el salón. Había perdido su oportunidad de marcharse con discreción por estar en las nubes, comprendió, resignada a esperar un poco más. No quería dar la impresión de que se marchaba porque no soportaba estar en presencia de ciertos caballeros. Aunque esa fuera la absoluta verdad.

—¿Sabe que es un estupendo jinete? Me ha prometido que nos acompañará en nuestro próximo paseo por el parque; mi madre está encantada.

Cecily arqueó una ceja al registrar la vocecilla emocionada que surgió de la joven que se había sentado muy cerca de donde ella se encontraba; en un diván cercano a la chimenea. Le lanzó una rápida mirada y reconoció a una debutante con el cabello rubio como una nube y el rostro de un ángel. Forzó una sonrisa amable al comprender que se dirigía a ella y miró por el rabillo del ojo en la misma dirección que ella, aun cuando lo hizo con mucha más discreción.

¡Qué sorpresa!, se dijo con acidez al dar con el destinatario de su admiración; pero no permitió que el inexplicable resquemor que le inspiraba el señor Dyer fuera demasiado notorio.

—Un caballero encantador —comentó con dulzura—. ¿De modo que ha mostrado interés en contar con su compañía?

La alusión estaba clara, e incluso una joven inexperta debía de ser capaz de reconocerla. Y así fue, comprobó Cecily al ver el rubor que subía graciosamente al rostro de la muchacha.

—No he pretendido sugerir algo como eso… solo dije… mi madre lo invitó y él fue lo bastante amable para aceptar —concluyó al fin con voz entrecortada.

Cecily sintió lástima por ella y se reprendió por su falta de tacto. La chica no tenía la culpa de nada, y aun cuando encontrara extrañamente molesto el hecho de que pareciera fascinada con ese hombre, no tenía ningún derecho a mostrarse odiosa con ella.

—Descuide. He sido yo quien ha llegado a esa conclusión, pero no sería extraño que así fuera. El señor Dyer revelaría un estupendo juicio al mostrar inclinación por usted.

Cecily se felicitó de haber conseguido dar con las palabras apropiadas para disculparse y halagar a la joven, que sonrió, agradecida.

—Mi madre dijo que es un candidato estupendo pese a su falta de títulos; después de todo, ha oído que no es americano, después de todo, sino inglés, y que hizo su fortuna gracias a su relación con la

familia del vizconde de Castlecomer. —La chica habló sin poder contener su emoción, pero apenas pronunció las palabras se vio vagamente arrepentida—. Desde luego, no digo que eso sea lo más importante.

Cecily ocultó una mueca burlona. Vaya que lo era. En especial para su madre, de eso no le cabía ninguna duda. Alguna vez lo fue también para la suya, aunque la señora Hartford cada vez se veía menos inclinada a aconsejar que buscara un candidato demasiado destacado; con un hombre de buena reputación y conducta intachable le bastaba, y Cecily compartía parte de esa idea. Pero la chica era joven, apenas salida del cascarón, y en su mente y la de su familia, lo más importante era organizar un buen matrimonio para ella. Un hombre lo bastante rico para asegurar el ritmo de vida al que estaba acostumbrada y que era, además, buen amigo de un noble de conducta cuestionable, pero admirado, no era un candidato a desdeñar. Daba igual en dónde hubiese nacido.

—Estoy segura de que su madre solo piensa en su bienestar —respondió al cabo de un momento, y en cierta forma era sincera—. El señor Dyer sería un hombre extremadamente afortunado de contar con su atención.

Tal y como esperaba que ocurriera, la jovencita sonrió, emocionada, pero su rostro varió de golpe esa expresión por una de conmoción.

—Viene hacia aquí —susurró con el gesto demudado—. ¿Nos habrá oído?

Cecily contuvo la tentación de poner los ojos en blanco. Hubiera deseado decir que, por muchas maravillas que se cantaran respecto al señor Dyer, dudaba de que tuviera un oído muy superior al de la media y que con todo el ruido de las charlas en el salón aquello era bastante improbable. Pero forzó un gesto simpático para tranquilizarla y observó al hombre que se acercaba a ellas con expresión inalterable.

—Lady Walwyn. —Él se situó ante ella y cabeceó en señal de saludo—. Señorita… me alegra verla nuevamente.

De no ser porque lo creía poco probable, Cecily hubiera jurado que el señor Dyer había olvidado el apellido de la joven. Se habría echado a reír en su cara de no ser porque, aunque encontraba muy divertida la idea de burlarse de él, sin duda la muchacha se habría sentido desolada de haberlo sabido.

—Señor Dyer —no tenía idea del motivo, pero Cecily decidió ir en su ayuda y librarlo de humillar a la pobre chica—, la señorita Carrington me contaba que es un excelente jinete.

Él pareció aliviado y le dio la impresión, además, de que estaba agradecido por esa consideración que debió de adivinar que no había sido casual; pero Cecily no estaba de humor para apreciarlo.

—Puedo mantenerme sobre un caballo sin pasar vergüenza, si a eso se refiere; pero no diría que soy un experto —comentó él, sonriendo.

—¡Qué modesto! —El comentario de Cecily sonó a cualquier cosa menos a un halago y ambos lo notaron de inmediato, así que ella carraspeó para restar sarcasmo a su tono y continuó—: La señorita Carrington mencionó también que planean un paseo por el parque. Espero que pueda mantenerse el tiempo suficiente sobre el caballo para disfrutarlo.

A la joven debió de resultarle incómodo que hablaran de algo relacionado con ella con semejante ligereza, porque carraspeó suavemente, reclamando su atención, y al ver la forma en que observaba al señor Dyer, batiendo sus tupidas pestañas y con una sonrisa cargada de promesas, Cecily se dijo que tal vez no fuera tan ingenua como le había parecido.

—El señor Dyer lo hará muy bien, estoy segura de ello; solo espero que no encuentre aburrida mi compañía. Temo que mi madre no le dejó otra alternativa que aceptar su invitación —comentó ella con un sonrojo encantador.

El aludido ensanchó la sonrisa y miró a la joven con una mueca divertida.

—Su madre fue muy amable al invitarme y estoy ansioso por acompañarlas.

A Cecily no se le escapó el inteligente uso del plural en la respuesta del hombre y se preguntó si no pretendería con eso dejar en claro que su interés no estaba dirigido solo a hacer de compañía a la joven, pero esta no pareció advertirlo, algo que no le extrañó. Por el contrario, la señorita Carrington pareció tomar aquella respuesta como una invitación a mostrarse más locuaz y empezó a hablarles de todos los bailes a los que había asistido hasta entonces y cómo esperaba poder verlos en los que aún restaban de la temporada.

Desde luego, tuvo el buen gesto de incluir a Cecily en la mención, pero ella pudo ver que toda su atención estaba puesta en el señor Dyer y este no la defraudó al mostrarse agradecido por esa deferencia. Le costó mucho no hacer una mueca burlona al ver de uno a otro; al observarlos con atención no tuvo más alternativa que reconocer que en verdad hacían una pareja muy atractiva, y era imposible ignorar que una unión entre ambos sería muy ventajosa para ambas partes. La belleza y los buenos pergaminos de ella se amalgamarían de forma perfecta con la riqueza y la inteligencia de él. Podía entender por qué la madre estaba tan ansiosa de alentar esa relación.

—… no dudo que a mi madre le encantaría, pero es posible que lady Walwyn tenga otros planes.

Al oír su nombre, Cecily parpadeó para apartar sus pensamientos,

y le extrañó encontrarse con el rostro levemente ceñudo de la joven fijo en el suyo. ¿Qué acababa de ocurrir? El señor Dyer, que debió de advertir su desconcierto, sonrió y la observó con una ceja arqueada.

—Sugerí a la señorita Carrington que usted podría acompañarnos en ese paseo por el parque; me pareció muy entusiasmada por la idea y creo que podría disfrutarlo.

Cecily apretó los labios, sin saber qué decir, algo que odiaba porque por lo general se le daba muy bien esconder sus sentimientos y mostrar lo que los demás esperaban ver; apenas dudaba. En ese caso, lo normal habría sido que sonriera con afectación, agradeciera la invitación y la rechazara luego sin que se le moviera una ceja. Eso habría sido actuar en consecuencia con el desagrado que había mostrado hasta entonces en todo lo que a aquel hombre se refería; pero por algún motivo no pudo hacerlo. Como mucho logró esbozar una tensa sonrisa que no llegó a sus ojos y sostuvo su mirada sin disimular su confusión porque hubiera hecho una sugerencia como aquella. ¿No conocía perfectamente lo que pensaba la gente de ella? Tal vez la joven Carrington se hubiera acercado en un arrebato de curioso arrojo, pero con seguridad a su madre no le haría ninguna gracia tener que incluirla en un paseo que debía de haber planeado con tanto cuidado.

Y fue precisamente por ello por lo que no necesitó pensarlo demasiado para dar una respuesta.

—Qué amable de su parte, señor Dyer, y qué generosidad la suya al estar dispuesta a permitir que los acompañe, señorita Carrington. Estaré encantada de unirme a su grupo —anunció al fin con una sonrisa brillante.

La joven acogió su respuesta con lo que sin duda esperó que pareciera una sonrisa amistosa, aunque fracasó estrepitosamente. Cecily estuvo a punto de sentir pena por ella, pero le quedó tan claro lo que en verdad pensaba de ella una vez que apartó la curiosidad que le llevara a acercarse en primer lugar, que no pudo menos que sentir una amarga satisfacción de la que posiblemente se arrepintiera luego.

—Muy bien; estoy seguro de que lo pasaremos estupendamente.

El señor Dyer fue el único que pareció realmente complacido con su decisión, lo que no le extrañó en absoluto; después de todo, acababa de salirse con la suya manipulándola de una forma vergonzosa. Si antes le resultaba antipático, en ese momento su desagrado se disparó hasta las nubes y habría cedido con gusto al infantil impulso de pegarle un pisotón de no ser porque las personas a su alrededor ya tenían una muy mala impresión de su comportamiento.

La señorita Carrington se disculpó poco después, prometiendo enviar la invitación formal para el paseo; de pronto la joven parecía

menos animada, pero ni siquiera el disgusto le restó ni un ápice de belleza y sonrió al señor Dyer con dulzura antes de dirigirse en dirección a donde se encontraba su madre. Las vio conversar con rapidez y no le extrañó que la señora Carrington la observara como si deseara ahogarla en un cubo.

Cecily suspiró y desvió la vista; estaba familiarizada con la idea de saberse odiada, y en alguna época casi lo había disfrutado, pero era otra cosa que empezaba a dejar de resultarle agradable. No deseaba gustar a todo el mundo, pero aquello era demasiado.

—Debe de encontrarse muy disgustada conmigo.

Cecily observó el hombre a su lado que, advirtió sin mayor sorpresa, no parecía arrepentido por el problema en que la acababa de meter.

—¿Por qué hizo algo como eso? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros antes de responder.

—Me gusta su compañía.

—¿Por qué?

—Para ser sincero, no estoy seguro. Dios sabe que se esmera porque sea lo contrario.

Cecily apretó los labios y dio un paso para alejarse de él al tiempo que daba una mirada alrededor; necesitaba alejarse pronto o la gente estaría encantada de tejer historias acerca del interés que parecía despertar en aquel hombre. Si el marqués se enteraba, todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

—No soy una distracción, señor Dyer…

—Puede llamarme Jack.

Cecily le dirigió una mirada afilada.

—Como decía, señor Dyer, creo que no es consciente de lo mucho que puede perjudicarme este juego suyo.

—No tenía idea de que esto se tratara de un juego.

Cecily se abstuvo de preguntar a qué se refería con «esto». Dudaba de que le gustara saberlo.

—La señorita Carrington es una joven encantadora; debería de abocar sus esfuerzos en conquistarla.

El señor Dyer, o Jack, como Cecily decidió que lo llamaría cuando pensara en él, algo que posiblemente hiciera más de lo que le gustaba reconocer, pareció realmente sorprendido por esa sugerencia y la observó con las cejas elevadas en señal de incredulidad.

—No tengo ningún interés en la señorita Carrington —respondió él sin vacilar.

—Es una lástima que ella no piense lo mismo. O su madre —replicó Cecily con una ácida sonrisa—. Tal vez debería replantearse esa posibilidad; harían una estupenda pareja.

—Agradezco la sugerencia, pero me creo bastante capaz de elegir a

las mujeres por quienes siento verdadero interés.

Cecily hizo como si no lo hubiera oído; y también como si no hubiera sido capaz de notar forma en que la miró al decir aquello. Esperaba que nadie más lo advirtiera.

—En ese caso, debería andarse con cuidado o se verá ante el altar sin saber qué le ocurrió —aconsejó ella en tono burlón.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien por usted; no me gustaría verlo metido en un problema del que no pueda escapar.

—Qué amable de su parte.

Cecily decidió que ya había tenido bastante de aquello y buscó con la mirada un lugar al cual escapar. Estuvo a punto de suspirar de alivio al notar que algunas personas habían empezado a marcharse y se dispuso a sumarse a ellas; así llamaría menos la atención. Pero antes de que pudiera despedirse, Jack ladeó levemente el cuerpo para cerrarle el paso con discreción al adivinar lo que tenía en mente. Cecily tan solo atinó a mirarlo con el ceño fruncido, anonadada por semejante imprudencia.

—Irá al paseo.

Aquello le sonó más a una declaración que a una pregunta y estuvo a punto de negarse tan solo por llevarle la contraria y hacerle ver que no tenía el poder de decidir por ella; pero se tragó sus palabras al comprender que, en el fondo, y aun cuando todos sus instintos le decían que cometía un gran error, la verdad era que deseaba ir. De modo que asintió de mala gana y arqueó una ceja en señal de advertencia. Él no necesitó que dijera una palabra. Con esa promesa, se hizo a un lado y la contempló marchar con una sonrisa que le escarapeló cada vello del cuerpo.

Capítulo 3

Jack se las arregló para no volver a mencionar a Cecily Walwyn en presencia de los Haversham aun cuando le parecía un desperdicio convivir con dos personas que evidentemente conocían tan bien a una mujer acerca de la que deseaba conocerlo todo y no poder hacer una sola pregunta al respecto. Algo le decía que su amigo y su esposa hubieran podido ser, de haberlo deseado, una inagotable fuente de información; pero estaba también muy claro que su relación con la baronesa era no solo distante sino que también debía de haber ocurrido algo delicado entre ellos para que se mostraran tan desconfiados en todo lo que a ella se refería.

Esperaba enterarse con el tiempo del motivo de esa animadversión, pero en tanto confiaba en sus buenas gestiones para averiguar todo lo que pudiera acerca de esa mujer por sus propios medios. Por lo pronto, había escuchado todo tipo de chismes, la mayor parte maliciosos y sin duda exagerados, pero si algo le había enseñado su vida en América, y como parte de la sociedad en la que se movía debido a sus negocios, era necesario saber usar un buen filtro al recibir esa clase de rumores. La información era valiosa, pero hubiera sido estúpido de su parte tomar todo por cierto. Además, la misma lady Walwyn le había dado una buena guía respecto a lo que debía tomar por verdad y lo que no.

¿Era una viuda en absoluto apenada por la muerte de su marido? Eso estaba bastante claro.

¿Se fugó con ese conde italiano cuyo nombre no recordaba y desató un escándalo monumental con su comportamiento? Sin duda era verdad.

¿Estaba ahora desesperada por recuperar su sitial en sociedad al grado de batallar para casarse con ese marqués bienintencionado pero ridículo? A su pesar, debió reconocer que posiblemente así fuera.

¿Y todo aquello a él le sentaba como una patada en el estómago porque le parecía un crimen que una mujer como ella estuviera determinada a terminar sus días sumida en una vida ociosa y vacía para cubrir las apariencias cuando hubiera podido aspirar a mucho

más? Bueno, sí, y con ese más, Jack pensaba en todo lo que hubiera sido capaz de ofrecerle él.

Tuvo que reír al llegar a esa conclusión.

¿No lo había dejado ella muy claro? No había absolutamente nada que él hubiera podido ofrecerle que encontrara valioso. Y considerando que en realidad él no tenía muy seguro qué era aquello que habría ofertado de haberla encontrado más receptiva, tal vez había sido una suerte. El matrimonio estaba descartado, por el bien de ambos; pero se le ocurrían muchas cosas más que habrían podido disfrutar en otras circunstancias.

La visión de ese precioso cabello regado sobre su almohada y la piel que adivinaba cremosa y blanca como la nieve desnuda a su lado estuvo a punto de arrancarle un gemido. Bueno, después de todo tal vez sí tuviera una idea de lo que le habría gustado ofrecerle; pero algo le decía que lady Walwyn no aceptaría meterse en su cama con facilidad.

¿Le gustaría convencerla de que estaba equivocada? Desde luego que sí.

Jack sujetó las riendas de su montura con fuerza y rogó porque nada en su semblante revelara lo que pensaba al tiempo que se acomodaba sobre la silla para relajar sus músculos tensos. No había fanfarroneado al decir que se creía lo bastante hábil para mantenerse sobre un caballo sin pasar vergüenza, pero estaba poco acostumbrado a esos paseos tan habituales para los nobles. El dar vueltas alrededor de un parque sin mayor propósito lo aburría hasta el bostezo; jamás comprendería qué encontraban de entretenido en perder el tiempo de aquella forma. Pero él no era uno de ellos, y nunca lo sería; tal vez hiciera falta nacer con sangre azul corriendo por las venas para entenderlo, se dijo con cierto cinismo.

—Debe de haberlo sorprendido encontrarse con un grupo más grande de lo que esperaba; pero mi madre dijo que sería divertido invitar a otros de nuestros amigos.

Jack cabeceó para dar a entender que había oído a la señorita Carrington, que acababa de llegar a su lado acoplando el paso de su montura, pero se abstuvo de responder porque dudaba de que fuera a decir nada muy agradable. No obstante, la joven tenía razón en algo: había sido una sorpresa para él llegar al punto de reunión y encontrarse con al menos una decena de personas listas para iniciar el paseo en medio de charlas alegres y sirvientes dando vueltas para cumplir sus pedidos. En especial cuando reparó en la presencia de lady Walwyn, que lucía espléndida en un traje de montar ceñido a su grácil figura y con el cabello bien sujeto bajo un sombrero que cubría sus ojos. Desafortunadamente, no se encontraba sola; el marqués de Radford iba a su lado como un perro de caza bien amaestrado.

Un movimiento brillante de parte de la señora Carrington, tuvo que reconocer de mala gana. Tal vez lady Walwyn tuviera razón después de todo y aquella familia lo había puesto en la mira como un posible pretendiente para su hija. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, viró el rumbo del caballo para aumentar la distancia entre él y la montura de la joven.

James había mencionado la posibilidad de que algo como aquello podría ocurrir, pero Jack respondió entonces que era una tontería. Ninguna familia con una gota de sangre noble en el cuerpo consideraría la idea de entablar cualquier tipo de parentesco con él, por mucho dinero que tuviera en su cuenta corriente; eran demasiado orgullosos como para ello y él no era más que un desconocido venido del otro lado del mundo sin ningún blasón para aportar.

Pero su amigo había mencionado también que la sociedad londinense no era la misma que él había conocido antes de enrumbar a América, en especial si tenía en cuenta que jamás la conoció en verdad. En la actualidad las cosas eran distintas: los nobles empobrecidos estaban dispuestos a entregar a sus hijas para asegurar una buena fortuna y no se mostraban ya tan quisquillosos con los orígenes del marido de turno siempre y cuando su nombre no se encontrara rodeado de escándalos.

A Jack eso último le había causado mucha gracia porque nada le parecía más escandaloso que proceder del lugar en que había nacido; ningún noble, por arruinado que estuviera, habría consentido que un hombre nacido en la pobreza y con un pasado como el suyo se acercara a una de sus hijas, pero no se lo comentó a James. Aunque él conocía parte de su historia, Jack se había guardado los detalles más escabrosos, y no porque no confiara en su amigo, sino porque no era algo acerca de lo que le gustara hablar; formaba parte de su pasado y estaba determinado a mantenerlo así. Pero aquello no lo hacía menos real, se recordó con una mueca amarga.

—El marqués llegó hace apenas un par de días y ha sido una suerte que aceptara acompañarnos —la joven continuó al notar su mirada fija en la pareja que avanzaba un par de metros por delante—. Mi madre pensó que sería un buen gesto invitarlo a favor de lady Walwyn. Ya habrá oído que esperamos un anuncio en cualquier momento.

Jack asintió, pero esta vez encontró las palabras para responder sin revelar lo que pensaba.

—Dudo que este sea el escenario para una propuesta de ese tipo —comentó él.

La señorita Carrington rio y miró a la pareja con un mohín.

—Bueno, tal vez no lo fuera en circunstancias normales; pero no creo que a lady Walwyn le importe —replicó ella en un susurro,

inclinándose sobre el caballo para evitar ser oída por los otros—. Ella estará feliz de salirse con la suya; mi madre dice que esta es su última oportunidad de recomponer su vida.

A Jack le habría encantado sugerir que su madre podría utilizar su tiempo de mejor forma que hablando a espaldas de los demás con tanta malicia, pero logró contenerse. Dudaba de que fuera un comentario bien recibido. En lugar de ello, incómodo por haberse visto involucrado en aquel tipo de charla, sonrió con frialdad a la señorita Carrington y golpeó suavemente los flancos de su caballo para adelantar al resto del grupo.

No tenía del todo claro cuál era el programa para aquel día más allá de mantener un trote pausado y saludar a quienes le salieran al paso; los sutiles matices del comportamiento social en circunstancias como aquella se le escapaban totalmente. Aunque James y su tío acostumbraban a decir que se había amoldado estupendamente al ambiente más refinado en que se conducía luego de dejar su antigua vida atrás, la verdad era que en el fondo nunca conseguiría sentirse parte de ese mundo.

Advirtió un movimiento extraño del lugar en que había visto a lady Walwyn y al marqués y miró en aquella dirección por el rabillo del ojo. Ella se mantenía sobre su montura con la misma deliciosa elegancia que había mostrado hasta entonces, pero Jack notó que sostenía las riendas con más fuerza de la necesaria, al grado de que su caballo empezaba a inquietarse por la tensión que debía de percibir. En tanto, el marqués tenía el rostro ladeado y las mejillas coloreadas de un rojo subido, como si estuviera conteniendo alguna imprecación; parecía tan alterado como ella, aunque era evidente que lady Walwyn le llevaba mucha mayor ventaja en dominar sus emociones.

Jack estuvo a punto de acercarse en un rapto de descarada curiosidad. Nadie a su alrededor parecía haber reparado en lo ocurrido; en parte porque aquellos dos habían ido disminuyendo el paso hasta quedar rezagados, pero apenas un par de minutos después, cuando se debatía respecto a qué hacer, reparó en que el marqués espoleaba a su animal con un último gesto de reproche dirigido a la mujer que a su vez lo veía con expresión acerada, y daba media vuelta para abandonar al grupo marchándose en dirección contraria. Jack arqueó una ceja y contuvo un silbido. Le costaba calzar semejante muestra de descortesía con un hombre tan formal y aferrado a las normas como el marqués; debía de haber ocurrido algo serio.

Creyó que lady Walwyn se marcharía en la misma dirección en que desapareciera el marqués o, en su defecto, se uniría al resto del grupo fingiendo indiferencia, algo que había notado que se le daba estupendamente, pero lo sorprendió al girar el rumbo de su montura con suavidad y alejarse en dirección a una arboleda que bifurcaba el

sendero. Jack no tuvo ni que pensarlo. A la primera oportunidad, y luego de asegurarse de que el resto de los paseantes continuaban su camino algunos metros por delante, fue en su busca.

La encontró pronto; apenas acababa de internarse en la arboleda, algo más tupida de lo que le pareciera desde lejos. Ella había desmontado y le daba la espalda; su caballo pastaba a un par de metros, ajeno a su amazona, que sostenía la fusta de montar con todas sus fuerzas y contemplaba la hierba a sus pies con expresión concentrada.

Jack pensó que no había reparado en su presencia y por un instante se planteó dar media vuelta y regresar por donde había venido; pero se vio incapaz de hacerlo. Le pareció que aquella mujer tan segura de sí misma y determinada a mostrarse invencible de pronto se veía disminuida y frágil. Y también terriblemente agotada.

Sin vacilar, desmontó con ligereza y dejó su caballo libre para que fuera a reunirse con el otro. Aunque pretendió ser discreto, fue obvio que sus movimientos no pasaron inadvertidos para la dama porque la vio tensarse con brusquedad y oyó que exhalaba un suspiro de molestia. Sin embargo, no se giró a mirarlo de inmediato sino que mantuvo la vista gacha y los hombros muy erguidos.

Jack se acercó a ella, aunque dudaba de que su presencia fuera bien recibida, cosa que comprobó tan pronto como lady Walwyn le dirigió una mirada sesgada que reveló lo mucho que le disgustaba que fuera él quien la viera en aquellas circunstancias. A él no se le ocurrió urdir alguna frase que explicara el que la siguiera a ese lugar porque ella se daría cuenta si mentía y, además, no sentía ningún deseo de fingir. Ambos sabían qué era lo que le había llevado hasta allí.

—Parece que el día no terminará como tenía pensado.

Fue ella quien habló, rompiendo el silencio entre ellos con un matiz sarcástico que le hizo torcer el gesto. Habría preferido que no pretendiera enmascarar sus pensamientos de aquella forma, no ante él. Pero decidió seguir su juego porque era consciente de que una mujer como lady Walwyn jamás se mostraría vulnerable ante quien consideraba un desconocido. Uno que además parecía no inspirarle demasiada confianza.

—Vi marcharse al marqués —comentó él.

Lady Walwyn asintió e hizo un movimiento casi imperceptible al oscilar la fusta de un lado a otro con la rítmica cadencia de un péndulo. La atención de Jack se vio irremediablemente atraída hacia allí, apreciando la forma en que sus dedos delgados apresaban el mango, pero volvió a contemplar su rostro en cuanto la oyó exhalar un suspiro de enojo.

—Quiere presentarme a su tía —indicó ella en tono afilado—. Acaba de llegar a Londres con él y me ha invitado a tomar el té en su

residencia.

Jack se preguntó qué había de malo en ello. ¿No era eso lo que hacían las damas en aquellos tiempos? Le costaba entender qué era lo que había molestado tanto a lady Walwyn. Porque sabía que de eso se trataba. Estaba furiosa. Y debía de habérselo dejado muy en claro al marqués; de allí que este se marchara de tan mal humor.

Ella lo observó nuevamente y pareció comprender su desconcierto, porque esbozó una sonrisa burlona.

—Quiere verme para así poder juzgarme en persona y recordar luego a su sobrino todas las razones por las cuales casarse conmigo sería un gran error —explicó ella—. Y él, desde luego, la oirá. No me lo dijo con esas palabras, pero está claro que el presentarme a su tía es una especie de prueba; el problema es que estoy segura de que jamás podría pasarla.

—¿Por qué piensa algo como eso?

Lady Walwyn recibió su pregunta como si la hubiera estado esperando y lo observó como si fuera de lo más divertido.

—El marqués respeta a su tía como si fuera su madre; ella lo crio y él no hace absolutamente nada sin consultárselo primero —indicó ella para lanzarle luego una mirada mordaz—. Dígame, señor Dyer, ¿le gustaría a su madre que se casara con una mujer como yo?

Fue el turno de Jack para esbozar una sonrisa carente de calidez y la miró con una ceja arqueada.

—No tengo cómo saberlo. Ella está muerta.

Vio que su respuesta la sorprendió, y hubiera podido jurar que un leve destello de arrepentimiento afloró a sus ojos, pero se recompuso con rapidez y volvió a adoptar su máscara de indiferencia.

—Lo lamento mucho, no lo sabía —musitó ella en un tono de voz sincero y algo menos frío del que había usado hasta entonces—. Pero debe comprender a qué me refiero, ninguna madre…

—Si el marqués es lo bastante idiota para desistir de casarse con usted por temor a lo que pueda decir su tía, o quien fuera, entonces simplemente no la merece. Estoy seguro de que usted lo sabe.

Lady Walwyn dejó de oscilar la fusta y empezó a acariciar el mango con el pulgar asumiendo una actitud pensativa.

—Ojalá las cosas fueran tan simples como usted parece pensar —comentó ella al cabo de un momento en silencio, observándolo de reojo.

—Deberían serlo —replicó él—. Después de todo, hablamos de elegir a la persona con quien compartir nuestra vida. ¿No debería de ser la decisión más fácil de tomar?

—La mayor parte de la sociedad inglesa no estaría de acuerdo con usted.

Jack sonrió.

—Siempre he considerado a la mayor parte de la sociedad inglesa como una recua de idiotas, así que no dice nada que me sorprenda.

Lady Walwyn correspondió a su sonrisa ya sin rastros de amargura y Jack se encontró admirando las líneas afiladas de su rostro y la forma en que algunos rizos de su cabello se habían escapado de su rígido peinado y se enroscaban alrededor de su cuello. Le habría encantado deslizar los dedos por esa piel satinada.

—Tenga cuidado, señor Dyer, le costará encajar entre nosotros si continúa diciendo esa clase de cosas.

Jack se vio obligado a desviar la vista y a parpadear para contener su deseo. Qué curioso que hacía un momento se hubiera visto atraído a ese lugar llevado por una malsana curiosidad y en ese momento le costara incluso recordarlo; solo podía pensar en lo que aquella mujer le inspiraba y cuánto le hubiera gustado haber podido explorarlo sin culpas.

—No estoy interesado en encajar —replicó él en un tono grave que le sonó extraño incluso a sus oídos, y se preguntó si ella lo habría notado—. Nunca lo he hecho.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—No pertenezco a ninguna parte ni estoy interesado en hacerlo.

—Ese es un pensamiento un poco triste.

—Pero soy libre.

Lady Walwyn cabeceó, ensimismada, como si su respuesta, más que sorprenderla, la hubiera conmovido más allá de lo esperado.

—Libre —repitió ella al cabo de un instante, con una leve chispa en sus ojos—. Nadie es del todo libre en este mundo, señor Dyer; todos somos esclavos de algo.

Jack estuvo a punto de replicar que estaba equivocada; que él no le debía nada a nadie porque se había asegurado de que así fuera. Que su vida le pertenecía por completo y que estaría encantado de desafiar a quien se atreviera a sugerir lo contrario. Pero no pudo. Porque, en el fondo, sabía que ella estaba en lo cierto, aun cuando los amos a los que ellos respondían no podían ser más distintos. Lady Walwyn era esclava de sus propias ambiciones, en tanto que él lo era de su pasado.

—¿En verdad no aceptará la invitación del marqués? —preguntó él en cambio.

Le pareció importante saberlo aun cuando era consciente también de que aquello en verdad no hacía mayor diferencia en lo que a él se refería. Si lady Walwyn descartaba al marqués, encontraría a alguien tan conveniente como él para asegurarse de obtener lo que deseaba.

—Así se lo he dicho —respondió ella, con una nueva oleada de orgullo que a Jack estuvo a punto de arrancarle una sonrisa—. Y no cambiaré de opinión. Lo que el marqués haga o deje de hacer no está ya en mis manos.

—Él no renunciará a usted.

—¿Qué le hace pensar eso?

Jack dudó un instante antes de responder, pero cuando lo hizo, fue mirándola fijamente a los ojos y con una desagradable sensación en el pecho que lo obligó a cerrar sus manos a los lados con fiereza.

—Ningún hombre con sus cinco sentidos lo haría —contestó él, sorprendido de la naturalidad con que surgió su voz—. ¿Poder tenerla y renunciar a ello? Tendrían que colgarlo.

Otra mujer en su lugar quizá se hubiera ruborizado y desviara la vista, sobrecogida por una declaración como aquella, pero lady Walwyn sonrió y sostuvo su mirada sin parpadear. A Jack le habría encantado saber lo que pensaba; no obstante, estaba seguro de que ella no se lo diría y no lo tomó a mal. Había muchas cosas que él tampoco pensaba decir.

El relincho de un caballo llegó hasta ellos y Jack miró en la dirección de la que provenía. Entre los árboles que los protegían de las miradas ajenas, creyó atisbar unas siluetas no muy lejos de donde se encontraban. Quizá hubieran notado su ausencia y ahora estaban en su busca, aunque no tenían cómo saber que el marqués no se hallaba con ellos. Vio la alarma en el rostro de lady Walwyn y le sonrió para restar importancia al asunto; luego se acercó al caballo que ella montara y lo tomó de las riendas para acercarlo, haciendo un gesto para que volviera a la silla.

—Puede reunirse con nuestros compañeros; yo regresaré a casa —indicó él con una mano extendida para ayudarla a montar—. Si preguntan por mí, diga que no me ha visto o que me marché poco después que el marqués. Dudo que les importe.

Lady Walwyn hizo un mohín para dar a entender que no estaba de acuerdo con eso último, pero tras vacilar un instante tomó su mano y puso un pie sobre el estribo, alzándose con un movimiento grácil y seguro.

—Le aseguro que hablarán —indicó ella.

Jack aferró su mano con la suya, sin dejar de mirarla. Había un aire de divertido desafío en sus ojos, como si temiera aquello tanto como lo encontrara gracioso y él correspondió a su gesto con un encogimiento de hombros.

—Que hablen —replicó él, sosteniéndola aún en tanto ella acomodaba sus faldas—. Con lo mucho que lo disfrutan, casi sería una descortesía de mi parte impedírselo.

Lady Walwyn echó un vistazo a lo lejos, sin responder, pero luego posó la mirada sobre sus manos unidas y Jack habría podido jurar que lamentaba tener que soltarse. Pero lo hizo, claro, luego de apretar los labios en un gesto determinado.

—Fue agradable verlo, señor Dyer; a pesar de las circunstancias.

Jack cabeceó y no dio un solo paso en tanto la veía marchar; en realidad, se mantuvo allí de pie y con expresión inmutable hasta que los cascos de su caballo se perdieron entre los árboles y oyó el eco de su voz al reunirse con el resto del grupo. Solo entonces, exhaló un leve suspiro y tomó las riendas de su propio caballo para volver a la casa de los Haversham.

De pronto el paseo había perdido la poca gracia que conservara hasta entonces para él y ansiaba regresar a lo suyo. Escribir cartas, hablar con James de los muchos negocios que tenía en mente y cerrar tantos tratos como le fuera posible.

Era algo que se le daba bien. Algo en lo que era útil. Una pequeña parte del mundo de la que, al menos en apariencia, podía sentirse parte. Tal vez no fuera mucho, pero siempre había sido suficiente para él y tenía planeado que así continuara siéndolo aunque una voz en su interior empezara a incordiarlo con la idea de que por una vez en su vida lamentara aquello que nunca podría tener.

—He oído que obligó al marqués a desafiar a su tía.

—Es verdad; también lo escuché. Dicen que le dio a elegir entre ambas.

—No me sorprende. Sabía que la vieja condesa nunca la aceptaría y que la única forma de asegurar su matrimonio con el marqués sería poniendo esas condiciones. La pobre mujer no podría hacer nada contra ella; tiene a ese tonto hechizado. Cuando se dé cuenta de qué clase de mujer convirtió en marquesa será muy tarde para él.

Cecily dirigió una deslumbrante sonrisa a las mujeres que acababa de atrapar intercambiando chismes respecto a ella y tuvo la perversa satisfacción de verlas sonrojarse antes de que le dirigieran falsos saludos que ella se apresuró a corresponder.

Hipócritas, susurró entre dientes una vez que consiguió alejarse de ellas. E hipócritas mal informadas, además, concluyó.

Ella jamás puso ninguna condición al marqués; ni siquiera había vuelto a hablar con él después de aquel intercambio de palabras en el paseo organizado por las Carrington. Lo último que supo fue que había viajado al campo durante unos días en compañía de su tía y que poco después ambos regresaron a la mansión familiar en Londres. Claro que poco después llegaron algunos rumores a sus oídos acerca de que la condesa se había mostrado un poco distante en las escasas ocasiones en que se les vio juntos, y apenas el día anterior recibió unas hermosas flores de parte del marqués junto con una tarjeta en que ofrecía sus excusas por su última discusión y la invitaba a acompañarlo a la ópera. Su tía también estaría presente, dijo, y sería la oportunidad perfecta para que la conociera. Una mera formalidad, aseguró; pero le había hablado mucho acerca de ella y ardía en deseos

por conocerla.

A Cecily aquello le sonó a una dulce promesa emponzoñada por el odio que sin duda debía de reservar su tía para ella. Aunque el marqués no lo mencionó, debía de haberle informado de que estaba determinado a ofrecerle matrimonio lo aprobara ella o no, y no tuvo más remedio que aceptarlo y pedir conocerla. Cecily casi podía imaginar todo lo que aquella anciana estaría ansiosa por decirle.

La pregunta era: ¿se encontraba ella dispuesta a pasar por todo eso para obtener lo que ansiaba? Hasta hacía un par de meses, ni siquiera lo hubiera considerado. Por supuesto que estaba dispuesta. No solo eso; parte de ella incluso tal vez tomara todo aquello como un triunfo sobre esa mujer que sin duda la despreciaba y también sobre buena parte de la sociedad londinense. Pero ahora que tenía la victoria al alcance de la mano no conseguía alegrarse del todo.

La posibilidad de que aquellas sorprendentes reservas estuvieran relacionadas con la presencia de Jack Dyer en su vida ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Era posible que volviera a verlo aquella noche, supuso en tanto esperaba a que la modista terminara de disponer todo para la última prueba de su vestido. Si se encontraba satisfecha con el resultado, lo llevaría con ella a casa, y en caso contrario ya se encargarían de enviarlo durante el transcurso del día una vez que hubieran hecho los ajustes. Lo importante era que quedara perfecto para esa noche que, tal vez, se convirtiera en una de las más importantes de su vida.

Nunca habría aceptado acudir al salón de madame Babineaux de no ser por la importancia de aquel encargo. Sabía que iba a encontrarse con otras mujeres que como ella se encontrarían afanadas por dar con el traje perfecto para esa ocasión. Y un grupo de mujeres como las que acostumbraban acudir a esos lugares solo significaba una cosa: que se vería rodeada de miradas maliciosas y cuchicheos hipócritas.

Pero valdría la pena, se recordó Cecily elevando el mentón al reparar en que las mujeres a las que acababa de pillar hablando de ella retomaban la charla con las cabezas muy juntas en tanto fingían encontrar muy interesante el gran libro de muestras que una ayudante de la modista había dispuesto para ellas. Posiblemente discutieran acerca de qué tan escotado les parecía su vestido o si el marqués tendría conocimiento de algún detalle de su vida que ellas pudieran mencionar a fin de hacerlo entrar en razón.

A Cecily todo aquello le importaba más bien poco; tenía otras cosas más importantes que considerar. Por ejemplo, cuál sería su respuesta si el marqués decidía hacerle una proposición aquella noche durante la ópera. La idea de negarse estaba fuera de toda duda, pero ya no se sentía del todo convencida de aceptar de inmediato; tal vez

fuera más apropiado que lo hiciera esperar un poco. Una segunda petición era lo habitual entre las jóvenes, se recordó con un mohín de disgusto, pero esas serían sus segundas nupcias y no tenía sentido dar largas innecesarias. Tendría que aferrarse a esa oportunidad con uñas y dientes y felicitarse por haber sido lo bastante lista para conseguir llegar a ese punto.

Odiaba dudar.

Frunció el ceño de forma inconsciente y no abandonó el semblante indeciso hasta que la modista apareció haciendo mil ademanes para darle la bienvenida en tanto dos ayudantes cargaban con extrema delicadeza el vestido que debía probarse. Cuando su mirada se posó sobre el fardo de seda y terciopelo no pudo contener una casi inaudible exhalación; si el resultado era tan bueno como esperaba, se vería espléndida. Precisamente lo que necesitaba.

Con esa certeza y decidida a ir un paso a la vez, Cecily se puso de pie y siguió al pequeño grupo tras un biombo, lejos de las miradas de las otras mujeres. Esperaba impresionarlas una vez que se encontrara con ellas en la ópera de la misma forma en que confiaba en hacerlo con el marqués.

Luego… bueno, ya vería qué hacer luego. Ocurriera lo que ocurriera, estaba lista para hacerle frente.

Jack nunca conseguía sentirse cómodo en espacios cerrados; lo alteraban más allá de toda explicación y habría dado casi cualquier cosa por poder salir a tomar un poco de aire puro, pero no necesitó preguntar para saber que no era una práctica muy común cuando te encontrabas en la ópera, rodeado de buena parte de la rígida sociedad londinense y cuando casi todos los ojos estaban puestos en ti. Porque el resto se hallaban fijos en dirección contraria. Y a su parecer le parecía ridículo que no fuera así con todos. ¿Quién podía malgastar su tiempo en observarlo cuando tenían a una mujer como lady Walwyn a quien admirar?

Ya se lo había dicho a ella. Eran una recua de idiotas, sin duda.

Se encontraba en el palco de los Haversham y podía sentir más que ver cómo James permanecía atento a sus movimientos. Tal vez temiera que hiciera algo tan absurdo como lanzarse desde esa altura para intentar llegar hasta lady Walwyn. Una idea ridícula, claro; la distancia era demasiado grande, hubiera terminado por romperse el cuello al caer sobre los pobres infelices que se encontraban en la platea. No que se hubiera molestado en calcularlo.

A su parecer, lo que su buen y en exceso preocupado amigo debería hacer era prestar toda su atención a su esposa, que no solo se veía encantadora aquella noche sino que además parecía tan inquieta como él. Si aquella molestia estaba relacionada con la presencia de su

prima y el interés que a él le costaba tanto disimular… bien, hubiera sido lamentable de ser el caso, porque lo último que deseaba Jack era incomodar a los Haversham. Ellos no habían podido ser unos anfitriones más atentos; pero le provocaba cierto resquemor ser tan consciente de lo mucho que reprobaban precisamente a la mujer a quien él más deseaba.

Porque, tras mucho pensarlo, y luego de sostener algunas batallas consigo mismo, eso era algo que tenía al fin claro. No le hacía ni pizca de gracia y lo consideraba extremadamente peligroso, pero era lo bastante razonable para reconocer que deseaba a Cecily Walwyn con cada célula de su cuerpo y que la certeza de que jamás podría tenerla le causaba un ardor en el pecho que en ese momento, al observarla sonreír en dirección al marqués, amenazaba con ahogarlo. ¡Era ridículo! ¿Acaso era posible siquiera morir debido al deseo insatisfecho?

—Te sorprendería saberlo.

Jack miró sobre su hombro con un sobresalto y se encontró con la sonrisa de lady Haversham, que acababa de responder a una pregunta de su esposo y que en ese momento lo observaba con una ceja arqueada, como si pretendiera hacerle parte de alguna conspiración.

—James cree que es imposible disfrutar de la ópera de inicio a fin sin sentir la necesidad de salir corriendo a la menor oportunidad —explicó ella—. Habla como si no me hubiera visto permanecer aquí durante horas sin dar muestras del menor aburrimiento.

—Pero a ti te encanta porque tienes una sensibilidad muy especial —se apresuró a aclarar su esposo—. Yo me refería al común de los mortales. A hombres como yo, o Jack.

Lady Haversham se dirigió entonces al aludido con los brillantes ojos grises muy abiertos.

—¿Le aburre la ópera, señor Dyer? —preguntó ella.

Jack dudó un segundo antes de responder.

—Creo que es un espectáculo muy interesante —empezó él con mucho tacto—: pero me veo incapaz de disfrutarlo como merece.

—Una manera extremadamente diplomática de decir que, lo mismo que yo, preferiría salir corriendo.

Lady Haversham lanzó a su esposo una mirada de pesar, pero luego rompió a reír como si no pudiera resistirlo y su risa atrajo la mirada de algunos de los ocupantes de los palcos vecinos. Jack aprovechó el momento para buscar el rostro que lo tenía obsesionado y tuvo la satisfacción de comprobar que lady Walwyn también miraba en su dirección. Pero ella no reía, sino todo lo contrario; tenía el ceño fruncido y el rostro ladeado como si su mente se encontrara muy lejos de allí, aunque Jack creyó atisbar un brillo de enojo chispeando en sus pupilas cuando posó la mirada un instante en su prima.

Entonces los músicos empezaron a tocar, las luces fueron apagadas por los encargados y el teatro se fue sumiendo en un silencio que retumbó tanto en sus oídos como las charlas que habían tenido lugar hasta hacía unos minutos.

Al buscar nuevamente la mirada de lady Walwyn entre la penumbra, reparó en que toda su atención estaba puesta en la mujer a su izquierda, una anciana tan cargada de joyas y pieles que se le dificultó hacerse una idea clara de su tamaño, aunque desde esa distancia consideró que era minúscula. Su porte, sin embargo, la libraba de parecer una niña sobre la silla y en ese momento, en que logró descifrar su expresión altanera, comprendió que debía de tratarse de la tía del marqués, esa suerte de juez por quien lady Walwyn sentía tanta desconfianza.

De modo que había transigido en conocerla después de todo, se dijo sin mayor sorpresa. Sin duda una mujer como la baronesa era lo bastante lista para saber que no podía echarse encima a la que podría convertirse en su familia política, pero estaba seguro también de que no tenía en mente hacerlo sencillo para el marqués. Si ella se encontraba allí era porque estaba segura de poder ganar; no la imaginaba jugando una partida como aquella sin estar segura de tener la mejor mano.

En ese momento, como si fuera capaz de percibir su mirada, lady Walwyn lo miró de reojo luego de responder a una pregunta del marqués, que parecía desbordado por las mujeres a quienes debía atender, y Jack sintió como si lo hubieran sometido a una descarga eléctrica que lo llevó a sujetarse del borde de la silla.

Entonces lo supo.

Ella también lo deseaba. Y lo odiaba profundamente por eso.

Jack vio como en un sueño que lady Walwyn se ponía de pie tras lanzarle una última mirada de fastidio y que susurraba unas palabras al oído del marqués en un gesto cargado de intimidad que le llevó a fruncir el ceño. La otra dama en el palco apenas si la miró, pero fue obvio visto desde donde él se encontraba que parecía reprobar todos y cada uno de sus movimientos. Era posible que incluso encontrara molesto el hecho de que respirara, se dijo él apretando los dientes. ¿Por qué demonios se esforzaba tanto Cecily Walwyn en pertenecer a una familia como aquella?

James y su esposa charlaban en voz muy baja con las cabezas juntas; Jack advirtió que la mano de su amigo descansaba sobre su brazo y que ninguno parecía ser del todo consciente de su presencia. Esa fue una de las escasas ocasiones en las que no se sintió como si se encontrara sobrando al hallarse en su presencia; el hecho de que no parecieran verlo ayudó a que pudiera abandonar el palco con mucha discreción.

Al internarse en el corredor apenas iluminado a media luz por las lámparas de gas adosadas a las paredes fue atisbando entre las cortinillas que separaban los otros palcos. Estaba dispuesto a dar toda la vuelta hasta dar con ella, aunque algo le dijo que no la encontraría departiendo con los demás asistentes al teatro. Se veía demasiado alterada al abandonar su lugar como para socializar con otros, en especial cuando la mayor parte de esos otros no eran precisamente amables con ella.

Comprendió que estaba en lo cierto al distinguir un brillo dorado a su derecha, en lo más alejado del corredor, y según fue acercándose reconoció el malva del vestido que había admirado en lady Walwyn al verla llegar a la ópera. Ella se encontraba apoyada sobre una pared, medio oculta por los cortinajes de terciopelo que parecían encuadrar su cabello sujeto en lo alto de la cabeza con unos broches de diamantes. Parecía un ángel. Pero él sabía que no había mucho de angelical en ella y encontró la idea bastante reconfortante. No tenía idea de qué hubiera hecho de haber sido lo contrario.

Ella lo observó llegar por entre los párpados caídos y no pareció que encontrara sorprendente su presencia. Tal vez lo esperara. O quizá le importara tan poco que bien podría haberse tratado de cualquier otro. Cualquiera que fuera el caso, Jack tuvo algo por seguro. Ella estaba furiosa. Y, por extraño que pudiera ser, le dio la impresión de que buena parte de esa furia estaba dirigida a él.

—Supongo que no tiene sentido decirle cuán poco conveniente sería que nos encontraran aquí en este momento, señor Dyer.

Fue ella la primera en hablar, y lo hizo en un tono tan bajo que Jack tuvo que inclinarse para oírla, lo que le permitió también admirar la línea de su cuello y los hombros desnudos. Despedía un aroma delicioso, y estuvo a punto de acercar la nariz a su rostro, pero se contuvo a duras penas.

—Creo que debería empezar a llamarme por mi nombre —dijo él en cambio, tras carraspear, y tuvo la satisfacción de ver que la había desconcertado porque lo observó con el ceño fruncido—. Así yo podré llamarla por el suyo. Me gusta mucho. Cecily.

Lady Walwyn, o Cecily, como había decidido que la llamaría, se lo permitiera ella o no, exhaló un resoplido casi inaudible y le dirigió una mirada rencorosa.

—Tiene usted un extraordinario don de la oportunidad, Jack, ¿se lo habían dicho alguna vez? —Ella no esperó a que él respondiera o a que se recuperara de la satisfacción que le provocó oír su nombre en sus labios—. Parece que se encuentra siempre cerca cuando lo que yo necesito es un poco de soledad.

—¿Está segura?

—¿De que está siempre cerca como si se encontrara rondándome y

en espera de encontrarme…?

Jack la interrumpió con una sonrisa.

—No. Me refería a que quiere estar sola. Porque no es esa la impresión que me dio el otro día en el parque o lo que parece en este momento.

Las pupilas de Cecily emitieron un destello peligroso que él tuvo a bien ignorar.

—¿No? ¿Y qué le parece entonces?

—Que está furiosa. Y triste. Tal vez también un poco frustrada —enumeró Jack sin cortarse—. Y que necesita dejar salir todos esos sentimientos o va a estallar.

Cecily cruzó los brazos a la altura del pecho, con lo que el bajo del escote le pareció más pronunciado y tuvo que desviar la vista para no hacer una tontería. Ella, demasiado alterada para notarlo, lo veía a su vez con una irritación casi palpable.

—Es posible que tenga algo de razón —reconoció ella en tono afilado—. Estoy furiosa, y extremadamente frustrada. Pero se ha equivocado en algo: no estoy triste.

—No estoy de acuerdo.

—¡Qué sorpresa!

Jack hizo como si no la hubiera oído y dio un paso hacia ella al advertir el eco de unos cuchicheos un tanto alejados de donde se encontraban. Tal vez se hubiera mostrado muy desenfadado cuando ella mencionó el problema en que podría meterla si los encontraran en lo que parecía una cita clandestina, pero la verdad era que era muy consciente de ello. Lo fue en el parque y lo era en ese momento. No porque a él le importara lo que pensaran los demás sino porque sabía que ella jamás podría perdonarle que echara por tierra todos sus esfuerzos por recuperar su reputación y afectara sus opciones con el marqués.

—Está triste —repitió él sin dudar—. Y no pretendo ser capaz de conocer sus sentimientos mejor que usted misma, pero puedo ver que intenta ocultarlo. ¿No está harta de fingir? ¡Está triste! ¿Qué diablos con eso? ¿Por qué piensa que es un crimen que alguien más pueda verlo?

Cecily aspiró con fuerza; Jack supuso que se debía tanto al hecho de que temía que le oyeran como que fuera capaz de afirmar tal cosa con semejante seguridad. Con un gesto brusco y que desmentía en parte el aire de fragilidad que tanto se esmeraba por aparentar, lo tomó de la manga de su traje de etiqueta y tiró de él hasta que se vieron internados entre los cortinajes que, advirtió Jack, no llevaban a otro palco, como había supuesto, sino a unas escaleras ocultas que supuso debían de ser de uso de los empleados del teatro.

—Escúcheme bien —empezó ella en un susurro y sin hacer amago

de soltarlo—. Entiendo que este no es su mundo y que puede encontrar extrañas algunas de nuestras costumbres; pero eso no le da derecho a juzgarme, ¿entiende? Si digo que no estoy triste es porque no lo estoy, y aun cuando estuviera mintiendo, no es nadie para cuestionarlo. Soy libre de hacer o decir lo que me parezca mejor.

Jack sonrió, lo que a Cecily pareció sorprenderla. Suavizó un poco el agarre y elevó el mentón para observarlo con mayor atención. Se encontraban escandalosamente cerca; el espacio que compartían era tan pequeño que Jack tuvo que apoyar una de sus manos sobre la pared a su izquierda; era eso o habría tenido que apoyarse sobre ella, y supuso que a Cecily eso no le habría hecho mucha gracia. Aunque la idea a él le encantara. El bajo de su vestido se enredaba en sus pantalones y rogó porque ella no fuera consciente de cuán difícil le resultaba no ceder al impulso de frotarse contra ella y que sintiera siquiera una mínima parte de lo que él experimentaba al sentirla tan cerca.

—¿Qué le parece tan gracioso? —preguntó ella con voz ahogada.

—Lo que acaba de decir. Que es libre —respondió él sin vacilar—. Hace solo unos días aseguró que todos somos esclavos de algo en este mundo, Cecily, incluso usted. Sus actos no son los de una mujer libre; todo lo que hace y dice está destinado a complacer a los demás, y aun cuando intente convencerse de que lo hace para obtener lo que quiere, la verdad es que es tan libre como un ave enjaulada. Como todos los que están aquí.

Jack miró un momento sobre su hombro con semblante pensativo y luego volvió su atención al rostro ante él. Cecily respiraba con fuerza y con los labios entreabiertos, dejando a la vista parte de su lengua, y él se vio acercándose incluso más aun cuando en realidad no había un espacio donde hacerlo. Sintió su pecho pegado al suyo que subía y bajaba a un ritmo acelerado, pero ninguno hizo amago de alejarse. Ella porque se encontraba furiosa y él… bueno, él tenía claro por qué no podía moverse, y hubieran tenido que matarlo para que lo hiciera aun cuando sabía el riesgo que corría.

—Se cree muy listo ¿cierto? —espetó ella de mala gana y hablando sobre sus labios—. Aparece aquí de la nada con su dinero y ese aire de juez del carácter; como si fuera capaz de calarnos a todos con una sola mirada, y en el fondo tan solo nos desprecia. Seguro que está ansioso por volver a América y contar a sus amigos cómo son todos esos *esnobs* ingleses con los que tanto se ha divertido. Quizá hasta tenga un par de conquistas de las que vanagloriarse…

—Nunca haría algo como eso —interrumpió él, empezando a sentirse tan enojado como ella—. No me conoce en absoluto si cree que sería capaz de actuar de esa forma.

—Ah, pero es que de eso se trata. No lo conozco, es verdad, y

tampoco usted a mí, aunque le guste aparentar lo contrario —replicó ella de inmediato—. Y no tengo ningún interés en cambiarlo. Le he dicho antes que no hay nada en usted que pueda interesarme y creí que lo había entendido. Pero aquí estamos, porque no es capaz de contener su molesta costumbre de meterse donde no le importa.

—¡Eso no es verdad!

—¿Qué? ¿Que no es más que un entrometido?

Jack apresó su mano con la suya y acarició sus dedos con un temblor que desconcertó a ambos.

—No. Que no me importa —musitó él—. Usted me importa, Cecily.

Ella se quedó sin habla por varios segundos antes de empezar a aspirar con una enorme lentitud; como si de pronto el aire se hubiera vuelto demasiado pesado para sus pulmones.

—¿Por qué dice algo como eso? —preguntó ella en una voz que no sonó como suya—. Está loco si piensa que podría… en ningún escenario…

Jack sonrió y apoyó la frente sobre la suya, arrancándole un suspiro que se coló entre sus labios.

—Resulta gracioso que escogiera esa palabra considerando en dónde nos encontramos —comentó él—. ¿No sería acaso un teatro el lugar preciso en el que actuar de esa forma?

—Jack…

—Está furiosa por mí culpa, ¿cierto? Y siente que me detesta precisamente porque odia lo que siente al verme.

Jack habló como si estuviera discutiendo el clima, con absoluta naturalidad, en tanto Cecily lo observaba con los ojos muy abiertos y una expresión de confusión pintada en el rostro.

—No lo odio —aseguró ella con voz tan temblorosa como sus manos entrelazadas—. Jamás he pretendido que lo pensara.

—Pero lo parece —mencionó él con voz risueña y un toque de ternura que pareció ablandar sus rodillas, porque se tuvo que sostener a su brazo con la mano libre—. Pero está bien; no me molesta. La entiendo. Sé por qué lo hace. Es por la misma razón por la que no he hecho otra cosa que intentar acercarme a usted desde la primera vez que la vi. Es evidente que no todos reaccionamos de la misma forma ante esta clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó ella en un hilo de voz.

Jack llevó su mano de la pared tras ella a su mejilla y acarició la piel sedosa con los dedos.

—La atracción. El deseo —respondió él llevando sus caricias a los labios de la mujer, que los entreabrió en un gesto reflejo—. Usted quiere alejarse de mí y yo solo puedo pensar en mi necesidad de acercarme y tocarla. Quiero hacerla mía aun cuando sé que nada la horroriza más que la idea de permitírmelo. Así como sé que hace bien.

Ya lo dijo varias veces: no tengo nada que ofrecerle que pueda desear.

Cecily cerró los ojos un segundo y cuando los abrió nuevamente Jack se encontró con algo sorprendente. Se veían empañados por las lágrimas que apenas podía contener; un par de ellas terminaron por rodar entre sus mejillas y se vio inclinando el rostro para sorberlas con los labios, sintiéndose el peor ser del universo por haber sido capaz de hacerla llorar. ¿Cómo habían llegado a ese punto?

—Lo siento…

Cecily interrumpió sus disculpas al buscar sus labios en un gesto desesperado y Jack no vaciló en corresponderle; un gemido escapó de lo más hondo de su pecho al sentirla acurrucarse contra su pecho con total abandono, y se vio aferrándola por los hombros para pegarla a sí. Deseaba sentir cada milímetro de su cuerpo contra el suyo, aun cuando fuera por encima de todas esas capas de ropa que los cubrían.

Ella sabía a gloria, tal y como imaginó que sería. No, se corrigió al saborear el interior de su boca y jugar con su lengua en tanto sus manos descendían por su espalda y aspiraba una y otra vez su aroma, era mucho mejor. Tanto que no habría podido vivir lo suficiente para explicarlo. Pero podía sentirlo, y eso era suficiente.

Cecily suspiraba entre dientes, besándolo con una fiera determinación. Tal vez pensara que si hacía aquello haría desaparecer lo que llevaba tanto tiempo conteniendo, de la misma forma en que lo pensara él, pero a Jack le bastó con un segundo para comprender que había sido un ingenuo. Y ella lo era también, pero esperaba que lo comprendiera pronto o haría de su vida un infierno.

Las manos de Jack se movían como si estuvieran dotadas de vida propia; subían y bajaban por donde buenamente podían. Un momento acariciaban la columna de su cuello y luego se encontraban palpando sus caderas por encima del vestido para terminar en lo alto de su pecho, colándose entre los pliegues de seda del escote. Su piel era suave bajo sus dedos como debían de serlo las nubes en el cielo. Tiró de la tela hacia abajo para acariciarla con movimientos desesperados en tanto ella se dejaba devorar entre gemidos apagados, echándose hacia atrás para facilitar su intrusión. Sintió su pecho bajo la palma y emitió un lamento quedo, exasperado por la imposibilidad de verla como le habría gustado. Quería saborear cada milímetro de su piel y ver su rostro mientras lo hacía. Besó su cuello, lamiendo en tanto pellizcaba el pezón con delicadeza, pero tuvo que volver a su boca al oírla emitir un gemido que resonó en sus oídos.

De la misma forma en que empezó a zumbar un molesto hervidero de voces y el eco de pasos acercándose como si de pronto se hubieran visto asaltados por una horda de gente que hablaba y andaba sin mostrar la menor consideración por lo que ellos sentían.

Jack tardó un momento en darse cuenta de lo que ocurría y,

cuando un hilo de entendimiento se abrió paso entre su cerebro abotagado, levantó el rostro y se encontró con la expresión horrorizada de Cecily, lo que curiosamente pareció infundirle la tranquilidad que necesitaba para actuar sin que el pánico lo invadiera.

Fue separándose con movimientos medidos, mirando sobre su hombro para asegurarse de que aún se encontraban a solas en el corredor; era posible que la mayor parte de las personas que abandonaban los palcos pasaran primero por los que se encontraban cerca para saludar a sus ocupantes antes de dirigirse al vestíbulo para disfrutar del entreacto.

Cecily pareció demasiado conmocionada para actuar con frialdad, de modo que fue él quien se ocupó de intentar arreglar su vestido, con cuidado de no mirar demasiado, porque si se encontraba en ese momento con su pecho desnudo era posible que no fuera capaz de actuar con sensatez. Ella al fin recuperó parte de su aplomo y la vio intentar componer su peinado en tanto él miraba una vez más hacia afuera. Ninguno dijo una palabra y, si bien Jack hubiera deseado expresar muchas cosas, sabía que ella no lo apreciaría y, la verdad, no tenía idea de lo que saldría de su boca de haberlo siquiera intentado. Sentía como si acabara de patearlo un caballo y estaba seguro de que Cecily no se encontraba mucho mejor.

Las voces fueron cobrando en nitidez y Jack tomó aquello como un último aviso. Con pulso firme, hizo el cortinaje a un lado y lanzó una última mirada a la mujer a su lado, pero ella no lo veía. Tenía el rostro fijo en el frente, como si estuviera lista para enfrentarse a un enemigo invisible y, cuando Jack dio un paso para salir, Cecily lo detuvo con un gesto, aun sin mirarlo. Comprendió que ella deseaba reunirse primero con los otros y estuvo a punto de agradecer el gesto; a pesar de lo que se esforzara por aparentar, la verdad era que se sentía demasiado afectado para actuar con normalidad.

La vio alejarse con el mentón muy erguido y, no por primera vez, se preguntó cómo conseguía asumir con tal facilidad ese personaje que evidentemente se había esforzado por construir. Parte de él la envidió y otra hubiera deseado ir tras ella e intentar convencerla de que no lo necesitaba. Que él había logrado atisbar a la mujer que mantenía agazapada y oculta en su interior y que no había nada que deseara más en el mundo que conocerla a fondo. Pero estaba seguro de que ella se dejaría arrancar las uñas antes de permitírselo.

Con un suspiro, se echó hacia atrás en los cortinajes y cerró los ojos para recuperar la calma. ¿Cómo había terminado metido en semejante embrollo? De pronto le pareció como si los líos de terciopelo amenazaran con ahogarlo y se preguntó si eso habría sido tan malo después de todo. Al fin y al cabo, algo le dijo que corría un peligro mucho mayor si permitía que esos encuentros con Cecily

Walwyn se repitieran. El problema era que no podía pensar en una mejor forma de morir.

Capítulo 4

En la siguiente ocasión que el marqués la invitó a dar un paseo por el parque, Cecily hizo todo lo posible por dejar muy en claro que no pondría ninguna pega si intentaba besarla. Aún más, tuvo buen cuidado de acercarse a él mientras admiraban el paisaje desde el carruaje e incluso inclinó el rostro hacia arriba con lo que sabía era un gesto casi irresistible.

Y por un momento pareció como si el marqués estuviera a punto de aceptar esa invitación, observándola con los ojos entornados y la respiración agitada, pero entonces un carruaje se acercó en dirección contraria y no tuvo otra alternativa que ordenar a su cochero que se detuviera para saludar.

A Jack eso no le hubiera importado, se dijo Cecily con el entrecejo fruncido y un gesto de frustración que apenas consiguió ocultar al sonreír a las Carrington, las ocupantes del otro vehículo. Jack habría seguido de largo y la hubiera besado hasta robarle el aliento; era posible que incluso le soltara el peinado y escurriera las manos entre sus faldas. Y ella, desde luego, no habría movido un dedo para impedírselo.

Cecily emitió un suspiro, abochornada y furiosa a partes iguales por haber permitido que su mente la traicionara de esa forma. Sabía que estaba mal comparar a dos hombres tan opuestos, pero no podía evitarlo. No cuando se encontraba al lado de uno por el que había movido cielo y tierra para conseguir conquistarlo y solo podía pensar en otro. Uno que era casi un desconocido, además, pero que había despertado en ella sensaciones que creía hacía mucho tiempo dormidas. O incluso muertas.

¿Por qué demonios había tenido que aparecer Jack Dyer en su vida precisamente en ese momento? Todo iba perfecto; tenía el triunfo tan cerca…

—No podíamos creerlo cuando lo vimos; tan púrpura como el vestido que usó lady Greyson en la presentación de su hija ante la reina. Desde luego, él aseguró que se debía a un accidente durante una de esas salvajes prácticas que algunos caballeros llaman deporte; pero

le comentaba a Theodora que resulta muy difícil de creer. En especial porque noté que también cojeaba. Se esmeraba porque no fuera demasiado evidente, pero tengo buen ojo para esas cosas; con tres hijos varones no podría ser de otra forma. Estoy segura de que se ha tratado de algún asunto turbio; ya me parecía extraño que un hombre con sus antecedentes pareciera tan civilizado. No me extrañaría que se tratara de alguna pelea en uno de esos antros…

Cecily prestó atención a las palabras de la señora Carrington, que hablaba en voz muy baja en tanto se erguía por encima de la puertecilla del vehículo para hacerse oír por el marqués. Tenía el cuerpo tan inclinado que no le hubiera extrañado que se diera de bruces contra el pavimento. Su hija oía su perorata en silencio y con los labios apretados, como si reprobara sus palabras pero no tuviera el valor para contradecirla.

—Bueno, es una novedad cuando menos curiosa —replicó el marqués tras dirigirle una rápida mirada en señal de desconcierto—. Pero es posible que estuviera diciendo la verdad y se tratara de un accidente.

—Es usted demasiado noble para pensar lo contrario, milord, pero debe comprender que hablamos de un individuo que no pertenece a nuestro mundo. Cierto que se ha mostrado bastante educado hasta ahora, pero en algún momento debía de dejar en evidencia su verdadera naturaleza. En realidad, me alegra que así haya sido; temo que algunas damas de sociedad podrían haber empezado a hacerse ideas equivocadas acerca de qué tan conveniente podría resultar estrechar lazos con él. Ahora sabemos que habría sido muy peligroso.

Cecily tuvo un presentimiento de a quién podrían estarse refiriendo, pero no quiso hacerlo evidente, en especial porque se había perdido buena parte de la charla por dedicarse precisamente a pensar en el hombre de quien creía que hablaba. La incomodidad de la joven Carrington era tan notoria que apenas tuvo dudas.

—Temo que me encontraba algo distraída —dijo ella reclamando la atención de esos dos que continuaban conversando en susurros—. ¿De quién estamos hablando?

El marqués rozó su brazo con suavidad para llamar la atención y respondió con una ceja arqueada.

—No es nada de importancia —dijo él—. Se trata de ese americano que llegó hace unas semanas. ¿Dyer? Creo que ese es su apellido.

Cecily advirtió que su corazón bombeaba con mayor rapidez y que un sudor frío cubría su cuerpo. Habían hablado de moretones, y una cojera. ¿Qué había ocurrido? Como si fuera capaz de adivinar su confusión, la señora Carrington se apresuró a ponerla en antecedentes y fue obvio, por el brillo en sus ojos y la entonación maliciosa que usó, que disfrutó de cada segundo.

—Comentaba al marqués que hace un par de días me topé con el señor Dyer en la calle en tanto hacía algunas compras junto a Theodora y me extrañó sobremanera el aspecto que tenía. ¡Debió verlo, milady! Un ojo morado y una cojera que no pudo disimular ni siquiera con el bastón. Y ya habrá oído cuando dije que intentó usar una excusa tan tonta que no la creí ni por un segundo. Está claro que se vio envuelto en algún tipo de reyerta y ya sabe qué clase de hombres hacen esas cosas.

Cecily tragó con dificultad para deshacer el nudo que se le formó en la garganta al oír su explicación; pero nada en su rostro dejó adivinar lo que en verdad pensaba. A lo sumo, arqueó una ceja en señal de incredulidad y observó al marqués con una sonrisa ladeada como si pretendiera así dejar en evidencia cuán poco le gustaba verse envuelta en esa clase de chismes. Había descubierto que esa era una buena forma de avergonzar a sus interlocutores cuando se topaba con una charla de esa naturaleza y tuvo la satisfacción de notar que las mejillas del marqués adquirían un casi imperceptible tono granate. Estupendo. Era exactamente lo que buscaba.

—Bueno, desde luego que no podemos asumir tal cosa como cierta; debemos, cuando menos, dar al señor Dyer el beneficio de la duda. Podría tratarse de algún tipo de accidente… —El marqués carraspeó y asintió en dirección a las Carrington—. Esperemos que se recupere pronto; creí oír que pensaba volver pronto a América, y sería una lástima que algo como esto frustre sus planes. Ahora, si nos disculpan, prometí a lady Walwyn acompañarla a tomar el té con mi tía.

La señora Carrington torció el gesto, pero su hija se vio muy aliviada, y cuando se marcharon, tras avanzar apenas un par de metros en su vehículo, empezaron a cuchichear de forma furiosa; Cecily habría podido jurar que se referían a ella, pero la posibilidad de que estuviera en lo cierto no podía importarle menos. Sonrió al marqués para dar a entender que estaba agradecida por que los hubiera librado de esa compañía e hizo el resto del camino contestando a sus comentarios con monosílabos, demasiado inquieta para fingir una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

Jack había adoptado la costumbre de almorzar en el restaurante del almacén en el cual el tío de James era accionista. Él llevaba décadas sin visitar Londres, pero eso no le impedía mover sus tentáculos para hacer sentir su poder e incrementar en el proceso su ya inmensa fortuna. Su sobrino se ocupaba de supervisar sus inversiones y hacerle llegar informes detallados de cómo iban las cosas. Esa era una de las razones de la presencia de Jack en Londres, además de atender a la invitación de su amigo: el señor, a quien apreciaba y respetaba, le había pedido que aliviara en parte la carga

de James al liquidar algunas de las inversiones que habían dejado de darle la rentabilidad esperada y organizar todo para que fuera más sencillo supervisar sus asuntos desde el otro lado del Atlántico.

Jack, desde luego, no había podido negarse a su pedido. Aunque hacía mucho que dejara de trabajar para él, si estaba en su mano ayudarle, no lo pensaría dos veces. El tío de James había sido lo más parecido a un padre que conoció alguna vez.

Y ojalá nunca hubiera tenido que tolerar al que le tocó en suerte, se dijo con un gesto de dolor al dejarse caer sobre la silla que uno de los camareros retiró para él una vez que llegó al comedor.

El dolor en la pierna había disminuido perceptiblemente en los últimos días, pero aún resultaba bastante molesto, en especial cuando debía flexionarla. Andar no era tan malo; con el apoyo del bastón y ciertos cuidados apenas resentía el esfuerzo. El médico que lady Haversham insistió que lo revisara aseguró que no había una fractura de por medio, pero el impacto sufrido había sido demasiado fuerte como para que no le afectara. En un par de semanas estaría como nuevo, aseguró, aunque era posible que el ojo morado le durara un poco más.

¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Se prometió que no vería más a su padre; tuvo suficiente con aquel encuentro poco después de su llegada para comprobar que continuaba siendo un hombre tan miserable como lo recordaba. Con haberle hecho llegar una nueva suma habría sido suficiente; jamás debió ir nuevamente a su antiguo hogar, aun cuando procurara convencerse entonces de que solo lo hacía para asegurarse de que el pobre diablo no moría solo y su cuerpo era devorado por los roedores.

Pero él ni siquiera se encontraba allí, descubrió al ceder a ese arranque de preocupación ridículo. Ni vivo ni muerto. Y las únicas ratas con las que se topó habían llegado allí buscándolo también para que les pagara lo que les debía gracias a una de esas partidas clandestinas a las que al parecer su padre no había renunciado. Jack estaba a punto de marcharse cuando cuatro hombres irrumpieron en la casa y tuvo un poco difícil librarse de ellos; lo bastante para terminar con un ojo morado y la pierna lastimada, recordó con una nueva mueca de fastidio. Ni siquiera el hecho de que todos ellos se llevaran también algo de su parte había conseguido que se deshiciera de la desagradable sensación de que obtuvo lo que merecía al ceder a ese impulso que lo avergonzaba. Por débil. Por ser incapaz de dejar a su padre morir como el ser inmundo que era.

El camarero volvió para dejar la botella de vino que había pedido y Jack bebió en silencio y con la vista fija en el diseño del mantel. Estaba del todo concentrado en sus recuerdos de lo ocurrido, amonestándose aún por haber sido tan estúpido, cuando notó una casi

imperceptible alteración en el aire.

Fue extraño. De pronto su respiración se hizo más pausada y un aroma familiar inundó sus fosas nasales. Buscó con la mirada a la responsable de ese cambio y se encontró con el rostro sonriente de Cecily Walwyn a solo unas mesas de distancia. El mismo camarero que lo atendió a él, se esmeraba por disponer el servicio ante ella y pudo notar que recitaba en voz baja algunas palabras que Cecily oía con poco interés. Sus miradas se cruzaron y vio un destello en sus ojos al posar la mirada en su rostro; luego, ella dejó de prestarle atención y volvió a decir algo en voz baja al camarero, que asintió con discreción.

Jack estaba a punto de ponerse en pie para acercarse a ella cuando el encargado del salón se detuvo a su lado para indicarle que lady Walwyn mandaba preguntar si tendría la amabilidad de acompañarla a compartir la mesa.

A Jack le costó un momento comprender a qué se refería y, cuando lo hizo, tardó algo más en responder, demasiado sorprendido como para tomar semejante invitación con naturalidad. Cecily era demasiado astuta como para no saber lo que ese gesto podría significar para los demás; y no que fuera particularmente atrevido; después de todo, ella no era una debutante obligada a conservar las formas sino una viuda con cierta reputación. Pero precisamente por eso era necesario que tuviera más cuidado.

El que estuviera dispuesta a arriesgarse de esa forma para hablar con él lo conmovió profundamente y, tras recuperarse de la impresión, se acercó hasta su mesa y ocupó el asiento frente a ella luego de hacer una reverencia en señal de saludo.

—Lady Walwyn, gracias por la invitación; supongo que debo de haberle inspirado lástima —comentó él.

Cecily sonrió y sacudió una inexistente mota de polvo de la manga del vestido borgoña que la cubría. Se había deshecho del sombrero al llegar y su cabello enmarcaba su rostro como un halo.

—Desde luego —asintió ella en tono divertido—. Además, reconozco que odio comer sola. Podremos hacernos compañía en tanto unos amigos se reúnen conmigo y así usted podrá dejar de parecer un perro apaleado. Será mi buena obra del día.

Jack no se dio por ofendido; en lugar de ello, correspondió a su sonrisa y observó al camarero moviéndose con eficiencia. Nada en su charla podría considerarse demasiado familiar, a lo sumo un intercambio bromista entre dos adultos que se conocían y supuso que esa había sido la intención de Cecily al mostrarse tan frívola y burlona como siempre. Cuando se encontraron a solas, sin embargo, su sonrisa perdió parte de su brillo y lo observó en silencio con el ceño levemente fruncido antes de retomar la charla.

—¿Quién fue, por cierto?

—¿Perdón?

—¿Quién lo apaleó? —Cecily señaló su rostro con el borde de su copa—. Por el estado en que se encuentra, supongo que se trató de un regimiento.

Jack se encogió de hombros.

—Temo que no tantos; me sentiría mejor de haber sido así. Apenas unos cuantos…

—¿Más de uno?

Jack asintió con brusquedad y Cecily suspiró como si fuera algo que imaginara.

—Oí algo acerca de una pierna lastimada…

—Nada de cuidado —Jack la miró con las cejas elevadas luego de responder—. ¿Será posible que estuviera preocupada por mí?

Cecily hizo un mohín y ladeó el rostro para desviar la mirada, atenta a las personas que iban y venían por el salón; varias de ellas les dirigían algunas miradas, pero ella actuaba con tal naturalidad que nadie hubiera podido señalar algo reprobable en su conducta.

—Tenía curiosidad —replicó ella volviendo su atención a la mesa que compartían—. La gente habla como si hubiera tenido una pelea a media noche en algún callejón. Lo hacen sonar como si se tratara de algo ilegal, incluso.

Jack emitió una suave risa. No decía nada que le sorprendiera.

—Lamento decir que no se trata de nada tan emocionante como eso —comentó él, y se inclinó hacia ella al continuar, bajando la voz en un tono conspirador—. Pero no se lo diga; los decepcionaría.

Cecily estuvo a punto de sonreír, pero al final hizo un gesto de reprobación al sacudir la cabeza de un lado a otro.

—Empiezo a pensar que se trata de una constante en usted, señor Dyer; no es tan terrible como le gusta aparentar —expresó ella.

—Lo mismo digo, Cecily.

Ella apretó los labios, a punto de responder con la que sin duda sería una réplica afilada, pero entonces el camarero regresó con su carga y, tras dejar algunos platos ante ellos, se marchó tan silenciosamente como había llegado. Comieron en silencio durante unos minutos hasta que Jack advirtió que ella lo veía cada tanto, mordisqueando sus labios en un gesto nervioso, y él no pudo menos que contemplar esa boca con el corazón desbocado.

El recuerdo de la forma en que la había besado, de cómo ella le correspondiera y de qué tan lejos habían llegado antes de ser interrumpidos le golpeó una vez más. Su mano apresó la servilleta porque de no haberlo hecho habría cedido al impulso de tocar esa minúscula porción de piel entre el cuello y el borde del vestido que le atrajo como un imán.

—Señor Dyer…

—Jack.

Su voz surgió en un susurro ronco y ella asintió antes de continuar.

—Jack —musitó, sin mirarlo—: Tal vez esté mal de mi parte sacar el tema, haría mejor en dejarlo en el recuerdo, pero creo que es necesario aclararlo. Lo que ocurrió en el teatro la otra noche… estuvo mal, muy mal, y espero que no lo haya comentado con nadie.

—¿Me cree capaz?

—No sería el primer hombre que se divierte ufanándose de sus conquistas.

Un brillo acerado refulgió en la mirada de Jack al contemplarla con una mueca falta de alegría.

—¿Piensa que es así como la considero? —preguntó él.

—No lo sé. Espero que no, pero no puedo dar nada por seguro; no lo conozco en verdad, Jack, de la misma forma en que usted no me conoce a mí y estoy muy avergonzada por haberme comportado de la forma en que lo hice. No tengo excusa. Si alguien lo supiera, si el marqués se enterara…

Jack sintió que el escaso apetito que había sentido hasta entonces desaparecía reemplazado por un amargo resquemor en la garganta.

—Eso le angustia, supongo —dijo él—. Echaría sus planes por tierra y Dios me libre de su ira si hago algo que los arruine.

En lugar de parecer arrepentida o avergonzada de que él hablara con tal crudeza, Cecily hizo exactamente lo que esperó que hiciera. Elevó el mentón en un gesto orgulloso y lo observó con los ojos entornados.

—No podría perdonarlo —resumió ella con sencillez, y Jack supo que decía la verdad—. He luchado demasiado por recuperar mi lugar aquí. No tiene idea de lo que es ser tratada como una paria, que murmuren a mi paso y me echen en cara todos y cada uno de mis errores, incluso aquello que no fue mi culpa.

Jack estuvo a punto de reír en su cara, pero supuso que eso habría requerido de muchas explicaciones que no estaba dispuesto a dar. Si ella supiera…

—¿Qué es exactamente lo que quieres de mí? —preguntó él.

Si a Cecily le impactó su brusquedad o el hecho de que la tuteara con tal simpleza, se cuidó mucho de decirlo. Tan solo suspiró y bajó la vista para posarla sobre sus manos sobre el mantel.

—No quería ofenderte —dijo tras vacilar un momento—. Pero necesito que entiendas… lo que parece ocurrir entre nosotros, lo de la otra noche… No nos llevaría a ningún lugar; como mucho resultaríamos lastimados, y ya he tenido suficiente de eso. No es lo que quiero para mi vida y no hay nada que pueda hacerme cambiar de opinión.

—Ni siquiera tus sentimientos.

Cecily levantó la mirada de golpe y lo observó con una frialdad que habría podido engañarlo de no ser porque Jack logró atisbar un brillo de dolor en sus pupilas que disolvió buena parte de la furia que lo había embargado hasta entonces.

—Ni siquiera eso —declaró ella sin asomo de duda, para luego agregar en un susurro casi imperceptible—: Incluso si los tuviera.

Jack no respondió pero sostuvo su mirada y tal vez se hubieran quedado así por siempre de no ser porque las puertas del salón se abrieron y un pequeño grupo se acercó a su mesa con pasos apurados y hablando todos a la vez. Cecily pareció tomar aquello como una señal, porque dibujó una sonrisa deslumbrante en sus labios y, tras mirarlo una última vez, llamó la atención de los recién llegados con un gesto y Jack se vio envuelto nuevamente en una de esas tertulias surgidas de la nada que lo obligaron a esbozar sonrisas falsas, charlas vacías y, lo peor de todo, hacer como si la última conversación que sostuviera con Cecily nunca hubiera ocurrido.

No sorprendió a nadie que el marqués hiciera público su interés de convertir a Cecily en su esposa; a ella la que menos. Lo había estado esperando durante meses y, si todo iba como calculaba, recibiría la propuesta formal en lo que restaba de la semana. Luego, decidió, convencería al marqués de dar un baile para sus conocidos más cercanos; nada demasiado ostentoso como para ser considerado de mal gusto, pero sí lo bastante elegante para dejar en claro su posición. Después de todo, no todos los días se comprometía el marqués de Radford, cabeza de una de las familias más distinguidas del país.

Sí, un baile estaría bien, caviló Cecily al llevarse a la nariz una rosa del último arreglo que envió el marqués acompañado de una tarjeta en que la invitaba a acompañarlo a visitar su mansión en el campo. Serían un par de días en que podrían disfrutar de alguna excursión de caza, paseos por la campiña y, supuso, se trataría de la oportunidad perfecta para recibir el anillo que llevaba tanto tiempo anhelando. ¿Qué mejor lugar para ofrecerle matrimonio que su hogar ancestral?

Todo iría tal y como tenía estimado.

Reprimió la sensación de que corría a toda velocidad para abrazar una vida que la haría infeliz y recordó lo que dijera a Jack Dyer en su último encuentro. Sus sentimientos no tenían nada que ver con lo que estaba a punto de hacer.

—He decidido dejar a Eleanor y viajar a África para hacerme misionero; siempre he sentido una inclinación por la iglesia y creo que este es el momento para seguir mi vocación. Por eso, quisiera pedirte que te casaras con ella si resulto muerto por mano de alguna tribu que

no tenga interés en ser evangelizada.

Jack chasqueó la lengua e hizo un gesto de malestar en dirección a su derecha, desde donde James lo observaba con expresión imperturbable. Hubiera jurado que acababa de decir algo, pero no tenía idea de qué podría haber sido; de modo que hizo lo único que se le ocurrió: asintió y volvió su atención a algo que le interesaba mucho más.

Lo que no esperó, desde luego, fue que su amigo lo tomara del hombro de la chaqueta y tirara de él para alejarlo del lugar en que se encontraban: el jardín de la mansión que el marqués de Radford poseía en las afueras de Londres. Él y los Haversham acababan de llegar y apenas tuvieron tiempo para saludar al marqués y a su tía, quien fungía de anfitriona, antes de que Eleanor se disculpara para ir a la habitación que le habían asignado para refrescarse del largo viaje. Luego, James convenció a Jack de que lo acompañara a dar una vuelta por el jardín, ya que, como dijo, ninguno toleraba encontrarse demasiado tiempo obligado a socializar con las otras personas a quienes el marqués invitara. A Jack aquello le había parecido muy bien y en verdad disfrutó del paseo y de la charla con su amigo hasta que se encontraron de vuelta en el jardín principal, a donde continuaban llegando los invitados.

De pronto, un carruaje se detuvo frente a la escalinata que conducía al vestíbulo y de él descendió Cecily; la última de todos, como no podía ser de otra forma, se dijo Jack al observarla con un gesto de tierna exasperación, dejando de oír lo que fuera que dijera James.

Casi de inmediato, el marqués se apresuró a ir a su encuentro para ayudarle a bajar y la recibió con una emoción casi palpable. El pobre diablo estaba enamorado hasta el tuétano. Una sensación con la que empezaba a sentirse peligrosamente identificado; pero James había tenido esa extraña reacción luego de aquello y ahora lo observaba como si estuviera considerando arrancar su cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

Jack se soltó del agarre de su amigo y lo miró con una ceja arqueada.

—Librarte de hacer el ridículo, obviamente.

Jack estuvo a punto de negarlo, pero entonces echó una nueva ojeada al lugar por el que Cecily y el marqués acababan de desaparecer y comprendió que tal vez James no estuviera del todo equivocado porque, de pronto, sintió la absurda necesidad de ir tras ellos y alejarla de su lado. De modo que hizo lo que le pareció más sensato en ese momento: callar con la esperanza de que su amigo hiciera otro tanto, pero fue evidente que él no estaba dispuesto a ello, porque lo observó con un gesto de enojo y exhaló un suspiro tan

hondo que pudo oírlo con claridad.

—Me gustaría hablar contigo un momento.

Algo en el tono de James, demasiado formal para su gusto, lo puso en alerta, pero no pensó en negarse. Sin decir una palabra, lo siguió hasta una de las fuentes que rodeaban el jardín y apoyó las manos sobre el borde con la mirada fija en la escultura de una deidad que no logró reconocer.

—Sé que te resulta difícil comprender por qué Eleanor y yo nos hemos mostrado tan reservados cuando hiciste algunas preguntas acerca de Cecily Walwyn y es posible que nuestra actitud, o la mía en particular, te haya llevado a suponer que repruebo el interés que pareces sentir por ella.

—Lo que es verdad.

James acusó la intervención de su amigo con una cabeceada indecisa y guardó silencio durante lo que le pareció una eternidad antes de hablar nuevamente, aun cuando no negó ni afirmó esa posibilidad.

—Espero que sepas que nunca trataría un tema como este de no ser porque lo considero necesario —empezó él luego de dar una mirada alrededor para asegurarse de que se encontraban lejos de oídos indiscretos—. El nombre de una dama está de por medio y no creo que deba pedirte que no repitas lo que estoy a punto de decir.

Jack asintió, preguntándose si en verdad deseaba saberlo; pero era ya muy tarde para pedirle que callara y, además, hubiera sido una cobardía de su parte. ¿No había llegado a la conclusión de que deseaba conocerlo todo acerca de Cecily? Bueno, estaba a punto de hacerlo.

James, ajeno a sus pensamientos, tenía la mirada clavada en el chorro de agua que caía de lo alto de la fuente y acariciaba el borde de la misma con gesto ausente.

—Tal vez recuerdes que cuando llegué a América a trabajar con mi tío, cuando tú ya estabas a su lado y trabamos amistad, te hablé acerca de mi vida en Inglaterra. Te confié que tenía entonces un buen amigo de la escuela a quien acostumbraba visitar y que tiempo después, al conocer a su hermana, creí estar enamorado de ella.

Jack no necesitó que profundizara en esa parte del relato; de pronto el entendimiento se abrió paso en su mente con el ardor de un fogonazo y miró a su amigo con los labios apretados.

—¿Cecily? —preguntó, aun cuando sabía que era innecesario—. ¿Era Cecily Walwyn la mujer con la que querías casarte?

James asintió.

—Cecily Hartford en esa época.

—Lo recuerdo. Nunca entraste en detalles, pero me dijiste que ella te había rechazado.

—Y así fue. Luego de que le pidiera que esperara por mi regreso cuando pudiera darle la vida y la posición a la que estaba acostumbrada. —James sonrió con una mueca irónica, como burlándose del joven que había sido—. Era un ingenuo entonces, no tenía idea de lo que me esperaba; creí estar enamorado y que con eso sería suficiente. Entonces no lo vi así, pero fue una suerte que ella me rechazara. Cecily era una joven preciosa y tenía un futuro brillante ante ella; además, estoy seguro de que no me amaba, de la misma forma en que tampoco lo hacía yo, aunque entonces no lo supiera.

Jack desvió la vista y ahogó un suspiro.

—De modo que te rechazó y eligió casarse con ese barón —resumió al cabo de un momento.

—Sí. De eso me enteré luego, una vez que volví a Inglaterra, así como de que él había muerto. Para entonces estaba lejos de lamentarlo; ya había entendido que ella no era para mí. Y además, entonces conocí a Eleanor. O, mejor dicho, volví a verla porque al ser ella y Cecily primas la traté cuando era niña, pero…

—No la amaste hasta entonces.

Su amigo sonrió y a Jack no pudo evitar fascinarle la forma en que su rostro cambiaba al hablar de su esposa; su expresión ceñuda se veía irremediablemente reemplazada por otra más cálida, pero aquello duró solo un instante. Luego retomó su indiferencia habitual y le lanzó una mirada de reojo.

—Sí, tienes razón —asintió él de mala gana, continuando con tono sombrío—. Y debo decir que Cecily no nos hizo las cosas sencillas.

Una vez más, Jack no tuvo difícil adivinar lo que su amigo intentó implicar y sintió una enorme amargura creciendo en su interior.

—Supongo que, siendo ya viuda y a tu regreso, con toda tu fortuna y convertido en el vizconde de Castlecomer…

James se encogió de hombros y emitió una suave risa falta de gracia.

—Sí, bueno, lo del título sabes que nadie lo vio venir, ni siquiera yo —comentó él con tristeza—. Pero estás en lo cierto. Cuando regresé y volví a verla me di cuenta de que un avance de mi parte no sería mal recibido.

James mantuvo cierta distante indiferencia en su relato; fue evidente que sabía cuánto le afectaba aquello a su amigo y tuvo la cortesía de no guardarse nada ni regodearse en los detalles.

—No creo que Cecily me quisiera entonces tampoco; era tan solo un buen prospecto, si se me permite decirlo —continuó él—. Ya te habrás dado cuenta de que ella es en extremo práctica y ambiciosa.

—Mercenaria, la llamarían algunos —acotó Jack entre dientes.

James rio e hizo un ademán para dar a entender que comprendía su punto.

—Quizá. Pero debes reconocer que es un rasgo que tú y yo siempre hemos considerado valioso en los hombres con los que estamos acostumbrados a tratar —hizo notar él—. ¿Por qué habría de ser distinto en una mujer?

Jack cabeceó en señal de asentimiento, muy a su pesar. El hecho de que Cecily fuera la mujer a quien deseara, la que le inspirara tantas cosas, no le impedía reconocer la verdad en las palabras de su amigo. Aunque le repateara hasta lo más hondo imaginar lo que podría haber ocurrido entre ella y James si él no hubiera descubierto que era a su prima a quien amaba. La idea de que en ese momento ellos podrían estar casados le provocó todo tipo de emociones. Instintos homicidas dirigidos a su amigo, que no lo merecía, y el apremiante deseo de sumergir su cabeza en el fondo de la fuente hasta ahogarse.

—El problema con Cecily es que esa ambición, a veces, nubla su buen juicio, y si a eso le sumas su orgullo… bueno, es una combinación peligrosa —prosiguió James mirándolo de reojo—. Aun así, es algo que podría pasar por alto de no ser porque en su momento ese carácter suyo lastimó a Eleanor y estuve a punto de perderla. No puedo olvidarlo, Jack, espero que lo comprendas.

Jack no respondió; en su lugar, guardó un pesado silencio antes de mirarlo una vez más, totalmente inexpresivo.

—Gracias por contármelo —dijo él al fin.

—Hubiera preferido no tener que hacerlo, pero es demasiado obvio lo que sientes por ella y aun cuando me gustaría convencerte de que no es una buena idea, sé que no hay nada que pueda decir o hacer que te haga cambiar de opinión —comentó James con una sencillez que resultó más categórica que cualquier reconvención que hubiera podido hacer—. Desde luego, Eleanor se pondrá furiosa cuando se lo diga, y posiblemente Cecily intentaría desollarme vivo de enterarse, pero tenía que decírtelo.

Ninguno habló mucho más luego de aquello; James se despidió unos minutos después tras palmear su hombro con gesto pesaroso. A pesar de lo que le gustaba aparentar, era lo bastante sensible para saber que Jack necesitaba el tiempo a solas. Tenía mucho en lo que pensar.

Cada vez que Cecily se veía en la obligación de compartir espacio con la tía del marqués, la condesa de Billington, no podía menos que pensar en su madre. Así, descubrió que en realidad la señora Hartford no era tan mala como siempre le había gustado pensar y que habría preferido caminar sobre brasas ardientes en tanto la oía sermonearla durante horas antes que permanecer un segundo más en compañía de la condesa.

Porque si la señora Hartford podía considerarse una mujer

dominante y siempre presta a la crítica, sin duda aquella mujer la superaba por mucho. Para empezar, su madre nunca la había tratado con nada que no fuera una amorosa irritación, en tanto que la condesa había dejado muy en claro lo mucho que la despreciaba y cuánto resentía tener que verla convertida en la esposa de su adorado sobrino.

Resultaba curioso, además, que tratándose de una mujer tan pequeña fuera capaz de inundar todo un espacio con las malas vibraciones que emitía cada vez que se encontraba cerca. Como en aquel momento en que, para su desgracia, debían compartir a solas porque el marqués se había disculpado para tratar un asunto importante con algunos de sus invitados.

La terraza le había parecido un lugar perfecto en que descansar del bullicio imperante en la casa. Buena parte de los invitados que llegaron a pasar el fin de semana se habían acercado a ella para hacer algunos comentarios maliciosos respecto a si tendrían el gusto de ser partícipes de un anuncio antes de que tuvieran que marcharse. Desde luego, se referían al inminente compromiso entre ella y el marqués, y aunque todos ellos intentaron mostrarse entusiasmados, Cecily hubiera podido apostar el contenido de su joyero a que estaban rogando porque las cosas fueran distintas para poder burlarse de ella a sus espaldas.

Fue allí donde fue en su busca la condesa. A su entender, la anciana había decidido convertirse en su sombra y ya que no había nada que pudiera hacer para convencer al marqués de que cometía un error al casarse con ella, estaba determinada a hacer de aquellos días un infierno para ella.

Los sirvientes se habían ocupado de acomodar unas cómodas poltronas para que quienes lo desearan pudieran descansar allí en tanto disfrutaban de la hermosa vista a lo lejos. Las tierras del marqués terminaban mucho más allá de donde llegaban sus ojos, pero ni siquiera la certeza de que pronto podría convertirse en la señora de todo aquello le ayudó a superar la molestia que le provocaba tener que compartir ese momento con una mujer que no dejaba de mirarla a su vez con desagrado.

La condesa se aclaró la garganta con un sonidito que en lugar de sonar delicado le recordó al graznido de un cuervo y se dirigió a ella tan pronto como se quedaron a solas luego de que un lacayo les llevara una bandeja con bebidas.

—Me encontré hace un momento con su prima —comentó con una mirada afilada—. No la había visto antes porque ya sabe que paso poco tiempo en Londres. Es una joven encantadora.

Cecily asintió sin mirarla, pero forzó una sonrisa de circunstancias para que no la acusara de ser descortés.

—Oí, sin embargo, que no tienen una buena relación, lo que no deja de ser sorprendente porque, como dije, parece una dama muy agradable. Y tan hermosa —la condesa emitió un suspiro nostálgico antes de continuar—. Alguna vez me consideraron también así, ¿lo sabía? Fui la revelación de mi temporada.

A Cecily le costó esconder su sorpresa. Le parecía imposible que aquella mujer hubiera podido ser considerada hermosa alguna vez, y no se trataba tan solo de su apariencia sino que había algo en su forma de mirar, en los gestos que hacía y la entonación de su voz cada vez que se dirigía a alguien que le hizo suponer que ni siquiera en su juventud debió de resultar una compañía agradable. Pero era tan solo su impresión y no algo que pudiera dar por sentado, de modo que dio una cabezada como si no se le ocurriera ponerlo en duda. Desgraciadamente, tardó un poco más de lo debido y algo de sus verdaderos pensamientos debieron de reflejarse en sus ojos, porque la condesa la observó con una mueca desabrida que reveló su enojo.

—Sí, así fue. Aunque le resulte difícil creerlo.

—No he dicho…

La condesa continuó como si no la hubiera oído al tiempo que extendía una de sus manos, pequeñas y regordetas, para tomar un pastelillo, y lo sostuvo ante sí con mirada pensativa.

—¿Es verdad aquel rumor según el cual tuvo algún tipo de relación con lord Haversham?

Cecily abandonó sus intenciones de fingir interés en los jardines y la observó con una ceja arqueada.

—¿Disculpe?

La condesa no respondió de inmediato, estaba demasiado ocupada en devorar el pastelillo con movimientos deliberadamente lentos para, supuso Cecily, incrementar su enojo.

—Se dice que iba tras él incluso cuando ya estaba casado con su prima pese a que lord Haversham nunca mostró demasiado interés en usted. —La anciana saboreó con deleite y sonrió con un brillo helado en los ojos—. Se lo comenté a mi sobrino, pero a él no pareció importarle.

Cecily sintió su sangre arder, pero no permitió que nada en su expresión revelara lo mucho que le había enojado ese comentario. En realidad, se dijo, no estaba segura de qué le ofendió más: que esparciera chismes a su costa o que continuara con aquello de intentar hacerla quedar mal ante su sobrino.

—El marqués me conoce bien —dijo una vez que consiguió dominarse y le alegró la naturalidad con que surgió su voz—. Jamás haría caso a habladurías de ese tipo.

—Aun cuando fueran verdad.

En el fondo, a Cecily le habría gustado poder asegurar que no lo

eran y que le ofendía profundamente que alguien asegurara lo contrario; pero era lo bastante honesta como para reconocer que eso hubiera sido una mentira. Claro que había ido tras James Haversham y aunque en el fondo se arrepentía de algunas cosas que había hecho respecto a él y Eleanor y de haber puesto en peligro su relación, no estaba en absoluto dispuesta a reconocerlo ante esa mujer. En especial porque tenía claro que, no importaba lo que dijera, la condesa estaba determinada a odiarla y pensar lo peor de ella.

—¿Hay algo en especial que desee decirme, milady? He pensado en subir a mi habitación para dormir una siesta; quiero estar deslumbrante durante la cena de esta noche. Espero tener una conversación muy importante con su sobrino y no me gustaría que encontrara algo desagradable en mi apariencia.

Sonó frívola. Y también muy maliciosa, pero Cecily se alegró del gesto furioso que afloró al rostro de la condesa al oírla. Ojalá y se atragantara con ese pastelillo.

—Debe saber que no me he dado por vencida —anunció ella dejando su indiferencia de lado y con un dedo enarbolado entre ambas como si se tratara de una espada—. En tanto no se haya anunciado el compromiso… aun más, mientras no se pronuncien los votos frente a un altar, haré todo lo que esté en mi poder para convencer a mi sobrino de que comete un gran error al pretender casarse con usted.

Cecily se encogió de hombros y emitió un suspiro en el que se dejó traslucir una casi imperceptible parte del pesar que aquello le causaba. Tal vez la condesa le resultara desagradable, pero la verdad era que hubiera deseado sostener una relación cuando menos civilizada con ella por el bien del marqués. Era evidente, sin embargo, que la anciana no estaba dispuesta a permitírselo.

—Lo tengo asumido, milady; a decir verdad, me sorprendería que fuera de otra forma —dijo Cecily con poca malicia—. Pero como no tiene sentido intentar convencerla de lo contrario, ¿qué le parece si hace lo que juzgue conveniente y yo me ocupo de hacer feliz a su sobrino?

La condesa emitió un bufido e hizo a un lado la bandeja ante ella como si de pronto los bocadillos hubieran dejado de apetecerle y encontrara su visión insoportable.

—Usted hará su vida miserable —sentenció con tono ahogado—. El muy tonto besa el suelo que pisa y usted lo trata como a un cachorro. Es incapaz de apreciar el amor sincero de un hombre, pero ya verá cuando todo se torne en su contra; no le alcanzará la vida para arrepentirse por sus pecados. Y estaré encantada de verlo.

Cecily apretó los labios e hizo como si aquella suerte de amenaza o cruel augurio no le hubiera afectado en absoluto aun cuando sintió un tirón en el estómago que le provocó una oleada de náusea. Sin

responder, porque estaba segura de que de haberlo hecho habría destrozado a aquella bruja, se puso de pie con elegancia y tomó su sombrilla con los dedos firmemente asidos al mango antes de hacer un gesto en señal de despedida y dirigirse al jardín.

Tan solo cuando se encontró completamente a solas, en lo más alejado del jardín y segura de que nadie podría verla, tiró la sombrilla contra un rosal con todas sus fuerzas y se mantuvo así, de pie y con ambas manos hechas puños a los lados por lo que le pareció mucho tiempo. Se sentía furiosa, dolida y, sobre todo, harta.

¿Hasta cuándo tendría que tolerar esa clase de cosas? Había pensado que aquello terminaría con el tiempo, que su escándalo no fue distinto o mayor al que cometieron muchos otros antes que ella, pero ahora veía que eso no era cierto. Después de todo, su error fue mucho más grave a ojos de los demás de lo que habría sido de haberse tratado de alguien más. Un hombre, con seguridad. Porque ¿qué podía ser más reprobable que una mujer que había decidido seguir a sus deseos e ignorar los convencionalismos sociales? Nadie la veía como la baronesa viuda que un día creyó estar enamorada y decidió seguir al hombre al que amaba. No. Era la mujercita alocada e indecente que no supo respetar su duelo y fue tras el primer hombre que mostró interés en ella.

Al final, Luigi había terminado por mostrarse como un tonto, pero no se arrepentía de haber ido con él. ¿Qué otra oportunidad habría tenido de conocer el amor tal y como lo proclamaban las historias? Tal vez las cosas no terminaran como lo soñó, pero… al menos por unos meses había creído ser feliz. Sin duda eso debió de valer la pena.

De pronto, un profundo cansancio se apoderó de su cuerpo y se dejó caer sobre la hierba con un suspiro que en el fondo encerraba un hondo sollozo; lo único que la contuvo de romper a llorar fue la certeza de que una vez que empezara no podría parar.

Fue así como la encontró Jack al ir en su busca horas después de su charla con James.

Tal vez se tratara de un error, quizá lo más inteligente hubiera sido urdir alguna excusa y marcharse; estaba seguro de que James se habría ofrecido a disculparlo ante el marqués, pero no pudo hacerlo. No sin verla una vez más.

Buena parte del enojo que sintiera al escuchar a su amigo había ido disolviéndose con el pasar del tiempo. No tenía un pelo de tonto. Sabía que James se había guardado los detalles más escabrosos del asunto en consideración a él, pero también que no hubiera sido justo juzgar el papel de Cecily en todo aquello, cualquiera que fuera el escenario. ¿Por qué actuó de la forma en que lo hizo? Y aún más importante ¿se arrepentía, acaso? ¿Albergaba alguna clase de

sentimiento por James? Eso último lo dudaba, pero aun así…

Por eso, no se detuvo a considerar lo poco adecuado de sus actos al sonsacar a una criada el paradero de la baronesa. Aunque la chica no pudo asegurar con exactitud dónde se encontraba, mencionó haberla visto dirigirse al jardín luego de sostener una charla con la tía del marqués. *Parecía un poco alterada*, comentó también a media voz con una mirada de entendimiento. Jack supuso que no debía de ser un secreto para los miembros del servicio lo que pensaba la familia del marqués acerca de esa unión, pero le dio la impresión de que la joven parecía realmente preocupada por Cecily, un hecho que le dijo mucho acerca de ella.

Al final, la halló entre lo más apartado del jardín, que en realidad simulaba un pequeño bosque una vez que se dejaban atrás los setos cuidadosamente podados y las plantas ornamentales, que era todo lo que él había llegado a ver durante su paseo algo más temprano con James.

Tuvo que detenerse un momento, impresionado por el cuadro que se presentó ante él.

La imagen de Cecily sobre el césped, con la falda de su vestido rodeándola en tanto ella mantenía las manos apoyadas sobre el regazo simulaba una obra de arte, pero no fue eso lo que más lo impresionó sino lo que reflejaba su postura con los hombros caídos y el gesto tirante de su rostro. Parecía… derrotada. Algo que jamás habría conseguido relacionar con la imagen que tenía de esa mujer.

Sin vacilar, y una vez que superó la sorpresa de encontrarla en aquel estado, se apresuró a ir a su lado y se dejó caer ante ella, observando con cierta diversión la forma en que la tristeza abandonaba su rostro y era reemplazada por una expresión de incredulidad.

—¿Pero qué…?

Jack tomó su muñeca con suavidad para impedir que se marchara, como le pareció que estaba a punto de hacer.

—No te vayas —pidió él—. Creo que esta será una de las pocas ocasiones que tendremos para hablar a solas en este lugar.

Cecily inhaló un par de veces antes de apretar los labios y dirigirle una mirada en la que Jack creyó atisbar un rastro de dulzura.

—Es así como debe ser —musitó ella—. Aún más; no deberíamos hablar a solas en ningún momento. Ni aquí ni en ningún otro lugar.

Jack hizo un gesto para restar importancia al asunto.

—No estoy de acuerdo —dijo él con una sonrisa despreocupada—. No creo que pueda verte y no sentir la necesidad de hablar contigo. Y aun cuando sé que a ti no te ocurre lo mismo, te ruego que te quedes conmigo un momento. No tienes que hablar si no quieres.

Formaban un conjunto curioso y sin duda habrían llamado mucho

la atención si alguien los hubiera visto, sentados uno frente al otro como si estuvieran en medio de un día de campo, consideró Jack al cabo de un momento cuando vio que Cecily se acomodaba mejor sobre el césped y entrelazaba las manos ante ella. Advirtió que un mechón de cabello se le había soltado del peinado y le costó reprimir el impulso de tomarlo entre los dedos para sentir su suavidad. Lo había tocado ya, aquella noche en la ópera, y recordaba que era tan terso como la seda, lo mismo que su piel.

Jack se miró las manos como si fuera así capaz de ordenarles que conservaran el control y lo libraran de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse luego.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

La pregunta de Cecily surgió en un tono bajo, lo bastante para que Jack se viera en la necesidad de inclinarse hacia ella para oírla, lo que le permitió inhalar el aroma de su perfume, que se mezclaba con el de las flores que los rodeaban.

—Estás asumiendo que te buscaba —replicó él.

Cecily emitió un bufido en el que se coló parte de la vanidad tan habitual en ella y la sonrisa de Jack se ensanchó.

—¿Y acaso no era así?

—Quizá.

—Quizá —repitió ella—. Y de ser ese el caso ¿por qué lo harías?

—Bueno, pareces estar muy bien enterada de lo que hago, supongo que también tendrás una respuesta para eso.

Un suave suspiro escapó de entre los labios de Cecily al oírlo; Jack no lo había planeado así, pero sus palabras sonaron a un reto, como si pretendiera desafiarla para que fuera ella quien lo dejara en evidencia al señalar el motivo por el que no podía dejar de buscarla.

—No deberíamos hablar de estas cosas —señaló ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene sentido. Ya te lo he dicho antes; solo nos haríamos daño —Cecily vaciló antes de continuar— ¿Sabes por qué el marqués ha organizado esta reunión?

—No…

—Lo sabes —afirmó ella al verlo vacilar—. Va a pedirme que me case con él y yo le diré que sí.

—¿A pesar de que su familia te desprecia tanto como los otros? ¿Aunque hayas tenido que huir aquí porque esa horrible mujer que tiene por tía te ofendió?

Jack odió el dolor que vio en sus ojos y se odió también por haberlo provocado pero algo le impulsó a dejar la prudencia de lado. Había aprendido que la sutileza no servía de mucho con una mujer tan frontal como Cecily; era necesario ser tan sincero como lo era ella y

llamar a las cosas por su nombre. Él no era un fantoche más que danzaba a su alrededor fascinado por su belleza, él… no tenía idea de qué era exactamente lo que le inspiraba, pero sabía que era algo demasiado poderoso para ignorarlo.

—No me importa lo que la condesa piense, ella o cualquier otra persona…

Jack emitió una carcajada seca y sin asomo de gracia.

—Desde luego que te importa —afirmó él—. No te encontrarías en esta posición de no ser por eso. Estás a punto de empeñar tu felicidad para que te acepten una vez más cuando deberían de sentirse agradecidos de que siquiera los mires; ellos no te merecen, Cecily.

Ella lo oyó con los labios entreabiertos e hizo un movimiento como si estuviera a punto de tocarlo. Extendió una mano y la sostuvo entre ambos antes de dejarla caer sobre la hierba. No pareció que ella lo notara, pero empezó a arrancar fragmentos de pasto con brusquedad, apretándolos entre los dedos hasta que soltaron un líquido verdoso que tiñó su piel.

—No estoy acostumbrada a sentirme rechazada; durante toda mi vida he sido yo quien ha decidido a quién mirar o hablar, y por mucho tiempo creí que no podía ser de otra forma. Era mi derecho —Cecily habló en tono pensativo y con el ceño fruncido, como si reflexionara cada una de sus palabras—. Mi madre… ella dijo siempre que tendría un gran futuro y yo le creí porque no podía concebir que fuera de otra forma. Era hermosa y todos me admiraban. ¿Qué podría salir mal?

Ella guardó silencio luego de esa última frase, que había surgido con una leve entonación amarga, y al continuar esta fue aun más evidente.

—¿Te ha contado James qué ocurrió entre nosotros? —Cecily desvió la vista luego de verlo asentir y Jack no pudo decir si aquello le había enojado o si por el contrario le procuraba algún alivio—. Bueno, entenderás cuando te diga que esa fue la primera vez que me di cuenta de que no siempre podemos tener lo que deseamos. Me gustaba James, pero haberlo aceptado entonces habría significado renunciar a todos los planes que mi madre tenía para mí. Nunca conocería la adoración de la que ella hablaba, mi futuro se arruinaría por completo…

—Lo amabas entonces.

Cecily hizo un mohín de disgusto.

—Me gustaba —repitió sin asomo de duda en su voz—. Y si las cosas hubieran sido distintas tal vez me habría casado con él; era ingenua e incluso más frívola de lo que soy ahora, de modo que pensaba que eso era suficiente para unir tu vida a la de un hombre. Pero dije que no y no me arrepiento; era lo que tenía que hacer.

Jack no hubiera podido decir si le tranquilizaba saber que ella

nunca amó realmente a su amigo, un pensamiento que no había dejado de atormentarle, o le angustiaba aún más el saber que había sido capaz de descartar una oportunidad de compartir su vida con un buen hombre llevada por su ambición. ¿Qué la detendría de hacerlo una vez más?

—El barón Walwyn sí fue una buena opción, supongo —comentó él.

Cecily cabeceó, indecisa, antes de abandonar la tortura a la que sometía a la hierba para observarlo con el entrecejo fruncido.

—Percy fue un hombre muy tierno, y me amaba —reconoció ella suavemente—. Me recuerda un poco al marqués.

—Y lo mismo que ocurre con él, tú no le correspondías.

Cecily hizo un ademán de exasperación y golpeó su regazo con un puño.

—¿Por qué no puedes entenderlo? No siempre podemos actuar llevados por el amor…

—Pero lo hiciste una vez. —A Jack le avergonzó el rencor que se coló en su voz—. Huiste con ese conde como fuera que se llame.

—Su nombre es Luigi —aclaró ella con tono afilado—. Y sí, hui con él, es verdad; pero creo que ya te has dado cuenta de qué me trajo aquello.

—¿Y por qué no te quedaste con él?

Una sombra de dolor refulgió en la mirada de Cecily antes de que la enmascarara con la misma determinación con que lo hacía todo.

—Eso no es asunto tuyo —replicó ella sin ocultar su molestia.

Jack ignoró sus palabras.

—Lo dejaste todo por él y ahora estás aquí una vez más dispuesta a cometer los mismos errores de nuevo. Casarte con un hombre al que no amas para conservar las apariencias y hacer lo que tu madre espera de ti —resumió él, mirándola a los ojos—. ¿Es que no has aprendido nada?

Un brillo peligroso centelleó en los ojos de Cecily al devolverle la mirada.

—Eres un tonto —espetó ella—. Hablas como si supieras lo que es mejor para mí, pero no tienes idea de nada. Sé que me juzgas, lo mismo que todos, aun cuando sea por distintos motivos, y no te atrevas a negarlo. Te crees superior, que estás por encima de estas cuestiones, de agradar o no; pero la verdad es que no sabes nada, e incluso lo que conoces, porque yo acabo de decírtelo, escapa a tu entendimiento. ¿Cómo podrías no jugarme si no puedes comprenderme?

Jack no vaciló esta vez. Tomó su mano y la apretó entre sus dedos; Cecily sufrió un pequeño sobresalto al sentir el contacto de su piel, cálida y áspera, pero no hizo nada por retirarla. Por el contrario,

arqueó la espalda para acercarse un poco hacia él y sostuvo su mirada sin parpadear.

—No te juzgo. Nunca podría hacerlo —aseguró él—. En cuanto a comprenderte… tienes razón, pero lo intento con todas mis fuerzas.

—No deberías molestarte…

Jack sacudió la cabeza al oírla y esbozó una pequeña sonrisa.

—Me importas —dijo él, un poco sorprendido por sus palabras, incluso más que ella—. No preguntes por qué, porque no sabría qué responder. Pero jamás imaginé que encontraría a alguien como tú cuando decidí venir a este lugar. Dijiste que este no es mi mundo y estás en lo cierto, no lo es, y no tengo ningún interés en que lo sea; es más, cualquier hombre con dos dedos de frente se habría apartado hace mucho, pero yo no puedo hacerlo. Porque tú estás aquí y todo en mí se niega a abandonarte.

Cecily reaccionó a aquella última declaración como si la hubiera pinchado con un alfiler.

—No necesito tu protección, si eso es lo que pretendes decir.

Jack sostuvo sus dedos con mayor firmeza al sentir que ella hacía amago de retirarlos y la observó con un gesto muy serio.

—Sé que no me necesitas —aseguró él con una entonación amarga en la voz—. Así como sé también que es posible que no sientas por mí ni una ínfima parte de lo que inspiras tú en mí. ¿Pero no has pensado en que, tal vez, quiero estar a tu lado no para protegerte sino para protegerme a mí mismo?

Los dedos de Cecily empezaron a moverse como si poseyeran vida propia; acariciaron sus nudillos y, al mirarla a los ojos con atención, Jack hubiera podido jurar que había un brillo acuoso en sus pupilas, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Aquello le dio el último impulso que necesitaba para decir algo más.

—¿Qué pasaría si rechazas la propuesta del marqués? —preguntó él—. ¿Sería tan malo acaso?

—No entiendes nada —repitió Cecily sacudiendo la cabeza.

—Lo intento —replicó Jack, sin poder ocultar su desesperación—. Quizá los demás lo consideren una estupidez y sea una excusa más para apartarte, pero dime ¿acaso te perjudicaría tanto el no formar parte de esta sociedad hipócrita y siempre presta a juzgar?

—Desde luego que sí. ¿No has oído nada de lo que te dije? Necesito recuperar mi lugar; ser una de ellos es todo lo que he querido siempre, de otra forma…

—¿De otra forma qué? ¿Qué ocurriría si no lo consiguieras?

Jack aspiró con fuerza y lo observó con expresión atormentada.

—No sería nada —susurró ella—. Y no sé cómo no ser nada, Jack. Creo que no podría soportarlo; no es la vida que quiero…

Cecily calló de golpe y frunció el ceño al notar que su rostro se iluminaba con una leve sonrisa.

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó ella con la furia impresa en la voz—. ¿Te burlas de mí?

Jack se apresuró a negar con la cabeza, pero no ocultó su sonrisa; incluso más, emitió una suave risa al tiempo que se inclinaba hacia ella y apoyaba la frente sobre la suya.

—¡No! Nada de eso, todo lo contrario. Me río porque… Cecily, me cuesta creer que puedas pensar algo tan absurdo. ¡No ser nada! Tú entre todas las personas… Si lo eres todo.

La oyó contener el aliento al tiempo que lo observaba con los ojos muy abiertos; estaban tan cerca que él pudo ver con claridad cada matiz de color en el fondo de sus pupilas y estuvo tentado a besar sus párpados, pero se contuvo a duras penas, consciente de que no sería capaz de detenerse si hacía algo como aquello. Empezaría besando sus ojos y luego…

Jack suspiró y se alejó solo lo suficiente para acariciar su mejilla en tanto ella lo observaba como si se encontrara hechizada.

—Debería huir —musitó él.

Cecily parpadeó y se enjugó los labios con la punta de la lengua.

—Deberías —asintió ella—. ¿Por qué no lo haces?

—Sabes por qué.

Tras esa declaración, que en realidad no decía nada y al mismo tiempo lo confesaba todo, Jack observó sus manos unidas un instante antes de cerrar los ojos. Cecily no dijo una palabra en respuesta y le alegró que así fuera; no habría sabido qué hacer si ella le hubiera pedido que aclarara una respuesta tan enigmática. Permanecieron así durante nunca supieron cuánto tiempo hasta que Cecily emitió un hondo suspiro y se alejó de él con movimientos reticentes, apartándolo suavemente como si le pesara, pero no pudiera considerar siquiera permanecer a su lado. Luego, tras dudar, ella se puso de puntillas y depositó un beso sobre su mejilla, acariciando su piel con el vaho de su aliento y Jack la dejó marchar, rodeado por ese silencio que en el fondo agradeció, porque ya había dicho demasiado y parte de él pensaba que tal vez no pasaría mucho tiempo antes de que se arrepintiera de ello.

Capítulo 5

Cecily apenas tuvo tiempo para dedicar un solo pensamiento a ese extraño momento compartido con Jack; luego de recostarse con el fin de prepararse para la cena, se vio asaltada por el cansancio y se quedó dormida por horas. Tuvo un sueño curioso que luego apenas consiguió recordar, pero como estaba convencida de que sin duda Jack habría tenido un importante papel en él, se dijo que tal vez fuera lo mejor.

Su doncella la despertó con el tiempo justo para arreglarse y cuando estuvo satisfecha con el resultado y bajó para reunirse con los demás invitados, había logrado recuperar ya ese semblante de fingida indiferencia que se le daba tan bien. Cuando menos, se dijo en el momento en que su mirada se cruzó un segundo con la de Jack al dirigirse al comedor la mantenía a salvo.

El marqués se mostró más afectuoso que de costumbre e incluso, y aquello no le hizo ninguna gracia aunque consiguió ocultar su molestia, un tanto posesivo. Parecía dar por hecho que aquella reunión no era más que el último peldaño antes de poder reclamarla como su prometida. Claro que como ella no había hecho más que alentarlo y urdir ese cerco a su alrededor durante meses, no tenía derecho a cuestionarlo, se reprochó Cecily cuando el marqués posó una mano sobre su brazo durante la cena en un gesto demasiado familiar que le erizó la piel, y no en el buen sentido.

Aun así, logró fingir una sonrisa encantadora, pero tuvo cuidado de no mirar en dirección al otro lado del comedor, donde estaba sentado Jack y desde donde sin duda debía de estar observando la escena. A lo sumo elevó el mentón en un gesto inconsciente, como si pretendiera así desafiarlo a pensar mal de ella, pero supo de inmediato que estaba siendo injusta; le creyó cuando dijo que no la juzgaba aun cuando no fuera capaz de entenderla.

La cena se le hizo eterna y observó cada plato que ponían ante ella con desgana; picoteó un poco de cada uno y cuando el marqués le preguntó por su falta de apetito, lo achacó al nerviosismo, una respuesta que él recibió con ademán indulgente. En realidad, eso no era del todo mentira; se sentía ansiosa e inquieta por lo que presentía

que estaba a punto de ocurrir. Por eso, cuando el marqués le pidió que lo acompañara un momento al término de la cena en lugar de fungir de anfitrión para los hombres que se quedaron en el comedor, sintió que el nudo en su estómago se apretaba hasta cortarle el aliento, pero lo siguió con una sonrisa, consciente de que todas las miradas estaban fijas en ellos y que sería el tema predilecto del que hablar a hurtadillas tan pronto como pudieran.

Cecily agradeció que el marqués no hubiera tenido la horrorosa idea de hacer a su tía partícipe de esa reunión; dudaba de que hubiera podido soportarlo. Él la llevó al salón destinado a la familia y la invitó a sentarse a su lado en un diván bajo los ventanales, que en ese momento se encontraban abiertos de par en par; el aroma de las flores del jardín llegó hasta ellos y a Cecily le recordó a otro momento que compartiera con otro hombre algo más temprano. Pero entonces no había sentido el miedo que la asaltó en ese momento.

Para su sorpresa, el marqués se mostró menos dubitativo de lo que tenía por costumbre y apenas vaciló antes de hacer su propuesta. En otras circunstancias, ella habría apreciado que no se anduviera con rodeos; pero en ese momento se sintió como un pajarillo al que hubieran cortado la lengua. Las palabras se alojaron en su pecho y fueron trepando por su garganta hasta quedar apresadas entre los dientes que mantenía firmemente apretados por debajo de una sonrisa temblorosa. Cuando al fin consiguió relajar lo suficiente sus músculos para abrir la boca y dar una respuesta, se oyó balbucear con la indecisión de una niña. Que Dios la ayudara.

—La tía del marqués se encuentra furiosa; parece que se lo ha tomado como una afrenta personal.

—Pero creí que no estaba de acuerdo con esa unión.

—Y no lo está. Sin embargo, opina que lady Walwyn se burla de su sobrino al pedirle tiempo para pensar en su propuesta.

—Bueno, quizá se deba a que tiene algún otro prospecto en el horizonte…

Jack posó su mirada en la orilla del Támesis e hizo como si no hubiera oído la charla entre aquel pequeño grupo muy cerca de donde se encontraba, en especial al notar que las miradas se posaban sobre él con muy poca discreción.

Había escuchado de esa carrera entre los miembros del club al que pertenecía James y no lo pensó dos veces cuando lady Haversham sugirió que le haría bien tomar un poco de aire puro. Según ella, llevaba demasiado tiempo sumergido en sus negocios y ya era hora de que se distrajera un poco; nadie podría sentirse a gusto todo el tiempo entre oficinas inundadas de humo de cigarrillos y almuerzos apresurados para proseguir con unas negociaciones que tal vez

aumentaran su fortuna, pero que sin duda debían de ser muy aburridas.

Considerando que la esposa de James era una mujer con una imaginación desbordante, Jack se cuidó de decir que esa estaba lejos de ser la realidad: ni las oficinas eran malolientes ni los almuerzos tan malos; pero sabía que la vizcondesa solo pretendía ser amable y por eso recibió su consejo de buen talante.

Ahora, sin embargo, se preguntaba si no habría cometido un error. Lo último que le provocaba era verse envuelto en chismes y tener que oír habladurías relacionadas con Cecily, en especial porque muchas de aquellas cosas él ya las había pensado por su cuenta y le avergonzaba haberlo hecho si eso lo ponía al nivel de esas personas.

Cuando James comentó hacía unos días que el marqués de Radford era la comidilla de las charlas de salón porque se había filtrado la información de que lady Walwyn rechazó su propuesta de matrimonio con la promesa de considerarla y darle una respuesta final en cuanto se sintiera del todo convencida de su decisión, estuvo a punto de reír. Ella había dicho que no cuando todo el mundo estaba seguro de que no dejaría pasar un segundo en asegurar su triunfo. Para él, en un primer momento, aquello solo pudo tener un motivo. Le gustaba pensar que era un hombre humilde, pero no tanto como para no reconocer que posiblemente aquella respuesta tuviera mucho que ver con él. Desde luego, no podía asegurar que aquello se debiera a un interés de Cecily en él como hombre sino que algo de lo que le dijera posiblemente hubiera hecho mella en su forma de ver las cosas.

Porque había algo que tenía asumido que no iba a cambiar, incluso si Cecily decidía rechazar del todo la propuesta del marqués: ni él era una opción adecuada para ella y su necesidad de recuperar su sitial en la sociedad, ni Jack se veía en la posición de intentar convencerla de lo contrario porque entonces habría tenido que hacer demasiadas confesiones. Y eso solo la alejaría del todo.

Cecily lo veía con recelo porque era un hombre sin pergaminos, pero ni ella ni los suyos dudaban de que proviniera de un linaje cuando menos honorable. Quizá pensaran que era como James, un caballero de una familia respetable pero poco acaudalada que había tenido que labrarse una vida por sí mismo y que ahora podía ufanarse de una buena fortuna aun cuando, a diferencia de su amigo, él no contara con un título. La verdad estaba muy lejos de aquello, se dijo con un suspiro en tanto veía a los participantes de la carrera que tiraban de los largos botes para ponerlos en posición y echarlos a la corriente.

Venía de un hogar miserable y era hijo de un borracho que bien podía estar muerto en ese momento. Creció entre ratas, desperdicios y, aun cuando no se enorgullecía de ello, en muchas ocasiones él y su

madre hicieron todo tipo de cosas reprobables para asegurarse un pan. Tal vez ahora tuviera dinero, mucho más que la mayoría de aquellas personas, pero eso era todo. Y aun cuando había aprendido pronto que el dinero es poder y que quienes lo poseen cuentan con una gran carta a favor, no era tan ingenuo como para no reconocer que en el mundo de apariencias en el que Cecily se movía eso solo lo convertía en un arribista a quien convenía mantener apartado. Alguien como él nunca sería visto como uno de ellos, y eso en realidad no podía importarle menos, pero ella…

—¡Allí están! No puedo creer que el marqués continúe poniéndose en evidencia de esta forma.

—Tal vez piensa que ella solo se está haciendo de rogar. No me extrañaría que así fuera.

Jack apretó el borde del muro en que se encontraba apoyado y entrecerró los ojos para ver en la dirección que la gente señalara. Procuró ser discreto, sin embargo, ya que lo último que deseaba era alimentar esas habladurías; con seguridad Cecily no lo apreciaría.

El ala de su sombrero le cubría buena parte del rostro y sostenía una gran sombrilla para proteger su piel de los rayos del sol que esa mañana calentaba de una forma poco habitual. Iba de blanco y gris, una combinación que acentuaba su belleza, o al menos eso le pareció a él; tal vez se debiera también al hecho de que parecía más distante de lo que acostumbraba, lo que la hizo parecer más inalcanzable aún.

No pareció que lo hubiera visto; tenía la mirada fija en el grupo de hombres que se situaban en ese momento en los botes y oía la charla del marqués con gesto distraído aunque permanecía bien asida a su brazo.

¿Podría sentirlo, siquiera? ¿Sería capaz de percibir su mirada, el anhelo que apenas podía ocultar a los demás pero que estaba seguro que debía de traslucir en el ardor con que la veía? No obtuvo una respuesta a sus dudas ni se planteó más, prefirió mirar en otra dirección para evitar ponerse en evidencia ante las personas que se encontraban cerca de él y que cuchicheaban con un murmullo sordo en tanto algunas damas lo señalaban con el ala de sus sombreros, jurando que se mostraban más discretas de lo que eran en realidad.

El entrechocar de los botes y las voces que daban los timoneles se alzaron por encima de las charlas, reclamando su atención. Le habría gustado practicar ese deporte; parecía estupendo para liberar tensiones, juzgó al advertir la forma en que los hombres remaban. Sus frentes se perlaron de sudor, pudo verlo aun a lo lejos, así como que sus miembros se esforzaban al máximo con un rítmico movimiento que los hacía avanzar a una velocidad que aumentaba con la corriente. Oyó algunos vítores, pero no les prestó mayor atención.

Las figuras fueron perdiéndose a lo lejos y empezó a moverse con

la gente aunque tuvo buen cuidado de conservar cierta distancia; no tenía interés en mantener conversaciones intrascendentes cuando los había oído referirse a Cecily de la forma en que lo hicieran. Una vez más, en tanto adelantaba a un grupo para mantener a los botes a la vista, se preguntó qué demonios vería ella de bueno en pertenecer a esa manada de inconscientes.

Cecily era única. Especial. Y merecía mucho más.

Al mirar en dirección en la que ella se ubicara con el marqués, advirtió que caminaba también siguiendo la ruta de la carrera, pero no parecía demasiado interesada, tan solo se dejaba llevar con un andar indulgente y poco entusiasta. En ese momento, quizá llevada por la sensación de saberse observada, miró sobre su hombro y sus miradas se encontraron por un instante; ella fue la primera en desviar la vista, pero Jack advirtió un leve rubor en sus mejillas que lo hizo sonreír.

Los vítores aumentaron en intensidad y se vio apresurando también el paso; en parte para seguir el trayecto de la carrera y también porque no deseaba perder de vista a Cecily. La tela de su vestido empezó a agitarse por el viento y la vio fruncir el ceño en tanto sostenía su sombrilla con una mano y procuraba asentarla con la otra. De haberse encontrado a su lado, habría sostenido esa cosa por ella; aun más, hubiera estado encantado de cubrirla con su cuerpo para protegerla del viento. En ese momento, aunque no tenía derecho a ello y se reprendió de ser tan tonto siquiera por considerarlo, envidió profundamente el papel del marqués. Él, que jamás ambicionó ocupar el lugar de ningún hombre y que se sentía orgulloso de sus orígenes por el recuerdo de su madre y el esfuerzo que le había llevado dejarlo todo atrás, se sintió miserable y poco valioso a los ojos de aquella gente que de haber conocido su pasado lo habría mirado como si se tratara de un animal rastrero. Quizá ella también lo hiciera, no habría podido asegurar lo contrario; la nobleza de Cecily, aunque evidente, estaba sujeta por las barreras que le había forjado su crianza.

Sin saber cómo, había alcanzado al grupo del marqués, pero se mantuvo unos pasos detrás. No tenía idea de si las habladurías que lo relacionaban con Cecily habían llegado también a él, pero no quería perjudicarla, algo que estuvo seguro que ella apreció porque lo miró una vez más en un gesto con el que pareció querer darle las gracias.

La regata continuó por un buen rato y Jack no dejó de avanzar con la atención dividida entre los participantes y Cecily; pero cuando estaban cerca de llegar a la línea de meta, fue su turno de sentirse observado. En un inicio, pensó que podría tratarse de algunas de esas personas que habían estado hablando de Cecily y su cercanía y que habían reparado en que se mantenía muy atento a sus movimientos,

pero al mirar en esa dirección comprendió que estaba equivocado. Descartó la idea por algunos minutos, preguntándose si no estaría poniéndose paranoico, pero la sensación tan solo aumentó, por lo que buscó nuevamente poniendo su atención algo más allá, alejado de donde se encontraba la mayor concentración de personas. Entonces lo vio.

Jack sintió como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago y se detuvo de golpe en medio del césped, con lo que se llevó un par de empujones de las personas que avanzaban a su alrededor. Algunos lo miraron con extrañeza y otros con mal disimulada curiosidad; pero al final debieron de considerar que encontrándose a solas y sin decir una palabra, con seguridad no debía de ocurrirle nada importante, de modo que siguieron con lo suyo, algo que Jack habría agradecido enormemente de haberse dado cuenta siquiera.

Cuando consiguió recuperarse de la impresión dio una mirada tras él para descartar que alguien lo estuviera observando y tragó espeso al comprobar que nadie parecía mostrar interés en su extraño accionar. Miró una vez más en dirección a donde se encontraba la figura que lo observaba a su vez con lo que le pareció una mueca de desprecio y caminó hacia allí con los dientes apretados. Sentía que sus pies pesaban como plomo y que el escaso aire que entraba en sus pulmones ardía, incendiándolo todo a su paso. ¡Cómo se había atrevido!

Su padre sonrió con burla cuando lo vio acercarse, pero le bastó con advertir su gesto ceñudo para borrar cualquier rastro de mofa y pareció encogerse hasta hacerse muy pequeño, casi mimetizándose con el seto en que se encontraba apoyado. Los anchos hombros de Jack lo ocultaban de la vista, pero aun así sería evidente para cualquiera que le mostrara atención que no se encontraba a solas.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Acaso me has seguido?

Jack no dio tiempo al hombre de responder porque lo tomó del hombro y lo empujó con mucha menos fuerza de lo que le habría gustado.

—Necesitaba hablar contigo; fui a esa casa en que estás quedándote, pero el mayordomo ni siquiera me dejó pasar de la puerta de las cocinas…

—Obviamente, se trata de un hombre con muy buen juicio —espetó Jack ante aquella excusa que le pareció ridícula—. No puedes venir de esta forma; ¿te has vuelto loco?

Ante la falta de respuesta, Jack observó a su padre como si lo viera por primera vez y esbozó una sonrisa cargada de amargura.

—Creí que estabas muerto —dijo él—. Fui a buscarte, pero encontré la casa de cabeza y a unos amigos tuyos preguntando por ti.

Algo parecido a la preocupación afloró a los ojos del hombre por un instante antes de ser reemplazados por una fría furia.

—¿Te lastimaron? —preguntó él.

Las huellas de la pelea eran casi imperceptibles y la cojera había desaparecido del todo, pero a Jack le habría dado igual de no ser así. Odiaba la idea de que aquel hombre pudiera mostrar interés por él; algo que, de existir, habría considerado falso y con algún fin oculto.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió a su vez de mala gana sin atender a su pregunta—. ¿Se trata de dinero?

Le bastó con ver su rostro para saber que había dado en el blanco.

—Desde luego que es dinero —se respondió a sí mismo con un gesto de desagrado—. ¿Necesitas pagar a esa gente o hay algunos amigos tuyos a los que aún no conozco?

—Fue hace mucho tiempo…

Jack lo ignoró.

—No te daré nada —declaró, tajante—. No he trabajado de la forma en que lo hice para sufragar tus deudas y estás loco si crees que te mantendré por siempre. Si te ayudé fue porque se lo prometí a mi madre, pero ella nunca estaría de acuerdo con esto.

—Pero necesito tu ayuda.

—No me importa. No eres una obligación para mí y has sobrepasado por mucho lo que estoy dispuesto a tolerar al haber venido hasta aquí —Jack habló con las manos apretadas para reprimir el impulso de gritar.

Su padre carraspeó y se vio asaltado por un acceso de tos, pero duró más bien poco y se acercó a él con la desesperación pintada en el rostro.

—Prometo que no te molestaré más pero necesito salir de esto o… por favor, Jack, necesito que me des una mano. Serán solo centavos para ti, no harán ninguna diferencia; me debes…

—¡No te debo nada!

Jack dio un paso hacia él y extendió una mano para tomarlo por la chaqueta en un arranque de ira cuando oyó un leve carraspeo tras él y sintió que su cuerpo se convertía en piedra.

—¿Señor Dyer?

Jack cerró los ojos un instante antes de abrirlos nuevamente y dirigir una mirada de advertencia a su padre; luego, dio la vuelta para encontrarse con el rostro de Cecily, que les observaba a su vez con evidente curiosidad.

—Milady.

Cecily frunció levemente el ceño al encontrarse con sus ojos; debió de encontrar extraña la formalidad en su voz tanto como el que pareciera tan tenso, erguido en toda su altura en una postura desafiante.

—La regata ha terminado y me pareció extraño no verlo en la meta; creí que le interesaba —dijo ella con cierta cautela; parecía ser

muy consciente de lo tenso del momento—. El marqués ofrece un almuerzo para honrar a los participantes y sugirió que podría interesarle asistir. Si no tiene algún otro compromiso, claro.

Jack aspiró un par de veces para calmar sus nervios alterados y le tomó un momento comprender del todo lo concerniente a la invitación. En un inicio, le pareció extraño que el marqués mostrara interés en contar con su presencia cuando debía de haber oído algunas habladurías que lo relacionaban con la mujer a quien pretendía convertir en su esposa, pero entonces comprendió que tal vez esa fuera su intención, después de todo: dejar en claro que no lo consideraba un rival en absoluto, tanto que podía mostrarse magnánimo y permitir que rondara cerca. A ese grado lo despreciaba aquella gente.

Estuvo tentado a negarse, pero entonces recordó la presencia de su padre y que sería la excusa perfecta para marcharse; además ¿qué sentido tenía negarlo? Se aferraría a un clavo ardiente por mucho que lo lastimara con tal de tener una oportunidad de estar cerca a Cecily. De modo que, tras suspirar, asintió y esbozó el rastro de una sonrisa.

—Lord Radford es muy amable al invitarme; estaré encantado de ir. Me reuniré con ustedes en un minuto; antes debo atender un asunto —respondió él.

Cecily vaciló un instante antes de cabecear y, tras alternar una última mirada de él al hombre a su lado, se marchó con ese andar elegante tan particular que a él le habría encantado apreciar de no ser porque había sido sincero al decir que tenía un asunto del qué ocuparse antes de reunirse con ella.

Cualquier rastro de calidez desapareció de su rostro al volver su atención a su padre.

—Vete —dijo—. No quiero volver a hablar contigo.

El hombre lo ignoró; seguía con la mirada a Cecily, que en ese momento se encontraba cerca del grupo del marqués, aunque Jack advirtió que les lanzaba algunas miradas de reojo al alejarse.

—¿Quién es ella? —preguntó su padre.

Jack se plantó ante él tapándole la visión y le dirigió una mirada de advertencia.

—Ni siquiera te atrevas a mirarla —ordenó él.

—Es bonita —comentó el hombre sin hacer como si lo hubiera oído—. Me recuerda un poco a tu madre.

—¡Cállate! No… —Jack hizo un esfuerzo por reprimir las ganas de sacudirlo—. Vete. Vete y no vuelvas a acercarte a mí; si me entero de que has ido a casa de los Haversham o me vuelvo a topar con tu maldito rostro…

Su padre elevó el mentón en una patética intención de desafiarlo, pero se tambaleó y tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol para

evitar caer. Pese a ello, no bajó la cabeza sino que lo miró a los ojos; había poco del rencor que sí reflejaban los de Jack en ellos, pero fue evidente que resentía la reacción de su hijo.

—¿O qué? —espetó él; una hilera de saliva corría por la comisura de sus labios y se limpió con la manga en un gesto brusco—. ¿Qué me harás?

Jack sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé; pero por el bien de ambos, no me obligues a descubrirlo.

Pese a lo ominoso de sus palabras, de pronto Jack bajó un poco los hombros y abandonó parte de la expresión beligerante; odiaba cada segundo en que se veía en la necesidad de hablar con ese hombre. La idea de que él se encontrara con vida, complicando su existencia, en tanto su madre, a quien echaba en falta cada día y quien a su parecer hubiera merecido encontrarse allí para conocer algo de la tranquilidad que él hubiera deseado darle, le parecía una burla del destino. El verlo era un constante recordatorio de aquello.

—Hijo…

Jack hizo un gesto para callarlo, sin ningún deseo de oír lo que fuera que deseara decirle; a su entender, no importaba de qué se tratara, siempre llegarían al mismo punto, lo que a él en verdad le importaba. De modo que tomó un puñado de monedas del bolsillo y las sostuvo ante sí antes de dejarlas caer sobre las manos extendidas de su padre.

—No sé cuánto debes a esa gente, y no tengo interés en saberlo —indicó en tono agotado—. Úsalo para eso o cualquier otra cosa, no me importa. Pero mi advertencia se mantiene: no quiero volver a verte. Procuraré enviarte algo más de vez en cuando; se lo prometí a madre, como bien sabes, algo de lo que supongo no dejarás de aprovecharte. Pero está bien, puedo hacerlo; solo recuerda una cosa. No lo hago por ti, no te debo nada, y si de mí dependiera te dejaría muriendo en cualquier zanja. Mi deuda es con ella.

Su padre tomó el dinero y lo sujetó con fuerza contra su pecho, tenía la cabeza gacha como si no resistiera el sostener su mirada y sus labios permanecieron firmemente cerrados en tanto Jack le echaba un último vistazo sin disimular su desprecio antes de darle la espalda y dirigirse al grupo que se encontraba varios metros más allá.

Cecily arqueó una ceja cuando lo vio acercarse, pero eso fue todo lo que hizo para dar a entender que había notado su presencia. Se mantuvo apartada y atenta a las palabras del marqués mientras Jack procuraba fingir un interés que no sentía en la charla de algunas de las personas que se acercaron a hablar con él. Al parecer, ninguno de ellos había notado su breve desaparición o al hombre con el que estuviera hablando, lo que le procuró cierto alivio. De cualquier

forma, le costó deshacerse de la sensación de incomodidad que lo asaltaba cada vez que veía a su padre, o pensaba siquiera en él.

Permaneció en ese estado taciturno, consciente de que lo único que conseguía con ello era despertar la curiosidad de quienes le rodeaban, pero le dio igual; no estaba de humor para fingir un entusiasmo que estaba lejos de sentir, ni siquiera por Cecily. Si aquella gente deseaba pensar que se encontraba desolado al verla del brazo del marqués, podían hacerlo. Quizá estuvieran en lo cierto. Apenas consiguió tolerar ese ambiente por un par de horas; luego de compartir el refrigerio que los sirvientes se ocuparon de ofrecer en la carpa que la tía del marqués había ordenado preparar en el parque, se despidió sin hacer el intento de acercarse a Cecily. No habían intercambiado una sola palabra después de que ella fuera en su busca y supuso que hubiera sido una tontería que fuera de otra forma.

Cuando llegó a casa de los Haversham se cuidó de ir directamente a su habitación y dejó dicho que no lo esperaran para cenar; había pasado todo el día fuera y estaba exhausto, prefería acostarse temprano. Era probable que no le creyeran, en especial James, pero estaba seguro de que su amigo lo comprendería.

Se tumbó sobre la cama sin desvestirse y cerró los ojos con un suspiro, rogando porque el sueño lo venciera antes de tener tiempo de pensar en todo lo que le daba vueltas en la cabeza. Su padre, Cecily… Por primera vez desde su llegada, lamentó no haber rechazado la invitación de James. Su vida en América era perfecta; tenía todo lo que deseó alguna vez, incluido el respeto que jamás recibiría en Inglaterra. Por un momento, consideró levantarse al día siguiente a primera hora y organizar su viaje de regreso, pero en tanto la oscuridad iba envolviéndolo, supo que no lo haría. Había algo mucho más valioso que su paz que lo mantenía anclado en aquel lugar y no se sentía aún capaz de dejarlo del todo atrás. Era posible que aquello cambiara pronto, claro, pero eso no estaba en sus manos.

—¿Cecily? ¡Cecily! Despierta ya y dime que no es verdad lo que he oído.

Cecily apretó los ojos con fuerza. Quizá se tratara de una pesadilla; si los mantenía cerrados aquella voz desaparecería en cualquier momento y una vez que despertara se daría cuenta de que fue solo una trampa de su subconsciente, que la acosaba en sueños para torturarla.

—Cecily, sé que estás despierta; deja estas niñerías y habla conmigo.

No. No iba a tener tanta suerte, comprendió Cecily al tiempo que emitía un hondo suspiro e iba abriendo los ojos con mucha lentitud. Cuando al fin los abrió del todo, parpadeó un momento, asaltada por

el brillo de la luz que se colaba por entre las cortinas abiertas de par en par y un rostro familiar fue dibujándose ante ella.

—¿Madre? —preguntó en un hilo de voz.

La señora Hartford la observaba desde un lado de la cama; se había sentado en una butaca con esa rigidez tan habitual en ella y tenía las manos unidas sobre el regazo.

—Veo que me recuerdas —comentó la señora con afilado sarcasmo —. Resulta difícil de creer, considerando que has decidido hacer como si no existiera. Ni una carta…

Cecily emitió un gemido y se tapó un momento los ojos con las palmas de las manos.

—Te escribí…

—¡Hace semanas! No he oído una palabra de ti desde entonces y todo lo que sé llegó a mis oídos por otras personas…

—Supongo que te refieres a una de esas amigas a las que tanto les gusta esparcir patrañas.

La señora Hartford apretó los labios en un gesto muy similar al que adoptaba su hija cuando se encontraba disgustada y sus ojos parecieron emitir destellos de enojo.

—No te atrevas a intentar desviar mi atención —advirtió ella—. No me conoces en absoluto si piensas que olvidaré la razón de que se me encuentre aquí solo porque te oiga hablar de esa forma.

Cecily miró a su madre de reojo y suspiró antes de incorporarse sobre la cama. Por lo que calculó, debía de ser muy avanzada la mañana, pero no había logrado conciliar el sueño hasta el amanecer y sentía como si llevara días sin dormir. Le dolían los hombros y la base de la espalda; supuso que por la tensión de la que se encontraba presa desde hacía semanas, pero procuró que esa molestia no fuera demasiado evidente para su madre o le haría las cosas aún más difíciles.

Desviando el rostro, se puso de pie con la vista fija en la moqueta y se puso las zapatillas con lentitud; en su experiencia, aparentar calma era lo mejor que podía hacer cuando se enfrentaba a una discusión como la que veía asomar en el horizonte. Desde luego que su madre había llegado a Londres para dejar algunas cosas en claro; nunca la visitaría porque la echara de menos.

—¿Cómo se encuentran Gabriel y su familia? —preguntó en tanto se ataba la salida de cama alrededor de la cintura, echando su larga cortina de cabello sobre un hombro.

La señora Hartford parpadeó un par de veces como si encontrara curiosa su pregunta, pero se recuperó con rapidez e hizo un gesto displicente con la mano antes de responder.

—Todos están bien —dijo ella—. Tu hermano no deja de consentir al niño; lo convertirá en un chiquillo mimado como esa muchacha no

le ponga un alto.

—Sapphira.

La señora frunció el ceño al oír la seca interrupción de su hija.

—¿Qué?

—No es «esa muchacha». El nombre de la esposa de Gabriel es Sapphira —corrigió ella con tono burlón—. Espero que nunca se te ocurra llamarla de esa forma en presencia de Gabriel; sabes que no tolera que seas irrespetuosa con ella.

Su madre hizo un mohín de disgusto, pero no le discutió esa aclaración y Cecily no tuvo problemas para adivinar que debía de mostrarse mucho más dócil en presencia de su hijo y su nuera. El matrimonio de su hermano con una muchacha de origen humilde y que, además, había servido en su casa por un breve tiempo, había significado una verdadera hecatombe para el mundo de la señora Hartford. Sin embargo, no hubo nada que pudiera decir que persuadiera a Gabriel de hacer lo que deseaba; jamás lo había habido y en cierta forma Cecily envidiaba esa seguridad. De haber sido un hombre también, quizá…

—Olvida a Gabriel —dijo su madre, retomando la charla una vez que tragó como si acabara de degustar un bocadillo agrio—. No he hecho un viaje tan largo para hablarte de tu hermano y su familia; si te interesa su bienestar, puedes escribirles. Lo que necesito saber es qué hay de cierto en que rechazaste la propuesta del marqués de Radford.

Fue el turno de Cecily para hacer una mueca que reveló su disgusto.

—No sé de dónde has sacado semejante tontería. No he rechazado al marqués —aseguró ella.

—¿No? ¿Acaso no te hizo una propuesta y le pediste tiempo para pensarlo?

—Bueno, sí, pero…

La señora Hartford carraspeó y observó a su hija tras atusar su peinado, un gesto innecesario porque ni un solo rizo hubiera podido escaparse del tenso recogido que llevaba.

—¡Eso es exactamente lo mismo que haberlo rechazado! Debiste aceptar de inmediato —rumió la mujer—. ¿Acaso no te he enseñado nada?

—Me has enseñado muchas cosas y las recuerdo todas perfectamente, madre, no hace falta que te esmeres en repetirlas —atajó su hija de mala gana—. Sé muy bien lo que hago.

Cecily empezó a pasear por la habitación, no sin antes dar un tirón al llamador para avisar a su doncella de que se encontraba despierta y podía acudir a ayudarle; si no aparecía alguien para interrumpir aquella charla terminaría por dar de gritos a su madre.

—Ese es precisamente el problema. —La señora Hartford elevó una mano como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. Te crees más lista de lo que eres, pero basta con ver tus antecedentes para saber que no has hecho más que cometer un error tras otro. Jamás creí que a estas alturas de tu vida pudieras atraer la atención de un hombre como el marqués y ahora que lo tienes comiendo de tu mano, en lugar de asegurar tu posición, te das el lujo de fingir indiferencia. Cecily, esta podría… no, estoy segura de que es tu última oportunidad y estás loca si piensas que permitiré que lo arruines todo de nuevo.

Cecily dio la espalda a su madre y se llevó una mano al pecho agitado, respirando una y otra vez para recuperar el control. Si decía lo que pensaba…

—También he oído que te has mostrado demasiado amistosa con un hombre amigo de lord Haversham. ¿Es verdad eso? Porque me niego a creer que seas tan irresponsable…

Un suave toque a la puerta salvó a Cecily de responder y exhaló un suspiro de alivio antes de franquear la entrada a su doncella, que tras hacer una reverencia se apresuró a ir al vestidor para preparar lo que usaría durante el día.

Los labios de la señora Hartford simularon una línea casi imperceptible, pero Cecily sintió su mirada quemando su nuca y supo que esa charla estaba muy lejos de haber terminado.

Si las miradas matasen, consideró Jack en la siguiente ocasión en que coincidió en un evento con Cecily y la que supuso que se trataba de su madre, sin duda él ya se encontraría a un paso de la tumba.

Sabía más bien poco de la señora Hartford; a lo sumo aquello que Cecily le había confiado en su charla en el jardín de la residencia del marqués, pero eso bastó para hacerse una idea de lo que podía esperar. Se trataba de una mujer imperiosa, con un aire regio que le habría impresionado en otras circunstancias y que, aun más evidente, parecía muy segura del papel que desempeñaba en la vida de su hija. Eso explicaría que lo mirara como si deseara aplastarlo.

Jack había dudado mucho respecto a si ir o no a aquel evento, pero no había conseguido urdir ninguna excusa que disculpara su ausencia.

El tío de James era socio inversor de una serie de negocios en Londres, aunque sin duda el que más le interesaba era el establecimiento en el que en ese momento se encontraba. El señor Findley había sido la mente maestra tras la idea de fundar una gran tienda especializada en todo tipo de suministros que los londinenses pudieran necesitar; siempre y cuando estuvieran dispuestos a pagar generosamente por ello, claro. Vestuario, joyería, enseres para el hogar; cada artículo más lujoso que el anterior. Cualquier cosa que la mente humana pudiera creer, no importaba de dónde proviniera,

podrían encontrarlo allí.

Como todo visionario, sin embargo, el señor Findley carecía de los fondos suficientes para llevar su idea a la práctica en toda su dimensión, y era allí donde había ido a tallar la fortuna de su mentor. James se ocupó de hacer los arreglos necesarios en su momento para que pudiera adquirir buena parte de las acciones del negocio a cambio de una buena inyección de capital, y con el transcurrir de un breve periodo de tiempo, el establecimiento se había convertido en una de las grandes novedades. Sus ingresos aumentaban día tras día y parte de las labores de Jack en Londres estaban relacionadas con la necesidad de atar algunos cabos sueltos y presentar al tío de su amigo un informe que encontrara satisfactorio. Ya no era uno de sus empleados, pero se consideraba un amigo agradecido y estaba determinado a poner todo de su parte para cumplir con su promesa.

Debido a eso, no había podido negarse a asistir a aquella reunión. El señor Findley la organizó con el fin de inaugurar un nuevo piso, uno destinado exclusivamente a todos los enseres importados de Asia, y se encontraba muy orgulloso de su labor. Jack, como representante de su socio, estaba obligado a asumir su papel con tanto encanto como le fuera posible. Que, visto su estado de ánimo, era más bien poco.

El lugar era impresionante, sin duda, pero él ya lo había comprobado durante su última visita, al poco tiempo de llegar a Londres. Estaba compuesto por varios niveles, al cual se sumaba el último inaugurado, rematados por un gran domo, un amasijo de hierro y cristal por el que se colaban los rayos del sol, como ocurría aquella mañana en que todo parecía refulgir allí donde se mirara. A Jack le hizo pensar en la cueva de un tesoro, un lugar en donde podría hallarse hasta el artículo más impensado y donde todos los anhelos podrían hacerse realidad.

Bueno, quizá no todos, se corrigió Jack poco después al toparse con la mirada de la señora Hartford, que parecía determinada a mantenerlo vigilado. ¿Qué cosas habría escuchado aquella mujer?, se preguntó sin poder ocultar una sonrisa burlona que obligó a la señora a desviar la mirada.

Probablemente creyera que iba por la ciudad persiguiendo a su hija con el fin de seducirla para arruinar su reputación. A su parecer, sin embargo, era Cecily quien suponía un mayor peligro para él, y no precisamente porque le importara lo que hiciera con su nombre; su poder iba mucho más allá de eso. Pero suponía que la señora Hartford no tenía cómo saberlo y él no tenía interés en explicárselo, así que procuró mantenerse lejos de ella a fin de evitar un encuentro desagradable. Su intención era hacer lo mismo con su hija, aun cuando supusiera un esfuerzo mucho mayor, pero para su sorpresa, fue Cecily quien pareció interesada en ir en su busca. Y lo hizo de la

forma más inesperada.

El piso destinado a la moda femenina le recordaba a un templo que no se había animado a transitar salvo para hacer el corto recorrido preparado por el señor Findley cuando hizo la inspección de las instalaciones el día que se presentó en nombre del tío de James. Desde aquella ocasión había optado por evitarlo; no creía que pudiera encontrar nada especialmente interesante en él; según las cuentas que estudiara, gran parte de los ingresos del almacén provenían de aquella sección gracias a la pasión que aquellos artículos despertaban entre las damas londinenses, pero eso era todo lo que le atraía de allí.

Sin embargo, hubo un momento, mientras se encontraba inmerso en una charla con algunos de los empleados del señor Findley que formaban parte de las celebraciones, en que sintió como si algo le llamara desde aquel lugar. Desde su posición en la baranda del último piso tenía una vista estupenda de cada nivel y de los corrillos formados entre los invitados; pero fue el ruedo de una falda lo que llamó su atención y le llevó a mirar hacia allí con mayor interés.

Cecily.

No hubiera podido explicar el cómo o qué lo llevó a actuar de la forma en que lo hizo; solo tuvo en claro una cosa y no se planteó la posibilidad de no atender a la certeza que lo asaltó en ese momento. Ella lo necesitaba; se lo dijo con una sola mirada, así como que esperaba que fuera a su encuentro.

Sus pies actuaron más rápido que su mente y, luego de urdir una excusa y procurando pasar desapercibido, bajó las escaleras ignorando el armatoste que el señor Findley hiciera instalar. Estaba familiarizado con los elevadores, había varios en América, pero aún llamaban suficiente la atención en Londres como para que buena parte de las miradas se entretuvieran en sus ocupantes cuando estos iban de un piso a otro. Él no deseaba esa atención.

Lo envolvió el aroma de los perfumes y sonrió en señal de saludo a algunas damas que le salieron al paso; un pequeño grupo de personas ajenas a los círculos exclusivos que eran el público objetivo del establecimiento había conseguido colarse en el evento, lo que al señor Findley no debía de hacerle mucha gracia, pero a él le permitió moverse con mayor soltura entre la muchedumbre. Nadie pareció notarlo cuando alcanzó el piso por el que viera desaparecer a Cecily y pudo ir en su busca fingiendo interés en los mostradores dispuestos por doquier. Un grupo de dependientas atendían a los clientes, que parecían fascinados por las novedades; un pasillo siguió al otro y de pronto se vio ante una hilera de puertas cerradas que lo obligaron a detenerse de golpe.

Recordaba qué era aquel lugar. Eran los pequeños vestidores dispuestos para que las clientas pudieran probarse las prendas que

llamaban su atención; se acostumbraba que una costurera estuviera presente durante las pruebas para que pudieran tomar nota de cualquier arreglo necesario si la cliente de turno lo requería así.

Jack dudó acerca de qué hacer a continuación; no tenía idea de si Cecily se encontraba tras alguna de aquellas puertas o si había ido en otra dirección, y no sentía ningún deseo de ser acusado de andar fisgoneando en un lugar tan privado. Acababa de girar para marcharse, frustrado por su error, cuando una de las puertas se abrió tan solo lo suficiente para dejar una rendija a la vista; su mirada se encontró con parte del rostro de Cecily, que lo veía a su vez con expresión inquieta, y reanudó su camino sin vacilar.

Tan pronto como estuvo ante la puerta, una mano nívea asomó y tiró de él para hacerlo entrar y luego cerró la puerta con un frágil pestillo que no habría sido capaz de encontrar por sí mismo. La habitación se encontraba casi en penumbras, apenas pudo distinguir una lámpara adosada a la pared que iluminaba a medias. Un biombo del que colgaban un par de prendas, un perchero para los sombreros, una pequeña butaca y una silla. Eso era todo. Bueno, no todo. Estaba ella.

No recordaba haber visto a Cecily nunca tan turbada en todo el tiempo que llevaba de conocerla y le costó reconocerla en aquella mujer de semblante alterado que lo veía con los ojos muy abiertos y las manos fuertemente sujetas a los lados. Y pese a eso, todo en ella le pareció tan hermoso como siempre; sus labios, aunque temblorosos, brillaban, y sus mejillas lucían tan sonrosadas como si acabara de pegar una carrera. Llevaba un vestido más atrevido de lo que le había visto hasta entonces en un tono de azafrán apenas sujeto por un par de bandas en los hombros y que se pegaba a su figura como un guante sujeto por un cinturón bordado por las mismas flores que decoraban el ruedo. Su cabello dorado estaba recogido con un estudiado descuido en lo alto de la cabeza con un broche que debía de costar una pequeña fortuna.

—¿Qué ocurre? —Jack se acercó a ella cuando el silencio se hizo insoportable—. ¿Por qué te encuentras en ese estado? ¿Ha sido tu madre…?

Cecily empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro incluso antes de que terminara de hablar y exhaló un suspiro para luego estrecharlo entre sus brazos.

Jack se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, hasta que se recuperó de la sorpresa y fue elevando las manos para rodearla con ellas acercándola a su pecho, demasiado consternado aún y consciente de que todo en su interior le gritaba que debía abrazarla con todas sus fuerzas.

—Estoy tan cansada —la voz de Cecily surgió amortiguada por la

tela de su chaqueta.

Jack no dijo nada en ese momento, sintió que ella aún no había terminado y supo que estaba en lo cierto al verla separarse lo suficiente para mirarlo a los ojos; tenía las manos apoyadas en sus antebrazos y una expresión de hartazgo nublaba su rostro.

—La odio —dijo ella con los dientes apretados.

Él no tuvo que preguntar a quién se refería.

—No creo que odies a tu madre —negó—; pero entiendo que estés disgustada.

Cecily ahogó un suspiro y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ella cree que soy incapaz de pensar por mí misma y que cada vez que tomo una decisión ocasiono un desastre; pero eso no es verdad. ¿Estaría a punto de casarme con un marqués si fuera una absoluta estúpida, como ella parece pensar?

Fue el turno de Jack para suspirar y apartarla; lo hizo con mucha suavidad, pero fue un gesto lo bastante seguro para que ella lo observara con el ceño fruncido como si resintiera esa distancia que debió de percibir cayendo entre ellos.

—¿Lo estás? —preguntó él—. ¿Te casarás con él?

Cecily entreabrió los labios para responder, pero los cerró antes de emitir una palabra y aquello fue todo lo que Jack necesitó saber.

—Entiendo —dijo él.

—No, no entiendes nada. —Cecily pareció recuperar el autodominio porque se sujetó con mayor firmeza a sus brazos, renuente a soltarlo—. Te dije cuánto significa para mí.

—No lo necesitas…

—¡Sí que lo necesito! Esta es mi vida, Jack, no conozco ninguna otra y no permitiré que mi madre crea que tiene razón al pensar que lo arruinaré otra vez.

La crudeza con la que ella habló pareció impresionarlo lo suficiente para que la observara con un gesto de enojo que mostraba en pocas ocasiones cuando se encontraba a su lado. Pero el problema era que se sentía furioso. Furioso y resentido por su terquedad y por el hecho de que pareciera dispuesta a tirar por la borda incluso sus sentimientos. Había confiado en que entraría en razón, que vería siquiera una mínima parte de lo que podía ver él. Tal vez hubiera estado equivocado.

—¿Entonces qué hago yo aquí? —preguntó él.

Cecily parpadeó, confundida por la brusca pregunta y porque la veía como nunca lo había hecho hasta entonces. Como si se encontrara decepcionado de ella; algo que le dolió como si acabaran de clavarle una daga en el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Si estás dispuesta a continuar con tus planes para demostrar a tu

madre que está equivocada y para retener esa posición que tanto amas, ¿por qué me has atraído a tu lado? ¿Para qué me quieres? Porque no es en los brazos del marqués donde estás ahora, sino en los míos. —Le recordó él atrayéndola a su pecho sin la gentileza que había mostrado hasta entonces—. Si fuera otra clase de hombre, pensaría que estás interesada en tomarme como amante.

Cecily emitió un pequeño jadeo que resonó entre ambos al encontrarse con su mirada ardiente y sentir la forma en que su cuerpo se adhería al suyo. Le habría gustado apartarse y espetar alguna palabra cruel que desmintiera una afirmación tan soberbia, pero no fue capaz de hacerlo. Porque aun cuando no lo supiera, había mucho de verdad en ello y también porque su instinto pareció tomar el control de su mente y se vio acurrucándose contra él, buscando el contacto que sentía necesitar como si fuera aire.

—No puedo…

—Pero quieres —la cortó él con cierta crueldad, consciente de lo que había estado a punto de decir—. Es por eso por lo que estás aquí y lo que te molesta tanto, ¿cierto? Me quieres a mí.

Las palabras de Jack reverberaron en el pequeño espacio, sumiéndolos luego en un silencio ominoso que permaneció entre ambos hasta que él emitió un gemido que bien hubiera podido considerarse un lamento de rendición. Sin detenerse a pensar en lo que hacía y en las implicancias que algo como lo que estaba a punto de hacer podrían tener, cedió por segunda vez a un impulso salido de no sabía dónde, y asaltó su boca como un desesperado.

Cecily resopló por la sorpresa, pero superó aquella impresión tan pronto como sintió su lengua explorando su boca; entonces pareció olvidar todo lo que no fuera la necesidad de corresponder a su asalto. Llevó las manos a su rostro y lo sujetó con todas sus fuerzas, sorbiendo su sabor con la misma angustia que mostraba él, consciente de que tenían un momento precioso que tal vez no podrían repetir nunca más.

Jack asió sus caderas y le dio vuelta para que ocupara su lugar contra la puerta y así apretarla contra sí, poniendo en evidencia su deseo. Sabía que estaba siendo brusco y parte de su mente le gritó que debía actuar con mayor delicadeza, pero la acalló con una maldición ahogada al sentir las manos de Cecily reptando por debajo de la chaqueta para apartar los faldones de su camisa y acariciar su espalda desnuda. En ese momento dejó de pensar y cerró los ojos.

De haber podido coordinar sus ideas, habría agradecido a Cecily por haber elegido aquel vestido. Tenía bastante experiencia con la moda femenina, y si bien la consideraba atractiva a la vista, apartarla en situaciones como aquella podía ser un incordio; pero con un modelo como aquel, tan ligero y con la tela remolinando entre sus

manos, le pareció lo más sencillo del mundo tirar del ruedo de la falda hacia arriba para perder las manos entre sus piernas cubiertas por las medias. Aunque le habría encantado tocar su piel, había algo ciertamente erótico en recorrer sus pantorrillas y el interior de los muslos sobre la capa de seda que no le impidió sentir el calor que despedía según sus caricias iban cobrando en atrevimiento.

Las manos de Cecily volaron a su pecho y se enredaron en el suave vello que lo cubría, arrancándole un gemido que obtuvo un eco cuando él consiguió abrirse paso entre sus piernas y coló un dedo para acariciarla en lo más profundo de su intimidad. Ella clavó las yemas de los dedos en su abdomen en un acto reflejo y se puso de puntillas, apretando su espalda contra la puerta sin dejar de emitir pequeños suspiros que Jack se apresuró a acallar con un beso profundo sin abandonar las ansias por devorarla que parecían haberlo poseído.

Su cabello debió de soltarse en algún momento, porque Jack sintió el roce de sus rizos enredándose en su rostro y aspiró su aroma con los ojos entrecerrados. Cuando los abrió, se encontró con el rostro de Cecily tan cerca del suyo que no habría sabido decir de quién era el aliento que aspiraba y que se colaba en sus pulmones dejando una marca que estaba seguro que se mantendría allí por siempre marcada a fuego en un recordatorio de aquel momento. Cecily jadeaba y él no intentó callarla nuevamente; quería oírla, verla. Saber que al menos en ese instante era suya y que no importaba lo que ocurriera luego, nadie podría quitarles ese recuerdo. Introdujo un segundo dedo, sin despegar la mirada de sus ojos; una satisfacción primitiva lo asaltó al sentirla tensarse en su interior, apresándolo y pidiendo más. No se detuvo hasta que supo que estaba cerca de llegar al límite y entonces devoró sus labios una vez más, consciente más que nunca de la mano que se colaba en la cintura del pantalón, perdiéndose hasta sujetar su miembro en una caricia que estuvo a punto de arrancarle un grito.

La frente de Cecily brillaba por el sudor y tenía los ojos cerrados, entregada a las sensaciones que le parecieron tan familiares como desconocidas, una contradicción en la que no sintió ningún deseo de explorar. Tal vez aquello no fuera nuevo para ella, pero jamás había sentido con tal intensidad. Los dedos de Jack parecían saber exactamente dónde explorar y cuándo detenerse, dándole tiempo para acostumbrarse a su invasión; un tierno pellizco la hizo brincar y apretarse contra la madera con desespero, dando de golpecitos para pedir más, algo que la liberara de esa locura. Unas luces extrañas empezaron a brillar por debajo de sus párpados apretados y creyó que moriría de placer antes de comprender que estaba muy lejos de ello. No estaba muerta. Se sentía más viva que nunca.

Su respiración agitada resonaba en sus oídos y tardó todo un minuto en recuperar la conciencia; sentía como si se encontrara

inmersa en los rastros de un sueño profundo y maravilloso. Solo entonces, al entreabrir los ojos y encontrarse con el rostro de Jack ante ella, comprendió cuán real había sido todo. Su mano aún rodeaba su miembro y advirtió que él estaba muy lejos de sentir el alivio que le procurara a ella, pero no pareció que lo resintiera; por el contrario, lo vio sonreír y pegar su frente a la suya en un gesto de abandono que le inspiró una ternura que no había conocido hasta entonces. Hubiera deseado darle siquiera una ínfima parte de lo que él le entregó con esa generosidad tan desinteresada, pero no creyó que fuera capaz y aquella idea se coló entre sus pensamientos haciéndola fruncir el ceño. ¿Por qué? ¿Por qué no podía?

—Quiero tenerte —susurró él contra su sien, ajeno a sus pensamientos—. Sé mía.

Cecily cerró los ojos. Ser suya. La posibilidad de entregarse a él de una forma que iba mucho más allá de lo que acababa de mostrar, incluso si él la hubiera tomado como le habría permitido sin vacilar, fue abriéndose paso en su mente. ¿Cómo sería aquello? Pertenecer a ese hombre que era capaz de inspirar todas esas sensaciones, algunas de ellas innombrables. Hacerlo suyo también, conocerlo como nadie más podría hacerlo nunca; reclamarlo ante todas esas personas que lo veían con desconfianza. Ella les enseñaría quién era él, lo protegería de cualquiera que se atreviera a poner en duda su nobleza sin importar de dónde proviniera…

Las ideas se mezclaron en su cabeza y parecieron colisionar de golpe, dejándola aturdida. Jamás en toda su vida se había planteado proteger el bienestar de alguien antes que el suyo. Era un pensamiento nuevo, desconocido y absolutamente aterrador.

—No puedo.

El susurro de Cecily surgió de sus labios en un tono tan bajo que Jack no habría sido capaz de oírlo de no haberse encontrado tan cerca. Pero lo estaba, y eso le permitió comprender perfectamente lo que decía. Su rostro se convirtió en una máscara impasible y fue alejándose con suavidad; sus manos cayeron a los lados y Cecily no tuvo otra alternativa que soltarlo también aunque la huella de su calor permaneció en su piel y supuso que le acompañaría por siempre.

—Claro que no —dijo él en un tono de voz carente de sentimiento —. ¿Por qué harías algo como eso?

Ambos sabían que ese intercambio de palabras iba mucho más allá del encuentro físico que acababan de sostener.

—Lo siento. —El pánico se coló en la voz de Cecily y le costó reconocer esa voz de niña asustada como suya.

Jack no respondió, tan solo se encogió de hombros y le dio la espalda, acomodando sus ropas en tanto Cecily procuraba hacer lo mismo. Ella se encontraba en mucho peor estado que él, comprobó al

advertir su cabello suelto sobre los hombros y el vestido que apenas la cubría. Con un suspiro, intentó recomponer su apariencia lo mejor que pudo, aunque sabía que sin la ayuda de una doncella sería imposible; además, su rostro también la delataría. No haría falta ser demasiado perceptivo para hacerse una idea de lo que había estado haciendo. Su madre la mataría.

Como si la hubiera conjurado gracias a aquella nube en que se habían convertido sus pensamientos, le pareció oír el eco de su voz resonando en sus oídos y comprendió que debía de estar buscándola. Por lo general, la señora Hartford era una mujer muy lista que sabía cuándo mostrarse discreta, pero tal vez hubiera caído en pánico al advertir su desaparición. Al aguzar mejor el oído y captar otra voz que reconoció como la del marqués, quién debía de haberse unido a esa búsqueda, comprendió el temor de su madre. Quizá solo pretendiera advertirla.

Sintiéndose más cansada incluso de lo que le ocurriera antes de aquel encuentro, Cecily se llevó las manos al rostro y sintió un escalofrío al percibir rastros del olor de Jack en su piel. Aspiró con todas sus fuerzas, como si eso fuera capaz de infundirle el valor que necesitaba, y lo miró un instante, pero él tenía el rostro vuelto y parecía perdido en sus pensamientos, por lo que ni siquiera consideró la idea de decir una palabra. En lugar de ello, cerró los ojos un segundo para abrirlos luego con expresión impenetrable excepto por la pequeña sonrisa que habría de servirle de armadura.

El breve camino que tuvo que hacer para dejar atrás el vestidor luego de cerrar la puerta con firmeza tras ella se le antojó el más duro que había andado en su vida.

Capítulo 6

—¿A qué te refieres con que te marchas? ¿Adónde irías?

Jack acusó el tono suspicaz en la voz de James y correspondió a la sonrisa de disculpa que le dirigió su esposa desde el otro lado del salón donde se habían reunido para tomar el té. Había decidido aprovechar la ausencia de visitas para hablar con calma y anunciar su decisión, pero no podía decir que se encontrara sorprendido por la reacción de su amigo.

—A América, por supuesto —respondió él con tranquilidad pasado un momento—. No tengo nada más que hacer aquí.

—Tío Harold no estaría de acuerdo.

—Eso no es del todo cierto. He atendido los asuntos de tu tío tanto como me ha sido posible y, considerando que se trata al fin y al cabo de un favor, estoy seguro de que él lo apreciará más de lo que pareces hacerlo tú.

Fue un poco más hosco de lo que le habría gustado, y lo sintió tan pronto como vio las cejas arqueadas de James, pero cuando estaba a punto de disculparse, su amigo hizo un gesto para restar importancia al asunto y observó a su mujer con una expresión de entendimiento que no pudo menos que envidiar.

—Te lo dije —comentó él repantigándose en su asiento—. Te advertí de lo que Cecily le haría.

Lady Haversham exhaló un suspiro y devolvió su mirada con un casi imperceptible asentimiento.

—No creo que los motivos del señor Dyer nos conciernan, James —dijo ella, sin embargo, en tono calmado, para luego dirigirse a Jack con su amabilidad habitual—. A menos, desde luego, que su inesperada partida esté relacionada con algo que hayamos hecho para hacerlo sentir incómodo. Como meter la nariz donde no nos corresponde, por ejemplo.

James recibió el ácido comentario con una mueca de enojo, aunque Jack, que lo conocía bien, hubiera jurado que se sintió también un poco avergonzado por la discreta reprimenda de su esposa.

—No he pretendido… —James carraspeó y dirigió a su amigo una mirada de disculpa—. Lamento si he dado esa impresión, no lo deseé así, pero… vamos, Jack, no vas a salir huyendo por culpa de Cecily. La gente ya habla lo suficiente.

Jack hizo un gesto de desagrado.

—No me importa lo que digan.

—Tampoco a mí —replicó James con desparpajo—. Pero encuentro injusto que despiertes más interés por tu relación con ella que por tus propios méritos. Eres un hombre brillante que debería ser invitado a cualquier salón para ser tratado con el respeto que mereces, no para satisfacer el capricho de unos aristócratas ociosos.

Aunque Jack apreció los halagos de su amigo, no fue capaz de agradecerlos debidamente porque estaba más centrado en parte de lo que dijo.

—No tengo ninguna relación con lady Walwyn —declaró, tajante —. Y no le haces ningún favor prestando oídos a las habladurías.

—Bueno, como no tengo ningún interés en hacer un favor a Cecily, entonces me da más bien igual.

—¡James!

El aludido suspiró y le dio la impresión de estar dispuesto a esbozar una nueva disculpa, pero pareció pensarlo mejor y se puso de pie con un gesto pesaroso.

—Eleanor tiene razón; no deberíamos involucrarnos en tu vida privada—dijo, mirando a su amigo con semblante abatido—. Iré a atender unos asuntos. Nos veremos durante la cena.

Antes de abandonar el salón, sin embargo, se acercó a su esposa y besó su cabello en un gesto cargado de ternura; Jack advirtió que lady Haversham apretaba su mano un instante y que esbozó la sombra de una sonrisa indulgente en tanto los pasos de James se perdían por el corredor. Estuvo a punto de excusarse para marchar también, incómodo por ese intercambio que solo confirmaba la opinión que su amigo tenía de Cecily, pero la vizcondesa se le adelantó al dirigirse a él con su voz suave y bien modulada.

—Debe perdonar a James; le aseguro que tiene la mejor de las intenciones, pero la paciencia no es su fuerte. Piensa que cuando algo está claro para él, debe estarlo también para todos y le cuesta comprender esos pequeños matices que para algunos son más importantes —empezó ella.

Jack asintió sin responder. Conocía bien a James; quizá no tanto como ella, pero sabía qué clase de hombre era y jamás habría reprochado su preocupación, por muy mal expresada que estuviera.

—¿Sabe? Cuando era niña pasé mucho tiempo pensando en cómo podría asesinar a Cecily y hacer parecer su desaparición como un accidente. —Lady Haversham retomó la charla como si no acabara de

confesar que era una homicida en potencia—. No fue la mejor compañía durante mi niñez, creo que de no haber sido por Gabriel…

Eleanor calló un instante, como si se encontrara inmersa en sus recuerdos y Jack supuso que se refería a aquel primo del que James le hablara alguna vez; al parecer, él y su esposa fueron muy cercanos, pero en la actualidad sus relaciones no eran las mejores. Le resultó curioso lo álgido de las relaciones de la vizcondesa con su familia, pero no se atrevió a preguntar por el motivo de las mismas; a diferencia de James, no era tan entrometido.

—Cecily fue una niña complicada y eso no ha cambiado con los años: es una mujer a quien no resulta sencillo entender —Eleanor continuó tras sacudir la cabeza como si pretendiera ordenar sus ideas —; pero también es cierto que le han ocurrido muchas cosas y creo que las experiencias nos cambian. En su caso, confío en que haya sido para bien; el que demuestre interés en usted considerando sus circunstancias dice mucho de ello. Me gustaría tener una idea más clara de lo que desea, pero con ella es difícil saberlo; no creo que nadie pueda decir lo que realmente esconde su corazón.

Jack estuvo a punto de abrir la boca para asegurar que no tenía ningún interés en el corazón de Cecily y que se equivocaba al suponer que a ella le ocurriera algo similar, o al menos que se sintiera atraída por él. Pero ambas cosas eran mentira y vio tal honestidad en los ojos de la vizcondesa que prefirió guardar silencio. Ella, perceptiva como había notado que era, hizo un gracioso ademán al encogerse de hombros y lo observó con una sabiduría que contradecía ese talante distraído con el que parecía ir por el mundo.

—En mi experiencia, la única manera de saber lo que Cecily piensa es preguntárselo directamente; de otra forma, se encerrará en sí misma y terminará por asumir que es la única que puede velar por su bienestar y por lo que piensa que los demás esperan de ella, en especial mi tía. —Eleanor clavó la mirada en su rostro con las cejas arqueadas y la sombra de una sonrisa en los labios—. Y ya habrá notado, señor Dyer, que aunque en el fondo mi tía es una buena mujer, la verdad es que no tiene muy ordenadas sus prioridades en lo que respecta a sus hijos; para empezar, no considera lo importante que es que ellos alcancen la felicidad. No me cabe duda de que es precisamente por eso por lo que Cecily no lo ha sido nunca. Tal vez usted pueda corregir eso.

Sin una palabra más, lady Haversham dio un largo sorbo a su té y se puso de pie, un gesto que Jack se apresuró a imitar.

—Si me disculpa, iré un momento con James —anunció ella, haciendo un mohín—. Estoy segura de que esos «asuntos» que debe atender consisten en dar vueltas en su despacho preguntándose por qué no puede mantener la boca cerrada.

Jack correspondió a su sonrisa sin poder evitarlo y la vio bajo una nueva luz. Hasta entonces, la había considerado una mujer preciosa y encantadora, motivos más que suficientes para que su amigo pareciera hechizado por ella, pero entonces comprendió que había mucho más de lo que se veía a simple vista. Era también extremadamente inteligente y de una sensibilidad conmovedora. ¿Cómo no iba James a adorar el suelo que pisaba?

—Sé que no hay malicia en nada de lo que James dice —asintió él, deseoso de dejar en claro que no le guardaba rencor—, tan solo se preocupa.

—Y yo lo hago también. Mi esposo lo tiene en gran estima, señor Dyer, y lo mismo que él, odiaría verlo sufrir —indicó ella—. Aunque, y eso es algo que a James también le cuesta entender, en algunas ocasiones el sufrimiento es necesario para encontrar la felicidad.

Jack asintió, consciente de todo lo que implicaba una sentencia como aquella. Como si se encontrara satisfecha de haber dejado en claro su punto, lady Haversham ensanchó la sonrisa e hizo un gesto de despedida para ir en busca de su esposo, dejando a Jack a solas con sus pensamientos. En ese momento, sin embargo, no se sintió agobiado, como le ocurriera hasta entonces, sino que la charla con la vizcondesa pareció haberlo dotado de una claridad que le permitió hacerse una idea de qué era lo que debía hacer a continuación.

¿Cuánto tiempo podía permanecer una persona con una rodilla hincada sobre la hierba antes de verse obligado a ponerse de pie? Porque en opinión de Cecily, debía de ser una posición terriblemente incómoda y de haberse encontrado ella en el lugar del marqués, sin duda no lo habría tolerado por más de un par de minutos. ¿Pero cuánto llevaba él? ¿Diez, quizá? ¿Quince? No habría sabido decirlo; en especial porque el pobre hombre pasó todo ese tiempo recitando los motivos por los que serían inmensamente felices cuando ella aceptara su propuesta de matrimonio. Esta vez, sin asomo de duda y sin dar una sola larga más.

Cecily había abierto la boca cuando menos cuatro veces para interrumpirlo y decir que sí, que no hacía falta que dijera más porque estaba convencida de que era lo correcto, que se casaría con él en cuanto lo estimara conveniente y que sin duda estaba en lo cierto al asegurar que eran el uno para el otro. Pero no pudo. Una y otra vez las palabras subieron a sus labios y descendieron de vuelta como si fueran de plomo, atragantándola.

Es solo una sílaba, decía para sí, *pronúnciala y todo habrá terminado*. Pero fue precisamente el hecho de que considerara esa respuesta como una sentencia lo que le impidió decirlo. Aceptar una propuesta de matrimonio debía desplegar ante sus ojos el inicio de algo

maravilloso, no lo contrario.

El marqués hablaba deteniéndose tan solo unos segundos para tomar aire y, al mirarlo a los ojos, tan amables como siempre, se dijo que era una persona horrible por haber llegado a ese punto. Él merecía una respuesta, y ella sabía perfectamente cuál era; sin embargo, cuando estuvo determinada a terminar ya con todo aquello, se vio impedida de hacerlo, y no esta vez por alguna voz surgida de lo más hondo de su conciencia sino por la irrupción de un tercero. Alguien sin el más mínimo sentido común, se dijo antes de darse cuenta de quién se trataba.

Fue Cecily quien sugirió al marqués que dieran aquel paseo por la orilla del Serpentine; fue lo único en lo que pudo pensar cuando él sugirió que deseaba hablarle a solas. Su tía se las había arreglado para incluirse en la invitación, pero como la madre de Cecily hizo otro tanto, aquello le sirvió para no ser demasiado descortés al urdir una excusa para adelantarse con el marqués en tanto las dos damas tomaban el camino contrario gracias a las buenas artes de la señora Hartford. Antes de alejarse, Cecily intercambió una mirada con su madre y odió el brillo satisfecho que vio en sus ojos.

Tan pronto como se encontraron en una zona retirada, cerca de las tranquilas aguas del lago, y Cecily pudo sentarse sobre una de las bonitas bancas dispuestas a su alrededor, el marqués la sorprendió al hincar una rodilla en tierra y hacer una nueva propuesta. Él no se mostró tan romántico la primera vez; entonces, cuando mucho había tomado sus manos en tanto conversaban sentados uno al lado del otro en el salón de su propiedad, un escenario adecuado y respetable; él incluso mencionó entonces que una vez que llegaran a un acuerdo podrían compartir una copa de champán para celebrar. Desde luego, estaba convencido de que recibiría una propuesta afirmativa y lo contrario pareció contrariarlo lo suficiente para que decidiera volver a intentarlo con un mayor apego por la tradición. Cecily no sabía que le sentó peor: si la fría benevolencia de la primera propuesta o los ardorosos ruegos de la segunda.

De cualquier forma, algo estaba claro: no parecía que fueran a ser interrumpidos; se encontraban demasiado apartados de los otros visitantes y la situación era evidentemente íntima, por lo que nadie con cierto sentido del decoro soñaría con acercarse. Nadie excepto él.

Cuando Cecily oyó unos pasos acercándose supuso que se trataría de algún caminante perdido que daría media vuelta tan pronto comprendiera que estaba siendo indiscreto, pero al advertir que el entrometido no pensaba regresar sino que cada vez parecía encontrarse más cerca, no tuvo otra alternativa que volver a cerrar la boca, lo que le sentó realmente mal porque al fin creía haber reunido las fuerzas para dar la respuesta correcta. Dirigió una sonrisa

temblorosa al marqués, que tenía el ceño fuertemente fruncido y miraba tras su hombro con expresión de sorpresa, e hizo otro tanto, sintiendo de golpe una inquietud ya familiar que le erizó el vello de los brazos.

Cuando su mirada se encontró con la de Jack, que estaba a solo unos pasos de distancia y caminaba con una seguridad aplastante en dirección a donde ellos se encontraban, un suspiro casi imperceptible escapó de sus labios. No sabía si debido al disgusto o al alivio; tal vez un poco de ambos. Por suerte, el marqués no pareció advertir su reacción, estaba demasiado sorprendido e incómodo por haber sido pillado en una situación tan privada y que el intruso no diera ni la más mínima señal de que tuviera en mente retirarse.

—Señor Dyer…

El marqués cortó el saludo de golpe tan pronto como reparó en que continuaba en la misma posición que había elegido para hacer su propuesta. Con un casi imperceptible quejido, se puso de pie y sacudió los bajos de su chaqueta; tenía los labios tan apretados que parecían una fina línea y observaba al recién llegado con una furia que Cecily no le había visto adoptar nunca.

—Lord Radford. —Jack inclinó la cabeza en señal de respeto con la misma naturalidad que habría mostrado en circunstancias menos embarazosas—. Lamento interrumpir, pero es importante que hable con lady Walwyn.

—Diría que lo que fuera que necesite tratar con milady no puede serlo más que el asunto que ella y yo tenemos entre manos —declaró el marqués en tono frío—. Estoy seguro de que encontrará otro momento…

—Temo que no, milord, y lo siento mucho. —Jack se dirigió al caballero con una media sonrisa que no llegó a sus ojos—. No puedo esperar, tiene que ser ahora. Si lady Walwyn está de acuerdo, por supuesto.

Hasta entonces Cecily había mantenido la vista apartada de ambos hombres, confusa tanto por el accionar de Jack como por la reacción tan poco amistosa del marqués. En realidad, hubiera deseado no verse en esa disyuntiva y le enojó que Jack pusiera en sus manos una decisión como aquella. Si aceptaba hablar con él, el marqués podría tomarlo como un rechazo, y no estaría equivocado de hacerlo así, pero si se negaba… ¡hombre tonto e inoportuno!

—Señor Dyer, ¿está seguro de que no puede esperar a otro momento?

Tan pronto como Cecily hizo la pregunta, supo que no obtendría una respuesta que le evitara una situación muy problemática, pero le bastó con ver el rostro de Jack y advertir la forma en que la veía, con una muda súplica en sus ojos, para hacer a un lado cualquier duda. Y

si ello arruinaba su vida, se lo haría pagar con creces.

—Ya veo que no —continuó ella dando por respuesta a aquel silencio que, en el fondo, parecía decir tanto—. Bueno, ha conseguido intrigarme, y confieso que también me ha preocupado un poco. Milord, espero que pueda comprenderlo; el señor Dyer es un amigo y es evidente que tiene algo muy serio que decirme. ¿Nos disculparía un minuto?

Lo dijo con la mayor soltura que consiguió reunir, dotando a sus palabras de un tono levemente indulgente, como si invitara al marqués a participar en un acto generoso. Estaba segura de que aquello no haría ninguna gracia a Jack, pero más le valía aguantarlo, porque después de todo acababa de salirse con la suya a su costa.

Lord Radford estaba acostumbrado a ceder a las buenas maneras, y jamás se negaría a cumplir el pedido de una dama, pero fue evidente que odió con todas sus fuerzas tener que hacerlo en aquella ocasión. Con una tensión casi palpable, asintió en su dirección y, tras dirigir una mirada cargada de rencor a Jack, se alejó unos cuantos metros, aun cuando, advirtió Cecily con el ceño fruncido, se mantuvo vigilante. Sin embargo, desde esa distancia no podría oír lo que hablaran, algo que supuso que debía agradecer.

Consciente de estar siendo observada, Cecily ocultó el rostro de modo que permaneciera fijo en las aguas del lago que se ondulaba con callada suavidad y sintió más que vio a Jack ubicándose a su lado, apenas a un par de pasos; sus dedos, caídos a los lados, casi rozaban los suyos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ceder al impulso de aferrarlos.

—¿Respondiste?

Cecily parpadeó e hizo a un lado sus ideas, más peligrosas quizá que el hecho de encontrarse al lado de aquel hombre, e hizo un esfuerzo por descifrar su pregunta.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella a su vez.

—A su propuesta —indicó él, haciendo un gesto en la dirección por la que se marchara el marqués—. Es obvio que acaba de pedirte matrimonio, o tal vez estuviera a punto de hacerlo. Necesito saber qué fue lo que respondiste. ¿Dijiste que sí?

Cecily buscó su reflejo en el agua, pero no vio más que un borrón surcado por hojas secas arrastradas por la corriente.

—Llegaste antes de que pudiera hacerlo —respondió ella poco después, y continuó con una entonación burlona que sin duda a él le molestaría, pero que le sirvió de apoyo en esa situación tan extraña—. Tienes un espantoso sentido de la oportunidad.

—Me alegra. —El alivio en su voz fue evidente.

—No debería —dijo ella—. Se trata de mi futuro y eso no tiene nada que ver contigo.

Jack sonrió; Cecily lo supo porque había cedido a la tentación de mirarlo cuando menos de reojo y su sonrisa la golpeó directamente en el pecho.

—¿He dicho algo que te cause gracia?

De pronto, la idea de arrojarlo al lago le pareció muy tentadora; pero él no le dio tiempo para considerarlo a profundidad porque la atrapó observándolo y se puso de lado para mirarla a los ojos.

—No. No exactamente —respondió él en ese tono calmado que en ese momento, al menos, ella encontró tan molesto—. Lo que ocurre es que tienes razón; no podría poseer un mejor don de la oportunidad. Y estoy muy agradecido por ello. Si hubiera llegado luego, cuando le hubieras respondido… bueno, de haberle dicho que sí me expondría a un ridículo aun mayor.

Cecily elevó una ceja, más confusa de lo que se sintiera hasta entonces.

—¿Mayor respecto a qué? —inquirió ella.

Vio cómo Jack tomaba aire antes de responder.

—Al que sin duda estoy a punto de hacer ahora. Dependiendo de lo que decidas responder, desde luego.

—No entiendo lo que quieres decir; ¿acaso te burlas de mí? Porque no podrías haber elegido un peor momento…

Cecily calló de golpe al ver la forma en que Jack la observaba; hasta entonces, él había mostrado todo tipo de emociones al dirigirse a ella. A veces parecía disgustado, otras un tanto ofendido ante sus desplantes; luego vio que la encontraba tan fascinante como ella a él y en más de una ocasión vio en su rostro un reflejo de la misma pasión que la asaltaba tan solo con encontrarse en el mismo espacio. Ahora, sin embargo, distinguió algo más: reconoció la duda en la forma en que alternaba la mirada de sus ojos a sus manos caídas; la esperanza en su sonrisa, y un asomo de temor en el casi imperceptible parpadeo al que cedía cada tanto sin notarlo. ¿A qué podría temerle un hombre como él?

—Nunca me burlaría de ti. Nunca. —Jack habló como si fuera muy importante para él dejar aquello en claro—. Es posible, en todo caso, que seas tú quien lo haga una vez que termine de decirte lo que tengo en mente.

—Que es… —lo apremió ella.

No podía ser algo como lo que sospechaba. ¿O sí? Las manos de Cecily empezaron a sudar bajo los guantes y sintió su corazón retumbar contra su pecho como no le ocurría desde su encuentro en el vestidor aquella noche que llevaba tatuada en la memoria.

—¿Considerarías casarte conmigo?

De pronto, a Cecily le pareció que el corsé que llevaba estaba demasiado ajustado; tan solo eso explicaría el hecho de que se

quedara sin aliento y sufriera un pequeño vahído que Jack no pareció notar porque de otra forma no dudaba de que se hubiera acercado a sostenerla. Eso fue una suerte, consideró; no habría soportado que la tocara sin echarse a llorar. O tal vez sencillamente se desmayara. Cualquiera fuera el caso, dejaría una impresión de debilidad que estaba lejos de querer revelar.

—¿Qué clase de broma…? —Ni siquiera fue capaz de terminar la frase.

—No es una broma; jamás se me ocurriría hacer algo como eso. —Jack pareció ofendido de que siquiera lo considerara—. Hablo en serio. Muy en serio. Cecily, ¿me aceptarías como esposo? Sé que no poseo un título o un apellido tan honorable como el de otros, pero no es verdad que no tenga nada que ofrecerte. No hablaré del dinero o los recursos que poseo, aun cuando espero que lo consideres porque nos permitirían conservar el estilo de vida al que estás acostumbrada, sino de todo lo demás. Lo que en verdad importa. Puedo hacerte feliz.

Cecily entreabrió los labios como si así procurara hacerse del aire que le faltaba aun cuando sentía que empezaba a respirar con mayor normalidad.

—Feliz —repitió, saboreando la palabra—. ¿Feliz… contigo?

—¿Tan imposible te parece?

—No he dicho eso —atajó ella—. Pero…

Jack dio un paso más hacia ella.

—Sé que una vez dijiste que no hay nada en mí que pudiera interesarte, pero ambos sabemos que no lo crees en verdad, y aunque intenté convencerme de que tenías razón al decirlo para conseguir mantenerme alejado de ti, no he podido hacerlo.

—Jack, no puedes pedirme algo como eso, no es justo.

Él sonrió al oír sus quejas como si, más que sentirse ofendido por su reacción, fuera capaz de comprender el remolino en que debía de haberse convertido su mente.

—¿Sería tan horrible estar casada conmigo? —La sonrisa en el rostro de Jack desmentía la seriedad en sus palabras.

Cecily ahogó un suspiro y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Cómo podría saberlo? Ni siquiera lo he pensado —respondió ella con una entonación de angustia—. Y no lo he hecho precisamente porque sé que es una locura. Jamás se me ocurrió considerarlo, de la misma forma en que estoy segura de que tampoco tú lo habías hecho hasta este momento. ¿Por qué, Jack? ¿Qué te ha llevado a proponer una cosa como esta? ¿Es porque me deseas y sabes que si me caso con el marqués nunca podrá ocurrir nada entre nosotros? Porque debes saber que es la razón más absurda por la que hacer semejante propuesta. Encontrarás hileras de jovencitas bien dispuestas que estarían encantadas de casarse contigo. ¡Y eso tan solo en Londres! Sin

duda en América…

—Pero es a ti a quien quiero. —Jack posó una mano sobre su brazo —. Nunca consideré la posibilidad de compartir mi vida con nadie hasta que te conocí. ¿No es esa acaso la mejor razón para que ahora esté aquí pidiéndote que me aceptes? Sé que no soy lo que tenías en mente, o tu madre, o toda esa gente cuya opinión parece importarte tanto, pero necesito que en este momento pienses tan solo en lo que verdaderamente anhelas, no en lo que digan otros.

—Pero… pero es que aun cuando no puedas verlo, todo eso es muy importante para mí —replicó ella en un hilo de voz y con los ojos húmedos; parecía estar sosteniendo una terrible batalla en su interior —. He luchado porque me acepten de nuevo.

—Y lo harán; pero incluso si no fuera así, ¿qué importancia tiene? Yo estaré a tu lado, te ayudaré a conseguir todo lo que quieras. Aquí. Juntos.

Cecily lo observó por debajo de sus párpados caídos, mascullando entre dientes un montón de palabras que Jack no habría sabido identificar; tanto sonaban a una oración como a una retahíla de maldiciones que no tenía idea de dónde pudo ella aprender. Posiblemente Cecily tampoco lo tuviera del todo claro; parecía aún conmocionada por su pedido, una impresión que se acentuó cuando advirtió que el marqués caminaba nuevamente hacia ellos, más furioso de lo que parecía cuando se fue. El hecho de que incluso desde lejos fuera evidente que se encontraban muy juntos y Jack la sostenía del brazo sin que Cecily hiciera nada por apartarlo no debía de mejorar su humor.

—Di algo —la apremió él en un susurro—. Sí o no, respetaré lo que decidas y prometo que no volveré a preguntártelo. Si eso es lo que deseas, no tendrás que verme nunca más; regresaré a América y podrás hacer con tu vida lo que prefieras, lo prometo. Solo dame una respuesta.

Cecily alternó la mirada del hombre ante ella a la silueta que iba acercándose amenazadoramente y el latido en su pecho se redobló hasta que creyó que corría el riesgo de estallar en mil pedazos. Parte de ella echó en falta a la chiquilla que fue alguna vez, la que no habría dudado en empezar a dar de gritos y echarse a llorar para que así todos la dejaran en paz y tuviera tiempo de elegir lo que más le conviniera. Pero había dejado de ser ella; esa mocosa malcriada estaba en el pasado y ahora se vio como la mujer que era. Una muy asustada, y con un cúmulo de dudas revoloteando en su cerebro, pero la calidez de la mano de Jack sobre su brazo pareció obrar el milagro de tranquilizarla lo suficiente para que, tras aspirar a profundidad un par de veces, consiguiera aclarar sus ideas.

—¿Lady Walwyn?

La voz del marqués se oyó casi sobre su hombro y comprendió que no tenía tiempo. Había dado demasiadas vueltas ya; tenía que tomar una decisión y vivir con el resultado, cualquiera que fuera. Por eso, su voz no tembló un instante cuando alzó el mentón en un gesto arrogante y observó al hombre ante ella.

—Muy bien, Jack —dijo ella, asombrada de lo segura que sonó—. Tengo una respuesta para ti.

Él asintió, aguardando en silencio; nadie habría podido decir que se encontraba ni remotamente nervioso. Bien, se dijo Cecily con un aguijonazo de inquina antes de abrir la boca; esperaba que continuara mostrándose igual una vez que oyera lo que tenía para decir.

—Oí que la señora Hartford sufrió un desmayo cuando recibió la noticia, aunque no hay nadie que pueda confirmarlo; se cuidaron mucho de hacer el anuncio en privado. Según sé, fue una ceremonia muy sencilla, su hermano apenas tuvo tiempo para llegar del campo y cuando mucho ofrecieron una recepción para la familia más cercana. Es evidente que lady Walwyn no se encuentra tan orgullosa como le gusta aparentar.

—Es la señora Dyer ahora; recuerda que lady Walwyn desapareció en cuanto pisó esa iglesia. Me pregunto en qué estaría pensando: estuvo a punto de convertirse en marquesa.

—Me hago una idea de en qué pensaba; con un hombre como el que eligió por marido tal vez habría dudado también.

Cecily apretó los labios, preguntándose no por primera vez si la mayor parte de la humanidad sería así de idiota o si, desgraciadamente, había ido a caer en donde se encontraba la muestra más grande.

Daba igual, consideró en tanto fingía no haber oído las conversaciones que se alzaron a su alrededor tan pronto como puso un pie en la tienda del señor Findley. Nada le costó más que recorrer el corredor que iba de la entrada principal a las escaleras que conducían a los pisos superiores. Se sintió observada durante cada paso y lo único que le permitió conducirse con normalidad fue la certeza de saber que todas aquellas personas se morían de curiosidad por saber qué le había llevado a tomar una decisión que ponía en riesgo lo que llevaba tanto tiempo anhelando. Como dijera aquella mujer al pasar por su lado, había estado a punto de convertirse en marquesa, lo que habría significado su regreso a la sociedad por todo lo alto y sin los recelos que habían mostrado hasta entonces con ella. Como la esposa de un recién llegado, sin embargo; un desconocido sin ningún pergamino por acaudalado que fuera… bueno, el panorama se presentaba ante ella un poco más complicado.

Pero eso nunca la había detenido, recordó antes de cambiar de

opinión y abandonar su intención original de subir por las escaleras. En su lugar, prefirió usar ese armatoste ruidoso que hasta entonces había evitado; la sensación de encontrarse flotando en el vacío dentro de una caja de metal que podría caer y aplastarla no le pareció tan terrible en ese momento. Era una forma de atraer la atención como cualquier otra y a su parecer mucho mejor que hacerlo por su reciente matrimonio.

Cuando el encargado de maniobrar el elevador le franqueó el paso, se cuidó bien de ubicarse en una esquina y apretó las manos con fuerza, pero mantuvo el rostro elevado en un gesto desafiante; el sombrero le cubría buena parte del rostro y apenas parpadeó cuando el mecanismo se puso en movimiento.

Ese momento, casi a solas, le permitió dedicar sus pensamientos a cosas más agradables que los corrillos juzgándola que acababa de dejar a sus pies. Por ejemplo, podía pensar en su nuevo esposo, resolvió con expresión satisfecha; ese sí que era un pensamiento agradable.

Señora Dyer.

Frunció levemente el ceño al pensar en lo extraño que le sonaba aún. Podría susurrarlo mil veces y aún le costaría creer que se refería a sí misma. Había sido la baronesa Walwyn durante tanto tiempo que supuso que iba a pasar mucho tiempo antes de que se acostumbrara a ese nuevo tratamiento que, debía reconocerlo, no le pareció tan sombrío como temió que ocurriría.

No, señora Dyer no estaba tan mal. Algo era seguro; estaba disfrutando el serlo mucho más de lo que experimentó alguna vez siendo lady Walwyn.

El aparato llegó al tercer nivel y se detuvo con un golpe seco, sobresaltándola, pero se recompuso con rapidez, haciendo como que no era consciente del rubor aflorado a sus mejillas y esperó en silencio a que el encargado abriera la rejilla para que pudiera abandonar el elevador y dirigirse al corredor que conducía a las muestras en exhibición.

Le había tomado el gusto a asistir a aquel lugar; lo mismo que muchas otras mujeres de su edad y posición, estaba un poco cansada de internarse en talleres oscuros para permanecer de pie durante horas en tanto unas costureras le tomaban medidas y hacían las pruebas para entregar sus vestidos luego de esperar durante semanas. Allí había una interesante colección, toda exclusiva y proveniente de muchos lugares del mundo de la cual elegir, y también una selección de expertas atentas a hacer todos los añadidos y arreglos que requiriera. A su parecer, una opción estupenda.

En realidad, se encontraba allí para la última prueba de sus últimos pedidos. Jack había dicho que hubiera podido arreglar que cualquier

modista que eligiera se presentara en su casa para que no tuviera que ir hasta allí, pero Cecily descartó la idea sin pensarlo dos veces. No solo le parecía mucho más entretenido recorrer el lugar por si encontraba alguna otra cosa que llamara su atención sino que era la oportunidad perfecta para dejarse ver y dejar en claro que no se estaba ocultando luego de su precipitada boda.

La gente no había dejado de murmurar desde que se enteraron de la novedad, y de eso había pasado casi una semana. Como ella y Jack decidieron que ausentarse de la ciudad para realizar un viaje solo aumentaría las habladurías, no tenía una excusa plausible que explicara el que apenas abandonara su casa.

El rubor en sus mejillas se intensificó al pensar en que eso no era del todo cierto. Jack habría estado encantado de darle esa excusa; en realidad, llevaba varios días haciéndolo, y ella no tenía ninguna queja al respecto, pero no era algo que pudiera mencionar en voz alta sin correr el riesgo de incrementar el escándalo en que ya estaba metida hasta el cuello.

—¿Señora Dyer? La modista espera por usted en el tercer salón.

Cecily dirigió una media sonrisa a la dependiente que se dirigió a ella en voz apagada y asintió antes de seguirla por el corredor que señalaba. No. Sin duda, señora Dyer no sonaba tan mal.

La modista que se ocupaba de hacer los arreglos a sus trajes le recordó a una niñera que ella y Gabriel compartieron cuando eran pequeños. La mujer era regordeta, alta como una valquiria, y con una voz de ruiseñor que se derretía por su hermano y que a ella apenas prestaba atención a menos que fuera para regañarla por alguna travesura. Y sin embargo, había algo en su presencia que infundía un profundo respeto; un rasgo que parecía poseer también la mujer que se detuvo tras ella frente al espejo y empezó a ayudarle a probarse los vestidos que eligiera en una anterior visita.

Jack insistió en que debía hacerse de un nuevo guardarropa y ella no lo pensó dos veces antes de aceptar. Cierto que nunca se había cortado en comprar lo que necesitaba, estaba acostumbrada a gastar sin pensar demasiado; pero en los últimos años, luego de la muerte de lord Walwyn y su posterior caída en desgracia, sus recursos habían menguado y, aunque le costara reconocerlo, había tenido que ser más cauta de lo que le gustaba. Ahora, sin embargo, se veía dueña de recursos ilimitados y hubiera estado en contra de su naturaleza no aprovecharlo y disfrutar de cada segundo en que pudo ordenar una cosa tras otra sin límites.

Enaguas, vestidos, sombreros, guantes. Todo fue añadiéndose a las pilas de cajas que le entregarían luego en casa, y a ello seguirían los vestidos más elaborados que aún debían ser ajustados y que la modista fue mostrando para que se los probara. Eran todos hermosos y Cecily

lamentó ver al último desaparecer entre los grandes brazos de la modista una vez que su asistente terminó de tomar las medidas que ella fue pronunciando y de hacer unas casi imperceptibles marcas sobre la tela que le servirían de guía luego.

Al comprobar la hora, Cecily vio que había pasado buena parte de la tarde allí, pero no lo lamentó un segundo y sonrió con amabilidad a la modista cuando esta se despidió, asegurando que lo tendría todo listo antes de que terminara la semana. La asistenta se quedó un momento para ayudarla a vestirse nuevamente y la dejó luego para que terminara de arreglarse a solas.

Tan solo entonces, sentada sobre el pequeño tocador y observando su reflejo en el espejo que usó para asegurar su peinado, cayó en la cuenta de que se encontraba en el mismo lugar donde tuviera aquel encuentro a escondidas con Jack. En esa ocasión, él se había empeñado en prodigarle un placer que solo conoció en sus brazos, desesperado porque todo indicaba que no tendrían otra oportunidad. Y pese a ello, fue solo una muestra de todo lo que habría de venir luego.

Cecily cerró los ojos y dejó caer el mentón sobre su pecho, entregada a sus recuerdos. Hasta ese momento, habían ocurrido tantas cosas que no se había dado un segundo para pensar en la vorágine en que se había transformado su vida desde que Jack se convirtiera en su esposo.

Sus manos temblaron al rememorar la primera noche que compartieron y un suspiro escapó de sus labios cuando los recuerdos la asaltaron como una oleada.

No fue sencillo, pero consiguió convencer a su madre de que asistiera a la ceremonia; hasta entonces, luego de saber que había rechazado la propuesta del marqués y aceptó en su lugar la de Jack, apenas le había dirigido la palabra. Pero no presentarse a la iglesia habría sido un gesto demasiado revelador como para caer en ese capricho, de modo que se presentó con su mejor rostro de reprobación y Cecily tuvo que dividir su atención entre mantenerla callada para evitar que dijera algo que pudiera ponerlos en evidencia y controlar sus propios nervios. Tan solo la presencia de Gabriel le ayudó un poco a calmarse. Su hermano, siempre presto a las burlas y con un humor que no parecía verse afectado ni siquiera en las peores situaciones, se mostró tan divertido como siempre y gracias a los irónicos comentarios que hizo cada tanto para hacer rabiar a su madre, el tiempo pareció transcurrir con mayor rapidez.

Aun así, para cuando todo terminó y despidieron al último invitado, se sentía como si llevara días en pie; estaba exhausta, tenía los nervios a flor de piel y hubiera roto a dar de gritos de no ser porque eso solo habría espantado a los sirvientes.

Jack no contaba con una casa propia en Londres, de modo que acordaron que ocuparían la suya en tanto él encontraba una que les gustara a ambos y que ella podría decorar a su antojo. Sin embargo, decidió abandonar la habitación que usara hasta entonces y que alguna vez perteneció también a su anterior esposo y ocupar una algo más pequeña que ella y Jack podrían compartir sin verse atacados por malos recuerdos. Desde luego, también eligió una para él en la que pudiera pasar el tiempo, usar el vestidor y esa clase de cosas… la suya sería un punto de encuentro para ambos, un lugar en que pudieran…

Cecily se sintió como una total y absoluta tonta mientras tomaba un largo baño y se ponía uno de sus camisones más bonitos con la ayuda de su doncella. La muchacha, que llevaba varios años a su servicio, cepilló su cabello hasta verlo brillar y roció su piel con su fragancia favorita; al dejarla, comentó ruborizada que era la novia más bonita que había visto y Cecily no pudo evitar conmoverse, lo que solo acentuó la sensación de que estaba comportándose como una idiota.

Esa no era su primera noche de bodas y definitivamente Jack no sería su primer amante, así que ¿por qué se sentía asaltada por semejante nerviosismo? Parecía una jovencita asustada que jamás había compartido un momento a solas con un hombre.

El tiempo transcurrió sin que Jack fuera con ella y aquello le sirvió de aviso para comportarse como la mujer experimentada que era. Sin detenerse a pensarlo dos veces, decidió que sería ella quien fuera en su busca.

Se puso una bata sobre el camisón y tomó un pequeño candelabro para iluminar su camino; la noche había caído ya y la casa no contaba con lámparas en el interior, un lujo que no había podido permitirse. Su valor menguó un poco cuando se encontró ante la puerta de la habitación de Jack, preguntándose si no estaría siendo demasiado atrevida incluso para sus estándares; pero no dio marcha atrás. En lugar de ello, dio un golpecito sobre la madera y esperó un segundo con el corazón en pausa hasta que oyó a Jack acercarse para abrir. Cuando se encontró con su mirada, vio un atisbo de reconocimiento en sus ojos. Fue como si la esperara. ¿Acaso al no haber acudido por ella pretendía darle la oportunidad de que tuviera el poder de decidir cómo llevarían ese matrimonio? No le habría extrañado de haber sido así; ya conocía lo suficiente a Jack para saber la clase de hombre que era, pero aún así la conmovió el gesto y buena parte de las reservas que aún conservaba se esfumaron como por arte de magia.

Sin esperar a que él dijera nada, pasó por su lado y se adentró en la habitación, entornando los ojos para examinar el mobiliario en tanto él cerraba la puerta tras ellos.

—Creí que dormiría sola esta noche. —Cecily rompió el silencio al tiempo que hacía un mohín de falso disgusto—. ¿Qué te detuvo? Veo que ni siquiera te has cambiado la ropa de la boda.

Era verdad. Aunque se había despojado de la chaqueta y el chaleco, y tenía los pies descalzos, Jack aún llevaba los pantalones y la camisa que usara durante la ceremonia.

—Estaba pensando —respondió él.

—¿En qué?

—En mi madre.

Cecily arqueó una ceja y lo miró, intrigada.

—Un pensamiento curioso para una noche de bodas —comentó ella.

Jack se encogió de hombros y sonrió, acercándose a ella con movimientos pausados. Sus pies desnudos no hacían ruido al rozar con la alfombra y a Cecily le recordó a un animal que rodeaba a su presa. La idea de haberse convertido en el objeto del deseo de ese hombre le provocó un temblor ya familiar en el vientre.

—Alguna vez me preguntaste qué pensaría mi madre de ti —recordó él.

Cecily asintió. Recordaba bien ese momento, fue un comentario un poco infantil hecho en el calor del momento para hacerlo sentir incómodo, no esperaba que él lo conservara en su memoria y lo sacara a la luz en ese momento. ¿Querría conocer la respuesta a esa pregunta? La posibilidad de que él hubiera llegado a la conclusión de que su madre no la habría aprobado le retorció el corazón.

—A ella le habrías gustado mucho. —Jack sonrió como si se hiciera una idea de lo que tenía en mente—. Aun más, creo que le hubiera costado entender por qué me elegiste.

Cecily exhaló el aliento que no sabía que hubiera estado conteniendo y correspondió a su sonrisa.

—Fue sencillo, a decir verdad; fuiste mi única opción —respondió.

Jack negó con la cabeza.

—No la única —recordó él.

Cecily se encogió de hombros con un movimiento elegante y lo miró a los ojos, decidida a que el fantasma del marqués desapareciera para siempre entre ellos.

—La única para mí —insistió ella, y continuó, temerosa de que él le pidiera que profundizara en esa respuesta; no se creía capaz de ello aún—. Ahora ¿continuaremos hablando por siempre o tendremos la noche de bodas que merezco?

Jack rio y la observó de una forma que le hizo temblar las rodillas, pero se recompuso con rapidez y, en lugar de esperar a que él fuera por ella, decidió tomar una vez más la delantera.

Estaba determinada a dejar en claro que no se trataba de una doncella inocente y que no deseaba ser tratada como tal. Caminó hacia él con ese andar elegante que lo volvía loco y se fue despojando de la bata, dejándola caer tras ella sin detenerse. Vestida tan solo con el camisón, que revelaba mucho más de lo que ocultaba, se detuvo ante él y le dirigió una mirada cargada de deseo. Su cabello enmarcaba su rostro y caía sobre su pecho,

que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Jack apenas consiguió sostener su mirada y extendió una mano para tocarla, pero ella sacudió la cabeza de un lado a otro, dando un paso hacia atrás. Con gesto decidido, soltó los lazos que ajustaban el camisón para soltarlos y desprenderse de él, que cayó a sus pies en un susurro de seda.

Jack sintió que se quedaba sin aliento y la observó, recorriendo su maravillosa desnudez de los pies a la cabeza. Era magnífica. Su piel brillaba por el reflejo del fuego de la chimenea y no hizo ningún amago de cubrirse, ni siquiera cuando la mirada ardiente de su marido se posó en la cumbre de sus pechos y la sombra entre sus piernas. Sin embargo, Jack advirtió una casi imperceptible sombra de duda cuando él empezó a acercarse y comprendió que en el fondo no se sentía tan segura como le gustaba aparentar. Consciente de que Cecily era más frágil de lo que dejaba traslucir, obsesionada con la idea de mostrarse siempre orgullosa para mantener su dignidad a salvo, decidió que, aun cuando le llevara toda la vida hacerlo, la ayudaría a comprender que no necesitaba fingir absolutamente nada, nunca ante él, al menos, que era extraordinaria a sus ojos y que no había un solo centímetro de ella que no admirara y no ambicionara poseer.

Con ese pensamiento, se detuvo ante ella y apoyó las manos sobre sus hombros, sintiendo la forma en que la asaltaba un escalofrío; su propia piel se erizó y aspiró con fuerza para conservar la calma. Cecily titubeó un segundo antes de llevar sus manos a los botones de su camisa y Jack la dejó hacer con una sonrisa. La prenda cayó junto a su camisón, pero cuando Cecily deslizó los dedos por su abdomen para continuar con sus pantalones, él la detuvo con una mirada.

—Todavía no —dijo él.

Cecily arqueó una ceja, sin responder, pero emitió un jadeo cuando Jack la tomó por las caderas y la levantó en volandas para dejarla caer sobre la cama con suavidad.

—¿Qué estás…?

—Quiero verte —respondió él.

Cecily entrecerró los ojos y cogió aire como si de pronto tuviera problemas para respirar. Era posible que así fuera, consideró en tanto devolvía a Jack una mirada vacilante. La forma en que la veía hubiera hecho temblar a cualquier otra. ¿Por qué no a ella? Jamás nadie la había mirado con tal intensidad; parecía como si él estuviera determinado a fijar en su memoria hasta el último rincón de su cuerpo. Juntó las rodillas en un gesto reflejo que luego la hizo sentir un poco tonta, en especial cuando lo vio reír y dirigirle una mirada cargada de promesas que la obligó a tragar saliva para no empezar a tartamudear.

—Deberías de saber que es muy descortés quedarte mirando así a una dama —mencionó en un hilo de voz, desesperada por decir algo que rompiera ese silencio que la atontaba—. No quieres que piensen mal de ti.

Jack arqueó una ceja y desvió la mirada un instante antes de volver su atención a la piel de su pecho, que se erizó ante ese examen tan descarado.

—¿Y qué pensaría la dama en cuestión si me atrapara mirándola de esta forma? —preguntó él.

Cecily se humedeció los labios antes de responder.

—Podría pensar que quieres hacerle todo tipo de cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—No lo sé —Cecily respondió con demasiada rapidez y se ruborizó al continuar con el mentón elevado en un tono que habría parecido más desafiante de no sonar tan tembloroso—. ¿Por qué no me lo demuestras?

Jack se mostró pensativo, como si pretendiera dar a entender que estaba considerando si tomar o no ese reto. No hizo un movimiento hasta que vio a Cecily empezar a agitarse inquieta y hacer amago de incorporarse; solo entonces asintió suavemente sin dejar de observarla y se despojó de la última prenda que le quedaba.

Cecily contuvo la respiración y aguardó a que se reuniera con ella con el latido de su corazón retumbando en sus oídos; pero cuando sintió el contacto de su piel contra la suya pareció imbuirla una extraña calma que la hizo sonreír.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿He empezado a escandalizarte?

Jack habló sobre su cuello, provocándole un delicioso cosquilleo.

—La verdad es que no, pero te avisaré cuando lo hagas.

—Pareces demasiado divertida y no estoy seguro de qué tan bueno sea eso. —Jack abandonó sus caricias y buscó su rostro con una seriedad que le oprimió un poco el corazón—. Hablo en serio, Cecily; dime si hago algo que no te agrade.

—¿Algo como qué? —preguntó ella intentando parecer igual de seria sin conseguirlo.

Jack puso los ojos en blanco y se apoyó sobre los codos con las rodillas apuntaladas sobre la cama; de esa forma, sentía cada roce de su piel contra la suya y la prueba de su deseo punzaba sobre su abdomen. Cecily decidió que si no se daba prisa, lo tomaría ella a él; era eso o estallar por la frustración. Pero Jack estaba demasiado preocupado por su bienestar para notarlo y tomó su mentón con una mano para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Lo que sea. Dímelo. Siempre —él enfatizó cada palabra y Cecily supo que no se refería solo a lo que pudieran hacer en la cama—. Nunca dudes en hablar conmigo.

Ella asintió suavemente y ladeó el rostro para apoyar la mejilla sobre la palma de su mano. Jack tomó ese gesto como una promesa y pareció relajarse de forma casi palpable.

—Podrías empezar contándome si encuentras algo desagradable en esto —susurró él sobre su pecho.

Cecily estuvo a punto de abrir la boca para dar alguna respuesta

ingeniosa, pero se vio forzada a cerrarla una vez más para ahogar un gemido cuando Jack atrapó el pezón entre los dientes. Su cuerpo se arqueó como si se hubiera desconectado de su mente y, sin ser plenamente consciente de lo que hacía, sus manos se aferraron a sus hombros, enterrando las uñas en su piel. No se detuvo a pensar si aquello le lastimaba, aunque en el poso de inconsciencia al que se habían reducido sus pensamientos, creyó oírlo emitir un gemido que no le pareció que fuera de queja. Tal vez le ocurriera lo mismo que a ella, que sentía cómo ese dolor efímero daba paso a un placer tan profundo que la impulsó a ansiar más.

—¿Y bien? —La voz de Jack se oyó como si estuviera disfrutando su reacción—. No consigo descifrar si te gusta o no. Podrías decir algo o seré yo quien piense mal de ti; ¿no es acaso descortés que una dama no haga saber a un caballero si le gusta o no lo que hace?

Cecily respondió a su burla con un jadeo y tiró de su cabello cuando Jack continuó con su asalto como si supiera que ella estaba en realidad muy lejos de poder dar una respuesta coherente.

Había pasado mucho desde la última vez que estuvo con un hombre, si exceptuaba ese efímero encuentro que ella y Jack compartieron en aquel vestidor; pero Cecily tenía claro el recuerdo de lo que significaba desear y ser deseada; entregarse por completo a la pasión y abandonarse en las manos de un amante. Y sin embargo, lo que experimentaba en ese momento bajo las manos y los labios de Jack le pareció un mundo totalmente nuevo que no alcanzaba a abarcar. Desesperada, tomó el rostro de Jack entre las manos y buscó sus labios, sorbiendo su aliento en tanto él continuaba explorando su cuerpo.

La temperatura pareció dispararse de golpe; el sudor corría por su piel y sus dedos resbalaron al descender por los hombros y la espalda de Jack, que se ondulaba bajo sus caricias. Él aferraba su cintura entre las manos y había abandonado la exploración de su pecho para posar los labios sobre su vientre; su lengua trazaba círculos alrededor de su ombligo, arrancándole risas y gemidos que resonaron en sus oídos pero que callaron de golpe cuando lo sintió descender y perderse entre sus piernas.

Nunca. Nunca en toda su vida…

Cecily no podía verlo, pero no habría dudado un segundo en apostar hasta la última de sus joyas a que Jack sonreía mientras recorría el centro de su feminidad con los labios; su lengua sorbía y lamía haciéndola enloquecer; y aun así, estaba impedida de retorcerse como su cuerpo le dictaba porque él la tenía bien sujeta por las caderas. Era una tortura exquisita y no quería que terminara nunca. Cuando Jack dio un último lametazo antes de pegar un delicado mordisco al botón en su centro, no pudo pensar en nada más y se dejó ir. El nudo en su estómago se retrajo antes de estallar en mil pedazos y cerró los ojos con fuerza, abandonaba a todas esas sensaciones que habría deseado atrapar entre los dedos para

conservarlas por siempre.

Respiraba con el aliento entrecortado y tenía el cerebro embotado, pero sintió con claridad el momento en que Jack se tendió sobre ella. Sabía lo que necesitaba y pese a que aún se sentía confusa y saciada, separó los muslos y alzó las caderas para facilitarle el acceso entre sus piernas. Lo deseaba también. Quería saber lo que era tenerlo en su interior prácticamente desde la primera vez que lo vio, pero nada la preparó para lo que sintió cuando él se enterró con una sola embestida en lo más profundo de su cuerpo. No logró contener un grito y Jack atrapó sus labios para acallarla, absorbiendo sus gemidos cuando empezó a moverse, retirándose en toda su grandiosa extensión para penetrarla una y otra vez hasta alcanzar un ritmo frenético que ella apenas conseguía igualar. Tenía los talones enroscados en sus pantorrillas y lo abrazaba como una serpiente, aferrada a cada parte de su cuerpo al alcance.

Jack acompañaba sus embestidas con suaves besos que iba dejando sobre su rostro como el aleteo de una mariposa. No habría sabido cuánto tiempo pasó en esa especie de danza hasta que Cecily lo sintió tensarse de la misma forma en que empezó a hacerlo también. Los músculos en su interior lo apresaron con todas sus fuerzas y lo oyó emitir un bramido ronco antes de arremeter una última vez; luego se sacudió sobre ella y Cecily recibió su simiente alzando las caderas en un movimiento instintivo tan antiguo como el tiempo.

¿Qué había ocurrido?, se preguntó Cecily una vez que consiguió recuperar parte de la consciencia. Le costaba reconocerse en esa mujer que se había dejado llevar con semejante desenfreno; hasta entonces siempre había procurado conservar cuando menos un grado de contención, pero con Jack le había sido imposible. Se sintió más vulnerable de lo que se había sentido nunca y cerró los ojos para no encontrarse con el rostro de Jack cuando lo sintió moverse sobre ella y retirarse con un gemido satisfecho para tumbarse de espaldas a su lado. Aletargada y confusa, intentó incorporarse, pero él la detuvo posando una mano sobre su vientre.

—No te vayas.

Cecily sintió su corazón encogerse y entreabrió los ojos, girando de lado para apoyar la frente sobre su pecho. Tenía las piernas apretadas en un gesto reflejo; al pensar en ello luego, comprendió que lo hacía porque deseaba retener su esencia en su interior por tanto tiempo como pudiera.

—No pensaba irme —respondió ella a su pedido una vez que encontró la voz para hacerlo.

Sintió el pecho de Jack expandirse bajo su rostro y supuso que estaba sonriendo.

—Dame un momento y te haré el amor como se debe —prometió él.

Cecily rio sin poder evitarlo, divertida por semejante ocurrencia; pero se cuidó de decir que acababa de darle la mejor experiencia de su vida. No

deseaba inflarle demasiado el ego; además, si tenía en mente esmerarse aún más ¿quién era ella para disuadirlo de lo contrario? Enroscó una de sus piernas entre las suyas y pasó su brazo sobre su cintura.

—No recuerdo haberme quejado, y no tengo prisa —dijo ella con voz somnolienta—. De cualquier forma, no se está tan mal así.

Sintió una de las manos de Jack sobre su cabello, retirándolo de su frente sudorosa. Estaba segura de que la observaba y habría deseado preguntar qué encontraba tan interesante, pero sus ideas no estaban claras y temió decir alguna tontería vencida por el cansancio.

—Tienes razón. No se está nada mal.

Cecily murmuró algo entre dientes y se frotó contra él como una gata. No podía más y dejó de luchar contra el sueño cerrando los ojos tras exhalar un hondo suspiro, acunada por la acompasada respiración de Jack y sus dedos enredados en su cabello.

Desde entonces, aquella había sido la tónica de su vida de casada al lado de Jack. Despertaba entre sus brazos, hacían el amor de forma apasionada y lo veía marchar para ocuparse de sus asuntos; regresaba al atardecer para pasar tiempo juntos antes de la cena y se encerraban en su habitación tan pronto como oscurecía para continuar descubriéndose el uno al otro.

Ahora sabía que era un hombre tan vehemente como supuso que sería; que nada le procuraba más placer que dárselo a ella pero que recibía con agrado todos sus esfuerzos por complacerlo. Otro en su lugar se habría mostrado ofendido o desconfiado ante su experiencia, pero no él. Jack la dejaba conducirse con libertad y estaba siempre dispuesto a explorar ese conocimiento compartiendo el propio; así, Cecily descubrió que encajaban a la perfección, que podía ser ella misma sin ocultar nada como había tenido que hacer durante buena parte de su vida para no despertar miradas reprobadoras, y que a Jack le encantaba sorprenderla cuando le enseñaba algunas cosas que nunca hubiera imaginado que fuera posible hacer.

Pero no todo eran juegos en la cama. Luego de hacer el amor, exhaustos, permanecían hablando durante horas; a veces Jack le contaba de su vida en América y pese a que él se mostraba siempre modesto respecto a sus éxitos, no fue complicado dilucidar que su riqueza era incluso mayor a la que había supuesto y que tenía una posición muy respetable en aquella sociedad que se le antojaba tan lejana. Y todo aquello conseguido por su propio esfuerzo, se sorprendía ella para quien un hombre hecho a sí mismo le parecía casi un animal exótico. Pero superada la sorpresa y apartando los prejuicios que se habían ocupado de arraigar en ella desde su nacimiento, Cecily concluyó en que nunca había conocido a un hombre tan merecedor de su admiración.

A veces, cuando se encontraba especialmente animado, Jack le hablaba de su madre, pero solo se centraba en lo mucho que la amó, el grado en que ella se sacrificó por él para que fuera en busca de un futuro mejor y cuánto lamentó su muerte; fuera de ello, era poco lo que compartía respecto a su crianza y sus antecedentes. Respecto a su padre, por ejemplo, se mostraba hermético y más de una vez Cecily había tenido que frenar el deseo de insistir con sus preguntas. Sabía que él no recibiría su intrusión con agrado, y como ella conservaba sus propios secretos, no se veía capaz de exigir una sinceridad que no estaba dispuesta a retribuir. Jack se había mostrado ya bastante tolerante con algunos aspectos de su vida como para conllevar también su curiosidad.

Como su relación con su madre, por ejemplo, recordó Cecily sacudiéndose los recuerdos con un gesto de desagrado al encontrarse nuevamente con su reflejo en el espejo del vestidor. Al consultar la hora, dio un brinco de sorpresa porque había pasado demasiado tiempo sumida en lo ocurrido durante la última semana; tenía que ponerse en camino o llegaría tarde a la cena organizada por su madre.

Hasta entonces, ni la señora Hartford había mostrado demasiado interés en relacionarse con su nuevo yerno ni Cecily se esmeró por forzar un encuentro; pero al final su madre parecía haber cedido. Dudaba de que aquella invitación estuviera relacionada tanto con su deseo de conocer a Jack como al hecho de que odiaba las habladurías y estaría muy mal visto por la sociedad que no se reuniera con los recién casados ni una sola vez desde su boda.

Sería una reunión inolvidable, supuso Cecily una vez que abandonó la tienda, con el carruaje llevándola directamente a su casa para prepararse. Aunque no tendría que enfrentarse a solas con su madre, recordó de pronto; Gabriel aún permanecía en Londres y era posible que asistiera, lo mismo que su esposa.

Algo más animada, miró por la ventanilla. Si alguien podía servir de contrapeso en una lucha con su madre, sin duda ese era su hermano; la señora Hartford lo reprobaba casi tanto como a ella, con la diferencia de que Gabriel siempre había sabido enfrentarla con más inteligencia. O descaro, dependía de cómo se viera. De cualquier forma, nunca como hasta entonces Cecily se alegró de no ser hija única.

Capítulo 7

—Entonces ¿me está diciendo que la sociedad americana podría igualarse a la nuestra?

Jack observó al que se había convertido en su cuñado, procurando detectar cualquier atisbo de burla en su voz; pero no hubo nada que lo llevara a pensar que pretendía mofarse de él, de modo que asintió.

—Me gusta pensar que somos una sociedad bastante civilizada —respondió él con toda la diplomacia de la que fue capaz—. Tal vez no contemos con su historia, claro, pero estamos lejos de ser considerados salvajes.

Gabriel Hartford lo observó a su vez con los ojos entrecerrados y Jack se sorprendió nuevamente por el gran parecido que tenía con su hermana, aunque sus facciones eran evidentemente masculinas y algo más afiladas. Por lo demás, el cabello dorado y los ojos almendrados eran muy similares; incluso su sonrisa lucía bastante familiar. Eso cuando Cecily sonreía con la misma soltura y honestidad con la que lo hacía ese hombre, claro.

—¡Vaya! Y yo que los imaginaba andando por los muelles en taparrabos.

—¡Gabriel!

El aludido sonrió en dirección a su madre, pero no hubo ni el más ligero aire de disculpa en su mirada; por el contrario, pareció aún más interesado al dirigirse nuevamente a Jack, viéndolo como si de pronto le pareciera incluso más simpático. Tal vez sí se burlara de él, después de todo.

—No me preste atención, señor Dyer; ya Cecily lo habrá puesto sobre aviso acerca de mí. Tengo un sentido del humor un poco excéntrico…

—Horroroso, Gabriel. La palabra apropiada para definir tu sentido del humor no es *excéntrico*. Es horroroso —intervino Cecily con un mohín—. Y sí que he advertido al señor Dyer de eso, pero creo que él está acostumbrado a tratar con todo tipo de personas, así que es dueño de una gran paciencia.

—Entonces eres muy afortunada de que haya decidido casarse

contigo.

Gabriel se ganó una mirada enfadada de su hermana, pero Jack, que la observaba con atención, advirtió que parecía casi aliviada de enzarzarse en esa charla para así ignorar el gesto ceñudo de su madre.

A su parecer, no había sido una buena idea aceptar aquella invitación. Habría preferido con mucho permanecer junto a Cecily en casa, tal y como habían hecho desde que se convirtió en su esposa. La idea de cenar a su lado y oírla contar historias de sus viajes para luego llevarla a la cama le parecía mucho más tentadora, pero era consciente de cuán importante era para ella recobrar la normalidad de la vida a la que estaba acostumbrada. Pasar tiempo con su madre en una tensa cena en tanto todos fingían que la señora no habría estado encantada de lanzar su cuchillo para cortar carne sobre el pecho de su nuevo yerno era parte de esa normalidad.

Por suerte, si ignoraba la censura de la señora Hartford, debía reconocer que las cosas podían ir mucho peor. Cecily se esmeraba por ser atenta, como si así esperara compensar la descortesía de su madre, y su hermano había resultado bastante más interesante de lo que esperaba. Apenas habían tenido tiempo de hablar tras la boda y ese le pareció un buen momento para hacerse una idea de su carácter. Lo único que sabía de él hasta entonces era lo que le contara Cecily, quien siempre hablaba de él con esa aburrida desidia que muestran las hermanas por sus hermanos mayores, y lo poco que oyó mencionar a James acerca de él. El hecho de que al que consideraba uno de sus amigos más cercanos, un hombre leal y siempre fiel a sus amistades, hubiera decidido romper sus lazos con Gabriel Hartford de la noche a la mañana lo dotaba de un atractivo muy particular.

Según sabía, se trataba de un hombre inteligente, con ese encanto del que estaban dotadas algunas personas en el mundo y que no parecía en absoluto resentido a usarlo cuando le convenía. Por lo demás, Cecily le contó que se había hecho cargo de las propiedades de su padre cuanto este murió y que, salvo por una época un tanto oscura de su vida en la que ella no quiso profundizar, llevaba sus obligaciones con bastante éxito. Tal vez la mujer a su lado tuviera alguna relación con ello, supuso al observar a la joven señora Hartford, que oía las palabras de su marido con la misma indulgencia que habría mostrado ante un niño particularmente travieso.

Aunque Sapphira Hartford no poseía la exuberante belleza de su cuñada y era evidente que no había sido criada en el ambiente en que ahora se desenvolvía, era ciertamente una joven de una serena hermosura que tenía la virtud de despertar simpatía de inmediato. Hablaba poco, pero cuando lo hacía acostumbraba dirigirse a su interlocutor con una cordialidad capaz de apaciguar a cualquiera. Además, y eso fue lo que más le impresionó, su marido parecía

adorarla. Lo había atrapado rozando sus dedos bajo la mesa en un par de ocasiones y estaba claro que él no se preocupaba por disimular; por el contrario, parecía disfrutar dejando en evidencia el amor que ella le inspiraba, y Jack no pudo menos que admirarlo por eso.

—He dicho que iremos; no hace falta que insistas. ¿Cierto, Jack?

Jack sintió la mano de Cecily sobre la manga de la chaqueta y entrecerró los ojos para dar a entender que no había llegado a captar la última parte de la charla. Ella, al comprender, emitió un leve suspiro y señaló a su madre con el mentón.

—Mi madre acaba de recordarme que tenemos una invitación para el baile en la mansión de los duques de Sutherland en un par de semanas. Le he dicho que no pensamos perdérnoslo; cualquier persona en Londres querría asistir —explicó Cecily en un tono tenso que desmentía su expresión frívola—. Seguro que incluso Gabriel estará ansioso por ir.

Su hermano enarcó una ceja y, tras intercambiar una rápida mirada con su esposa, sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No haría tal suposición de estar en tu lugar, Cecily; sabes que los grandes salones nunca han sido un lugar que disfrute visitar; además, Sapphira y yo debemos volver a casa. Nunca hubiéramos venido de no ser por tu boda, pero ya es hora de que hagamos el viaje de regreso.

La señora Hartford dirigió a su hijo una mirada de consternación.

—Pero es necesario que se queden unos días más; la familia debe permanecer unida —dijo ella.

—¿Nuestra familia unida? ¿Desde cuándo?

Gabriel se ganó un gesto ceñudo de su esposa, que fue mucho más amable que la mirada asesina lanzada por su hermana. A Jack, sin embargo, le agradó su desfachatada sinceridad; era poco habitual que alguien se mostrara tan honesto en esas esferas. A su parecer, el que Hartford hubiera logrado permanecer indiferente a ciertos convencionalismos habiéndose criado en un entorno tan rígido era digno de admirar, aunque sin duda las otras ocupantes de la mesa no debían de encontrarse de acuerdo con él. No por primera vez desde que empezó la cena, se dijo que era una suerte que la señora Hartford hubiera decidido no incluir a otros invitados ajenos a la familia.

—Si es tan importante para ustedes, no tendríamos inconveniente en quedarnos un par de semanas, ¿cierto, Gabriel? Sería agradable pasar más tiempo en Londres para ver a Edward.

Jack notó que Sapphira, la esposa de Gabriel, hacía un casi imperceptible gesto para llamar a este a la calma cuando vio que estaba a punto de abrir una vez más la boca para responder a su sugerencia. Buscó en su memoria quién era ese Edward que ella mencionara y recordó que Cecily le había contado que su cuñada tenía un hermano menor a su cargo que estudiaba en un internado en

Londres. Asumió que se refería a él y, cualquiera fuera el caso, le alegró saber que los Hartford se quedarían unos días más para tranquilidad de su esposa. Porque no dudó un segundo de que Gabriel haría lo que fuera que su mujer le pidiera.

Tal y como supuso, Gabriel asintió pasado un segundo luego de fijar la mirada en el rostro de Sapphira y, seguidamente, lo observó con una ceja arqueada en gesto sarcástico como si hubiera sido capaz de adivinar sus pensamientos. *A ti te ocurrirá igual*, pareció querer decir; *bailaría desnudo en campo abierto bajo la lluvia si ella me lo pidiera y tú harás lo mismo por Cecily*.

Jack esquivó la mirada de su cuñado, incómodo a su pesar, y se encontró con el rostro de su esposa, que lo veía a su vez con gesto resignado. Sonrió para tranquilizarla y posó un instante la mano sobre la suya; Cecily apretó sus dedos en respuesta y los soltó como si temiera ser pillada intercambiando una muestra tan evidente de afecto.

Mientras la cena transcurría con la misma tensa camaradería que todos salvo la señora Hartford se esforzaban tanto por mantener, Jack pensó que tal vez su cuñado se encontrara equivocado en parte al suponer que en un futuro cercano podría actuar de la misma forma en que lo hacía él con su esposa.

No habría que esperar a ningún futuro.

Porque si en aquel preciso momento, allí mismo y sin aviso previo, ella le hubiera pedido que se despojara de cada prenda de ropa y bailara sobre la mesa, era posible que lo hiciera para complacerla.

De modo que allí estaba, se dijo con la misma angustiosa sensación que había experimentado muy pocas veces en su vida cuando debía enfrentarse a un riesgo desconocido y por ello más peligroso. Acababa de asumir que se había convertido en uno de los escasos hombres en Inglaterra perdidamente enamorados de su esposa. Que Dios lo ayudara.

Cecily apenas habló en el viaje de regreso a casa aquella noche, pero mantuvo su mano fuertemente sujeta durante todo el camino y apenas se soltó para dirigirse a su habitación, no sin antes hacerle prometer que se reuniría con ella tan pronto como pudiera. Jack respondió a un par de mensajes que habían llegado durante su ausencia y dejó algunas instrucciones con el mayordomo para que se ocupara de enviar las respuestas muy temprano al día siguiente. Luego fue a la habitación de su esposa y la encontró tendida sobre la cama con la mirada perdida en el dosel del techo; tenía el ceño fruncido y los labios entreabiertos, pero en cuanto lo oyó llegar, se incorporó apoyada sobre uno de los codos y le sonrió.

A Jack le resultó difícil corresponder a su gesto; no solo porque

aún se encontraba un poco confuso por su reciente descubrimiento. El enamorarse no era algo que le ocurriera todos los días; no a ese grado y no de la forma en que le pasara con Cecily, como un veredicto que habría de afrontar durante toda su vida, con la diferencia de que ningún otro condenado habría recibido una sentencia con más alegría de lo que le ocurría a él. También lo perturbó el hecho de encontrarla completamente desnuda; solo la cubría una delgada sábana que ella hizo a un lado al acercarse a él usando las manos para impulsarse y permaneciendo luego de rodillas sobre la cama.

—¿Todo bien? —preguntó ella con voz seductora como si fuera consciente de cuánto la deseaba, y aquello le alegrara—. La doncella dijo que llegaron algunos mensajes para ti.

Jack se aclaró la garganta y caminó hasta el borde de la cama, de pie ante ella mientras Cecily se afanaba en despojarlo de la chaqueta y soltar los botones de su camisa, acariciando la piel que iba quedando a la vista con la yema de los dedos.

—Nada importante —respondió él, acariciando el dorso de sus manos y dejándola hacer con la mirada puesta en su rostro—. ¿Tú estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Jack esbozó una media sonrisa, suspirando con pesadez al sentir sus manos tirando de sus pantalones; sin vacilar la ayudó a deshacerse de ellos y se tendió a su lado sobre la cama, pero cogió sus dedos al vuelo cuando estos empezaron a bajar por su abdomen.

—Aún estás disgustada —declaró él.

Cecily negó con la cabeza incluso antes de que terminara de hablar, entrelazando los dedos y alejándolos lo suficiente para observarlos con expresión concentrada. Los suyos se perdían entre los de Jack, mucho más grandes y con las señales del trabajo que él se había visto obligado a hacer y que ella nunca conociera. Aquella diferencia le pareció más hermosa que nunca y rozó el vello de sus nudillos antes de depositar un beso sobre cada uno de ellos.

—No estoy disgustada —respondió ella al fin entre una caricia y otra.

Jack no permitió que lo distrajera, por mucho que le habría gustado hacerlo; en su primera noche le había hecho prometer que le diría siempre la verdad, y estaba dispuesto a hacerle cumplir aquella promesa.

—Estás furiosa por todo lo que dijo tu madre —insistió él.

Cecily entrecerró los ojos y pareció dispuesta a negarlo, pero debió de ver algo en su rostro, porque terminó por encogerse de hombros.

—Tal vez tengas razón, pero no estoy furiosa, solo… decepcionada —reconoció ella de mala gana.

—¿Acaso esperabas que se mostrara feliz de que decidieras casarte

conmigo?

—Sé que no está feliz.

Jack continuó como si no la hubiera oído.

—Porque creo que podrían pasar décadas y ella continuará pensando que cometiste un gran error. No cree que sea lo bastante bueno para ti y es posible que nunca lo piense. —Él se adelantó al ver que ella estaba a punto de protestar—. No me importa, Cecily, y no lo digo porque sé que eso es lo que deseas oír sino porque es la verdad. Lo único que tiene valor para mí es lo que pienses tú.

Cecily suspiró y tiró de su mano para que se recostara a su lado. Jack rodeó su cintura con una mano y la acercó a su pecho; así, uno frente al otro, con las piernas enredadas, pudo mirarla a placer y analizar su expresión cuando respondió al fin con una voz pausada y reflexiva poco habitual en ella.

—No se trata tan solo de ti —dijo ella—. Mi madre siempre encontraría algo que cuestionar en mis actos; lo ha hecho desde que puedo recordarlo y puedo asegurarte que le he dado muchos motivos para ello. El criticarme es casi una costumbre para ella y creo que yo lo he asumido también así; a veces… es posible que muchas de las cosas que elegí hacer fueran con el fin de escandalizarla y hacerla rabiar. Si iba a criticarme de cualquier forma, mejor darle un buen motivo para ello, ¿no?

Jack asintió con suavidad. No decía nada que él ya no hubiera descifrado por sí mismo en base a la observación de ese par de mujeres que se parecían tanto a simple vista pero que, en realidad, eran muy distintas. A su parecer, Cecily poseía una sensibilidad y una capacidad de amar que su madre no debía de haber poseído nunca, y aquello lo tranquilizó enormemente.

—Como fugarte con ese hombre.

Cecily arrugó el ceño al oírlo. Hasta entonces nunca habían hablado abiertamente de aquel episodio de su vida y ella siempre se mostró muy esquiva al respecto; Jack creía que en cierta medida le avergonzaba y que temía ser juzgada por él. Por ello, procuró hablar con naturalidad y que no hubiera ni el menor rastro de censura en su voz al mencionarlo; pero no podía hacer como si aquello no hubiera ocurrido. Sentía curiosidad acerca de qué habría impulsado a una mujer como Cecily a tomar semejante riesgo; si había amado a ese hombre de la forma en que la amaba él, y qué ocurrió para que decidiera abandonar esa aventura y volver a casa para intentar retomar su vida.

—Cecily…

Ella dejó caer la cabeza sobre la almohada y lo observó por debajo de sus pestañas veladas; sus manos permanecían unidas y no hizo amago de soltarse.

—Luigi es un hombre muy interesante; me deslumbró con sus charlas y sus halagos. Jamás había conocido a alguien que conociera tan bien el mundo, y qué decir para fascinar a una mujer —dijo ella, finalmente y con los labios fruncidos—. Nunca debí ir con él. Era tonta y no pensaba, creí que lo amaba… No lo haría ahora. De haberlo considerado seriamente, las cosas habrían sido muy distintas.

Jack sorbió sus palabras, atento a su entonación y al gesto de arrepentimiento que afloró a sus ojos al hablar.

—Fue por eso que lo dejaste —concluyó él, curioso.

Cecily lo sorprendió al romper en una alegre carcajada.

—Nada de eso —negó ella—. Fue él quien me dejó a mí.

El asombro de Jack se duplicó al oír aquella respuesta.

—¿Por qué?

Su incredulidad estuvo manifiesta en su tono y en la forma en que la miró. ¿Qué hombre en su sano juicio abandonaría a una mujer como ella? Si antes, en el fondo y llevado por los celos, había despreciado a aquel hombre, en ese momento sintió que lo embargaba una profunda sensación de odio y rechazo.

Cecily no pareció adivinar lo que sentía porque ladeó el rostro en un ademán descuidado y le devolvió una mirada indulgente.

—Supongo que se aburrió de mí —dijo ella sin sonar muy convencida—. Me puse muy ambiciosa.

—Sabías que no nadaba en la abundancia cuando decidiste ir con él.

No pretendió que sonara como una crítica y por suerte no pareció que Cecily tomara su comentario como tal. Su aventura con el conde empobrecido no era un secreto y habría sido una tontería de su parte no mencionar un aspecto que sabía que era tan importante para alguien con la mentalidad de Cecily.

—Claro que lo sabía, aunque con el tiempo eso empieza a cobrar importancia; pero en realidad no se trató de eso —explicó ella con su brusca sinceridad que le era ya tan habitual—. No era dinero lo que quería, sino que me amara. Es lo que siempre he deseado: ser amada. Incluso cuando no sé si soy capaz de corresponder a ese sentimiento. Se lo dije una vez y lo tomó de la forma más absurda; creo que lo ofendí, pero pese a todo el tiempo que ha pasado desde entonces no soy capaz de entenderlo. Poco después de eso dijo que deberíamos separarnos; que continuar juntos no tenía sentido.

Cecily calló, absorta en sus recuerdos de la misma forma en que le ocurría a veces, y Jack la observó mientras hacía otro tanto, intentando asimilar y comprender lo que acababa de compartir. Al fin, emitió un suspiro y abarcó su rostro con una mano, acariciando el nacimiento de su cabello con el índice; sonreía, y ella pareció encontrarlo extraño, porque le dirigió una mirada confusa.

—No creo que lo hayas aburrido; lo que ocurrió fue que lo asustaste —musitó él.

Cecily rio, pero su risa se apagó tan pronto como nació al encontrarse con su mirada seria.

—¿Lo asusté? —repitió ella.

—Tal vez descubrió que ya lo hacía. Amarte —explicó él—. Tienes ese efecto en los hombres.

—¿Asusto a los hombres?

Jack sonrió ante su tono incrédulo y levemente ofendido.

—A algunos.

—¿Te asusto a ti?

—A veces —reconoció él mirándola a los ojos—. Creo que empiezo a sentir compasión por ese pobre diablo. Amarte es aterrador.

Cecily reaccionó como supuso que haría, aunque no hubiera podido discernir del todo si se debió a que encontró ofensivo su comentario o a que, de alguna forma, reveló parte de sus sentimientos con sus palabras. De cualquier forma, ella echó el rostro hacia atrás con mirada llameante e hizo amago de incorporarse, pero Jack no se lo permitió porque la tenía sujeta por los hombros desnudos.

—Pero vale la pena —continuó él mirándola a los ojos—. ¿Cómo conocerte y no amarte?

Su esposa entreabrió los labios y aspiró con fuerza; sus ojos se empañaron y se mantuvo estática durante todo un instante en que el tiempo pareció detenerse, pero se recompuso con rapidez. Parpadeó para alejar las lágrimas y esbozó una sonrisa misteriosa, esquivando su mirada.

Cuando Jack creyó que no haría o diría nada, ella lo sorprendió al deshacerse de su agarre pero, en lugar de alejarse, apoyó las manos sobre su pecho, empujándolo sobre la cama al tiempo que se apoyaba sobre las rodillas para pasar una pierna sobre su cadera e inmovilizarlo.

—¿Qué estás haciendo? —Ppeguntó él con voz ahogada.

Cecily acarició su rostro, sonriendo mientras su espesa cortina de cabello caía a ambos lados de su rostro y rozaba los hombros de Jack, que la contemplaba fascinado. Su pecho oscilaba ante él, pero cuando intentó sujetar un pezón entre los labios, Cecily se alejó riendo.

—Quiero continuar asustándote —dijo ella.

Jack hubiera deseado decir que no hacía falta que se afanara para conseguirlo, pero las palabras murieron en su garganta cuando la mano de Cecily se cerró sobre su miembro y lo guio a su interior, llenándose de él y emitiendo un gemido al sentirlo en lo más hondo. Jack jadeó también, asombrado por su atrevimiento y demasiado excitado para hacer nada que no fuera sujetarla por las caderas, acomodándola sobre sus muslos para facilitarle el asalto.

Cecily apretaba las rodillas contra las piernas de Jack para conservar el equilibrio y se alzaba y bajaba una y otra vez con los ojos cerrados y exhalando suspiros de placer. Nunca se había sentido tan plena en toda su vida y habría dado cualquier cosa porque ese momento se extendiera por siempre. Se sintió increíblemente poderosa, en especial al entreabrir los ojos y encontrarse con la mirada extasiada de Jack, que parecía haber decidido que deseaba aún más al abandonar la pasividad con la que la sostenía; ahora la elevaba en perfecta sincronía al acompasado vaivén con el que Cecily se movía sobre él, profundizando la unión cuando ella creyó que ya no era posible.

Cuando sintió que no podía más y que el final estaba cerca, Jack la sorprendió al darle la vuelta e intercambiar la posición, con él sobre ella, lo que le permitió dar unas últimas embestidas con tanta pasión que Cecily sintió que se quebraría en cualquier momento; tenía los ojos tan apretados que dolían y sus gemidos reverberaban con tal furia que le habría avergonzado de no haberse encontrado tan perdida por las sensaciones.

Jack se contuvo hasta que la vio agitarse sobre las sábanas con esa expresión de abandono que le era ya tan familiar, y solo entonces se dejó ir también, asombrado de que su corazón se mantuviera dentro del pecho cuando lo sentía bombear como si se encontrara junto a su oído. Tardó varios minutos en recuperar el aliento, con Cecily acurrucada entre sus brazos; cuando hizo amago de retirarse para evitar aplastarla, ella lo sujetó con todas las fuerzas que le quedaban y no pudo hacer nada más que no fuera sonreír sobre su sien, llevándola con él para acostarse de lado.

—Nunca… nunca tendrás que esforzarte para asustarme. Espero que lo sepas.

Su voz surgió extraña, como proveniente de lo más hondo de su pecho; y creyó que ella no lo habría oído hasta que respondió en un tono muy similar.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Completamente. En este instante, solo sintiéndote aquí, conmigo… —Jack la estrechó contra sí y continuó con voz ahogada—. Nunca he tenido más miedo en toda mi vida.

Cecily no respondió esta vez y a Jack casi le alegró que así fuera. No habría sabido qué responder si ella le hubiera pedido que se explicara; aún había mucho acerca de lo que necesitaba pensar y el intentar expresar lo que sentía solo lo hubiera confundido más. Prefirió callar, convencido de que era lo mejor para ambos; pero cuando la respiración de Cecily fue volviéndose más acompasada en señal de que dormía, él permaneció despierto y pensativo hasta el amanecer.

Era posible que las cosas entre Cecily y Jack hubieran mantenido ese ritmo aparentemente tranquilo y sin mayores sobresaltos, que no fuera el continuar profundizando en su relación, de no ser porque de pronto la vida pareció decidir que era necesario poner a prueba los sentimientos que empezaban a despertar el uno en el otro.

La primera prueba llegó poco después de aquella noche en que ambos se vieran impulsados a hacer esas confesiones que parecieron acercarlos tanto como mantenerlos en una constante expectación, atentos a quién daría el siguiente paso para reconocer abiertamente sus sentimientos o, en su defecto, tal y como le ocurriera a Jack en más de una ocasión, verse obligado por las circunstancias a poner en palabras incluso lo que aún no era capaz de confesarse siquiera a sí mismo.

El padre de Jack parecía haberse esfumado desde su último encuentro; su hijo supuso que, por primera vez en su vida, decidió prestarle atención y hacer lo que le pidió entonces: mantenerse alejado. Sin embargo, le costaba sentirse del todo satisfecho con esa posibilidad, algo que le llevaba a sentirse disgustado consigo mismo. Despreciaba a ese hombre; estaba convencido de que lo mejor que podría hacer por él, lo que jamás hizo durante su difícil niñez y que en ese momento le parecía lo más generoso, era desaparecer y dejarlo así en paz. Pero se sentía intranquilo. Parte de él se cuestionaba su indiferencia tanto como lo que consideraba una falta a la palabra que diera a su madre.

Por eso, cuando recibió una nota que el mayordomo entregó junto con el resto de la correspondencia que acostumbraba seleccionar cada mañana durante el desayuno, y reconoció los trazos casi ilegibles que componían la letra de su padre, hizo un gesto de disgusto y la apartó como si se tratara de un animal particularmente desagradable. Luego, sin embargo, cuando hubo terminado con las demás, le dirigió una mirada de reojo y, tras exhalar un hondo suspiro de rendición, la abrió y recorrió las escasas líneas que su padre había conseguido escribir con su pulso tembloroso. Una vez más, le pedía ayuda; pero esta vez Jack captó un aire de desesperación mayor al habitual en sus palabras y sintió una mezcla de repugnancia y compasión que lo obligó a respirar profundamente para no delatar cuánto le había afectado. Cecily nunca lo acompañaba a esas horas; prefería desayunar en la cama y era él quien acudía a su lado antes de marcharse; de modo que no hacía falta que fingiera, pero aun así le pareció que era lo único que podía hacer. Llevaba tanto tiempo aparentando una profunda indiferencia en todo lo que concernía a su padre, empezando por hacer como si no existiera, que el no hacerlo ahora ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Si antes de su matrimonio la idea de reconocer su origen le resultaba cualquier cosa menos tentadora, ahora le pareció simplemente imposible. Cecily nunca se lo perdonaría. Aun cuando ella se esforzara por hacer como si no le importara, era consciente del gran sacrificio que significó para ella aceptar unir su vida a la suya. La veía aún insegura acerca de cómo aquella decisión repercutiría en recuperar ese lugar por el que llevaba tanto tiempo luchando. ¿Qué pensaría la sociedad londinense de saber que había rechazado convertirse en marquesa para casarse con el hijo de un borracho criado en las calles?

Aun así, decidió responder a la nota de su padre con una nueva suma que, esperaba, le sirviera para salir del nuevo lío en que debía de haberse metido. Tuvo la precaución de no hacérselo llegar en persona, sino que consiguió que un muchacho ajeno a la casa fuera en su lugar. Le pidió que prestara atención a todo lo que viera con el fin de tener una idea más clara de la situación; sin embargo, cuando consiguió ponerse nuevamente en contacto con él y exigió una respuesta, este tan solo le indicó que no había encontrado a nadie en el lugar y que pasó la nota y el dinero por debajo de la puerta.

Aquello debió tranquilizarlo. Cumplió con lo que, sin considerarlo un deber, suponía un compromiso que no podía evitar. Lo que hiciera su padre, tal y como pensara hasta entonces, no era de su incumbencia; lo único que cabía esperar era que lo dejara en paz de una vez por todas.

Entre los muchos aspectos de su personalidad que Cecily se había esmerado por ocultar, se encontraba el hecho de que, debajo de esa frivolidad e indiferencia que tan seductora parecían encontrar quienes la trataban, tenía una mente privilegiada cuando de observar la conducta ajena se trataba. Eso le había ayudado a notar muchas cosas que había podido utilizar en su beneficio, tanto como para huir de personas desagradables como para aprovechar esa agudeza a su favor.

Fue debido a esa percepción tan desarrollada, que cuando de Jack se trataba parecía acentuarse según pasaban los días a su lado, que advirtió algo extraño en él.

Aunque tan atento y apasionado como siempre en lo que a ella se refería, hubiera sido una tonta de no haber notado que a veces parecía ausente y preocupado.

Cecily nunca preguntaba; al menos no directamente. Tenía la esperanza de que fuera él quien compartiera lo que fuera que le inquietara, pero comprendió pronto que, pese a su nobleza y sus gestos llenos de sinceridad, Jack era poseedor de un espíritu reservado y poco presto a las confidencias. Aquello la hirió mucho más de lo que habría podido imaginar, pero si bien en el pasado hubiera dejado que

su orgullo le ganara la partida, mostrándose arisca y ofendida, había descubierto también que en lo que a su esposo se refería le era imposible comportarse de aquella forma; se preocupaba por él y odiaba verlo infeliz, pero no estaba familiarizada con esos sentimientos. No sabía cómo actuar y una parte de su corazón se avergonzaba de verse en esa posición.

Uno de esos días en que el semblante meditabundo de Jack le resultó más inquietante y cuando se encontraba cerca de hacer a un lado sus reservas y preguntar qué era lo que tanto le preocupaba, notó algo que, en parte, le ayudó a echar luces acerca de aquello.

Acababan de llegar del teatro donde pasaron un rato agradable con el señor Findley, el dueño del almacén en el que Jack tenía tantos intereses. El comerciante había acudido con su familia y Cecily advirtió que su esposo se mostró más desenvuelto y cómodo de lo habitual; era evidente que prefería relacionarse con personas que no pertenecían a la aristocracia, lo que no era de extrañar. Alguien como Jack, tan poco presto a las dobleces y a actuar por conveniencia, debía de encontrar liberador el compartir tiempo con personas más afines a su carácter. Cecily hizo lo posible por mostrarse tan encantadora como siempre, y realmente disfrutó de la velada, pero parte de ella no pudo menos que inquietarse ante la posibilidad de que ella y Jack nunca consiguieran encontrarse del todo a gusto en el mismo mundo.

Sin embargo, no se permitió profundizar en esos pensamientos. Por primera vez en días, vio a su esposo animado, casi despreocupado; le recordó al hombre a quien conoció hacía varios meses, y se dijo que habría estado encantada de permanecer por siempre a su lado tan solo por la dicha que provocaba en ella saberlo feliz.

Una vez más, se sorprendió por haber llegado a una conclusión como aquella, que calzaba tan poco con su carácter y, quizá, habría terminado por reprenderse a sí misma, pero ocurrió algo que le resultó mucho más preocupante.

Poco después de tomar su abrigo y hacer unas cuantas consultas a media voz, el mayordomo acercó a Jack un sobre que este se apresuró a inspeccionar con el ceño fruncido. Al examinar la nota que contenía, su expresión fue haciéndose cada vez más hosca e inescrutable, tanto que Cecily sintió un extraño retortijón en el estómago al ver ese semblante que le pareció totalmente desconocido. Preocupada, se acercó a él y apoyó una mano sobre su hombro sin preocuparse por exhibir esa muestra de cariño en presencia de los criados que esperaban para atenderlos.

—¿Algo malo? —preguntó ella.

Su tono había surgido más cauteloso de lo que le habría gustado, pero el rostro de Jack no invitaba a una pregunta más directa. Al oírla, él parpadeó como si su mente se encontrara muy lejos de allí y,

tras observarla como si acabara de recordar su presencia, sacudió la cabeza de un lado a otro, exhibiendo una sonrisa forzada.

—No. No es nada —respondió él con una entonación ausente que solo incrementó su inquietud—. Tengo que ocuparme de algunas cosas. ¿Por qué no subes primero? Tal vez tarde un poco; procuraré no despertarte.

Cecily abrió la boca para decir que no hacía falta que se mostrara tan indulgente con ella, que si no deseaba compartir lo que fuera que le ocurriera no pensaba obligarlo a ello; podía tener todos los secretos que quisiera, eso no era de su incumbencia. Pero le bastó con ver sus ojos nublados por la preocupación y la forma en que su mano sostenía aquel trozo de papel para saber que eso no hubiera sido justo. Algo importante acababa de pasar pero no se sentía cómodo confiándoselo, y por mucho que aquello le doliera, Cecily comprendió que no tenía derecho a mostrarse egoísta.

De modo que asintió, fingiendo una alegría que no engañó a ninguno, y se dirigió a su habitación, donde esperó a que Jack se reuniera con ella casi hasta el amanecer. Él nunca llegó, sin embargo, ni siquiera lo oyó subir, y terminó por dormirse, pero la asaltó un sueño intranquilo poblado de pesadillas.

Cuando Cecily bajó al día siguiente, muy avanzada la mañana, con la esperanza de encontrar a Jack esperando por ella, se dio con la sorpresa de que él había salido con las primeras luces del día. De eso habían pasado horas y dejó instrucciones de comunicarle que no sabía cuándo estaría de vuelta, que no se preocupara por él y que recibiría noticias suyas lo antes posible.

Eso fue todo. Ni una explicación o una nota. Solo se marchó dejando encargado que le dijeran que todo estaba bien.

Furiosa y resentida, bastante menos preocupada por el bienestar de su esposo de lo que se sintiera hasta entonces, Cecily picoteó algunos de los platillos que le sirvieran para el desayuno y dio vueltas en su mente a todas las posibilidades que pudieran explicar la extraña conducta de Jack.

Consideró desde la eventualidad de que sus negocios hubieran sufrido un traspié hasta la opción de que tuviera una amante; pero se sintió avergonzada de considerar lo último tan pronto como lo pensó. Jack nunca haría algo como eso; hubiera sido poco propio de él. Además, ningún hombre se comportaría de la forma en que lo hacía con ella si hubiera otra mujer en su vida. Y aun así, la sola posibilidad de que él pudiera mostrar cualquier tipo de interés en alguien que no fuera ella le retorció el corazón con tal intensidad que estuvo a punto de llorar.

Para cuando llegó la noche, la furia había dado paso a la angustia

y estuvo a punto de enviar un mensaje a las oficinas que James Haversham había cedido en Londres a Jack para que las usara durante su estancia en Londres en tanto encontraba algo a su gusto; pero entonces recibió un escueto mensaje en el que su esposo le indicaba que se encontraba bien y que lamentaba no haberse comunicado antes, pero que le había sido imposible. Le rogaba que lo disculpara y prometía volver a casa pronto. Por lo demás, no profundizaba en sus explicaciones y Cecily supo sin asomo de dudas que de haberse encontrado frente a ella tampoco habría podido sacarle una palabra que le devolviera la tranquilidad.

En un chispazo de comprensión, sin embargo, antes de dejarse abatir por ese sinsentido, Cecily preguntó al lacayo que le llevara la nota si requería respuesta y, fuera o no ese el caso, si la persona que su esposo envió con el mensaje se encontraba aún en la casa. Estuvo a punto de aplaudir cuando el criado le indicó que el muchacho que entregara la nota no había indicado nada respecto a esperar contestación, pero que se veía tan hambriento que la cocinera insistió en darle algo de comer antes de que se marchara.

Sin dudar, ordenó que la condujera ante el muchacho y fue así como, con unas cuantas palabras bien elegidas y suficientes monedas como para persuadir a alguien mucho menos necesitado, Cecily obtuvo algunas de las respuestas que necesitaba.

Jack siempre había lamentado el no haber tenido la oportunidad de acompañar a su madre durante sus últimos días; quizá su propio dolor se habría visto menguado de haber sostenido su mano, haciendo más fáciles para ella esas horas finales. Le habría dicho cuánto la quería y cuán agradecido se sentía por todo lo que hizo por él; habría tenido la satisfacción de ver el alivio en sus ojos al saber que se había convertido en el hombre que siempre anheló que fuera.

Pero aquello le fue imposible. Y eso debido en gran medida a su padre, que se empeñó en mantenerla apartada, haciendo su vida tan miserable como siempre antes de que pudiera regresar a tiempo para rescatarla.

Y ahora, se dijo Jack con un gesto de enojo y dolor, se veía en la obligación moral de ser quien acompañara a ese hombre en sus últimos momentos. La ironía no podía ser más demoledora, comprendió en tanto parpadeaba una y otra vez para alejar los rastros del sueño y sacudía los miembros para aliviar sus músculos entumecidos.

Se encontraba en la casucha en que transcurrió su infancia, donde su madre pasara sus últimos días y donde todo parecía indicar que su padre haría otro tanto. En el fondo, le pesaba no haber prestado atención a la primera nota en que este lo llamaba a su lado en lugar

de enviar tan solo un dinero que él se encontraba ya muy débil para aprovechar. La segunda, sin embargo, la que le entregaran hacía un par de noches, le había parecido lo bastante desesperada como para disparar todas sus alertas.

Nada le había costado tanto en su vida como fingir indiferencia en presencia de Cecily cuando hubiera deseado confiarle toda la verdad y abrazarla para de alguna forma intentar deshacerse de esa sensación de hartazgo que lo inundaba al pensar en su padre y ese lazo que los unía pese a sus muchos rencores.

Pero no pudo hacerlo porque eso habría significado que tendría que contarle toda su verdad, desnudar su pasado. La posibilidad de que Cecily lo despreciara al conocer quién era en verdad le helaba los huesos, hundiéndolo en una sensación de angustia que solo incrementó la compasión que empezó a sentir por su padre al acompañarlo a morir.

Lo primero que hizo al encontrarlo en aquel estado, tendido sobre el camastro y atacado por un acceso de tos tras otro, tan febril que apenas pudo reconocerlo, fue llamar a un médico y ocuparse de poner un poco de orden en el lugar. Halló el dinero que le enviara esparcido sobre la mesa y algunos mensajes amenazantes que su padre debió de recibir de esas personas con quienes aún mantenía sus deudas. En realidad, a Jack le sorprendió que fuera la enfermedad la que pareciera decidida a arrebatar la vida de su padre en lugar de sus acreedores; por lo que había visto hasta entonces, recordó con un gesto de desagrado en tanto echaba las notas al fuego que consiguiera encender sobre una hornilla del destartalado fogón, se trataba de gente de la peor calaña, y lamentó no haber saldado la deuda cuando lo encontraron allí en lugar de a su padre.

Se prometió que se ocuparía de ello luego al tiempo que acercaba una bebida a su padre; él apenas consiguió tomar unos cuantos sorbos con los labios agrietados y una expresión de abandono que despertó una compasión en lo más profundo de su pecho. Según el médico, no había nada que se pudiera hacer; cuando mucho le daba unos cuantos días antes del final. También aseguró, pese a que Jack se cuidó de develar el lazo que los unía, que no cabía albergar ningún remordimiento, porque según su inspección ese hombre llevaba incubando la enfermedad desde hacía años. Eso, aunado a su mala vida, la bebida y el tabaco… a su parecer, era un milagro que viviera tanto.

Aquello fue un pobre consuelo para Jack y los reproches que empezó a dirigirse a sí mismo tan pronto como se quedaron nuevamente a solas. Lo único que le confirió cierto alivio fue haber llegado a la decisión de que nadie lo movería de aquel lugar hasta que su padre no lo necesitara más.

Encontró a un muchacho entre los varios que vagaban en la zona que le inspiró cierta confianza e hizo un arreglo con él para que se pusiera a su servicio por el tiempo que necesitara. Tras darle unas cuantas monedas con las cuales consiguió obtener la promesa de no hacer preguntas y actuar con diligencia, lo envió con una nota para Cecily y algunos otros encargos, como ocuparse de traer comida y las medicinas encargadas por el médico para hacer más llevaderas para su padre sus últimas horas, y se preparó a esperar.

Las horas se sucedieron unas tras otras con una lentitud que lo obligó a ponerse de pie en varias ocasiones para estirar las piernas; asomó un par de veces a la calle para descansar del aire viciado de la casa y volvía luego junto a su padre, observándolo e intentando recordar un momento en que hubiera sentido por él algo que no fuera rencor, pero no consiguió dar con ningún sentimiento medianamente positivo. Todo eran reproches y malos recuerdos, y precisamente por ello los sepultó en lo más profundo de su mente para evitar que algo en su rostro delatara lo que sentía; por mucho mal que su padre le hubiera hecho, no deseaba que viera en él nada que hiciera más penoso aquel momento.

Su padre apenas pareció reconocerlo en los escasos momentos en que entreabrió los ojos, o cuando le acercaba un poco de agua para ayudarlo a tomar los calmantes recetados por el médico una vez que el muchacho regresó con el encargo. Jack habría deseado preguntar si vio a Cecily al entregar la nota, pero se cuidó de hacerlo no solo porque eso le habría comprometido sino porque la idea en sí era ridícula; dudaba de que el lacayo que le atendiera hubiera permitido que se acercara más allá del umbral de la puerta. No por primera vez se preguntó entonces qué pensaría Cecily de su ausencia y si tendría el valor para confiarle lo ocurrido una vez que todo terminara. Ella tenía derecho a conocer la historia del hombre con el que se había casado; aun más, nadie habría cuestionado que decidiera dejarlo amparada en esa omisión que solo debilitaba aun más su ya endeble posición en la sociedad. ¿Él intentaría detenerla de ser ese el caso? ¿Le rogaría que permaneciera a su lado?

Jack suspiró, agotado, y miró a su alrededor, en absoluto sorprendido por las penumbras que lo rodeaban antes de ponerse de pie y encender una vela cuya llama refulgió en la oscuridad iluminando el rostro de su padre sobre la cama. Él apenas respiraba; su pecho se elevaba con lentitud en un movimiento casi imperceptible que Jack seguía de forma inconsciente apretando y soltando el puño asentado sobre su rodilla. Se encontraba sentado sobre una silla desvencijada al lado de la cama con los ojos entornados y los hombros caídos, ajeno a todo lo que no fuera el hombre tendido ante él y el silbido que escapaba de entre sus labios.

¿Cuánto tiempo más…?

Sus oídos se encontraban embotados y apenas conseguía distinguir algunos ruidos fuera de la casa, nada que llamara su atención; pero de pronto, la llama que observaba como un punto fijo que lo mantenía anclado a tierra, osciló ante sus ojos debido a una corriente de aire y se puso de pie por un gesto reflejo con la intención de asegurar la puerta y evitar que se apagara. El problema fue que solo entonces, al mirar tras él, un tanto trastabillante luego de permanecer tanto tiempo de pie en aquella posición, reparó en que la puerta no se había abierto por sí misma y que ya no se encontraban a solas.

Nunca como en aquel momento le había parecido Cecily una fuente de luz tan brillante. Hasta entonces, parecía ser capaz de iluminar cualquier lugar en que se encontrara; fue eso lo primero que le atrajo de ella, jamás se había sentido tan cerca de una estrella; pero allí, en ese cuarto oscuro y en medio de tanta miseria, su resplandor le pareció demasiado. De no haber parpadeado como si pretendiera así apartar una visión que desaparecería en cualquier momento, lo hubiera cegado.

Ella, inteligente y observadora como era, dio una mirada alrededor sin dar la impresión de que encontrara algo sorprendente en el cuadro ante sus ojos, pero Jack vio que contenía el aliento un segundo y elevaba suavemente los párpados antes de recuperarse y dar un paso hacia él.

—¿Qué…?

—Estaba preocupada; no podías esperar que esa nota fuera suficiente. Creí que estabas considerando que nuestro matrimonio no había sido una buena idea y pensabas abandonarme.

Cecily habló con esa frivolidad que tan útil le era en los salones pero que en aquel lugar caló de una forma distinta. Para empezar, a Jack le costó creer que hablara en serio y supuso que solo lo dijo con el fin de aliviar lo violento que resultaba para él que hubiera ido en su busca.

—¿Abandonarte? —repitió él, haciendo una mueca—. Jamás haría algo como eso.

—Ten cuidado con lo que prometes; quizá cambies de idea luego.

Jack caminó hacia ella salvando la escasa distancia que los separaba como si aún le costara creer que se encontraba allí.

—Es posible que seas tú quien considere marcharte cuando sepas qué hago aquí —replicó él.

Cecily esbozó una leve sonrisa, pero cualquier gesto alegre desapareció de su rostro al mirar tras él y posar un instante su atención en el hombre tendido en la cama y que no parecía haber reparado en su llegada. Sin decir nada de inmediato, observó una última vez a Jack y pasó por su lado para ocupar la silla que él

acababa de abandonar.

—Cuéntamelo ahora —pidió ella sin mirarlo.

Jack suspiró y cerró los ojos un instante; luego, dio un rodeo para ir hasta la cabecera de la cama y apoyó una mano sobre la pared, observando a su padre con el ceño fruncido.

—Una vez que te lo diga no habrá nada que pueda hacer para cambiarlo, ¿comprendes eso? —preguntó él en un tono tenso y atormentado.

Cecily se encogió de hombros con su gracia habitual y elevó el rostro para devolverle una mirada imperturbable en la que, sin embargo, destelló por un segundo una calidez que a Jack le abrasó el alma.

—Dímelo.

Con esa palabra como última respuesta, Cecily se arrebujó en el abrigo que la envolvía y aguardó en silencio, lo que Jack tomó como una señal de que se encontraba ante el momento que llevaba tanto tiempo evitando. Tras vacilar, asintió y exhaló el aliento contenido, observándola con la determinación pintada en el rostro porque comprendió que, sin importar lo que Cecily dijera una vez que conociera su historia, él sería libre. O tanto como era posible cuando su corazón se encontraba encadenado al suyo, pero esa era otra verdad a la que tendría que enfrentarse luego; Cecily era su presente y su futuro, y en ese momento todo se trataba de su pasado.

Jack habló durante casi una hora, pero cuando se encontró a punto de terminar sintió como si llevara toda la noche echando fuera todos y cada uno de los sucesos que lo habían convertido en el hombre que era. Su voz se enronqueció al abordar la historia de su nacimiento, su niñez miserable y el recuerdo de su madre; el calvario al que ambos parecieron destinados bajo el yugo del hombre que se había convertido en la única familia que le quedaba y por quien se sentía obligado a velar incluso hasta su último aliento. Le confió los sueños que su madre albergaba para hacer de él un hombre de bien aun cuando eso significara separarse para siempre, tal y como fue necesario hacer. Su vida en América como un pobre inmigrante que posiblemente hubiera terminado muerto en los muelles al lado de otros miles como él de no ser por la aparición del tío de James en su vida y cómo se había sujetado a esa oportunidad con uñas y dientes. Su rápido ascenso, su desesperación por aprender y valerse por sí mismo para ser capaz de retribuir de alguna forma los esfuerzos de su madre y cómo ese intento había quedado en nada por falta de tiempo… lo dijo todo sin guardarse ni una palabra, ni un hecho bueno o malo que pudiera darle una imagen falsa de quién era ahora. No deseaba que Cecily permaneciera en las sombras en lo que a él se

refería, quería que viera el cuadro completo y que fuera ella quien decidiera si valía la pena permanecer a su lado.

Cecily lo oyó en silencio, pero su rostro, por lo general impasible, dejó traslucir buena parte de las emociones que la desbordaban; en especial cuando él le habló de los que habían sido sus primeros años y de sus inicios en América, penando por la ausencia de su madre, así como cuando explicó las circunstancias en que se enteró de su muerte y cómo había estado determinado a no volver jamás a Inglaterra hasta que James logró convencerlo.

—Si no hubieras regresado nunca nos hubiéramos conocido.

Fue la única vez en que ella lo interrumpió y Jack se sobresaltó un instante al oír su voz suave y tan bien modulada en ese lugar; parecía tan ajena a todo aquello, a toda esa miseria. Su imagen al pie de la cama de su padre agonizante, con el costoso traje y el peinado impecable en contraste con la antigüedad y el caos en la estancia le resultaron chocantes. Habría deseado que se marchara, que volviera a casa y esperara por él, que prometiera que le daría al menos una oportunidad para que terminara por relatar toda su historia, pero supo que eso no habría sido justo para ella. Había ido en su busca y exigido la verdad, exponiéndose a un gran peligro en el proceso; era lo mínimo que podía darle.

—Quizá eso habría sido lo mejor —susurró él.

—¿Para quién? ¿Para ti?

Jack frunció el ceño y abandonó su apoyo sobre el tabique para observarla; un poco sorprendido de su tono desafiante.

—No hablo de mí —explicó él—. Habría sido lo mejor para ti. ¿No lo ves? Ya era bastante malo el estar casada con un hombre sin abolengo ni las relaciones que la sociedad valora tanto. Soy mucho peor que eso. Cuando te decía que no pertenezco a tu mundo tal vez pensaste que me refería a que me he mantenido al margen porque es así como lo prefiero y en parte es verdad, pero lo realmente importante es que provengo de uno muy distinto. Vengo de aquí, Cecily, de esta pobreza y ruindad; no hay nada limpio u honorable en mí y en mi pasado. Si esa gente lo supiera…

—No tienen por qué —lo atajó ella con gesto serio pese a que sus labios temblaban al hablar—. A nadie se le ocurriría suponer tal cosa y aun cuando lo supieran no es de su incumbencia.

Jack esbozó una sonrisa irónica que acentuó su semblante cansado y la miró con ternura.

—¿No es de su incumbencia? —repitió él—. No piensas eso en verdad.

—Eso ya no importa ahora.

Cecily apretó los dientes luego de decir aquello y se encogió de hombros en un gesto que pretendió restar importancia a sus palabras,

pero fue obvio para Jack que no era así.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Cecily no respondió de inmediato; en lugar de ello, unió sus manos con calma sobre su regazo y fijó su mirada en el cuerpo del que ahora sabía que era su suegro; el hombre permanecía totalmente ajeno a la discusión sostenida entre ambos y su respiración se hacía cada vez más pausada, con exhalaciones lentas y apenas perceptibles.

Al fin, cuando Jack pensó que ella no diría nada, Cecily lo sorprendió al hablar una vez más, ahora con un tono pensativo y ausente, casi como si hubiera olvidado que no se encontraba a solas.

—No puedo vivir en un mundo en el que no te encuentres tú también; incluso si en él solo existiéramos tú y yo, me bastaría. Ese es el único mundo que me importa ahora. —Cecily lo observó por debajo de los ojos entornados que se le antojaron un mar de secretos y palabras no dichas—. Pero nadie tiene por qué saber nada de esto; ellos no juzgarán lo que no conocen y aun si lo hicieran estoy segura de que no se atreverían a decir nada en tu contra. Nos enfrentaremos a ello si hace falta, pero eso será luego. Ahora ven y siéntate conmigo; te ves exhausto.

Jack vaciló un instante, conmovido por la forma en que ella se esforzaba por mantener su dignidad intacta como si no acabara de despojarse de buena parte de la armadura que se esforzaba tanto por mantener y le rogara con los ojos que no dijera una palabra porque había sido ya demasiado difícil hacer una confesión como aquella aun cuando no hubiera sido capaz de decir las cosas con claridad. Él supo que si intentaba explorar en lo que acababa de decir, si decía una sola palabra para profundizar en lo que sentía, ella posiblemente se encerrara en sí misma y tal vez incluso saliera huyendo asustada. Así de frágil era, y la amó como nunca antes por haber tenido el valor de luchar contra sus miedos para sostenerlo en pie.

Rendido y ciertamente exhausto, como ella había dicho, arrastró un taburete y lo ubicó al lado de la silla, dejándose caer sobre él con un suspiro. Tras pensarlo un segundo, tomó la mano de Cecily que colgaba a su lado y la llevó a su pecho, encorvándose hasta apoyar la frente sobre su regazo con los ojos cerrados. Inhaló su aroma y le infundió una enorme sensación de paz que se acentuó al sentir sus dedos sobre su frente, acariciando su piel como un suave aleteo.

Permanecieron así durante horas, completamente en silencio y con la única compañía de la respiración pausada de su padre, que fue haciéndose cada vez más espaciada, hasta que no se oyó más.

Capítulo 8

La muerte de su padre pareció afectar a Jack más de lo que él deseaba admitir. Al menos, esa fue la impresión que tuvo Cecily luego de observarlo atentamente durante las semanas que siguieron a aquella noche. Aunque él se esforzaba por aparentar que nada había ocurrido, fue evidente para ella que eso no era del todo verdad; desde el momento en que el señor Dyer exhaló su último aliento, Jack se sumió en un talante pensativo que tan solo abandonaba cuando se encontraban juntos.

En esos momentos, Cecily, que sabía cuánto daño puede ocasionar guardarse los sentimientos en casos como aquel, lo alentaba a revelar lo que sentía acerca de la ausencia de su padre y a analizar en su interior si continuaba albergando rencor hacia él. A su parecer, Jack todavía se encontraba confuso en lo que se refería a eso último, pero el simple hecho de que consintiera en pensarlo era un gran avance. Entonces él se mostraba más necesitado de ella que nunca; era como si la considerara lo único y lo más precioso de su vida y Cecily no habría sido humana de no haberse sentido dichosa de ser la receptora de semejante adoración.

Él la amaba, eso lo tenía claro, así como que nunca había conocido un sentimiento como el que Jack inspiraba en ella; pero permanecía confusa respecto a si sería capaz de entregar su corazón por completo. El recuerdo de su aventura con Luigi aún le pesaba, así como la desesperación que sintió entonces al verse rechazada. Lo que sentía por Jack era muy distinto y mucho más poderoso de lo que experimentara alguna vez por él o por nadie; ¿qué sentiría si lo perdía?

No tienes por qué perderlo, deja de pensar tonterías, se decía en los momentos en que su mente la llevaba por esos derroteros y ella, en lugar de considerar la verdad en su subconsciente, recordaba a todas las personas que habían pasado por su vida y que había visto alejarse por un motivo u otro. Siempre con el mismo resultado. Ella se quedaba cada vez más sola.

Entonces, cuando la desesperación la embargaba, se entregaba a

Jack con más desesperación que nunca; de haber podido fundirse con él, lo habría hecho sin dudarlo.

Cuando había transcurrido todo un mes desde la muerte de su padre, Cecily consiguió al fin convencer a Jack de que era importante que retomaran su rutina y aceptaran asistir a algunos compromisos sociales. Sabía que era lo último que le apetecía a él y, para su sorpresa, descubrió que ella tampoco encontraba ya tan tentadora la idea de interactuar con las personas que habían compuesto su mundo hasta entonces, pero había algunos eventos a los cuales se habían comprometido asistir y hubiera perjudicado a ambos que continuaran recluidos en casa por siempre. La excusa de que eran apenas unos recién casados que deseaban compartir el tiempo a solas se había agotado ya, y era hora de afrontar lo que fuera que les saliera al paso.

Jack recibió su sugerencia con más interés de lo que esperaba y no vaciló en aceptar cuando ella señaló que podrían asistir al baile ofrecido por los duques de Sutherland al que habían sido invitados poco después de casarse y al que incluso su hermano pensaba acudir. Cecily supuso que él no se encontraba tan entusiasmado como procuró aparentar sino que deseaba concederle aquel capricho luego de que pasaran tanto tiempo apartados de esa clase de eventos.

De modo que, luego de enviar una nota a Sapphira para asegurarse de que tanto ella como Gabriel asistirían también porque conocía bien el carácter veleidoso de su hermano, y de obtener una respuesta afirmativa, se volcó de lleno a los preparativos para deslumbrar en aquella ocasión en tanto Jack la veía revolotear de un lado a otro con su complacencia habitual.

A él no podía importarle menos qué traje usaría, a lo mucho se ocupó de ordenar a su asistente que se encargara de tener algo apropiado para la ocasión, pero eso fue todo. Era obvio que encontraba mucho más entretenido observar a Cecily en tanto rumiaba en voz alta acerca del vestido y las joyas que usaría, así como cuál era la hora precisa en que debían presentarse. Nunca era buena idea llegar entre los primeros pero tampoco debían de hacerse esperar; eso siempre era de muy mal gusto, en especial tratándose de una pareja casada y no de una debutante que deseaba llamar la atención.

Jack habría podido jurar que al lado de Cecily aprendía todos los tejes y manejes de la alta sociedad; sus costumbres y casi imperceptibles fallas, así como el meticuloso cuidado que ponían sus integrantes para aparentar una perfección que en realidad estaban muy lejos de poseer. Pero si antes había despreciado todas esas intrigas, ahora, al oír a Cecily y viendo todo a través de sus ojos, lo encontraba casi divertido. Mientras ella se encontrara a su lado, supuso, sería capaz incluso de disfrutarlo.

Gabriel Hartford envió un mensaje el día anterior al baile para

sugerir que podrían ir juntos a la mansión de los Sutherland ya que su madre se había excusado de asistir. Siendo cuatro, señaló, podrían ir cómodos en un solo carruaje además de que, como añadió con su humor habitual, así seguirían los consejos de su madre respecto a presentar un frente familiar unido. Ni Cecily ni Jack vieron inconveniente en ello y aceptaron sin dudar; pese a las burlas de Gabriel, la verdad era que su sugerencia era muy acertada. No solo Jack se sentiría más cómodo en compañía de su cuñado sino que ella misma disfrutaría de pasar un poco de tiempo cerca de Sapphira.

Mientras el carruaje los conducía por caminos poco transitados a la hora acordada, Cecily se permitió examinar a su hermana política. Ella y Gabriel se presentaron con el tiempo justo para marcharse, de modo que apenas había tenido oportunidad de saludarla y alabar su vestido, pero ahora lamentaba no haberse mostrado un poco más agradable. Su halago había surgido de forma automática y con las mismas frívolas palabras que usaría con cualquier otra persona, pero Sapphira merecía más que eso. No solo porque en verdad se veía tan encantadora como siempre con el hermoso vestido de seda rosa que eligiera para aquella noche sino porque había aprendido a apreciar a esa joven callada y de semblante reservado que había conseguido unir las piezas del hombre roto que fue su hermano durante tanto tiempo antes de conocerla. A su parecer, Gabriel habría terminado en un despeñadero de no ser por ella y aunque su relación con su hermano siempre había sido tensa y llena de entredichos, lo quería mucho más de lo que le gustaba aparentar. Sapphira lo había salvado y ella nunca podría agradecérselo lo suficiente.

Los duques de Sutherland no necesitaban esforzarse demasiado para deslumbrar a los visitantes a su mansión; esta y sus alrededores eran ya lo bastante impresionantes, pero aun así, Cecily y los demás descubrieron al llegar que en ese momento el edificio parecía resplandecer por las luces encendidas en su interior y que flanqueaban también el camino que habrían de recorrer los invitados en sus vehículos para acercarse a la entrada principal.

La hilera era más larga de lo que Cecily había esperado e intercambió una sonrisa con Sapphira antes de que ambas asomaran por la ventanilla para atisbar entre los carruajes con el fin de descubrir quiénes se encontraban en su interior. Cecily frunció ligeramente el ceño al reconocer el perfil de su prima Eleanor algo más adelante cuando se disponía a bajar la escalerilla de su vehículo; su esposo sostenía su mano en lugar del lacayo, como era lo habitual, pero no le extrañó que James tuviera un gesto tan amoroso y, por primera vez, se encontró sintiendo algo muy parecido a la admiración por esa pareja que antes le había sido tan odiosa.

Pensativa, volvió al asiento y empezó a jugar con su abanico antes

de levantar la mirada y encontrarse con los ojos de Jack fijos en su rostro. No dudaba de que él la hubiera besado de haberse encontrado a solas; posiblemente algo más, consideró al notar que su mirada recorría el contorno de su escote. El vestido que había elegido para aquella noche era algo más revelador que el que usaba su cuñada; de satín dorado, dejaba al descubierto sus hombros y buena parte de los brazos, pero no era en absoluto descarado; Jack incluso mencionó al verla que parecía un ángel, lo que a Cecily le causó mucha gracia porque estaba acostumbrada a que la compararan con un demonio. De cualquier forma, era un vestido precioso y sabía que se veía magnífica, lo que fue su intención al elegirlo.

Cuando se encontraron al fin ante la entrada y descendió con la ayuda de Jack en tanto Gabriel extendía un brazo a Sapphira, tuvo un vistazo del interior de la mansión y apretó de forma casi inconsciente la mano de su esposo, intercambiando una rápida mirada que reflejaba ese nerviosismo extraño que había empezado a asaltarla casi desde que decidió asistir. Él, que pareció comprender lo que le ocurría, le sonrió y apretó su mano un segundo antes de tomarla del brazo para alentarla a seguir.

Los duques recibían a sus invitados en el vestíbulo y se mostraron especialmente interesados en la pareja conformada por Cecily y Jack. Ese era el primer evento formal al que asistían como un matrimonio y a ella no se le escapó que varias miradas se detenían en ellos en tanto dejaban atrás a sus anfitriones y se adentraban en el salón en que transcurría el baile.

La música de la orquesta la confundió por un segundo, tanto como el brillo de las parejas que danzaban en el centro del salón, pero se recompuso con rapidez y, luego de sentir un nuevo apretón de Jack, esta vez en el brazo, elevó el mentón y sonrió, atenta a lo que ocurría a su alrededor. La gente hablaba en voz alta, los camareros iban de un lado a otro portando azafates con copas de un líquido burbujeante, y se topó con los saludos de algunos conocidos que le hicieron señas para invitarla a unirse a ellos.

Para su alivio, no había rastros del marqués de Radford entre los asistentes; había considerado lo que haría si se encontraban con él, lo que sin duda habría sido absolutamente incómodo para todos. Le habían llegado rumores de que su señoría tenía en mente viajar por unos meses a Escocia para atender las propiedades que poseía allí; tal vez se hubiera marchado ya, supuso. Cualquiera fuera la verdad, le deseaba felicidad y esperaba que algún día pudiera perdonarla por darle falsas esperanzas durante tanto tiempo; estaba segura de que a ella le pesaría por mucho más el haberse portado de una forma tan egoísta con él.

A quien no le deseaba más que miseria y malos ratos, se dijo

cambiando su expresión pensativa por una de profundo desagrado, era a Oliver Eliot. Su mirada se topó con la del barón por un instante antes de ladear el rostro en un gesto desdeñoso. Esperaba que Jack no hubiera advertido ese intercambio; no sentía ningún deseo de dar explicaciones de por qué encontraba a aquel hombre tan molesto o por qué creía él que poseía el derecho de incomodarla.

La velada se desarrolló igual que muchas otras luego de eso. Cecily bailó con su esposo en un par de ocasiones, lamentando tener que dejar sus brazos para aceptar las invitaciones de algunos conocidos; incluso bailó un vals con su anfitrión en tanto la duquesa hacía otro tanto con Jack. Su señoría mencionó cuán sorprendente había resultado para todos la noticia de su matrimonio y agregó, bajando la voz como quien hace una enorme confesión, que a él y a su esposa les había parecido todo muy romántico. Cecily se cuidó de decir que ojalá y el resto de la sociedad londinense tuvieran una visión tan idílica del asunto; en lugar de ello, agradeció el comentario y continuó con el baile, abandonando sus reservas porque era evidente que no tenían sentido, las cosas iban mucho mejor de lo que había esperado.

Horas después, sin embargo, comprendió que había cantado victoria demasiado pronto.

Para Jack, los eventos como aquel al que se había dejado arrastrar por Cecily carecían de encanto y lo sumían en un aburrimiento pertinaz. Sin embargo, la compañía de Gabriel Hartford contribuyó a disipar ese fastidio y se sorprendió riendo más de una vez por los agudos comentarios de quien acababa de convertirse en su cuñado.

Gabriel parecía conocer a todo el mundo en el salón y tenía una idea muy clara acerca de ellos. Lo puso en antecedentes de sus historias y los muchos escándalos en los que la mayor parte de ellos se habían visto involucrados; a su lado, comprendió Jack con cierta sorna, su historial parecía casi inocente. Sin embargo, no se dejó engañar; sabía cómo eran las cosas en ese círculo. Aun cuando su mayor «pecado» fuera provenir de un hogar pobre y no poseer un apellido honorable, algo que había escapado totalmente a sus manos, siempre sería mucho peor visto que quienes habían cometido todo tipo de actos vergonzosos llevados por el capricho. Si estos últimos pertenecían a familias con los pergaminos que a él le faltaban, entonces nada que hicieran podía ser tan terrible y merecían ser tratados con indulgencia.

Todo ese cinismo lo enfermaba, pero no había pasado buena parte de su vida tratando con gente como aquella durante su vida en América como para permitir que aquel fastidio, por justificado que pudiera ser, amargara su vida. Además, debía reconocer que era divertido saber todos esos detalles que Gabriel compartía con tanta

gracia; y como si eso no fuera suficiente, el hecho de ver a Cecily feliz valía cualquier sacrificio.

Su cuñado, que parecía haberse arrogado el papel de acompañante, al menos en tanto Cecily se encontrara ocupada con las muchas invitaciones que recibía, tan solo se apartó para bailar con su esposa y, en cierto momento de la noche, cuando James Haversham se acercó para saludarlo.

Si hasta entonces había sentido curiosidad por saber lo ocurrido entre ambos hombres, le bastó con ver la fría mirada que intercambiaron para saber que, lo que fuera, debía de ser mucho más serio de lo que había imaginado.

Cuando Gabriel se marchó en busca de su esposa luego de hacer un vago gesto de despedida que no incluyó a su acompañante, James se ubicó a su lado y le dirigió una rápida mirada de entendimiento.

—¿Qué fue lo que…?

James sacudió la cabeza de un lado a otro y lo interrumpió antes de que pudiera concluir la pregunta.

—Ahora no —atajó él, categórico, pero su tono varió a uno algo más amable al continuar—. Parece que te estás divirtiendo. Empezaré a creer que te ha sentado bien el matrimonio.

—¿No les ocurre a todos?

—Algunos tienen más suerte que otros —concluyó James con una sonrisa—. Asumo que somos de los primeros.

Jack vaciló antes de responder.

—Quizá —respondió, esquivo, y varió de tema con rapidez—. ¿Dónde está lady Haversham?

—Bailando con el coronel. —Su amigo señaló a una pareja algo apartada de las demás—. Creo que intenta convencerlo de que acepte un giro en una de sus nuevas historias.

Jack miró en la dirección que James indicó y no pudo ocultar una sonrisa al ver los grandes esfuerzos que parecían hacer ambos bailarines por no darse de bruces uno con el otro. Según había notado ya, lady Haversham no tenía al baile por uno de sus fuertes y su corpulento acompañante no parecía mucho más hábil. Además, ambos parecían tan entretenidos con su charla, del todo ajenos a la música y a los pasos que debían dar, que supuso que en realidad les tenía sin cuidado.

—Espero que tenga éxito —comentó él por decir algo, volviendo la atención a su amigo, que contemplaba a su esposa con una sonrisa.

—Lo tendrá —afirmó él sin vacilar—. El coronel no podría negarle nada.

Y tú tampoco lo harías, habría deseado decir, pero se contuvo a tiempo; a James no le gustaba que pusieran en evidencia su devoción por lady Haversham. De modo que, en lugar de burlarse un poco de él,

buscó a Cecily entre la multitud y la descubrió en medio de un animado grupo que incluía a la señorita Carrington, esa joven que se había esmerado tanto por atraerlo al poco de llegar a Londres. Algo más allá, unos cuantos caballeros procuraban llamar su atención con algunos gestos, pero ella los ignoraba con una sonrisa modesta en tanto prestaba atención a lo que fuera que la joven le contara. Entre ellos, Jack creyó reconocer a uno que ya había visto antes y que le desagradaba más que la mayoría.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

James hizo un gesto de irritación muy similar al que debía de mostrar él.

—Es el barón de Saint Germaine —señaló su amigo.

—¿No te es simpático?

—Lo considero un absoluto idiota —James respondió a su pregunta sin reparo—. No me inspira ninguna confianza.

—¿Lo hace alguno de los que está aquí?

—Te sorprendería saber que hay algunos hombres honorables en este salón; pero Saint Germaine no se encuentra entre ellos.

Jack asintió, mirando una vez más a aquel hombre que a su parecer se mostraba demasiado atento a los gestos de Cecily aun cuando ella apenas parecía prestarle atención. James pareció advertirlo también, y lo observó de reojo con gesto entendido.

—Tu esposa se ve muy bella esta noche; tendrás que acostumbrarte a que llame la atención a donde sea que vaya —comentó él en tono afable—. De cualquier forma, a ella no parece importarle.

—Lo sé.

James arqueó una ceja al oír su respuesta y lo observó con mayor atención; al cabo de un momento, suspiró y sonrió con semblante resignado.

—No tenía idea —dijo él al fin.

Jack lo miró por encima del hombro con curiosidad.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—De lo mucho que la amas; no me había dado cuenta —explicó él —. Eleanor me lo había advertido, pero no pude verlo hasta ahora.

A Jack no se le ocurrió negarlo; no tenía por qué. Después de todo, era cierto y no tenía sentido ofenderse por una declaración tan confiada. Quizá cualquiera pudiera verlo; incluso Cecily.

—Lamento… lamento haberme comportado de una forma tan tonta —continuó James ante su silencio—. Debí respetar tu interés por Cecily desde un inicio, pero…

Jack interrumpió a su amigo con un gesto para restar importancia a todo aquello. ¿Qué importaba ahora? Estaba seguro de que de haberle mostrado un mayor apoyo entonces, el resultado hubiera sido el mismo. A veces le parecía que todo en su vida lo había llevado a

aquel lugar con el fin de encontrarla a ella; si el mundo se hubiera puesto en su contra, no habría hecho mayor diferencia.

—No te preocupes —dijo él, sonriendo y sin ganas de compartir la conclusión a la que había llegado.

James asintió y miró entre la multitud, posiblemente en busca de su esposa; en tanto, Jack hizo otro tanto y su sonrisa se hizo más notoria al encontrarse con la mirada de Cecily, que levantó levemente el abanico para señalarlo con un gesto gracioso.

—También en ella es evidente.

Jack giró, sorprendido por las palabras de su amigo tras advertir ese silencioso intercambio.

—Cecily ha cambiado —indicó James—. O tal vez es solo ahora que se permite ser quien realmente ha sido siempre. Y es por ti.

—Supones demasiado.

—Siempre he sido un buen observador.

Jack obvió recordarle que aquello no era del todo cierto; prefirió hacer un gesto incierto y volver su atención a Cecily; pero ella no lo veía en ese momento. El barón de Saint Germaine parecía haber decidido que ya había tenido suficiente de aquella irritante observación desde la lejanía y ahora acababa de acercarse para, supuso, invitarla a bailar, ya que sostenía una mano extendida ante ella. Cecily no dio la impresión de encontrar la invitación muy tentadora, la vio apretar los labios en ese gesto de disgusto que le era conocido; pero debió de comprender que hubiera llamado la atención de haberse negado porque hizo un tenso ademán en señal de asentimiento y Jack vio que caminaba muy erguida en dirección al centro del salón con la mano apenas apoyada sobre el brazo de su acompañante.

—Ni siquiera lo pienses.

Jack se topó con la mirada de advertencia de James y solo entonces cayó en la cuenta de que acababa de dar un paso hacia adelante.

—Cecily no agradecerá que hagas una escena —declaró su amigo.

—No pensaba…

—Solo digo que lo pienses dos veces antes de hacer algo de lo que podrías arrepentirte —continuó James sin que nada en su expresión delatara lo que pensaba en realidad.

Jack elevó el mentón y ladeó el rostro para dirigirle una mirada de enojo, aunque se mantuvo con los pies firmes sobre el piso siguiendo la figura de Cecily en tanto danzaba por el salón. Parecía que el barón intentaba entablar una charla, pero ella no le prestaba demasiada atención, manteniendo una prudente distancia entre ambos.

—¿No te incomodaría si se tratara de tu esposa? —preguntó él, sin resistirse a esa pulla un poco infantil.

James sonrió y se encogió de hombros.

—Confío en Eleanor —declaró sin dudar—. Y tú deberías de hacer lo mismo con Cecily. Te ahorrará muchos momentos desagradables.

Jack no respondió sino que siguió los movimientos de la pareja en el salón; sin embargo, no dejó de dar vueltas a las palabras de su amigo en tanto el baile transcurría en una sucesión de sonidos que, de golpe, dejaron de importarle. Tan solo deseaba salir de allí.

—Has estado muy callado durante el viaje de regreso.

La observación de Cecily pareció caer en saco roto porque Jack no dio señal de haberla oído. Acababan de volver a casa luego de hacer un viaje en el carruaje en compañía de los Hartford. Allí, fue Gabriel quien mantuvo una charla animada acerca de los acontecimientos de la noche, y los demás procuraron seguirle el ritmo con sus propias impresiones, pero una vez que dejaron a la pareja a puertas de su hogar, el silencio entre Jack y Cecily pareció acentuarse hasta hacerse casi ensordecedor.

—¿Vas a decirme qué ocurre? Pareces disgustado —insistió ella ante la falta de respuesta.

Jack había hecho amago de despedirse una vez que llegaron a casa, seguro de que ella preferiría retirarse a su habitación para despojarse del vestido y tenderse a descansar, con lo que su excusa de retirarse a la biblioteca para ocuparse de algunos asuntos pendientes le ayudaría a evitar esa charla; pero Cecily fue tras él y con ello le quedó claro que no sería así.

Consciente de que actuaba de forma ridícula, Jack emitió un suspiro y observó a Cecily en tanto ella cerraba la puerta de la biblioteca, sumiendo la habitación en la oscuridad.

—No estoy disgustado, solo exhausto; ha sido un largo día.

Luego de encender una lámpara sobre el escritorio que dominaba la estancia, Jack intentó recomponer una expresión más distendida, pero por la forma en que Cecily lo miró fue evidente que no la había engañado. Alerta y muy atenta a las emociones que afloraban a su rostro, se acercó a él hasta quedar a solo un par de pasos.

—Es porque insistí en asistir al baile ¿cierto? He sido muy desconsiderada —dijo ella, pareciendo arrepentida—. Ha pasado muy poco tiempo desde lo de tu padre y lo último que necesitabas era someterte a esa mascarada. Creí que te haría bien ocuparte de algo más, pero es evidente que estaba equivocada, lo siento mucho…

Jack sacudió la cabeza de un lado a otro, avergonzado de que ella hubiera llegado a esa conclusión y se sintiera culpable por algo en lo que no tenía ninguna responsabilidad. Conmovido por la preocupación que vio en sus ojos, la sujetó con suavidad por los brazos y sonrió.

—No es nada de eso —aseguró él.

—¿Entonces?

—No tiene importancia. —Jack recorrí la piel de sus brazos con los dedos—. Es una tontería.

Cecily le dirigió una mirada sagaz; la compasión había desaparecido de su rostro, reemplazada por un gesto de inquietud y, de pronto, sus ojos emitieron un brillo de reconocimiento. Aspiró con fuerza y echó el cuerpo hacia atrás con intención de apartarse aunque no pudo hacerlo porque Jack la mantenía sujeta contra su pecho.

—No dirás que estás celoso —adivinó ella—. Porque sería una necedad.

—Lo sé.

—No tienes ningún motivo…

—También lo sé.

Cecily emitió un resoplido provocado por el enojo y fijó sus brillantes pupilas sobre su rostro.

—Pero lo estás de cualquier forma —concluyó ella con un ademán exasperado.

Jack no pretendió ocultarlo; ni deseaba mentirle ni restar importancia a algo que evidentemente le importaba aun cuando fuera consciente de que no tenía ningún motivo para ello.

—Lo siento —dijo él—. No he pretendido ofenderte, es solo que de pronto comprendí que estoy casado con la mujer más bella de Londres y que tendré que acostumbrarme a que todos los hombres a tu paso te deseen de la misma forma en que lo hago yo.

Cecily entrecerró los ojos; aunque intentó ocultarlo, fue obvio que no le molestó el halago pero Jack también notó que aún parecía algo fastidiada. Fue una suerte que se contuviera de mencionar a Saint Germaine, concluyó él, porque eso solo hubiera ahondado la discusión. Pero algo era cierto: no tenía derecho a volcar sus temores en ella.

—Dudo que todos los hombres a mi paso me encuentren tan atractiva como pareces pensar —replicó ella una vez que pareció descartar el enojo, rendida por la ternura que él le inspiraba con solo mirarla—. Pero aun cuando fuera así, eso no me importaría. Solo te quiero a ti.

—Eso también lo sé.

Cecily se enroscó contra su pecho y sacudió la cabeza de lado a lado con una sonrisa de reprobación.

—Eres un presuntuoso insoportable…

Ella no pudo decir más porque Jack apresó sus labios con un movimiento cargado de pasión contenida y se rindió a esa exploración sin chistar. Él no podía saberlo aún, se dijo en tanto se aferraba a su cuello y sentía sus manos alrededor de sus caderas, tirando de la tela de su vestido en tanto ambos trastabillaban hasta dar contra el borde

del escritorio. No podía entender cuánto de verdad había en lo que dijo: no quería a nadie que no fuera él.

Eran sus manos sobre su cuerpo las que anhelaba incluso cuando se encontraba a su lado; sus labios devorando los suyos lo más precioso en lo que podía pensar. Era suya como no lo había sido de ningún otro y él le pertenecía también.

Mientras Jack se abría paso entre sus piernas, reclamándola como no lo había hecho nunca, Cecily cerró los ojos y se entregó sin reservas con las manos aferradas al borde de madera y preguntándose no por primera vez si sería posible morir debido al placer; pero esta vez una nueva posibilidad se coló en su mente aletargada.

¿Y de amor? ¿Se podía morir de amor? Porque de ser así acababa de descubrir que estaba irremediablemente perdida.

Jack volvió a ver al barón de Saint Germaine mucho antes de lo que le hubiera gustado. Eso le pasaba por atender a las invitaciones de James, concluyó poco después de llegar al club de caballeros al que lo había citado.

Según los administradores del mismo, aunque Jack estaba lejos de poder ser considerado un miembro destacado de la sociedad, su dinero resultaba lo bastante tentador como para que se plantearan la posibilidad de admitirlo como uno de ellos. Eso a Jack le importaba más bien poco, pero debía reconocer que era casi divertido ver a todas esas personas que lo habrían despreciado sin vacilar de haber conocido su verdadero origen, esmerarse por presumir de todas las comodidades que estaban dispuestos a poner a su disposición por una importante suma y el respaldo del vizconde de Castlecomer.

En el fondo, Jack creía que James había urdido esa reunión con el fin combinado y un tanto retorcido de entretenerlo y burlarse de sus conciudadanos; pero nada en el rostro de su amigo le dio la impresión de que así fuera, en especial cuando se despidieron de los administradores y ocuparon una de las mesas que dispusieron para ellos. Habían acordado que Jack presentaría una solicitud en cuanto hubiera tomado una decisión, lo que pareció desconcertarlos; tal vez se encontraran acostumbrados a que sus invitados rogaran por ser admitidos tan pronto como veían una posibilidad sobre la mesa. Bueno, se dijo Jack sin vacilar un instante en disfrutar de las bebidas que habían ordenado para ellos, ya se darían cuenta de que él no era la clase de hombre con la que solían tratar.

—Sabes que muchos otros en tu lugar matarían por una invitación como la que acabas de recibir ¿cierto?

Jack recibió la pregunta de James con una sonrisa. Pese a sus palabras, era obvio que su amigo estaba disfrutando tanto como él; nada le divertía más que poner en evidencia a ese tipo de personas.

—No lo dudo —respondió Jack con una rápida mirada por el salón al que habían sido conducidos—. No niego que sea un lugar impresionante, pero no estoy seguro de que consiga sentirme cómodo aquí.

—Eres miembro de un lugar parecido en América, según recuerdo.

—Sí. Gracias a tu tío —señaló Jack, encogiéndose de hombros—. Pero el ambiente es distinto allí; y las charlas más interesantes y productivas. Tengo la impresión de que los hombres que vienen aquí tan solo hablan de las próximas excursiones de caza a las que asistirán y a cuáles mujeres pretenden cortejar.

La sonrisa de Jack se hizo más notoria al toparse con la mirada ceñuda de su amigo.

—Bueno, no todos los hombres —se disculpó con una cabezada.

James le devolvió la sonrisa e hizo un gesto de resignación.

—No estás del todo equivocado —reconoció de mala gana—. Pero si pretendes formar parte de esta sociedad tendrás que hacer algunos sacrificios; además, quizá te resulte más entretenido de lo que piensas. Eres un buen juez del carácter y con el tiempo verás que incluso aquí es posible hacer estupendas relaciones con las personas correctas. Vengo con cierta frecuencia, lo mismo que el coronel y otros hombres de negocios, y te sorprendería saber cuántos tratos hemos cerrado aquí. Los otros… bueno, puedes ignorar a los otros.

Como si los hubiera conjurado sin desearlo, unas cuantas carcajadas llegaron hasta el lugar en que se encontraban y, al mirar en la dirección desde la que parecían provenir, Jack hizo un gesto de desagrado cuando reconoció a uno de los hombres del grupo que hablaba a voces en una mesa alejada de la suya.

El barón pareció notar su mirada, porque vio también en su dirección y elevó la copa que sostenía en un gesto burlón en señal de saludo que Jack ignoró, centrando nuevamente su atención en la charla de James.

—Tal vez eso último no resulte muy sencillo —reconoció este al advertir lo mismo que él, pero restó importancia al asunto con un ademán de desagrado—. Pero sería agradable contar contigo aquí.

—Lo pensaré.

James dio el asunto por zanjado al comprender que sería imposible conseguir una respuesta en ese momento y prefirió embarcarse en una charla más productiva. Hablaron de sus negocios y del acuerdo al que Jack había llegado con su tío respecto a delegar el manejo de sus asuntos en Inglaterra en alguien más que planeaba mantener bajo su supervisión en tanto tomaba total conocimiento de la labor.

Como explicó a James, no se sentía del todo cómodo ocupándose de aquello cuando aún sus propios asuntos no estuvieran del todo encauzados. Había mucho de lo que ocuparse ahora que al parecer su

residencia se extendería en el país por tiempo indeterminado y no deseaba cometer alguna negligencia que pudiera perjudicar a su tío.

Su amigo sugirió un par de nombres y prometió ocuparse de hacerle llegar algunos más con sus respectivas referencias, lo que le significó un gran alivio. Las cosas habrían sido mucho más difíciles para él de no haber contado con la ayuda de James.

Estaban ambos tan sumergidos en su charla, intercambiando ideas respecto a algunos nuevos negocios en los que consideraban asociarse a futuro, que no notaron el momento en que una figura se detuvo junto a la mesa hasta que esta hubo de carraspear para llamar la atención. Solo entonces detuvieron su conversación, un tanto consternados por haber sido interrumpidos con tan poco tacto y vieron al causante de aquello con expresión de sorpresa.

—Buen día, caballeros. —El barón de Saint Germaine esbozó una mueca que procuró simular una sonrisa.

Jack y James intercambiaron una rápida mirada y el segundo hizo además un gesto casi imperceptible con una mano como si fuera consciente de lo mucho que disgustaba esa presencia a su amigo.

En tanto que James procuraba devolver el saludo, Jack tan solo asintió, esquivando la mirada del hombre para no hacer demasiado evidente su desagrado, pero este debió de notarlo y, curiosamente, pareció encontrarlo divertido, porque lo observó con una sonrisa sesgada que, de haberla notado, Jack no habría dudado en borrar de un puñetazo.

—Espero que lady Haversham se encuentre bien; todos mencionaron en el baile de los Sutherland cuan radiante se veía —comentaba él dirigiéndose a James con una voz grave que a Jack le recordó al graznido de un cuervo—. Desde luego, la señora Dyer no se quedó atrás; no recuerdo haberla visto antes tan hermosa.

Jack forzó una sonrisa, pero una vez más se cuidó de decir nada mientras James rellenaba el silencio por ambos con comentarios banales. Al parecer, aunque el barón no tenía una esposa a la cual halagar, sí que contaba con una corte de hermanas por las cuales hacer algunas preguntas corteses. Jack aprovechó ese momento para analizar al hombre que parecía prestar total atención a la charla de James y comprobó una vez más que, aunque era notorio el porqué despertaba tanto interés en las damas con su cabello oscuro y facciones bien cinceladas, había algo en él que le repelía profundamente. Tal vez se debiera a la permanente mueca de desdén en sus labios o al hecho de que mirara a su interlocutor con expresión calculadora; cualquiera fuera el caso, su desagrado se intensificó, preguntándose si debería marcharse a fin de evitar un momento incómodo para su amigo.

—Es posible que así sea; el señor Dyer no ha tomado aún una

decisión.

Jack parpadeó al oír la mención y observó a su amigo con una ceja arqueada.

—Decía al barón que aún no has decidido aceptar la propuesta de presentar una solicitud al club —explicó James—. Le comentaba también que seríamos muy afortunados de contar contigo, pero desde luego esa es una determinación a la que llegarás cuando lo estimes conveniente.

Jack agradeció en silencio que James tuviera semejantes dotes de diplomacia y sonrió en señal de agradecimiento por el discreto halago aunque no le agradó la idea de compartir absolutamente nada relacionado con su vida privada con aquel hombre. Supuso, sin embargo, que él debió de enterarse de alguna forma y que a James no le quedó más alternativa que confirmarlo. Después de todo, ¿por qué iba a negarlo? No había nada de particular en ello.

—Esperamos que su respuesta sea afirmativa, desde luego; lord Haversham está en lo cierto al mencionar que el club ganará mucho al contarlo como miembro. —Saint Germaine continuó, sonriente, pero sus palabras sonaron más a burla que a lisonja—. Eso nos permitirá continuar disfrutando de su presencia. Y de la de su encantadora esposa, claro.

Jack sintió todo su cuerpo tensarse ante la mención a Cecily y le dirigió una mirada de advertencia que un hombre más sensato hubiera tomado como una buena señal para marcharse. Pero el barón no era sensato en absoluto, de modo que lo observó incluso con mayor interés, acentuando su desagradable sonrisa.

—Lo que me recuerda que envié una invitación a su casa hace unos días; tengo planeada una cacería en mi propiedad en el campo y me encantaría contar con su presencia —continuó él.

Jack no había visto la invitación, pero sí otras enviadas por el barón que se había cuidado de no mencionar para no dejar en evidencia el desplante. No tenía ningún interés en entablar relación con aquel hombre, y estaba seguro de que Cecily compartía su opinión, así que no había nada en lo que debiera pensar al respecto, pero no lo comentó en presencia de James para evitar una situación desagradable. En lugar de ello, dio una tensa cabezada y devolvió al hombre una mirada que no tenía nada de amistosa.

—Lo comentaré con mi esposa, pero temo que nos sea imposible asistir; creo que tenemos un compromiso acordado desde hace semanas.

El barón entrecerró los ojos y Jack supo sin asomo de dudas que sabía que mentía, lo que le hizo sentir ridículamente satisfecho. Habría urdido una excusa para disculparse y marcharse antes de que su antipatía quedara aún más en evidencia, pero entonces uno de los

hombres que lo invitara a unirse al club se acercó a ellos y, luego de saludar al barón con un asentimiento, empezó a hablar con James en voz baja.

Aislados de aquella charla que al parecer no tenía nada que ver con ellos, Jack intercambió una rápida mirada con el barón y lo encontró sonriendo con esa expresión taimada tan molesta.

—Espero que reconsidere atender mi invitación —comentó él al saberse observado en un tono de voz tan bajo que Jack hubo de inclinarse un poco para oírlo—. Sería muy cruel privarnos de la presencia de la señora Dyer. ¿Sabe que la conozco hace muchos años? Incluso desde antes de la muerte de lord Walwyn; siempre fue una dama encantadora. Por un tiempo incluso consideré seguir los pasos del marqués de Radford y hacerle una propuesta, pero no creí que tuviera una oportunidad. Me sorprendió mucho saber que estuve equivocado; la bella Cecily resultó mucho más humilde de lo que todos pensábamos. Después de todo, aceptó casarse con usted.

Jack no dudó un instante de que Saint Germaine intentaba hacerle perder el temperamento; solo eso explicaba que hubiera esperado a no ser oído por nadie más para hacer semejante declaración, y aunque le habría encantado responder como merecía, le bastó con mirar un segundo a James, que parecía enfrascado en la charla con el otro hombre, para saber que haría mal en desatar un altercado cuando él se esmeraba tanto por hacerle un lugar en sociedad. De modo que aspiró con fuerza, sostuvo su copa entre los dedos con tal tensión que fue un milagro que no la quebrara, y observó al barón con un gesto amenazante pero cauto.

—Soy muy afortunado —dijo en tono helado.

El barón, que había ya dado muestras de no ser capaz de captar una sutil advertencia, se inclinó un poco más hacia él, apoyando una mano sobre la mesa, y entrecerró los ojos en un gesto cómplice.

—Todos nos preguntamos cómo lo consiguió. Convencerla de que se casara con usted, quiero decir —continuó él, observándolo como si deseara desentrañar un misterio en él que no conseguía comprender —. Como lady Walwyn, siempre dio muestras de ser una mujer extremadamente inteligente… excepto por ese episodio del italiano, claro ¿pero quién no ha cometido algún desliz llevado por la pasión? Estoy convencido de que su esposa es una mujer extremadamente apasionada.

Jack soltó de golpe la copa que sostenía porque creyó sentir el cristal rompiéndose bajo sus dedos.

—Me pregunto si es consciente del riesgo que corre al hablar de mi esposa de esa forma; debe de ser un hombre mucho más valiente de lo que parece. —Jack experimentó una helada calma al fijar la mirada en los ojos de su interlocutor—. Si valora en algo su bienestar, haría bien

en marcharse de inmediato.

La sonrisa del barón flaqueó solo un instante antes de recuperar el semblante arrogante.

—Pero si no he pretendido ofenderlo; todo lo contrario, quisiera felicitarlo por su triunfo. No tiene que asumir una actitud tan bárbara. Aunque, bien pensado, tal vez fuera eso lo que atrajo a la hermosa Cecily en primer lugar; he oído que algunas mujeres encuentran estimulantes a los hombres de su clase. Después de todo, están acostumbradas a tratar con caballeros más refinados; las deslumbra la novedad.

—Si fuera usted…

El tono de Jack surgió estrangulado; posiblemente el barón no lo oyó, o tal vez prefirió hacer como si así fuera, porque estaba demasiado satisfecho de sí mismo volcando en palabras la frustración que debía de venir arrastrando porque continuó sin dar muestras de ser consciente de lo que estaba a punto de desatar.

—Hubo una vez, sin embargo. No me gustaría ser indiscreto, pero en cierta ocasión creí que no estaba lejos de alcanzar los favores de Cecily. —El hombre bajó la voz hasta convertirla en un sedoso susurro rebosante de malicia—. Fue en una fiesta de disfraces; no puedo recordar quién la ofreció, pero sí cuan receptiva se mostró ella entonces. Luego estalló el escándalo al fugarse con ese italiano, uno más de esos movimientos suyos tan desconcertantes. Tal vez me hiciera un favor, después de todo, y lo compadezco un poco. Por agradable que sea tenerla en su cama debe de ser desolador pensar que saltará a la de cualquier otro en cuanto se aburra…

El barón no fue capaz de decir una sola palabra más. El puño de Jack dio de lleno en su rostro silenciándolo de golpe; pero ese fue el menor de sus problemas, debió de considerar al verse tendido de espaldas sobre la alfombra con un hombre mucho más corpulento que él asentado sobre su cuerpo y que parecía determinado a molerlo a golpes.

Y tal vez así hubiera ocurrido de no ser por los buenos reflejos de James, que en cuanto oyó el impacto, se movió como una flecha e intentó detener el brazo de su amigo. Falló la primera vez, con lo que el barón se llevó un golpe más, esta vez contra el mentón, pero entonces consiguió reunir las fuerzas para tirar de Jack con ambas manos y, tras farfullar como si luchara contra un oso, logró que este se incorporara.

Un grupo de hombres los rodearon y aunque Jack había dejado de intentar deshacerse del agarre de James, este lo mantuvo bien sujeto porque le bastó con ver la forma en que veía al barón, tendido cuan largo era con el rostro bañado en sangre y el pecho oscilante por la agitada respiración, para saber que habría bastado un parpadeo para

que su amigo terminara con lo que evidentemente se moría por hacer.

Algunos de los testigos empezaron a murmurar, pero nadie dentro de ese pequeño círculo que componían los tres les prestó la menor atención. Jack no podía recordar cuándo fue la última vez que sintió una ira como aquella. Si James no lo hubiera detenido, no habría dudado un segundo en estrangular a ese hombre con sus propias manos; aun ahora, podía sentirlas temblar, ansiosas por ir hacia adelante y lastimarlo, romper cada parte de su cuerpo en mil piezas y borrar de una vez y para siempre esa horrorosa sonrisa. Le costó reconocerse en ese hombre capaz de pensar siquiera algo de esa naturaleza y dio un paso hacia atrás, horrorizado de sí mismo y de sus pensamientos. Y sin embargo, tenía algo por seguro: no habría dudado un instante en hacer lo mismo una y otra vez de haberse encontrado en una situación similar.

El barón empezó a toser, haciendo aspavientos en tanto intentaba retirar un pañuelo de su bolsillo y se lo llevó al rostro para despejar parte de la sangre que lo cubría. Uno de sus ojos había empezado a hincharse, un reguero de saliva caía por su labio superior y era evidente que le costó siquiera incorporarse a medias.

—¡Salvaje! —acusó entre un acceso y otro, con una voz muy distinta de la que solía utilizar—. No puede atacar a un caballero… un hombre mejor que usted… por una mujer… le exijo…

Jack dio un paso hacia él, aún sujeto por el firme brazo de James, que fue con él alternando una mirada alerta de su rostro al del hombre tendido que lo veía con un odio casi palpable.

—No. *Yo* exijo —declaró Jack en un tono que resonó en el salón como un látigo—. Si se atreve a nombrar siquiera a mi esposa una vez más, le arrancaré la lengua, así que piense bien lo que está a punto de decir.

El barón tragó espeso y el murmullo a su alrededor se intensificó hasta similar un enjambre de abejas.

—Esto no puede quedar así —dijo él al fin en voz baja y cargada de rencor.

Jack asintió, ignorando el hecho de que James apretó la mano que lo sostenía del brazo con mayor fuerza como si pretendiera detenerlo de responder.

—Estoy de acuerdo —dijo él sin perder una vez más la calma; le sorprendió, en realidad, ser capaz de pensar con tal claridad—. Hablaremos nuevamente para hacer los arreglos cuando lo considere conveniente. Por su bien, y el mío, más le vale que sea lo antes posible. Mañana no sería lo bastante pronto.

Con esa última sentencia, y seguido por James, que mantenía los labios firmemente sellados aunque Jack supuso que se moría por hablar, abandonó el salón dejando un reguero de voces tras él.

Una vez fuera del edificio, se detuvo un momento en lo alto de la escalinata que conducía al patio en que aguardaba por él el carruaje en que llegara hacía un par de horas, y miró a su amigo, que lo observaba a su vez con lo que le pareció una expresión preocupada.

—Creo que no aceptaré la invitación para convertirme en miembro de este lugar, después de todo, pero agradezco tus gestiones —dijo Jack, olisqueando el aire como si necesitara librarse de alguna clase de hedor que hubiera estado ahogándolo—. Me vendrá bien tu ayuda una vez más, sin embargo, porque tengo que pedirte un gran favor.

James le devolvió la mirada sin parpadear y, tras vacilar un instante, cabeceó con solemnidad, un gesto que Jack retribuyó con el asomo de una sonrisa. No hizo falta decir nada más; ambos sabían de qué se trataba y qué estaba en juego. Aguardaron en silencio a que el carruaje se acercara en tanto descendían la escalinata y mantuvieron ese ambiente callado y ominoso incluso mientras se ponían en camino, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Capítulo 9

Cecily supo que algo había ocurrido incluso antes de conocer los detalles y tener pleno conocimiento de ello.

Poco después de su regreso del club al que Jack asistiera con James Haversham, percibió una alteración en su semblante que la puso sobreaviso. Desde luego, hizo algunas preguntas, pero no hubo forma de que Jack aceptara revelar lo ocurrido; sus labios estaban sellados al respecto y cuanto mucho dijo que no había nada por lo que debiera preocuparse.

Pero ella sabía que eso no era verdad.

Lo percibió en sus miradas sesgadas, en la forma en que respondía a sus sonrisas, tan poco natural como la voz que utilizó al hablarle. Aquel día, y los otros que siguieron a ese, pasó la mayor parte del tiempo encerrado en la biblioteca; algunos hombres acudieron a hablar con él, y creyó reconocer un par de rostros conocidos, incluso alguno de nobles con los que acostumbraban encontrarse en las fiestas; pero salvo por los saludos habituales en esos casos, todos se mostraron herméticos al dirigirse a ella y Cecily supo que no importaba cuán sutil procurara ser, Jack nunca le perdonaría que indagara entre ellos para obtener las respuestas que él no deseaba darle.

Su esposo solo acudía a ella por las noches, pero entonces también se mostraba extremadamente parco y rehuía cualquier charla referida a su extraño comportamiento. Le hacía el amor una y otra vez de todas las formas posibles; a veces con furia y otras con una ternura que la sumía en un mar de lágrimas sin ser capaz de comprender siquiera qué era lo que le afectaba tanto. Eran un encuentro y una despedida cada vez; besos y abrazos que no parecían tener fin. Jack la poseía como si necesitara grabar cada instante en su memoria; la miraba a los ojos mientras se sumergía en su interior con una expresión que Cecily comprendió que se debía a una desesperación que ella no alcanzaba a interpretar. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo y por qué él actuaba como si corriera el riesgo de perderla a cada segundo?

Lo supo poco después, y de la manera más brusca y desagradable.

Jack y ella no habían asistido a más fiestas luego de la última en la mansión de los Sutherland. Fue un acuerdo tácito. Para sorpresa de Cecily, no le molestó que él se mostrara tan renuente a aceptar las invitaciones que recibían; le agradaba permanecer a su lado y salir de cuando en cuando si así le apetecía. Pasaba varias horas del día visitando tiendas o haciendo y recibiendo algunas visitas, aunque muchas menos a las que estaba acostumbrada, lo que, nuevamente, supuso un gran alivio para ella. ¿Qué había de satisfactorio en verse rodeada por un grupo de mujeres chismosas que hacían las preguntas más impertinentes acerca de su matrimonio cuando podía estar en brazos de su marido?

Pero en una de esas ocasiones en que, preocupada por ese talante retraído de Jack y un poco aburrida de verse sola en casa, decidió dar un paseo por el parque, se dio de bruces con esa realidad que hasta entonces le había sido esquiva. Todo iba como siempre en tanto el carruaje descubierto que eligió daba una lenta vuelta por la alameda, elevando la mano de cuando en cuando para saludar a los conocidos con los que se iba topando. Ninguno hizo amago de acercarse, sin embargo, lo que no le pareció del todo extraño; a ella tampoco le apetecía entablar alguna charla vacía en ese momento. Pero entonces atisbó el carruaje con el blasón de su familia y pidió al cochero que le diera el alcance.

Era su madre quien iba en el vehículo, descubrió tan pronto como se acercaron, por lo que tuvo que reprimir un suspiro de fastidio. Había supuesto que podría tratarse de Gabriel y su esposa que, según había llegado a sus oídos, estaban a punto de regresar al campo. Por primera vez en mucho tiempo, se había visto tentada a hablar con su hermano; los últimos acontecimientos le habían llevado a considerar lo mal que se conducía a veces con él, de allí que descubrir que era su madre quien ocupaba el vehículo le provocó una pequeña decepción, pero le bastó con ver su rostro una vez que se encontraron lo bastante cerca para hacer a un lado esa impresión.

Su madre la había mirado de muchas formas a lo largo de su vida. La indulgencia debía de ser la más habitual, en especial durante su juventud; en aquella época se mostraba siempre atenta a cumplir sus caprichos y perdonar sus arrebatos; a veces la veía con exasperación, otras con enojo y en varias ocasiones había dejado en claro que la reprobaba y que, a veces, incluso se sentía defraudada por su conducta. Pero nunca, como en ese momento, se sorprendió Cecily con un aguijonazo de miedo corriéndole por el cuerpo, la observó con compasión.

¿Por qué sentiría su madre lástima por ella?

Entonces lo supo. Lo que fuera que hubiera ocurrido con Jack ella

lo sabía. Su madre lo sabía y ella no.

Sintió una mezcla de sentimientos que la aturdieron por un momento; pasó del asombro al desconcierto y de allí a un profundo enojo. Contra Jack. Contra su madre. Y contra todo el mundo. Contra quien fuera que supiera lo que ocurría bajo sus narices y no deseara decírselo.

Disgustada y decidida a ignorar el temor, mantuvo el mentón elevado y el rostro imperturbable, pero en cuanto se encontró lo bastante cerca de su madre para hablar sin necesidad de alzar la voz, la observó con una ceja arqueada en una muda invitación. Porque no estaba dispuesta a dar un paso lejos de ella hasta que le diera las respuestas que necesitaba y si su madre la conocía siquiera una milésima parte de lo que creía, sabría que no tenía sentido negárselas.

—¿Has perdido el juicio?

Jack cerró los ojos un segundo y exhaló un hondo suspiro antes de enfrentarse al vendaval que acababa de irrumpir en la biblioteca.

Cecily se situó a solo unos pasos de donde él se encontraba luego de cerrar la puerta tras ella con tanto ímpetu que no le extrañaría que hubiera remecido hasta las cocinas. Tenía las mejillas sonrosadas y su pecho subía y bajaba por la agitación; de no conocerla bien, habría pensado que hizo el camino de regreso del parque corriendo.

—Jack, acabo de hacerte una pregunta. ¿Podrías dejar de ignorarme y responder? —lo increpó ella sin molestarse en bajar la voz—. ¿Has perdido el juicio?

Jack echó el cuerpo hacia atrás, apoyando la espalda sobre el respaldar del sillón ante el escritorio.

—Me siento perfectamente cuerdo —respondió sin alterarse.

Cecily emitió un bufido y dio un paso más hacia él; algunos mechones de cabello caían a cada lado de su rostro y Jack debió contener el deseo de ponerse en pie e ir hacia ella para acariciarla.

—Lamento no poder estar de acuerdo porque ningún hombre cuerdo haría la locura que estás a punto de cometer —espetó ella—. Porque es verdad lo que dicen, ¿cierto? Tuviste una discusión con ese despreciable Saint Germaine y han acordado batirse en duelo. ¡En duelo! ¿Sabes acaso que está prohibido? Y aun cuando no fuera así, ¿cuán estúpido es?

—Cecily…

—¡No te atrevas a hablarme de esa forma! —lo cortó ella furiosa.

Jack frunció el ceño y esta vez sí se puso de pie para acercarse a ella, pero no para tocarla, como había deseado hacer antes sino para observarla con una sombra del mismo enojo que ella mostraba.

—Apenas he abierto la boca. —Hizo notar él.

—Te sorprendería todo lo que eres capaz de decir sin necesidad de

hablar —dijo ella—. Y ese tono… odio que seas condescendiente conmigo, lo sabes. Así que no me trates como si fuera una niña; soy tu esposa y merecía saber lo que ocurrió por ti, no por chismorreos en el parque. De no habérmelo dicho mi madre lo hubiera hecho cualquier otro; podía verlo en sus rostros, se morían por contármelo. ¿Cómo crees que me he sentido? Lo horrible que fue…

Su voz se cortó de golpe y Jack creyó que se echaría a llorar, por lo que extendió una mano hacia ella, pero Cecily la hizo a un lado de un manotazo, demasiado furiosa para permitir que procurara calmarla.

—Ella dijo que todo Londres ha oído acerca de esto. Que golpeaste al barón en el club hace unos días y que estuviste a punto de matarlo —continuó ella con voz rota, mirándolo como si le costara reconocerlo —. ¿Qué pudo decir para que actuaras de esa forma? Y acordar un duelo, además. Jack, es una locura; no puedes hacerlo.

—No tengo opción.

Cecily se humedeció los labios como si temiera no ser capaz de hablar debido a que sentía la garganta seca por el temor.

—¿Qué fue lo que dijo? —insistió ella.

Jack vaciló antes de responder.

—No es importante.

—Mientes. Sí que es importante para ti o no estaríamos sosteniendo esta conversación —declaró Cecily con ojos brillantes—. Se trata de mí, ¿cierto? Dijo algo respecto a mí y por eso lo golpeaste y has decidido hacer esta locura.

—No quiero hablar de eso.

Cecily hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Te lo contó. Te habló de esa noche en la fiesta. —Adivinó ella sin mayor dificultad—. Bueno, no importa lo que haya dicho, debes de saber que fue una tontería. Estaba enojada porque acababa de tener una discusión con… no importa con quién. Actué sin pensar, fue un impulso ridículo; me sentía rechazada y tonta y Saint Germaine lleva persiguiéndome desde mi primer baile. Tal vez di una impresión equivocada, puedo reconocerlo; pero eso fue todo. Él y yo no… Jack, te juro que no ocurrió nada serio entre nosotros.

Él no respondió y Cecily pareció tomar su silencio como el peor de los insultos porque lo observó con los dientes apretados y ambas manos echas puños como si tan solo eso la contuviera de empezar a golpearlo.

—No me crees —dijo ella con el aliento entrecortado—. Prefieres creer cualquier cosa que haya dicho ese hombre.

Jack sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Claro que no. Él no entró en detalles, pero tampoco dio a entender nada como eso, y aun cuando así hubiera sido, jamás le habría creído.

Él hubiera podido dar de voces o hablar en susurros; daba igual. Cecily estaba demasiado furiosa para actuar con sensatez o tomarse siquiera el tiempo para analizar lo que decía.

—Piensas que me acosté con él. ¿Es eso? —continuó ella.

Las palabras quedaron flotando entre ellos durante varios segundos antes de que Jack la tomara del brazo; un gesto vacío porque ella se sacudió del agarre y retrocedió para poner distancia entre ambos.

—No te insultaré respondiendo a esa pregunta —dijo él dejando caer la mano con gesto cansado.

Cecily no pareció apreciar la señal que Jack pretendió dar con esa respuesta.

—Lo haces actuando de esta forma —declaró ella, dolida—. Si no le creyeras no te importaría tanto. Porque es de eso de lo que se trata ¿verdad? Eres tú quien se siente insultado por lo que dijo Saint Germaine. Has podido tolerar que la gente hable de mí a media voz pero es distinto cuando un hombre te da a entender que he sido suya también.

La voz de Cecily fue apagándose según hablaba y Jack creyó que iría hacia él para sacudirlo con sus manos, tan furiosa parecía. Pero entonces hizo algo totalmente distinto: le dio la espalda y apoyó las manos sobre el respaldar de una butaca ante la chimenea que mantenía caldeada la habitación. Él advirtió que dejaba caer la cabeza contra su pecho y sus hombros parecieron expandirse como si procurara retener todo el aire posible.

Jack estuvo a punto de ir hacia ella; verla en esa posición que le recordó a un soldado a punto de darse por derrotado le estrujó el corazón. Pero entonces la oyó exhalar el aire contenido y dio media vuelta para buscar su mirada, observándolo con el mentón elevado.

—Han sido tres, si eso es lo que te preguntas —dijo ella en el tono más frío que le oyera alguna vez.

Por un momento, Jack no tuvo idea de a qué se refería y la observó con la confusión pintada en el rostro, pero Cecily avanzó hacia él sin abandonar su expresión desafiante; incluso esbozaba una pequeña sonrisa, pero a él le pareció que lo hacía tan solo porque de otra forma hubiera empezado a llorar.

—Los hombres con los que me he acostado; han sido tres —explicó ella—. Desde luego, te incluyo entre ellos, así que si eres justo, debes reconocer que mi reputación es un tanto exagerada.

La reacción de Jack a su confesión no fue la que ella esperaba. No se horrorizó de que hablara con esa crudeza, o de que pusiera en palabras algo que en el fondo hubiera preferido ignorar. En lugar de ello, fue hacia ella y esta vez no permitió que se soltara cuando tomó una de sus manos con la suya.

—Cecily, no tienes que hacer esto.

Ella lo ignoró, pero sus labios temblaron antes de continuar.

—Como puedes imaginar, Percy fue el primero; un hombre como él no habría aceptado a una esposa que no fuera virgen.

—Cecily…

—Y luego estuvo Luigi, claro; fue él quien me enseñó todas esas cosas que tanto pareces disfrutar.

—¡Basta!

Fue Cecily quien apretó su mano entonces, devolviéndole una mirada brillosa por las lágrimas contenidas.

—Y tú —continuó ella con voz estrangulada—. Luego llegaste tú. Nadie más. Ni Saint Germain ni ningún otro. ¿Me crees?

Jack sacudió la cabeza de un lado a otro y la tomó entre sus brazos, aunque ella luchó un momento antes de rendirse a esa caricia. No porque no la deseara sino porque temía que de no poder verlo a los ojos no sabría con seguridad cuánto habría de verdad en su respuesta, pero le bastó con sentir las manos de Jack sobre su espalda, su respiración acompasada junto a su oído, para saber que, dijera lo que dijera, él nunca la engañaría.

—Nunca he dudado de ti. ¿Cómo puedes pensar lo contrario? No me importa lo que hicieras antes de que te conociera, de que llegaras a mí; conozco tu historia, jamás la ocultaste —recordó él suspirando sobre su cabello y provocándole un escalofrío—. No quiero un ideal falso o a la Cecily de la que hablan los demás; quiero a esta mujer que sostengo ahora entre mis brazos. Te quiero a ti. Solo a ti.

Cecily emitió un suave suspiro que se convirtió en un sollozo y a ese siguió otro y otro más hasta que su cuerpo empezó a sacudirse. Y durante todo el tiempo que duró esa suerte de liberación, Jack la sostuvo contra su pecho, acariciando su cabello como si procurara consolar a una niña pequeña asaltada por el miedo.

Cuando ella al fin se calmó y los sollozos empezaron a remitir, Jack la sostuvo por los brazos, alejándola tan solo lo suficiente para poder mirarla. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas surcadas por las lágrimas; grandes mechones de cabello se le cayeron del peinado, enmarcándole el rostro como un halo. Nunca le había parecido más hermosa.

—Estoy consciente de lo difícil que es para ti decirlo, pero sé que me amas también —declaró él, sin parecer satisfecho de haber llegado a esa conclusión—. Y si estoy en lo cierto, tienes que entender por qué necesito hacer esto.

La sombra del duelo, que habían mantenido apartada en medio de su discusión, se alzó nuevamente entre ellos y esta vez Cecily no intentó ocultar el terror que le provocaba la idea. Lo tomó por las solapas de la chaqueta con todas sus fuerzas y acercó el rostro al suyo con los labios apretados por la desesperación.

—Pero no tienes por qué hacerlo —negó ella—. Si Saint Germaine quiso implicar algo desagradable acerca de mí, ahora sabes que mentía.

—No se trata de si fue cierto o no, sino de la forma en que habló de ti.

—No me importa…

—¡Pero a mí sí! —Jack alzó un poco la voz y mantuvo sus manos sujetas entre las suyas—. A mí sí me importa.

Cecily endureció el semblante.

—¿Es porque no toleras que el nombre de tu esposa esté en entredicho? —preguntó ella, sintiendo aflorar nuevamente la ira.

—No. Es porque no lo mereces —aclaró él sin vacilar—. Tal vez tú pienses que la opinión de estas personas es lo bastante valiosa para que rijas tu vida por lo que esperan de ti; pero sabes que yo no estoy de acuerdo. Ninguno de ellos… nadie tiene derecho a hablar de ti a hurtadillas o a urdir mentiras para entretenerse. Eres una buena mujer y mereces respeto. Y si ellos no están dispuestos a dártelo, entonces los obligaré a que lo hagan.

Cecily emitió un jadeo ahogado y se mantuvo inmóvil durante todo un minuto antes de atinar a posar una mano sobre su mejilla con expresión atormentada.

—Por favor, no vayas —suplicó ella—. Envía una carta a ese hombre; dile que no arriesgarás tu vida por un miserable como él y que puede olvidarse de esta locura. Te lo ruego, no nos hagas pasar por esto. Haré lo que sea…

Jack tomó su mano y se la llevó a los labios, dejando un reguero de besos ardientes sobre su piel. Luego, la soltó y deshizo el abrazo, apartándose de ella como si temiera que de permanecer a su lado pudiera cambiar de opinión.

—No puedo —dijo él al fin.

Cecily fue hacia él, pero debió de ver algo en su rostro que la obligó a detenerse de golpe.

—Escúchame bien: no te atrevas a hacerlo. Si decides ir, no me importará lo que ocurra, seré yo quien se vaya —advirtió ella—. Puedes volver vivo o muerto, no me encontrarás aquí entonces.

Jack esbozó una media sonrisa al oír esa amenaza desesperada que estuvo lejos de amedrentarlo. Sabía que no hablaba en serio, que era el terror el que la dominaba y hubiera deseado ir con ella e intentar borrar cualquier rastro de miedo en su rostro, pero no era lo bastante fuerte para ello. O se quedaba a su lado o se iba en ese momento a hacer lo que todo en su interior le decía que era lo correcto. De modo que, tras dirigirle una última mirada que esperó fuera capaz de infundirle siquiera un ápice de tranquilidad, suspiró con pesadez y la dejó tras él, consciente de golpe de que, tal vez, no la viera nunca

más.

Tal vez una mujer menos vehemente habría optado por permanecer en casa a la espera de noticias acerca de lo que había ocurrido cuando su marido tomaba una decisión a su parecer absurda; pero Cecily no tenía fama de impetuosa por nada, de modo que, tan pronto como llegó la noche sin noticias de Jack, supuso que tenía que ponerse en movimiento o se volvería loca.

No estaba segura de cuándo se realizaría el duelo, pero considerando que Jack había decidido no volver a pasar la noche en casa, posiblemente para evitar una nueva discusión y que ella intentara nuevamente disuadirlo de que cometía un error, supuso que quizá ocurriera al día siguiente. No tenía mayor conocimiento de esa clase de asuntos, pero había escuchado algunas cosas al respecto y estaba convencida de que, tratándose de una actividad prohibida, debía realizarse en algún lugar apartado y tan temprano como fuera posible. De modo que decidió actuar sin pensarlo dos veces.

Había pocas personas en el mundo en quienes confiaba, y la mayor parte de ellas ni siquiera se encontraban en Londres. Por suerte, solo un nombre acudió a su mente cuando ordenó que le prepararan un carruaje para ponerse en camino, y se dirigió a su encuentro rogando porque no le pusiera las cosas más difíciles.

—¿Has perdido el juicio?

Cecily observó a su hermano mayor en tanto él a su vez la veía como si acabara de huir de un manicomio, y se dijo que tal vez los Hartford no fueran tan originales con sus agravios como les gustaba pensar. Después de todo, ¿no había ella acusado a Jack de lo mismo? Pero ella había estado desesperada, y era posible que a Gabriel le ocurriera lo mismo.

Al pensar en su esposo y en el motivo de su visita a casa de su hermano en mitad de la noche, apartó sus burlas y procuró mantener la calma. Si dejaba que su temperamento le ganara la partida, ella y Gabriel se enzarzarían en una discusión por horas; llevaban toda su vida haciéndolo. Por suerte, no se encontraban a solas; Sapphira también estaba allí.

Cuando Cecily se anunció al mayordomo, él ofreció que esperara en uno de los salones, pero prefirió permanecer en el vestíbulo. No había tiempo para perder y no deseaba dar oportunidad a su hermano de que se pusiera cómodo e intentara disuadirla de lo que estaba a punto de pedirle. Desde luego, tan pronto como él y su esposa se reunieron con ella y Cecily le dijo lo que pretendía, dejó aflorar el carácter Hartford del que estaba tan orgulloso.

—Cecily, acabo de hacerte una pregunta —insistió él ante su

silencio.

—Lo siento. Creí que habías entendido que estaba ignorándote —contestó ella en un tono amable que contradecía sus palabras—. En verdad, Gabriel, no tengo tiempo para esto. He venido a pedirte un favor.

—No voy a ayudarte a irrumpir en un campo de duelo —replicó él sin dudar—. No estaba bromeando cuando pregunté si habías perdido el juicio.

Cecily bufó, disgustada.

—Mi esposo podría morir —espetó ella, asaltada por un escalofrío tan solo de imaginarlo— ¿Esperas que me quede en casa a recibir su cadáver?

Gabriel hizo un gesto de enojo y se pasó una mano por el rostro. No llevaba chaqueta y tenía los primeros botones de la camisa abiertos; supuso que estaba a punto de irse a la cama cuando anunciaron su visita.

—No tienes que ser tan dramática; ya nadie muere en los duelos…

—Oh, bueno, eso me tranquiliza. Tal vez solo resulte herido y pierda una pierna por la infección —lo cortó ella con tono afilado—. Gabriel, si tu intención es entretenerme diciendo tonterías para hacerme perder el tiempo y que no pueda ponerme en camino, más te vale decir de una vez por todas que no estás dispuesto a ayudarme.

Su hermano empezó a golpear la alfombra con la puntera de las botas y miró sobre su hombro en dirección a donde se encontraba su esposa. Sapphira había saludado a Cecily con su amabilidad habitual, pero optó por permanecer al margen, cerca de la escalera. Ahora, sin embargo, al sentir la mirada de su esposo sobre ella, se acercó mirando de uno a otro con expresión pensativa.

—¿Sabes dónde se realizan esta clase de encuentros? —preguntó ella dirigiéndose a su esposo.

Gabriel frunció el ceño y asintió al cabo de un momento.

—Sé de un par de posibilidades —reconoció de mala gana—. Pero son campos alejados y aun cuando nos diéramos prisa dudo de que llegáramos a tiempo. Esta clase de cosas se hacen al alba; si un oficial de la corona los atrapara, tanto Dyer como el imbécil de Saint Germaine terminarían en problemas más serios que recibir un balazo en el hombro.

Cecily dio un paso hacia él.

—En ese caso, tengo que ponerme en camino de inmediato —dijo ella sin ocultar su angustia—. Gabriel, por favor, necesito una respuesta ahora; no hay nadie más a quien pueda acudir. ¿Me ayudarás?

Su hermano abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo su mirada se encontró con la de Sapphira y, tras

vacilar unos segundos, asintió como si llevara una roca atada al cuello.

—Está bien —aceptó en tono fúnebre—. Tal vez ambos hayamos perdido el juicio después de todo.

Cecily le dirigió una mirada agradecida, pero no respondió. En lugar de ello, tras mirar a Sapphira un instante, un gesto en el que pretendió ilustrar el profundo respeto que esa mujer callada y discreta le inspiraba, se puso en camino.

Pese a su vida agitada y los muchos riesgos que había corrido a lo largo de los años, incluso desde que aprendió a andar por las calles más peligrosas de Londres, Jack nunca participó en un duelo. Su integridad se vio en conflicto muchas veces, tanto allí como en América; incluso se encontró cerca de la muerte un par de ocasiones, pero había conseguido mantenerse al margen de una formalidad de esa naturaleza. La consideraba dramática en exceso, un ritual en que dos hombres luchaban por su honor en una serie de pasos demasiado complejos para su gusto cuando habría sido mucho más lógico recurrir a los golpes o a un puñal bien afilado sin pérdida de tiempo.

Pero eso había sido antes de Cecily. Suspiró al pensar en la cantidad de cosas que se había visto obligado a replantearse luego de que ella llegara a su vida. En ese momento, la idea de someterse a un ritual arcaico con el fin de defender su honor y causar tanto daño como fuera posible al hombre que la ofendió empezó a parecerle lo único que le daría alguna satisfacción.

—Di una palabra y doy esto por terminado en cinco minutos; podríamos estar desayunando en el club a medio día y nadie dirá nada contra ti porque hayas decidido recuperar la sensatez.

Jack parpadeó para alejar sus pensamientos y se topó con la mirada de James. No tuvo que considerar nada y eso quedó plasmado en la mueca que dirigió a su amigo. Este suspiró al notarlo, e incluso le pareció que estaba a punto de insistir, pero al final debió de pensarlo mejor.

—Como quieras —resumió él de mala gana antes de darle la espalda.

Jack lo observó acercarse al pequeño grupo de hombres que esperaban a unos metros de distancia con esa arrogancia tan propia de él cuando se veía forzado a tratar con personas que despreciaba. Distinguió a un conde venido a menos con quien se había topado en un par de fiestas que debía de ser el padrino de Saint Germaine, y a este, con el rostro estupendamente amoratado y una mirada de odio. No estaba seguro de qué era de lo que hablaban hasta que vio que un tercer hombre, quien supuso debía de tratarse del juez designado y quien le pareció poseer un talente medianamente honorable, sostuvo

una caja lacada ante ellos. Las armas, desde luego.

Tenía una estupenda puntería, pero algo le dijo que el barón no debía de quedarse atrás; un hombre tan presto a la ofensa como él debía de estar acostumbrado a verse en ese tipo de lances. Consultó su reloj y dio una mirada al cielo; el día empezaba a apuntar y se perfilaba un tanto soleado. Habían elegido la primera hora del alba con la esperanza de que pudieran mantenerse en la oscuridad durante tanto tiempo como fuera posible, pero vio que no sería así. A su parecer, aquello era lo mejor en un caso como ese; no deseaba disparar sin poder ver a su contrincante, pero también los exponía a miradas indiscretas. Según James, quizá el ser descubiertos en semejante lance podía considerarse un riesgo mayor que resultar herido. Jack no estaba de acuerdo, pero ya que era su integridad la que estaba en riesgo, podía disculpar el sentido práctico de su amigo.

Oyó un chasquido ante él y se dirigió al resto del grupo con paso calmado, intercambiando una rápida mirada con James. Cuando este asintió, dando a entender que todo estaba en orden, él hizo otro tanto, agradecido de poder contar con su ayuda; dudaba de que fuera capaz de pasar por una situación de esa naturaleza con otro por compañero. Y no porque sintiera miedo o aprehensión, se sentía sorprendentemente lúcido y sereno. Pero era consciente de que un resultado desfavorable para él pondría en peligro su futuro con Cecily, y eso era algo que lo afectaba demasiado como para ignorarlo. Si moría…

Sacudió la cabeza de forma casi imperceptible para alejar un pensamiento tan deprimente y observó al barón con el ceño fruncido. Para su sorpresa, este sostenía el arma que el juez tendiera para él con un leve temblor; advirtió un brillo sobre su frente debido al sudor y, al encontrarse con su mirada recelosa, creyó captar un matiz de preocupación en sus pupilas. ¿Sería posible que sintiera más miedo que él? No era imposible, dedujo al desviar la mirada y recibir el arma que James acababa de inspeccionar una vez más. Su madre acostumbraba decir que eran precisamente las personas como el barón, que presumían de un temple extraordinario a vivas voces, quienes demostraban carecer de él cuando este era requerido.

Aquello daba igual, de cualquier forma. La valentía era importante, desde luego, así como cierta habilidad, pero la suerte jugaba un papel preponderante en esa clase de encuentros y podía serle esquiva.

James se acercó a él, con seguridad para susurrar las reglas por tercera vez desde que habían llegado, pero le bastó con ver su mirada decidida para callar, con lo que se ganó un gesto de reproche. Entonces, cuando sintió que sus nervios estaban a punto de estallar, el juez los llamó con un ademán y se vio situado al lado de Saint Germaine, pero este parecía determinado a no mirarlo directamente a

los ojos.

Jack oyó las palabras del juez con atención; su mano sostenía el arma con firmeza y pudo asentir para dar a entender que había oído las instrucciones, pero su corazón empezó a martillar contra sus oídos en cuanto dio media vuelta para ocupar su posición.

¿Por qué no abrazó a Cecily *una última vez antes de marcharse la noche anterior?,* se reprochó al sentir la fría brisa contra su rostro en espera de que el barón se ubicara a su espalda como les habían indicado. Tendría así un recuerdo al cual aferrarse en ese momento, algo que le confiriera las fuerzas para afrontar lo que pudiera ocurrir.

Sus dedos empezaron a cosquillear, pero no se debió al peso del arma o a la tensión propiciada por la cuenta atrás que el juez empezó a pronunciar, señal para que avanzaran. El hormigueo era provocado por la necesidad, comprendió pronto con una mezcolanza de ideas que James hubiera reprobado en un momento como ese. Su cuerpo le recordaba el tacto de la piel de Cecily contra sus dedos y la echaba en falta como si supiera que era posible que no volviera a tocarla nunca más. A ese grado formaba parte de él.

Al oír el final del conteo, detuvo sus pasos y se ubicó de lado al tiempo que elevaba la mano que sostenía el arma con pulso firme. Todo a su alrededor enmudeció y un sordo estallido restalló en el claro, sobresaltando a las aves que se encontraban sobre los árboles. Jack sintió un ardor lacerante sobre la piel y entrecerró los ojos antes de apretar el gatillo. El rostro de Cecily fue lo último que su mente alcanzó a conjurar antes de que todo empezara a teñirse de oscuridad.

—Cecily, ¿te importaría quedarte quieta? Si Dyer no te mata cuando te vea aparecer, es posible que lo haga yo; estás destrozando mis nervios.

Cecily ignoró a su hermano, algo que podía hacer sin mayor dificultad; tenía mucha práctica. Además, estaba tan enojada con él que si abría la boca en ese momento era posible que empezara a reprenderlo aun cuando era consciente de que estaría siendo injusta.

Gabriel se había equivocado en su primera suposición respecto al lugar en que se llevaría a cabo el duelo. Cierto que él mencionó antes de abandonar la casa que había un par de posibilidades y era lógico que empezaran por una de ellas; no había sido culpa suya que al llegar encontraran un claro desierto, por lo que tuvieron que ponerse en camino una vez más con la pérdida de tiempo que aquello conllevaba. Sin embargo, Cecily estaba más allá del sentido común: se sentía aterrada ante la posibilidad de llegar demasiado tarde.

El carruaje iba a toda velocidad pero a su parecer no era lo bastante rápido. Al mirar por la ventanilla, comprobó que el sol estaba ya casi en lo alto; el día era particularmente claro y no hacía falta ser

una entendida en duelos para saber que cualquier participante en uno de ellos procuraría acabar con eso tan pronto como pudiera.

Cuando el vehículo empezó a disminuir la velocidad al acercarse a un campo apartado que Cecily no recordaba haber visitado antes, empezó a atisbar de un lado a otro, pero no vio nada. Distinguió una frondosa arboleda que le pareció un lugar adecuado para un duelo y sintió su corazón latir con fuerza ante la posibilidad de que Jack se encontrara allí.

—Cecily, quédate en el carruaje en tanto yo…

Gabriel ni siquiera terminó de pronunciar la frase antes de que ella abriera la portezuela para dejarse caer fuera del vehículo tan pronto como este se detuvo. Ahogando una maldición, siguió a su hermana con el ceño tan fruncido que las cejas casi se juntaban sobre su frente.

—Tenemos que ir hacia allá —dijo ella como si apenas hubiese reparado en su presencia.

Gabriel le bloqueó el paso al ver que estaba a punto de empezar a andar en esa dirección.

—No. *Yo* voy a ir hacia allá y regresaré en cuanto haya descubierto algo —aclaró él—. Puedes esperar dentro del carruaje, no me tomará más que un minuto.

Cecily abrió la boca para responder que era él quien debía de haber perdido el juicio si pensaba que iba a quedarse allí sin mover un dedo en lugar de ir en busca de Jack, pero no tuvo tiempo para ello. Un horrible sonido se filtró hasta llegar a ellos y, al ver que provenía de un extremo alejado de la arboleda, empezó a correr en esa dirección sin pensarlo dos veces. A esa detonación siguió otra igual de espantosa y aunque oía la voz de Gabriel tras ella llamándola con desespero, no le prestó mayor atención.

Se recogió las faldas para correr con mayor rapidez; su cabello se enredó en unas ramas y tiró de ellos con furia sin detenerse un minuto. Un coro de voces llegó a sus oídos pero no logró descifrar lo que decían ni reconoció la de Jack entre ellas, lo que solo la asustó más.

Al fin, se vio ante un pequeño claro y detuvo sus pasos de golpe, trastabillando por la brusquedad con que culminó la carrera. Parecía como si acabara de llegar ante una versión en miniatura de una batalla.

Un trío de hombres permanecía apartado con caras de circunstancia a un par de metros de dos manchones tendidos sobre la hierba. Tardó un momento en enfocar con propiedad y solo entonces reconoció los anchos hombros de Jack; sin dudar y sin ser consciente de que su presencia había caído sobre los presentes como un meteorito, corrió hacia él y se dejó caer a su lado sobre la hierba pero no se atrevió a tocarlo, no al ver que una hilera de sangre corría por

su hombro, expuesto entre los rastros de su camisa desgarrada.

En ese momento, distinguió a James Haversham a su lado, así como a un tercer hombre que no había visto antes pero que debía de tratarse de un médico porque inspeccionaba la herida con expresión concentrada y apenas se sobresaltó al verla en esa posición.

—Cecily, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Acaso has…?

—Ni se te ocurra poner en tela de juicio mi cordura en este momento —Cecily atajó el reproche de su marido con una imprecación; su voz surgió mucho más temblorosa de lo que habría creído posible—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde te han herido?

Unos pasos sobre la grama tras ella anunciaron la llegada de Gabriel, pero ella no se molestó en mirar en esa dirección; todos sus sentidos estaban puestos en Jack, que la veía a su vez como si aún le costara creer que no se tratara de una aparición. Cecily aprovechó el desconcierto que su presencia causara para inspeccionarlo con mayor atención y descubrió, aliviada, que no parecía especialmente débil o que tuviera ninguna otra herida. Salvo por el reguero de sangre que el médico se afanaba por detener sin demasiados problemas, le dio la impresión de que se encontraba intacto.

—Es solo el hombro; apenas una rozadura. Estaré bien.

Jack respondió con tono ahogado y pareció a punto de tocarla para tranquilizarla, pero debió de comprender que ya habían transgredido todas las normas de los duelos desde el momento en que ella irrumpiera sin ápice de arrepentimiento como para también incurrir en muestras de afecto frente a los demás.

—¿Estás seguro? ¿No hay nada más…?

—Estoy bien.

Jack miró sobre su hombro y, tras dirigir a Gabriel una mirada de enojo que este decidió oportunamente ignorar, dio una cabezada para señalar a Cecily.

—Tienes que llevártela de aquí —pidió él.

Ella, que había desviado un momento la mirada para observar la labor del médico como si necesitara asegurarse de que la lesión no era tan terrible como temía, lo miró una vez más con el ceño fruncido.

—No voy a irme si no vienes conmigo —declaró ella, convencida, y ladeó el rostro para mirar a su hermano con un gesto de advertencia —. Y no te atrevas a darle la razón.

Gabriel tuvo el buen tino de guardar silencio, aunque Cecily vio que no acusó su amenaza con burla, como era habitual, sino que pareció un poco preocupado. Solo entonces cayó en la cuenta de que no pareció del todo interesado en lo que le decía; la mayor parte de su atención parecía puesta en un punto algo más allá de donde ellos se encontraban. La lógica fue abriéndose paso en su mente y recordó que Jack no fue la única figura tendida que viera al llegar. ¿Dónde se

encontraba Saint Germaine?

Inquieta, miró en la misma dirección que su hermano y sufrió un pequeño sobresalto al comprender qué era lo que a Gabriel tanto interesaba.

A diferencia de Jack, que permanecía incorporado sobre la hierba y que parecía sobrellevar bastante bien el dolor, el barón se encontraba tendido cuan largo era con semblante mortecino en tanto otro médico se cernía sobre él inspeccionando su pecho. A él también le habían rasgado la camisa, pero su herida parecía mucho más seria que la de Jack. Una mancha rojiza de márgenes renegridos atrajo su mirada a su abdomen; el galeno cambiada un apósito tras otro para detener la hemorragia en tanto tocaba su frente como si buscara encontrar algún indicio que le ayudara a dar con lo mejor a hacer.

—Parece más serio de lo que es; a diferencia de lo que le ocurrió a Jack, la bala penetró y por eso la abundancia de sangre, pero salió limpia y no parece haber lastimado ningún órgano. Debe de dolerle como el infierno, pero ni siquiera se ha desmayado.

Cecily parpadeó al oír la voz de James Haversham y lo observó, un tanto sorprendida de que se dirigiera a ella con esa amabilidad. Sabía que no le era simpática, así como que en gran medida era su culpa que así fuera, y por ello se sintió doblemente agradecida de que disipara sus dudas con tanta rapidez. Había temido que estuviera en el umbral de la muerte, y no solo por lo que algo como aquello significaría para Jack sino porque, por antipático que le resultara, era un ser humano y no le deseaba ningún mal. Ninguno permanente, al menos.

—Necesito que regreses a casa, Cecily, este no es lugar para ti.

Jack se había incorporado del todo y, apoyado en James, consiguió ponerse de pie. Era obvio que sentía dolor pero también que se encontraba bastante lúcido, lo suficiente para empezar a dar órdenes y mirarla con preocupación. El médico que lo atendiera había vendado su hombro antes de alejarse para ayudar a su colega con el barón.

—Me iré contigo —insistió ella, dando un paso hacia él pero sin atreverse a tocarlo—. Tenemos el carruaje de Gabriel muy cerca; podríamos ir a casa…

—No es posible. No puedo irme ahora; tengo varios asuntos que atender aún. —Jack negó con un gesto resuelto—. Por favor, haz lo que te digo. Ve con tu hermano. Hartford…

Gabriel debió de decidir que ya se había mantenido al margen lo suficiente y, aunque fue bastante obvio que lo último que deseaba era acercarse al grupo, fue hacia ellos con cuidado de conservar una buena distancia entre él y Haversham, que lo veía a su vez con una animosidad casi palpable.

—Cecily, no hagas las cosas más difíciles. Dyer tiene razón, no puede solo irse sin más; tiene que dar algunas explicaciones y dejar

todo esto arreglado.

Cecily estuvo a punto de decir que a la única a la que debía una explicación por poner su vida en peligro era a ella, pero comprendió que su hermano estaba en lo cierto y que solo generaba una situación aún más complicada. Tal vez no estuviera familiarizada con los duelos, pero no hacía falta ser un genio para comprender que cuando menos Jack debía mostrar interés por la suerte de su oponente. Aunque a su parecer el barón no lo mereciera en absoluto.

De modo que, tras cabecear de mala gana, dirigió una mirada cargada de intención a su hermano y este empezó a caminar en dirección al carruaje. Haversham, discreto, se alejó también unos pasos para darles cierta intimidad y así ella pudo dirigirse a Jack con mayor libertad.

—¿Seguro…?

—Estoy bien —dijo él, consciente de lo que más le preocupaba—. Tienes que irte ahora.

—¿Pero vendrás a casa?

—Por supuesto.

—Jack…

Él esbozó una pequeña sonrisa y pareció estar a punto de tocarla una vez más, pero debió de pensarlo mejor y se contentó con dirigirle una mirada que esperaba le ayudara a tranquilizarse.

—Me reuniré contigo pronto. Lo prometo.

Cecily dudó un segundo y, a diferencia de él, no pudo reprimir la necesidad de rozar su mano un instante antes de asentir una vez más con poco entusiasmo. Se alejó entonces, no sin lanzar unas cuantas miradas en su dirección hasta que su figura se perdió entre los árboles.

Era sorprendente con qué lentitud transcurría el tiempo cuando permanecías atenta a él, se dijo Cecily más de una vez tan pronto como Gabriel la acompañó a casa y se instalaron en uno de los salones. Aunque ella agradeció a su hermano toda su ayuda, este insistió en permanecer a su lado por si necesitaba algo, un gesto que ella apreció más de lo que se vio capaz de decir.

Esperaron el regreso de Jack por horas, pero él no apareció hasta pasado el medio día. Para entonces, sin embargo, envió un mensaje para avisar de que todo iba bien y que se reuniría pronto con ella. Cecily se sintió tan aliviada al recibir el trozo de papel con la letra que le era tan familiar que no reparó en que el lacayo ocupado de entregarlo extendió una segunda nota para Gabriel que este leyó con rapidez antes de guardársela en la chaqueta con gesto serio.

Cuando oyó finalmente la campanilla de la puerta y los pasos acercándose, Cecily abandonó el lugar que ocupara hasta entonces junto a la ventana y se apresuró a la puerta por la que Jack entró poco

después con semblante agotado.

Parecía como si acabara de sobrevivir a un huracán, advirtió su esposa dirigiéndole una mirada inquieta. Habría deseado arrojarse a sus brazos, pero temió lastimarlo y la presencia de su hermano no contribuyó para que sintiera mayor libertad de hacer o decir lo que le habría gustado. Este, consciente quizá de que su presencia sobraba, miró a su cuñado a los ojos con una seriedad poco habitual en él.

—¿Recibiste mi nota?

Gabriel asintió a la pregunta de Jack.

—¿Puedo contar contigo? —continuó este ante la falta de una respuesta más concreta.

Gabriel se encogió de hombros e ignoró el gesto confuso de su hermana, que veía de uno a otro sin atinar a comprender de qué hablaban.

—Claro. Pero necesito que sepas que me disgusta profundamente —indicó Gabriel.

—Lo tengo claro.

—Y si acepto hacerlo es solo por ella.

Jack sonrió.

—Eso también lo sé.

Gabriel asintió con poco entusiasmo.

—De acuerdo. Entonces será mejor que me ponga en camino; dudo de que contemos con demasiado tiempo.

Jack no respondió, lo que el otro hombre decidió tomar como una afirmación. Tras vacilar un instante, sin embargo, se dirigió a su hermana y depositó un rápido beso en su mejilla, un gesto afectuoso muy poco habitual en él cuando de ella se trataba. Luego, asintió en señal de despedida y los dejó a solas.

Cecily, que había presenciado ese intercambio con mayor confusión según pasaba el tiempo, una extrañeza que se incrementó con el gesto de su hermano, miró a su marido sin disimular su curiosidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Jack suspiró, sin responder de inmediato. En lugar de ello, buscó su rostro con la mirada y extendió su mano en una muda invitación que Cecily advirtió de inmediato, como si llevara toda la vida esperando a recibirla. Sin dudar, lo abrazó con todas sus fuerzas, cuidando de no tocar su hombro lastimado. Apoyó la mejilla sobre su pecho y sus ojos se empañaron al percibir el acompasado latir de su corazón. Había temido tanto no volver a oírlo; no sentir nuevamente el roce de su piel sobre la suya. Si lo hubiera perdido…

—Cecily.

Ella tenía los ojos firmemente cerrados, pero se forzó a abrirlos al oír el tono de urgencia en su voz. Jack la apartó con suavidad para

mirarla y supo que había algo importante que debía decirle, algo sin duda relacionado con la misión de Gabriel.

—Dime qué es —pidió ella.

Jack asintió y sostuvo su mano contra su pecho.

—Debes entender que aun cuando el duelo haya acabado, hay cosas por las que debo hacerme cargo —empezó él.

—Pero Saint Germaine está vivo.

Por un segundo, temió que algo hubiera podido ocurrir; que el barón hubiera empeorado durante el traslado, pero Jack disipó cualquier duda al asentir.

—Sí, lo está, y se recuperará con el tiempo —respondió él—. Pero los duelos están prohibidos y esto ya ha llegado a oídos de la reina.

Cecily aspiró con fuerza. La reina.

—¿Y cómo te perjudica eso? —preguntó ella, inquieta.

Jack se encogió de hombros.

—No iré a la cárcel, no debes preocuparte por eso. Considerando que ambos resultamos heridos, y ninguno de gravedad, ella ha decidido ser indulgente. —Cecily captó un leve matiz burlón en su voz —. Sin embargo, ha sugerido que un viaje lejos de Inglaterra sería lo más adecuado; cuando menos en tanto se disipa el escándalo.

Cecily frunció el ceño.

—Supongo que no hizo la misma sugerencia a Saint Germaine — comentó ella, mordaz.

—Él es un súbdito de la corona.

—También tú.

—Pero no soy de los que parecen importar —replicó él sin que la idea pareciera incomodarlo en absoluto—. Para serte sincero, es casi un alivio. No debí volver, nunca he conseguido sentirme del todo cómodo; no hay un lugar para mí en Inglaterra. Mi hogar está en América.

Cecily dio un paso hacia atrás, soltándose de sus brazos.

—¿Y por qué te quedaste entonces?

Jack le devolvió una mirada que le dio una respuesta muy clara. Recorrió su rostro con avidez y Cecily sintió como si hubiera podido tocarla de una forma mucho más profunda de lo que habría hecho con sus manos.

—Sabes por qué —dijo él como si no acabara de desnudar su alma.

Cecily se humedeció los labios. Sentía su corazón desbocado pero este fue aquietándose según pasaron los segundos y su mente empezó a recuperar la claridad. Decidida, asintió y exhaló un hondo suspiro.

—Muy bien —dijo ella en tono firme—. ¿Cuándo nos vamos?

Jack parpadeó un momento como si no estuviera seguro de haber oído bien.

—Enviaste a Gabriel a ordenar tus asuntos ¿cierto? Supongo que

con Haversham; eso explicaría su mala cara. Odia tratar con él —adivinó ella, atando cabos a toda velocidad.

Su esposo parecía aún demasiado confundido por su actitud como para dar con una respuesta apropiada, lo que Cecily aprovechó para continuar con su cháchara.

—Espero que le enviaras decir que debe gestionar un medio de viaje apropiado; jamás he atravesado el océano pero imagino que hacerlo en primera clase disminuirá cualquier molestia.

Al fin, Jack se recuperó de la impresión y fue hacia ella, tomando sus manos entre las suyas y observándola como si la viera bajo una nueva luz.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó él.

Ella le devolvió la mirada como si dudara de haberlo oído bien.

—Desde luego que quiero ir contigo. No pensarías que iba a quedarme aquí sin ti.

—¿Por qué no? Tú lo dijiste: has luchado demasiado por recuperar tu posición aquí. ¿Estás dispuesta a dejarlo todo atrás de nuevo?

Cecily suspiró y apretó los labios; no había asomo de censura en su voz, pero era consciente de que aquella mención a su pasado y a su fuga hacía varios años no era del todo gratuita.

—Jack, no es lo mismo —ella habló con mucha firmeza, apretando sus manos con fuerza—. Antes… era joven y muy tonta; mucho más egoísta de lo que soy ahora. No podría dejarte marchar. Tengo que estar a tu lado. Quiero estarlo.

Cecily remarcó la última frase y Jack supo que hablaba en serio. Si antes había actuado llevada por un impulso sin considerar lo que tendría que pagar por su capricho, ahora conocía bien lo que una decisión precipitada podría acarrear. Pero ella lo sabía. Lo sabía porque ya había pasado por todo eso y no le importaba. Vio sinceridad en su rostro; sus ojos brillaban con una absoluta claridad. Y aun así, necesitó dejarlo absolutamente en claro antes de empezar a permitir que lo embargara la esperanza.

—¿Y qué ocurre si decides que América no es para ti? ¿Qué pasa si te aburres? —preguntó él.

Cecily no se detuvo siquiera a considerarlo.

—¿Por qué no iba a ser para mí? Tú estarás allí —replicó ella con sencillez, para agregar luego en un tono divertido y un tanto atrevido que a él tanto le deslumbraba—. Además, estoy decidida a reinar en ese país tuyo. No dudo de que mi presencia contribuirá a animar lo que sin duda ha de ser una vida social muy aburrida.

Jack rio sin poder evitarlo y usó una de sus manos para acariciar su mejilla.

—Para empezar, América no es precisamente pequeña —acotó él —. Y quizá decida viajar, dejando la ciudad atrás. ¿También entonces

querrías venir conmigo?

Cecily frunció el ceño antes de responder.

—¿Adónde iríamos?

—No lo sé. ¿Montana? Quizá a Texas o California…

—De acuerdo. No tendría problemas en ir contigo siempre y cuando te asegures de que tenga un guardarropa apropiado; no tengo idea de cómo será el clima por allí y no me gustaría pasar frío.

Jack apoyó el mentón sobre su frente como si fuera incapaz de evitar tocarla.

—Era solo un decir —explicó él—. En verdad no tengo idea de a dónde podría ir o si necesitaré hacerlo siquiera.

Cecily apoyó las manos sobre sus hombros y lo observó con una ceja arqueada.

—En ese caso ¿por qué hablar sobre supuestos? —se preguntó ella en tono serio—. Lo importante es que entiendas que iré contigo a donde sea que vayas.

Jack envolvió su rostro con las manos y pegó sus labios a los suyos.

—¿Por qué? —preguntó él en un susurro.

Fue el turno de Cecily para encogerse de hombros con el fin de simular un misterio que no era tal.

—Sabes por qué —respondió ella al cabo de un momento.

—Ten cuidado —advirtió él—. Pensaré que me amas.

—No sé qué te haría llegar a una suposición de ese tipo; nunca me oirás decir algo como eso…

Jack evitó que pudiera decir nada más al buscar sus labios, devorándolos con ardor. Solo cuando se separó para recuperar el aliento y fijó los ojos en su mirada, se permitió desafiarla con un gesto de falso reproche.

—¿No? ¿Estás segura? —La desafió él con la voz grave por la pasión contenida—. Porque creo que podría conseguirlo si me esfuerzo.

—Estás siendo muy optimista. —Jack la sujetó por las caderas, afirmándola contra la prueba de su deseo y Cecily emitió un suave jadeo al apoyarse contra su pecho—. Aunque…

—¿Aunque?

—Tal vez, si te esfuerzas lo suficiente… no digo que sea imposible convencerme.

Jack rio una vez más y tiró de ella para llevarla con él fuera del salón. Luego, la levantó en vilo ignorando la imprecación que surgió de labios de su esposa así como al grupo de sirvientes que corrieron en dirección contraria al toparse con ellos, y subió por la escalera en dirección al segundo piso. No se detuvo hasta llegar a su habitación y cerró la puerta tras ellos con un pie. Volvió a besarla entonces, dejándola caer suavemente ante él con los pies temblorosos apenas

asentados sobre la alfombra.

—¿Y bien? ¿Qué tendría que hacer exactamente para convencerte? —preguntó él sin separarse un milímetro de ella, con sus manos tirando de los pliegues del vestido.

Cecily cerró los ojos y lo dejó hacer con las manos apoyadas sobre sus antebrazos.

—No creo que haga falta que lo diga —respondió ella ahogando un gemido y con la respiración acelerada—. Pienso que eres perfectamente capaz de descubrirlo por ti mismo.

Jack decidió tomar sus palabras como un desafío y, arrancándole una nueva exclamación, la dejó caer sobre la cama.

—Estupendo —declaró él—. Entonces tal vez solo deba continuar.

Cecily hubiera deseado responder que sí, que era eso exactamente lo que tenía que hacer, pero la voz no subió por su garganta, se le había quedado asentada en el pecho. Daba igual, decidió en tanto Jack se reunía con ella y retomaba sus caricias. No pensaba rendirse tan pronto, pero estaba resignada a hacerlo; no podía ser de otra forma. Él debía saber cuánto lo amaba.

Se lo diría mil veces, decidió entregándose como hacía siempre; lo susurraría a su oído y lo gritaría para que todo el mundo la oyera hasta que retumbaran las paredes.

Y así lo hizo. Una y otra y otra vez.

Epílogo

Los preparativos del viaje tomaron menos tiempo de lo que Cecily hubiera estimado de haberse molestado en pensarlo. Tal vez aquello se debiera a que estaba absolutamente abocada a hacer la travesía tan agradable como fuera posible para ella y Jack aun cuando él se esmeró en recordar que ya había hecho ese viaje de ida y vuelta un par de veces y jamás tuvo motivo de queja. Ella respondió entonces remarcando que nunca había viajado en su compañía y que estaba decidida a que todo resultara tan placentero que nunca querría bajarse del barco.

Tanto Gabriel como James fueron una extraordinaria ayuda en los preparativos aunque ellos se abocaron a los arreglos más bien prácticos; como cerrar los negocios que Jack había puesto en marcha durante su estancia en Inglaterra y comprometerse a atender cualquier contratiempo que pudiera surgir. Jack no lamentó ni un segundo dejar atrás cualquier plan que hubiera podido albergar hasta entonces; cuando mucho encontraba un poco frustrante el no haber tenido ocasión de comprobar sus teorías acerca de cuán productivas hubieran resultado algunas inversiones que había puesto en marcha, pero confiaba en que James se encargara de eso sin problemas.

Lo único que deseaba, lo que todo su corazón anhelaba, era dejar esa ciudad atrás e iniciar una nueva vida con Cecily a su lado. Por eso, para él no fue lo bastante pronto cuando se encontró de pie en la cubierta del *Majestic*, uno de los trasatlánticos más modernos y confortables, y en el que Cecily había insistido en viajar. Según se ufanara el capitán cuando acudió a recibirlos en persona al momento del abordaje, calculaba que estarían en Nueva York en poco más de seis días; siete si contaban con mal clima, cosa poco probable considerando el brillo solar que los despedía en Liverpool.

Cecily, que portaba un sombrero esplendoroso y veía de un lado a otro, al parecer encantada del que sería su hogar durante los siguientes días, tenía una mano apoyada sobre su brazo y usaba la otra para agitar un pañuelo de encaje en dirección al muelle.

—¿No fue amable Gabriel al traer a toda la familia para

despedirse?

Cecily tuvo que alzar la voz para hacerse oír entre el grupo de personas que se cernían sobre la barandilla de la primera cubierta, todos deseosos de dar una última mirada a los amigos y familiares que habían ido para decir adiós.

Jack miró en la dirección que su esposa señalaba y ahogó una carcajada al encontrarse con el gesto aburrido de su cuñado, que permanecía de pie a unos cuantos metros con una mano rodeando el hombro de su mujer y la otra asentada sobre el brazo de su madre. Amable era la última palabra que hubiera podido relacionar con él en ese momento; parecía más bien agobiado y en absoluto divertido.

—Estoy seguro de que no le dejaste otra alternativa.

Cecily se encogió de hombros al oír la respuesta y ensanchó su sonrisa sin dejar de sacudir el pañuelo. El barco empezó a moverse casi de inmediato, y abrió mucho los ojos al verlo alejarse del muelle.

—Comprenderás que no estaba dispuesta a partir en silencio; no queremos que nadie piense que nos vamos por ningún motivo que no sea nuestra propia decisión —respondió ella al fin.

Jack arqueó una ceja y le dirigió una mirada escéptica.

—Lo que desde luego es la verdad —comentó él.

Ella no respondió, tan solo hizo un mohín y continuó con su despedida. Aunque actuaba con cierta ligereza, él, que la conocía ya casi tan bien como a sí mismo, supo que alejarse de su familia la afectaba más de lo que le gustaba aparentar. Incluso extrañaría a su madre, comprendió al recordar la despedida en el muelle, donde las dos mujeres se habían aferrado una a los brazos de la otra con promesas de escribirse. A su parecer, aquella separación, hecha en buenos términos y por los motivos correctos, sería buena para ambas; quizá así aprendieran a aceptar y apreciar los muchos matices que componían su personalidad más allá de sus defectos y desencuentros.

El navío cobró en velocidad y una suave brisa estuvo a punto de arrancarle el sombrero, pero Cecily lo sostuvo a tiempo y, tras una última mirada al pequeño grupo que empezaba a desdibujarse por la distancia, exhaló un hondo suspiro y se sujetó a su brazo con mayores bríos, urgiéndolo a andar a su lado por la cubierta.

Jack la observó de reojo, enredando sus dedos con los suyos en una caricia que dijo mucho más de lo que hubiera podido afirmar con palabras y, por la forma en que ella lo miró, supo que le había entendido por completo.

Todo estaría bien, pensó él.

El futuro se desplegaba ante ellos de la misma forma en que lo hiciera al unirlos.

Inevitable. Seguro. Precioso.

FIN